

LUCHA ARMADA

BUENOS AIRES - ARGENTINA
AÑO 3 - NÚMERO 9 - 2007 \$ 20

EN LA ARGENTINA

- » **La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista**
CLAUDIA HILB
- » **Lanzando semillas con desesperación**
GABRIEL ROT
- » **Mártires, profetas y héroes en *Cristianismo y Revolución***
ESTEBAN CAMPOS
- » **“El PRT también se forja en las cárceles”**
SANTIAGO GARAÑO
- » **ELN: La lucha armada en Perú**
Entrevista a **HECTOR BEJAR**
- » **Los montoneros y la historiografía**
LUCIA BRIENZA
- » **Los comunistas bolivianos y el Che**
GUSTAVO RODRIGUEZ OSTRIA

Documentos

Las guerrillas de 1965: Balance y perspectiva

FRACCION ROJA: La escisión del ERP

9

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

Dirección
Sergio Bufano
Gabriel Rot

Edición y producción
Luciana Anapio

Colaboran en este número
Héctor Béjar
Lucía Brienza
Esteban Campos
Diego Galante
Claudia Hilb
Santiago Garaño
Gustavo Rodríguez Ostría

Agradecemos a Jorge Carpio la colaboración prestada para la realización de la entrevista.

Corrección
Marta Kordon

Diseño
Juan José Olivieri

Imprenta
Nuevo Offset
Viel 1444 - Capital Federal

Editor Responsable: Lavalleja 253 (C1414DTE)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
ejercitarlamemoria70@yahoo.com.ar

Distribución en kioscos
Librería Sinfin
Pichincha 180 - Buenos Aires

Distribución en Interior
Prometeo Distribuidora
Pringles 523 - Buenos Aires
distribuidora@prometeolibros.com

Los números atrasados se comercializan al precio de tapa del último ejemplar.
Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción parcial o total. ISSN 1669-7855
Las colaboraciones firmadas expresan la opinión de sus autores y no reflejan necesariamente la de la revista.

Año 3 - Nº 9 - Buenos Aires - 2007

Editorial

La respuesta de los lectores al último número de la revista ha sido tan positiva que nos alienta a continuar imprimiendo los 3.000 ejemplares, número al que nos lanzamos temerariamente en este año. Estamos llegando a todas las provincias y recibiendo nuevas voces que se suman a este proyecto de conocimiento y reflexión acerca de la violencia política de la década del setenta. Sumamos documentos, entrevistas y nuevos artículos de investigación que tocan temas delicados y controvertidos para aquellos que están dispuestos a revisar el pasado sin preconceptos.

El desproporcionado aumento en los costos de producción –papel, películas, impresión, etc.– que se ha producido en los últimos meses nos ha afectado considerablemente. No obstante, decidimos no aumentar el precio de tapa para tratar de evitar cargar sobre los lectores un nuevo aumento. Veremos hasta dónde se puede absorber este problema.

Este número se inicia con un artículo de Claudia Hilb acerca del intento de copamiento realizado en La Tablada, durante 1989, hecho que produjo numerosos muertos, heridos y detenidos. La búsqueda de sentido a esa acción efectuada en plena democracia es lo que guía a la autora para introducirse en un tema muy poco estudiado.

Gabriel Rot se introduce en otro tema polémico, que es la voluntad de internacionalismo –también calificado como aventurerismo– del legendario Che Guevara en África y América Latina. La ética del sacrificio y el intento de “cubani- zar” esos dos continentes son abordados con datos que muestran un rostro desconocido de aquella gesta revolucionaria.

La entrevista al dirigente peruano Héctor Béjar, quien dirigió uno de los intentos guerrilleros procubanos en su país, más las diferencias entre el Partido Comunista de Bolivia con el Che Guevara, analizadas por Rodríguez Ostría, se entrelazan con la investigación de Rot para dar cuenta de las vicisitudes producidas durante la década del sesenta a raíz del proyecto guevariano y las consecuencias posteriores.

A su vez, Esteban Campos analiza los arquetipos del compromiso militante en la revista *Cristianismo y Revolución*, explorando las formas discursivas de aquella publicación.

Mediante entrevistas y a través de la revisión de *El Combatiente*, órgano del PRT, Santiago Garaño estudia las prácticas militantes de resistencia utilizadas en las cárceles por los detenidos políticos.

Lucía Brienza inquiere el por qué los años ochenta y los noventa todavía no han sido explorados por las ciencias sociales, particularmente en el caso de la organización político militar Montoneros.

Finalmente, en la sección Documentos se reproducen textos del PRT-Fracción Roja, desprendimiento importante y poco estudiado de esa organización. También fragmentos del libro de Béjar sobre los guerrilleros de 1965.

Los editores

Sumario



04 La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista

Claudia Hilb

El 23 de enero de 1989 un grupo armado dirigido por Gorriarán Merlo, simuló pertenecer al movimiento golpista carapintada y asaltó el cuartel de La Tablada. La autora reconstruye y analiza una operación que culminó con la muerte y la cárcel de la mayoría de sus participantes.

24 Lanzando semillas con desesperación

Gabriel Rot

La difusa frontera entre internacionalismo o aventurerismo, la ética del sacrificio como alternativa de vida, y las dificultades del Che Guevara con la dirigencia de Cuba son analizadas desde una mirada que desacraliza la legendaria figura.

40 Mártires, profetas y héroes. Los arquetipos del compromiso militante en *Cristianismo y Revolución* (1966 – 1967)

Esteban Campos

Este trabajo explora las relaciones entre el problema de la violencia y las formas del compromiso militante que se expresaron a través de las prácticas discursivas de la revista *Cristianismo y Revolución*.

48 "El PRT también se forja en la cárcel". Sentidos y prácticas de la *resistencia* entre los militantes del PRT-ERP encarcelados durante la última dictadura.

Santiago Garaño

La socialización carcelaria y la lectura de documentos políticos contribuyó a la construcción de sentidos, prácticas y valores para conceptualizar la militancia, a la vez que se erigió en parámetro moral de sus praxis durante la detención.





60 Entrevista a HÉCTOR BÉJAR

Dirigente guerrillero peruano durante la década del sesenta, Béjar formó parte del proyecto cubano para transformar a América latina en una gran Sierra Maestra. Rememora hoy su ingreso en el monte, el fracaso de esa propuesta y también el reciente fenómeno de Sendero Luminoso.

76 El lugar de Montoneros en la historiografía sobre los años setenta.

Lucía Brienza

Si bien existen condiciones para la revisión del pasado por parte de la historiografía, la autora señala un vacío en torno a la producción profesional sobre la organización Montoneros. Los años ochenta y los noventa todavía no han sido explorados por las ciencias sociales.

82 "Los comunistas bolivianos y el Che: ¿Traición o diferencia?"

Gustavo Rodríguez Ostría

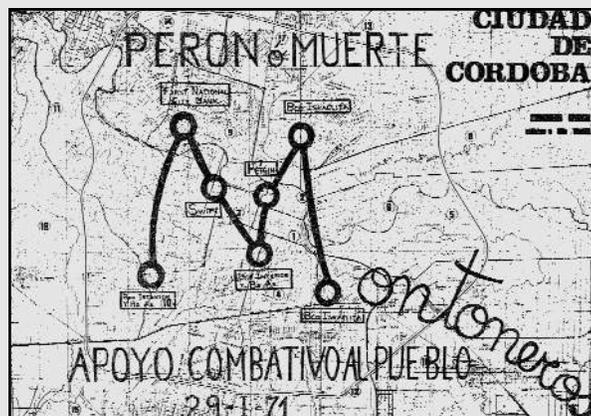
Se exponen en el trabajo las diferencias políticas y estratégicas entre el secretario general del Partido Comunista Boliviano, Mario Monje, y la dirigencia cubana empeñada en armar un foco en ese país, episodios que culminaron con expulsiones e intentos de asesinatos.

96 DOCUMENTOS LAS GUERRILLAS DE 1965: Balance y perspectiva

Héctor Béjar

110 FRACCIÓN ROJA: Escisión en el PRT

El artículo Muerte premeditada, de Juan Gasparini, publicado en el número anterior, corresponde al libro *David Graiver, el banquero de los Montoneros*, de reciente aparición. Las fotografías que ilustran el artículo de La Tablada, fueron reproducidas de las revistas *Gente* y *Somos*. Y las que ilustran el artículo de Rodríguez Ostría, pertenecen al libro "El Che en Bolivia, Tomo 2, ¿Traición del PCB?" La Paz, La Razón, 2005.



La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista¹

CLAUDIA HILB

Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA, CONICET

"Incluso si admitimos que cada generación tiene el derecho de escribir su propia historia, sólo admitimos con ello que tiene el derecho de reinterpretar los hechos de acuerdo con su propia perspectiva; no admitimos el derecho de manipular la materia fáctica misma."

Hannah Arendt, *Verdad y política*.

1. Introducción

Desde el momento en que, a media mañana del lunes 23 de enero de 1989, se comenzó a confirmar la sospecha de que quienes habían irrumpido de manera violenta en el cuartel de La Tablada no eran militares "carapintadas" sino civiles, hombres y mujeres según toda apariencia ligados al Movimiento Todos por la Patria y en algunos casos antiguos militantes del PRT-ERP, la perplejidad y la consternación cayeron como un pesado manto sobre grandes sectores del espectro político y político-intelectual local. ¿Qué explicación –se preguntaban, nos preguntábamos– podía encontrarse para ese asalto a un cuartel militar en pleno régimen alfonsinista, por parte de integrantes de una agrupación que sostenía, hasta donde era públicamente conocido, un discurso político amplio, democrático y aglutinador de las fuerzas progresistas del país? ¿Qué lógica, qué confusión o desvarío podían explicar ese hecho, a primera vista inentendible, que evocaba inmediatamente reminiscencias del accionar guerrillero de la primera mitad de los 70?

Recuerdo de manera casi física mi propia desolación. Recuerdo también la intuición implacable, luego confirmada, de que entre los asaltantes reconocería algunos nombres que reemergerían de aquel pasado setentista. Presos liberados por la democracia, exiliados retornados al país, integrantes de mi generación que –por

motivos cuyo sentido me propuse entonces intentar esclarecer algún día– habían hallado la muerte en la brutal represión que siguió a lo que entonces se me figuraba como la parábola absurda de vidas aún jóvenes que parecían, en esa inmolación mortífera y suicida, poner en escena su imposibilidad de regresar a la "vida corriente" luego del fracaso del proyecto revolucionario.

En el año 2005, en el marco de la construcción del Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea coordinado por Marcos Novaro y Vicente Palermo, tuve la oportunidad de participar de una larga entrevista a Enrique Gorriarán Merlo, antiguo dirigente del PRT-ERP y figura preeminente del MTP. Esa entrevista fue –si se me permite la malvenida metáfora militar– el detonador para mi proyecto siempre diferido de intentar comprender el "sentido" del ataque a La Tablada. En ella, Gorriarán se atuvo, en lo esencial, a lo que más abajo denomino la "versión oficial" de los hechos; aun así, el diálogo prolongado permitió que en los pliegues de esa versión oficial se ratificara una certeza, que a mí me resultaba fuertemente perturbadora de aquella versión oficial: las fuerzas atacantes habían buscado disimular su carácter de "civiles" arrojando volantes de un ficticio agrupamiento denominado "Nuevo Ejército Argentino". Y había sido, en palabras de Gorriarán Merlo, "en el momento en que se



empezó a decir que el grupo atacante no era un grupo carapintada sino un grupo de civiles” que la operación naufragó definitivamente. Asida al hilo conductor de esa certeza perturbadora reconocida de manera pública por Enrique Gorriarán Merlo, encaré esta investigación.²

2. La versión oficial

Recordemos muy sucintamente los hechos, intentando mantenerlos lo más desprovistos de interpretación que podamos. Alrededor de las 6.30 de la mañana del lunes 23 de enero, un camión de Coca Cola, del que más tarde se sabría que había sido robado minutos antes en San Justo, derribó el portón de ingreso al Regimiento III de La Tablada. Detrás del camión ingresó una fila de seis autos, y de estos vehículos se inició un ataque armado contra la guardia de prevención del cuartel. Según declaraciones posteriores del chofer del camión y de otros testigos del hecho, tras el robo del camión y antes del ingreso al cuartel los atacantes, algunos de ellos con sus caras pintadas, arrojaron volantes desde uno de los vehículos, mientras gritaban “Viva Rico”.

El ataque se extendió al resto del Regimiento, al sector de Casino de oficiales y de los Galpones de blindados, donde los atacantes encontraron una importante resistencia. A partir de media mañana ya nadie bien informado

ignoraba que los ingresantes no eran “carapintadas” sino civiles; la presencia de mujeres y de hombres muy jóvenes apoyaba la tesis de una reedición de la guerrilla de cuño setentista. De allí en más, la intervención del ejército sería cada vez más violenta y si bien ya nadie creía que el ataque podría resultar victorioso, el desenlace se estiraría hasta la mañana siguiente.³ El martes 24 la rendición de los últimos atacantes será seguida, según la denuncia de los prisioneros y según toda verosimilitud, del fusilamiento de algunos de los más notorios de ellos. El saldo final del ataque para las fuerzas, que según ya se había confirmado eran del MTP, es de 29 muertos y 13 prisioneros.⁴

Como lo señalo en la introducción, la asunción, por parte de Enrique Gorriarán, de que el ingreso al cuartel había sido acompañado del lanzamiento de volantes de un ficticio “Nuevo Ejército Argentino” orientó, desde el principio, mi necesidad de restituir la lógica, el sentido, de los acontecimientos, pues se insinuaba como inabsorbible en el relato hegemónico que proveían los asaltantes de La Tablada, primero en el juicio, y luego también en sus declaraciones posteriores.⁵

La “versión oficial”, que puede fácilmente recomponerse a través de la contrastación de la escasa bibliografía existente sobre el hecho,

en principal a través de las afirmaciones de Enrique Gorriarán en sus memorias, de su entrevista para el Archivo de Historia Oral, de los testimonios de presas de La Tablada en *Mujeres Guerrilleras*, o a través de las fuentes provistas por el libro de Juan Salinas y Julio Villalonga *Gorriarán, La Tablada y las guerras de inteligencia en América Latina*⁶, y que me fue también suministrada en primera instancia por varios de los entrevistados, se erige fundamentalmente sobre la afirmación de que el ingreso al cuartel por parte del grupo del MTP tuvo como finalidad detener un nuevo alzamiento carapintada, que debía producirse el día 23 de enero.⁷ Ese alzamiento, se afirma, tenía su base, o una de sus bases fundamentales, de lanzamiento en dicho cuartel; y sobre todo, se añade, de producirse habría tenido características particulares que lo harían especialmente peligroso: el alzamiento en preparación se habría propuesto no limitarse a los cuarteles sino salir a la calle y producir una suerte de “noche de San Bartolomé” –la expresión se repetía de manera sistemática–, orientada contra dirigentes progresistas.⁸ A su vez, ese alzamiento por venir debía ser enmarcado en un complot más vasto, que incluía a Carlos Menem y a otros dirigentes del peronismo, y que colocaba en el horizonte cercano la destitución del presidente Raúl Alfonsín y su sustitución por el vicepresidente Víctor Martínez.

En apoyo de esa lectura, los atacantes de La Tablada ofrecían numerosas pistas: en primer lugar, una interpretación de la sucesión de remezones que se habían venido produciendo desde Semana Santa y que se sleían en términos de una escalada, que había llegado hasta la producción de muertos civiles en el alzamiento de Villa Martelli, y que habría de continuar ahora bajo la forma de una salida de los cuarteles y la mencionada “noche de San Bartolomé” –la columna de opinión “Un secreto a voces”, del dirigente del MTP Quito Burgos, publicada en *Página 12* del 17/1/89, describía ya entonces ese posible escenario de manera muy detallada–. En segundo lugar, la insistencia en un complot menemista-seineldinista, cuya verosimilitud estaba sostenida sobre una conjunción de “fuentes propias” no declaradas, sobre informes de inteligencia provenientes de Panamá y, de la manera públicamente más proclamada, sobre el testimonio de personas que, por diversas razones particulares, habían tenido acceso a información acerca de movimientos carapintados y contactos entre Seineldín y Menem. Estos últimos testimonios –de Karin Liatis y Gabriel

Botana– fueron, en los días previos a los hechos de La Tablada, anunciados en conferencia de prensa por la cúpula del movimiento, presentados ante la justicia por Jorge Baños, abogado del CELS e integrante de la dirección del MTP, posteriormente muerto en La Tablada, y propalados con fuerza a través de los medios, en particular de *Página 12*.⁹ Sumados a estos elementos, el gobierno de Alfonsín, sostiene el relato, se mostraba confundido, inerme, incapaz de una respuesta ante la creciente amenaza militar.

En una palabra: el 23 de enero debía producirse un alzamiento carapintada con epicentro en el cuartel de La Tablada, que tendría por propósito salir a la calle y, posiblemente, producir una matanza selectiva de dirigentes progresistas. La acción del MTP era una acción destinada a abortar el alzamiento antes de que éste se produjera, acción heroica de hombres y mujeres decididos a actuar frente a la inacción de un gobierno inerme. Nada había en esa acción, se insistía, que la ligara a los copamientos de cuarteles por parte de la guerrilla en los años 70: en los textos, y sobre todo en las entrevistas, resulta notable la afirmación, también repetida, de que el MTP no se proponía reeditar la táctica de lucha armada propia de aquellos años previos al golpe de 1976. Testimonio de la diferencia entre aquellos copamientos y este acontecimiento era –como también se decía de manera reiterada– que algunos de los atacantes habían entrado al cuartel con sus propios vehículos y sus documentos de identidad, y que las armas empleadas no sólo eran pobres para una intentona de copamiento “tradicional”, sino que habían sido compradas en los días previos al hecho en armerías de la ciudad de Buenos Aires.

¿Qué creían los militantes del MTP que ingresaron a La Tablada que debía resultar de su acción? ¿De qué manera podía su ingreso frenar el alzamiento que decían debía producirse? ¿Podía un grupo mal armado de cuarenta personas, la mayoría carente de un entrenamiento militar más o menos serio, frenar un alzamiento en marcha? En el caso de que hubieran podido ocupar el cuartel, ¿qué habrían hecho luego?

Es difícil, si no imposible, encontrar una respuesta a estas preguntas en los textos o testimonios mencionados si nos seguimos orientando por la lectura más estrecha de la versión oficial según la cual el objetivo era “parar el golpe”. ¿Cómo, de qué manera, lograrían frenar el golpe en marcha? ¿Qué harían los atacantes una vez ocupado el cuartel de La Tablada y reducidos los supuestos militares alcistas? Para encontrar

algún sentido a la idea expresada de “parar el golpe” era necesario añadir a la versión oficial por lo menos la idea algo vaga de “cambio de rumbo”, expresada en esos términos por Enrique Gorriarán en sus *Memorias*: “la idea”, explica Gorriarán, “era ganar la iniciativa, parar el golpe y exigir al gobierno firmeza frente a los planteos militares. Pensábamos que con la gente en la calle y los militares aún no movilizados en conjunto se dificultaría mucho la represión posterior; claro que no descartábamos nuevos enfrentamientos pero ya en mejores condiciones. En aquel momento el poder político estaba cada vez más condicionado, el pueblo se sentía cada vez más separado de ese poder político, y los golpistas estaban cada vez más envalentonados. Con La Tablada intentábamos frenar ese proceso y ayudar a un cambio de rumbo que despejara el camino a la democracia”.¹⁰

¿De qué manera, repetimos, imaginaban los atacantes de La Tablada ese cambio de rumbo, y de qué modo podía su acción contribuir a él? En una primera aproximación, si nos atuviéramos a la versión oficial de los hechos que provocaron el ingreso al cuartel y no intentáramos leer entre líneas las afirmaciones de Gorriarán, podríamos imaginar que ese “cambio de rumbo” debía consistir en un fortalecimiento de las fuerzas antigolpistas, envalentonadas por el efecto suscitado por la acción de un grupo de 40 civiles pobremente armados, que habrían demostrado poder tomar un cuartel a punto de alzarse contra la democracia, y probado la posibilidad de impedir la acción de los sublevados y humillado así a los militares. La salida del grupo del MTP del cuartel sería acompañada por la movilización de “la gente en la calle” que, frente al éxito de la acción de un grupo pequeño y decidido podría ver entonces que la manera de cambiar la relación de fuerzas entre militares golpistas y civiles demócratas no era por vía de las concesiones y el retroceso, sino por la del fortalecimiento de la movilización, el coraje y el avance; exigiría e impondría al gobierno mayor firmeza frente a los golpistas.

3. ¿Víctimas de una operación de inteligencia?

Cuando encaré esta investigación comprendí muy pronto que no sólo para mí el sentido de los hechos de La Tablada resultaba difícil de asir. En la escasa documentación consagrada al tema o en las conversaciones con actores políticos ajenos al MTP o con periodistas que siguieron de cerca los acontecimientos del 23 de enero reaparecía de manera reiterada la hipótesis

explicativa de que el ingreso al cuartel del grupo del MTP podría haber resultado en una operación de inteligencia exitosa, comprada con cierta ingenuidad por Gorriarán y los suyos. Los promotores posibles de esa operación variaban según el interlocutor, pero eran básicamente dos: los militares (no carapintadas) por un lado, y “la Coordinadora” de Enrique Nosiglia por el otro.¹¹ Los militares, parecían sostener unos, habrían alimentado la versión de una conspiración e instigado la acción “preventiva” del MTP, para desarticular en esa jugada exitosa simultánea un grupo ideológico opositor cuyo crecimiento veían con preocupación, cobrar cuentas pendientes a antiguos militantes del ERP, reverdecido la teoría del carácter agresor de la guerrilla en la represión de los 70, y enaltecer su propio papel en el mantenimiento de las instituciones frente al accionar renovado de la subversión y, eventualmente, de los propios sectores carapintadas. La Coordinadora de Enrique *Coti* Nosiglia, imaginaban otros, se habría servido de los contactos conocidos entre Nosiglia y Provenzano¹² para instilar en el MTP la información de un pacto entre Menem y Seineldín, con el fin de desprestigiar al líder peronista que se perfilaba ya entonces como el potencial triunfador en las elecciones de fines de 1989, y habría contribuido de esa manera a alimentar las peores fantasías del MTP respecto de un retorno de la influencia militar en los asuntos políticos. Las denuncias ya mencionadas de Baños, basadas en los testimonios de Liatis y Botana, en los días previos al 23, serían el resultado de esa operación urdida desde las oficinas de Nosiglia.

Cabe destacar que estas dos hipótesis disímiles –que ponían ambas el acento en que el MTP habría podido ser víctima de una operación de inteligencia– se apoyaban, para ello, en la “versión oficial” de los hechos. En otras palabras, no interrogaban la razonabilidad de la finalidad declarada de la acción de La Tablada –“parar el golpe”–, que eventualmente calificaban de delirante, y cuestionaban tan sólo el carácter fidedigno de la información que habría llevado al grupo liderado desde fuera del cuartel por Gorriarán a la decisión de ingresar en él para detener un alzamiento, para ambas hipótesis inexistente.

Aun sin adentrarnos todavía en una relectura de los acontecimientos que desdiga de plano la admisión lineal de la “versión oficial”, cosa que haremos en el apartado siguiente, podemos advertir que la teoría según la cual el MTP habría sido víctima de una operación de

intoxicación presentaba dificultades indisimulables. Por una parte, si bien la hipótesis era compatible con el carácter creciente del ambiente conspirativo del MTP, cuyos máximos dirigentes parecían –según nos señalaron diversos interlocutores– cada vez más fascinados por las elucubraciones de inteligencia propias y ajenas, debía suponerse que al mismo tiempo idéntico “humor” conspirativo habría puesto en alerta a militantes avezados, como eran muchos de los atacantes de La Tablada, respecto de las posibilidades de operaciones de inteligencia o de infiltración de los servicios de inteligencia adversos. En segundo lugar, dicha teoría tomaba por dinero contante y sonante la versión oficial del ataque brindada por los protagonistas, y rechazaba la versión de los mismos protagonistas cuando estos negaban –como lo negara enfáticamente Roberto Felicetti en una “Carta Abierta al periodismo” en septiembre de 1989– haber sido víctimas de una operación de inteligencia ajena.¹³ Por fin, ya tras el fracaso de la acción, dicha hipótesis no ofrecía respuesta a la pregunta que nos hacíamos en el apartado anterior: si la versión oficial del MTP reflejaba la verdad de la acción del movimiento, ¿qué esperaba el MTP lograr con el ingreso a La Tablada? Suponiendo que La Tablada hubiera salido mal porque los militares los estaban esperando, ¿qué hubiera sido, desde la óptica del MTP, que La Tablada “saliera bien”? Añadamos, para concluir este breve apartado, que un análisis muy superficial de los elementos previos o contemporáneos al ataque hacía poco verosímil esta hipótesis: los mismos elementos que me perturbaron a mí en el origen de mi indagación, en particular los falsos volantes del “Nuevo Ejército Argentino”, a los que se sumó muy pronto la evidencia de la naturaleza endeble de las fuentes citadas por el MTP como prueba de sus denuncias de conspiración militar, debían poner seriamente en duda la idea de que el MTP hubiera sido víctima de una operación de inteligencia por parte de un tercero, que lo habría llevado de ese modo a ingresar violentamente al cuartel de La Tablada aquel 23 de enero de 1989.

4. De La Tablada a La Rosada: el camino más corto de la insurrección popular

Como señalé varias veces en los párrafos precedentes, el hilo conductor de mi investigación se desarrolló, desde el primer momento, partiendo de los volantes falsos arrojados por los activistas del MTP que ingresaron al cuartel de

La Tablada. ¿Era cierto que esos volantes habían sido sembrados por el MTP? En caso afirmativo, ¿por qué, si efectivamente había un golpe en marcha en ese cuartel, debían los atacantes proveer de (falsos) elementos de prueba de ese golpe? Obtuve una respuesta afirmativa a mi primera pregunta en la entrevista a Enrique Gorriarán: sí, habían sido ellos quienes habían arrojado esos volantes –era una cuestión de “tácticas militares”.¹⁴ Algunas entrevistas posteriores a ingresantes al cuartel corroboraron esta afirmación, como así también las versiones –ratificadas durante el juicio por el chofer del camión robado– de que algunos de ellos habían actuado con las caras pintadas y vestidos de militares; otros entrevistados negaron enfáticamente ambos hechos.¹⁵ Quedaba por responder a la segunda pregunta: ¿por qué habían arrojado los volantes, camuflados de militares carapintadas? La lógica más elemental indicaba que si los atacantes tomaban a su cargo la representación de su propio papel y también el de los carapintadas... era porque tal golpe no existía, y que de lo que se trataba era de poner en escena un golpe inexistente y su derrota por parte de un grupo de civiles armados. Con el correr de mi investigación fui confirmando esta hipótesis que aun negada por Enrique Gorriarán, había ido tomando cuerpo en aquella larga entrevista. En un intercambio sorprendente, al que ya me referí en la Introducción de este texto, al mismo tiempo que sostenía que la finalidad de la acción de La Tablada había sido la de frenar un golpe antes de que éste saliera de los cuarteles, Gorriarán también afirmaba que dicha acción había sido exitosa durante un primer momento, en el cual la impresión general había sido que los ingresantes al cuartel era un grupo de carapintadas y que se estaba en presencia de un nuevo alzamiento, lapso durante el cual se habían comenzado a sumar pronunciamientos de diversas organizaciones sociales y políticas en contra del golpe. Las cosas anduvieron bien, afirmaba Gorriarán, “hasta que surgió que era un ataque guerrillero contra un cuartel”.¹⁶

¿Qué esperaban los atacantes del cuartel de La Tablada del plan consistente en la puesta en escena de un alzamiento militar en el cual se habían reservado el papel de vencedores? El plan había fracasado, a ojos vista. Pero ¿qué hubiera significado su éxito? A medida que en el curso de mi investigación iba confirmando que, por lo menos para los activistas directamente comprometidos en el asalto al cuartel, se trataba sin lugar a dudas de la puesta en escena de un

alzamiento y no de la convicción de que ese día, el 23 de enero, se preparaba efectivamente una asonada militar en La Tablada,¹⁷ esta pregunta fue tomando un lugar preponderante.

La respuesta que, de manera coincidente, fui obteniendo me provocó una perplejidad no menor a la que me había provocado el aparente sinsentido del ataque: la imagen repetida del éxito de la operación La Tablada era la de los atacantes saliendo del cuartel montados en los tanques, rumbo a la Plaza de Mayo, civiles valientes que proclamándose victoriosos en su reacción contra una nueva asonada de los militares alcistas, encabezaban una insurrección popular que los militantes del MTP tenían por misión foguear en coincidencia con la salida del cuartel en los distintos barrios. El plan habría de incluir, entre otros, la posterior toma de radios y de edificios públicos, y el llamado a la movilización de la población a través de una proclama previamente preparada. También la elección del Regimiento III como centro del operativo adquiría en ese contexto una nueva significación: La Tablada, se me dio a entender, era, de todos los cuarteles, el que reunía la doble condición de cercanía respecto de la Capital y de contar con tanques en su interior. El relato del éxito esperado del ataque al cuartel otorgaba así un sentido definido a la afirmación de Gorriarán respecto del “cambio en la relación de fuerzas”; ese cambio, lejos de proponerse reforzar al gobierno y a las fuerzas antigolpistas frente a las presiones golpistas, debía consistir en una insurrección exitosa, cuyos contornos más detallados no parecían estar demasiado claros (o por lo menos no parecían estarlo para muchos de los sobrevivientes), pero que definitivamente debían producir un cambio de connotaciones mayores en la vida política argentina.¹⁸

A la luz de la explicación de La Tablada en estos términos, de una puesta en escena de una asonada militar derrotada por un grupo de civiles que, fuertes por su triunfo, encabezaban una insurrección exitosa, el carácter endeble de las denuncias previas a los acontecimientos del 23 de enero toma otro cariz: señalábamos antes que las únicas denuncias realizadas por testigos supuestamente directos de la conspiración carapintada realizada por Jorge Baños en su presentación judicial fueron las de Karin Liatis y Gabriel Botana; es preciso señalar que –si bien nada se decía al respecto– ambos eran militantes del MTP, y, la primera, entonces pareja del propio Baños.¹⁹ Las denuncias, reproducidas sobre todo por *Página 12* y más bien desestimadas en cuan-

to a su seriedad por el resto de los diarios,²⁰ pueden en ese contexto comprenderse como parte de la preparación del clima que haría más verosímil el armado de la operación del día 23.

Si tal era entonces el sentido de la operación el ataque a La Tablada, quedaba para el investigador la tarea de restituir a esta operación algún tipo de lógica que hiciera que su éxito resultara verosímil para los militantes que participaron en ella, y también coherente de alguna manera con la historia de la organización que la llevó a cabo. Y es preciso decir al respecto que, pese al carácter inverosímil que para un observador externo pudiera tener esa lógica, pese a la naturaleza aparentemente delirante de un proyecto que, en una democracia recientemente recuperada tras años de la más cruel dictadura, aspirara a concitar el apoyo masivo a una aventura armada, cuando comencé a adentrarme en la lógica que guió a los atacantes de La Tablada volví a percibir la virulencia del efecto que sobre sus participantes ejercen los microclimas conspirativos de las sectas revolucionarias.

5. Un poco de historia

a. La formación del MTP

El Movimiento Todos por la Patria, fundado en Managua en el año 1986, fue el corolario de la creación de la revista *Entre Todos* surgida también en Nicaragua hacia fines de 1983 de la reunión del grupo de antiguos militantes del PRT-ERP, nucleados alrededor de Gorriarán Merlo, con individuos o grupos provenientes de otras experiencias de la izquierda y el peronismo radicalizados de los años 70.²¹ El grupo del PRT-ERP reunido en torno de Enrique Gorriarán Merlo, que había participado de los momentos finales de la Revolución sandinista de julio de 1979, representaba probablemente entonces la única expresión organizada de lo que había sido el PRT. Enfrentado a la conducción de Luis Mattini, secretario general de la organización tras la muerte de casi toda la dirección en julio de 1976, el grupo de Gorriarán había expresado en la crisis que se produjo en el PRT en el exilio posturas que, en términos generales, representaban sobresaltos de fuerte contenido voluntarista y de corte renacidamente foquistas frente a una posición probablemente más crítica del accionar pasado, y por ello también menos voluntarista, de la mayoría del Buró Político liderada por Mattini. Fue uno de esos sobresaltos que lo llevó al grupo de Gorriarán –ya separado del PRT de Mattini– a dejar de lado

momentáneamente su plan de conformación de una guerrilla rural en Argentina para unirse a la Revolución nicaragüense poco antes de la victoria final, y fue posiblemente a su vez la conciencia de la crisis de las concepciones tradicionales del PRT la que llevaría poco después a una nueva división y a la disolución final del grupo liderado por Mattini.²²

Cuando con el arribo de la democracia a Argentina en 1983 los presos políticos recuperan la libertad, un grupo importante de antiguos militantes del PRT-ERP que había seguido durante su cautiverio ligado de manera lo más orgánica posible a su organización se plantea la posibilidad de retomar la actividad política en continuidad con su historia previa. En ese momento, de lo que había sido el PRT, el grupo de Gorriarán Merlo aparece como la única opción mínimamente articulada. Si bien para muchos de aquellos militantes Enrique Gorriarán aparecía como una figura históricamente cuestionada por representar las posturas más militaristas y menos políticas de la organización, por ende podían haberse sentido más afines a la tendencia representada en el momento de la ruptura por Luis Mattini, pero esta última había dejado de existir en tanto tal. Simultáneamente, la propuesta pluralista y basista de la revista *Entre Todos*, primera expresión pública de lo que luego habría de ser el Movimiento Todos por la Patria, debió ayudar a superar las prevenciones iniciales respecto de la figura de Gorriarán y condujo a varios de aquellos ex presos del PRT a sumarse a la iniciativa. Francisco Provenzano, Roberto Felicetti, Carlos Samojedny, tres antiguos presos liberados en el 1983-1984 que participarían en La Tablada, se contaron entre quienes decidieron unirse a esa empresa.²³

Si reconstruimos la historia temprana de la revista *Entre Todos* y de quienes serían luego notorios militantes del MTP encontramos que varios de ellos ocupan, entre 1984 y 1985, lugares de relevancia en la estructura del Partido Intransigente (PI). La experiencia de algunos de ellos los llevaría muy rápidamente a ocupar posiciones de dirigencia intermedia y a lograr un reconocimiento considerable entre los jóvenes que por entonces aflúan masivamente a las organizaciones progresistas. Para estos militantes setentistas ligados desde el inicio al proyecto de *Entre Todos*, el paso por el Partido Intransigente pareció volverse muy pronto (cuando no lo había sido desde el inicio) una

opción táctica que debía, tarde o temprano, dar lugar al pasaje de una parte de la militancia al nuevo movimiento que en algún momento se conformaría. Y efectivamente, la posición adquirida en el PI redundaría en que, en el momento del paso de estos dirigentes al naciente MTP, detrás de ellos se desplazara un número considerable de militantes.²⁴ Según múltiples testimonios, en ausencia de otras publicaciones, el trabajo político en el PI se realizaba por otra parte entonces en gran medida a través de la revista *Entre Todos*, llamativa por su carácter plural y antisectario, en la que coincidían firmas de todo el espectro progresista de la vida política argentina, desde el peronismo hasta los antiguos militantes del PRT, pasando por los sectores más progresistas del radicalismo, del Partido Intransigente o del Partido Comunista, como así también por las voces progresistas no partidistas de la Iglesia, de los sindicatos o de otros movimientos sociales.

La revista *Entre Todos* fue también un importante vehículo de organización y nucleamiento de numerosos grupos de jóvenes que en los barrios, alrededor de las parroquias, en los colegios secundarios o en las Universidades expresaban en su activismo el entusiasmo de aquella primavera de 1984. Los relatos recabados entre los jóvenes militantes de entonces reproducen todos, en términos generales, la misma secuencia: grupos autoorganizados que, al entrar en contacto con la revista encuentran en ella una expresión más global, generalizadora, para sus preocupaciones, y un discurso que inscribe sus preocupaciones en un relato que liga su actividad con la lucha antidictatorial. Estos grupos de jóvenes, en abierta disponibilidad política, se ven masivamente atraídos por un discurso amplio, reivindicativo en el ámbito de lo local y que inscribe simultáneamente su actuación en un proyecto más abarcativo, tanto espacial como temporalmente.

Si recorremos la revista *Entre Todos* en su primera época, dos asuntos llaman la atención: el primero, el amplio abanico de las firmas, señalado precedentemente; el segundo, muy visible, es la presencia permanente –a razón de uno o dos artículos por número– de la Revolución nicaragüense. A la vez, a la lectura de esta publicación la evolución del proyecto MTP se deja observar con claridad: con el correr de los números el tono democrático, reivindicativo y pluralista va dejando paso progresivamente a un tono más declaradamente revolucionario. Pero será necesaria una ruptura inter-

na del MTP para que ese tono revolucionario se afirmara definitivamente, y que *Entre Todos* dejara de ser una publicación concebida como instrumento del trabajo político con las bases –rol que como señalábamos más arriba había cumplido con notable éxito– para pasar a ser un órgano de aglutinación de cuadros con definiciones políticas más marcadas, con una propuesta de construcción partidaria y de vanguardia, y organizado alrededor de las firmas de los militantes más notorios del MTP.

Aquella ruptura interna del MTP se produjo en dos momentos: un primer momento, en diciembre de 1987, signado por la salida de algunas personalidades notorias de la dirección del Movimiento, entre ellas sobre todo Rubén Dri y Manuel Gaggero, quienes habían participado de la fundación del movimiento, e incluso antes, del proyecto originario de una reorganización pluralista de las fuerzas progresistas alrededor de la fundación de la revista *Entre Todos*. Un segundo momento, de menor impacto público pero de mayor trascendencia interna, se produjo casi sin solución de continuidad respecto del primero, signado por la partida de grupos importantes de militantes, sobre todo en Buenos Aires, Gran Buenos Aires y Córdoba, disconformes con el rumbo abiertamente vanguardista y el cariz conspirativo que tomaba el MTP, y con la presencia cada vez más determinante de la figura de Enrique Gorriarán en su seno.

A la escucha de los testimonios de quienes participaron –quedándose o yéndose– de aquel proceso de vanguardización del MTP, y a la luz de la deriva posterior de este movimiento que condujo a La Tablada, es interesante destacar que la tensión que derivó en ruptura, entre una postura más basista o movimientista, y más reticente con respecto a las posibilidades de una aceleración revolucionaria, y las posiciones más vanguardistas y más optimistas respecto de una tal aceleración, parecen haber surcado el movimiento desde sus inicios. Probablemente, unos y otros suscribieran, en aquellos momentos iniciales, a la idea de una revolución futura; posiblemente, unos y otros pensaran que la derrota del proyecto setentista no ponía en crisis la idea de Revolución, pero sí obligaba a reconsiderar los tiempos y los modos en que podría producirse un cambio revolucionario en Argentina. Pero allí donde disentían, y donde disentarían cada vez más, era en la comprensión del modo en el que la actividad política debía contribuir a dicho proceso, si debía hacerlo a través de un proceso de organización de los sectores populares que no



podía, en las condiciones de entonces, sino ser abarcador, lento y paulatino, o si estaba en sus manos acelerar los tiempos a través de una férrea formación política de vanguardia.

b. Una, dos, tres Managuas. La Tablada en el espejo de la Revolución sandinista

El asalto a La Tablada constituyó, entiendo, la cristalización mortífera de esta última postura de aceleración de los tiempos, encarnada por el grupo que, nucleado alrededor de Gorriarán Merlo, había participado de los últimos momentos del triunfo de la Revolución sandinista. Ajenos en su mayoría a los avatares de la vida cotidiana en la Argentina durante la dictadura militar, profesionalizados como militantes revolucionarios desde hacía décadas o desde su salida más reciente de la cárcel, los integrantes de aquel núcleo duro del MTP, sumidos en el microclima de la militancia revolucionaria y del triunfo reciente de la revolución nicaragüense, creyeron posible leer los acontecimientos de la vida política argentina tras la instalación de la democracia a la luz de los debates de la vanguardia sandinista bajo la prolongada dictadura de los Somoza. Así, bajo el influjo de la victoria de las posturas terceristas de los hermanos Ortega en el debate interno del sandinismo,



Posteriormente, Gorriarán Merlo fue detenido en México.

abrigaron las esperanzas de una reedición de la salida insurreccional en Argentina, tras el fracaso setentista de la teoría de la guerra de guerrillas o de la guerra popular y prolongada.

En efecto, la Revolución nicaragüense y la disputa previa, en el seno del sandinismo, entre tres tendencias políticas que terminarían de unirse poco antes del triunfo de 1979 ofrecen una clave de interpretación relevante para intentar dar cuenta de aquello que imaginaban quienes encabezaron la aventura de La Tablada. Si comprendemos cómo se impuso, bajo el liderazgo de Gorriarán, la idea de que la revolución en Argentina, derrotada la vía de la guerra prolongada "a la vietnamita", debía y podía tomar la forma de la insurrección, se hace posible obtener un prisma de intelección de aquel acontecimiento.

Para ello, recordemos muy brevemente que la dirección sandinista unificada que lideró la victoria final contra la dictadura somocista había sido el resultado de la reunión de tres tendencias: la tendencia de la guerra popular y prolongada, liderada por Henry Ruiz y Tomás Borge, que seguía de manera general el ejemplo chino o el vietnamita y propugnaba el desarrollo de la acumulación de fuerzas de un ejército popular de base campesina organizado desde la montaña; la tendencia proletaria, liderada por Jaime Wheelock, que sostenía la nece-

sidad de privilegiar el trabajo en las zonas urbanas, en particular entre los sectores proletarios, y que sin renunciar en palabras a la lucha armada la había dejado de lado en la práctica, y la tendencia insurreccional o tercerista, liderada por Daniel y Humberto Ortega, quienes entendían que si se seguía apostando a estrategias de largo plazo –fueran éstas la organización del ejército popular en la montaña o la organización urbana del proletariado– el momento de la revolución se alejaría irremediablemente. Para los terceristas, las condiciones objetivas de la Revolución parecían alejarse en la medida en que crecía el peligro de una cooptación "burguesa" de las conciencias de los sectores populares. Pero, al mismo tiempo, entendían que era posible crear, a través de la acción voluntarista, condiciones subjetivas que contrarrestaran el peligro creciente de desmovilización revolucionaria y aceleraran las condiciones de la Revolución.

Más allá del equilibrio de fuerzas en la dirección sandinista unificada, representada por los líderes de las tres tendencias, resulta claro que la hegemonía del movimiento nicaragüense quedaría tras la unión de éstas en manos de la corriente tercerista de Daniel y Humberto Ortega, y esto de modo más notorio luego de la insurrección victoriosa. Como lo señalaba Jaime Wheelock, dirigente de la tendencia proletaria, en una entrevista realizada por Marta Harnecker y que circuló profusamente entre los militantes del MTP, la política de la tendencia insurreccional o tercerista, que planteaba al mismo tiempo una base muy amplia de apoyo y una aceleración de las condiciones insurreccionales a través de la provocación de acciones espectaculares, se mostró retrospectivamente como exitosa pese a las críticas de las que era objeto por parte de las otras dos.²⁵

¿Qué fue lo que, a la luz de los acontecimientos posteriores, podemos imaginar que habían extraído Gorriarán y su grupo más cercano de su experiencia en Nicaragua? En primer lugar, la certeza de las posibilidades del éxito de una Revolución. En segundo lugar, la convicción de que la forma insurreccional tenía la virtud de provocar hechos que aceleraban las condiciones de posibilidad de la Revolución en tiempos de reflujo del entusiasmo revolucionario. Al respecto, no deja de ser llamativo que, de manera también coincidente, los militantes del MTP pusieran el acento, en el año que precedió al asalto a La Tablada, en la preocupación que representaba para el MTP la constatación de

que el pueblo se mostraba menos movilizado. Y no menos llamativa es la apreciación común en los antiguos militantes del MTP, tanto entre quienes rompieron con el movimiento antes de La Tablada como entre quienes participaron de ese hecho, que Gorriarán parecía extrañamente apurado, necesitado de acelerar los tiempos.²⁶ En ese apuro, añadimos, la postura tercerista, insurreccional, que se había revelado exitosa en Nicaragua, le brindaba la apoyatura teórica que la teoría clásica de la guerra popular y prolongada, enarbolada por el PRT en su primera época, le negaba.²⁷

Estratagema vulgar o lectura exitosa de una política de alianzas por parte del FLN –las afirmaciones de Wheelock dejan flotar cierta ambigüedad–²⁸. Lo cierto es que la combinación de una política de amplias coaliciones y la simultánea elaboración de una estrategia insurreccional en la Revolución nicaragüense parece así brindar la matriz que sostiene la esperanza del grupo proveniente de Managua de repetir esa experiencia en su regreso a la Argentina. Más allá de lo que se pueda pensar de tal expectativa, en ese contexto ideológico la aparente contradicción entre una política de discurso basista y amplio y una simultánea proyección de una estrategia insurreccional por parte del MTP no aparece como antinómica para sus militantes.²⁹

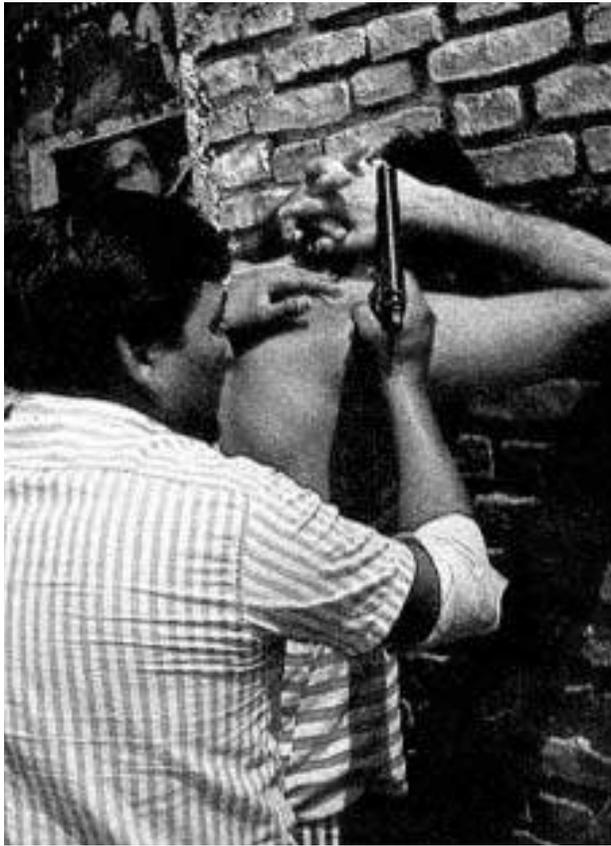
¿Estratagema vulgar o evolución de la política de alianzas? A la luz de su desencadenamiento final, el proyecto original del grupo nucleado en torno de la figura de Enrique Gorriarán merece ser interrogado en estas coordenadas. ¿En qué medida contenía ya el proyecto originario el germen de su desenlace fatal del 23 de enero? Sostuvimos antes que parece factible considerar que la cooptación para el MTP de sectores juveniles del Partido Intransigente por parte de algunos militantes del antiguo PRT podía estar prevista en sus grandes rasgos desde los inicios del Movimiento; creíamos también constatar que el horizonte revolucionario era común a todas las expresiones internas del MTP o, por lo menos, a las de sus dirigentes. Pero afirmábamos también que, en el horizonte de la idea de Revolución futura, la tensión entre una expresión más largoplacista, paciente y autocrítica del vanguardismo setentista (que ponía el acento en la lenta acumulación de fuerzas y en la unidad de los sectores populares), y una postura más vanguardista (que parecía considerar la amplia política de alianzas en términos más instrumentales), atravesó al MTP prácticamente desde sus orígenes, y terminó de expresarse públicamente

en el abandono del movimiento por una parte considerable de sus integrantes.

Al producirse esta ruptura se reforzó, entendemos, el carácter instrumental de aquellos elementos que el proyecto inicial podía tal vez contener como estratagema, pero también como creencia profunda: si el basismo, la amplitud en la convocatoria y la lenta acumulación de fuerzas populares, era, para el sector que se retiraba la verdad de su práctica política, estos elementos adoptaban, para el sector vanguardista, un carácter mucho más marcadamente instrumental. Y este carácter cada vez más fuertemente instrumental del discurso basista del MTP alcanzará con posterioridad a 1987 su punto culminante en el asalto a La Tablada.

6. El giro hacia la manipulación (o las innovaciones de la violencia ochentista)

En mi indagación acerca del sentido del asalto a La Tablada apareció un elemento inquietante que no logré despejar en su totalidad: ¿sabían todos los participantes de la acción –esto es, lo sabían también todos aquellos que debían realizar tareas de apoyo externo– que se trataba de una puesta en escena ficticia de un golpe? ¿Eran conscientes todos ellos que la organización a la que pertenecían estaba desarrollando, aunque sea incipientemente, una estructura de acción militar y que proponía el asalto violento al poder bajo un régimen democrático? Si para cualquier militante de base o simpatizante del PRT o de Montoneros en los años 70 no había ninguna duda de que la organización a la que adherían proclamaba y ejercía la violencia y contaba con estructuras militares paralelas, todos los elementos obtenidos parecen corroborar que la cúpula del MTP preparó a una parte selecta de sus militantes para la acción armada, que instruyó muy precariamente a otros pocos sobre el filo de la acción de La Tablada y que ocultó ambos hechos a sus simpatizantes o a sus militantes más periféricos. Por otra parte, desde entonces continuó ocultando al resto de la sociedad cuál había sido el verdadero objetivo del ataque al cuartel. De modo tal que no es inverosímil suponer que en el asalto a La Tablada hubiera, entre quienes se encontraban fuera del cuartel, algunos militantes que efectivamente creyeran que se entraría al cuartel con la finalidad de abortar un golpe en ciernes *en ese cuartel y en esa fecha*, y que ignoraran la procedencia de los volantes del “Nuevo Ejército Argentino” que sus propios compañeros



sembraban en su ingreso. Si esto es así, es posible que para algunos de esos militantes periféricos la confianza en sus dirigentes y la común adhesión a la idea de que de esa acción –que habrían estimado preventiva– debía de todos modos resultar una insurrección con altas probabilidades de éxito, y que terminara diluyendo más tarde el estupor que en ese momento debió provocarles la constatación del engaño del que habían sido víctimas.³⁰

Si aun con dudas me inclino a dar crédito a las afirmaciones que otorgan realidad a la existencia de este engaño de una porción (minoritaria, eso sí) de los propios participantes del suceso es porque tal engaño resultaría, en su inspiración conspirativa y manipuladora, consistente con la puesta en escena del ataque a La Tablada en tanto tal. Como señalábamos más arriba, resulta a esta altura evidente para el investigador que el ingreso al cuartel estuvo signado desde su preparación por la intención de fabricar un escenario ficticio de golpe “carapintada”, cuyo desenlace debía tomar ante los ojos de la sociedad el aspecto de la victoria de un grupo de jóvenes y audaces militantes populares que en su acción habían logrado lo que no lograba la clase política en el poder: frenar un alzamiento contra la democracia. Y que, enan-

cados sobre ese éxito, movilizarían al pueblo hacia la insurrección en pos de un cambio político de envergadura –en pos de la Revolución–. La replicación del engaño en la repetición a rajatabla de la “versión oficial”, aún cuando ya había cesado el riesgo penal de asumir la historia verdadera, parecería indicar que así como no existió en el momento de la acción ningún cuestionamiento ético respecto de la manipulación de la voluntad popular que representaba, tampoco se produjo posteriormente en el colectivo que pergeñó y sobrevivió a La Tablada (y más allá de la reflexión individual de algunos de sus participantes) ninguna posibilidad de elaborar, política o éticamente, el significado del engaño que habían imaginado.³¹

Ignoro si en la historia de las revoluciones modernas existe algún ejemplo de un intento de manipulación de este orden por parte de una fuerza insurgente –sí los hay, y volveremos sobre ello, por parte de regímenes totalitarios o despóticos–. Ignoro si la tendencia tercerista en Nicaragua consideró, por su parte, que la manipulación de los hechos –su producción escénica– podía constituir también un *modus operandi* legítimo. Sea como fuere, la imagen final de esta reconstitución nos pone frente a un grupo de –a lo sumo– 80 personas informadas del verdadero sentido y carácter de la operación, que consistía en montar una escena ficticia que, interpretada de la manera “adecuada”, es decir falsa,³² debe desencadenar las pasiones antigolpistas de la población, que a su vez, debidamente canalizadas, han de llevar a una insurrección. La manipulación intencional de la verdad fáctica –unida a un nivel de enajenación respecto de la realidad probablemente sin precedentes en la tradición de la izquierda setentista, a la que me referiré rápidamente para concluir este apartado– otorgan su tonalidad específica a este resurgimiento de la violencia revolucionaria en los ochenta.

Haciendo entonces abstracción por un instante de esta exacerbación del vanguardismo revolucionario, con su correlato de manipulación de las propias bases de apoyo por parte del grupo conspirativo (volveremos sobre ello, pero podemos aún hablar de vanguardia, cuando un grupo intenta hacerse seguir a través del engaño?), queda por preguntarse qué llevó a aquel núcleo duro del MTP a imaginar que, recién recuperadas las libertades públicas luego de la larga noche de la dictadura, su plan tuviera alguna posibilidad de éxito. No se trata de interrogarnos sobre qué autoasignación mesiánica

puede llevar a un grupo reducido de personas a arrogarse con buena conciencia la atribución de tergiversar los hechos, de manipular la realidad con el fin de hacer triunfar su comprensión del mundo y del orden deseable –sobre ello, decía, volveremos en el apartado final de este trabajo–. Nos preguntamos más banalmente qué les hizo pensar no sólo que, mal armados y poco preparados militarmente, podrían tomar el cuartel y salir de él montados sobre los tanques,³³ sino también y sobre todo nos preguntamos qué les hizo pensar que el resultado de esa aventura sería un apoyo popular masivo y una insurrección popular, y no el repudio altamente generalizado a la reaparición de la violencia política como forma de intervenir en la vida en común. Admira la sorpresa de quienes, tras aquella acción, descubrieron la soledad en que el ataque los sumió. En sucesivas declaraciones, durante los años que siguieron al asalto a La Tablada, los atacantes pusieron el aislamiento y la incompreensión en la que se encontraron a cuenta de la cobardía, la traición o la falta de compromiso de sus antiguos aliados. Con ello se ponía en evidencia una vez más su incapacidad por comprender las coordenadas que regían la sociedad sobre la que habían pretendido operar, su encierro autista en un microclima revolucionario que nada ni nadie, fuera de ellos, parecía avalar. Si, en suma, para los asaltantes de La Tablada ese hecho debía ser un eslabón más –decisivo, por cierto– en una guerra revolucionaria que, con sus altos y sus bajos, retomaba ahora la iniciativa bajo la nueva modalidad de la insurrección, para el grueso de la sociedad argentina el tiempo inaugurado en 1983 había llegado para marcar un corte radical con un ciclo de violencia política que había alcanzado su paroxismo con la acción criminal sin precedentes de la dictadura del Proceso. Y La Tablada, lejos de sonar la diana del inicio de la Revolución se mostró como el regreso espec-tral de uno de los actores de aquella violencia que se había pretendido conjurar.

Liberados de las cárceles, regresados de la revolución nicaragüense y devenidos todos ellos –o casi todos– militantes profesionales, inmunes a la percepción del nuevo comienzo que el retorno a la institucionalidad significaba para tantos, el núcleo duro del MTP reasumió su historia allí donde la había dejado. Insertando su visión de la política en el prisma de la Revolución nicaragüense y poniendo en valor su condición de heredero de la tradición setentista, el grupo íntimo del MTP logró la adhesión para

su empresa de un grupo heterogéneo de jóvenes –estudiantes, marginales, militantes barriales– que entusiasmados por incorporarse a una historia cuyos rasgos épicos eran por entonces objeto de una fuerte iconización en muchos sectores,³⁴ se sumaron a una aventura cuyo sentido más profundo parecían ignorar, y que en muchos casos les costó –como les costó también a muchos de sus inspiradores– la vida.

7. Consideraciones finales: sobre la mentira en política

Cuando me propuse investigar el tema del asalto a La Tablada lo hice, como señalaba al principio, impulsada por la necesidad de comprender el sentido de esa acción. A medida que fui avanzando en el trabajo fui descubriendo que mi labor no sería una labor de reflexión teórica sobre dicho sentido, como lo preveía, sino que se iba convirtiendo inexorablemente en una tarea de develamiento de la verdad: la empresa de dar sentido a los hechos del 23 de enero, entendí, no remitía a una interrogación de orden analítico, sino que residía sencillamente en desentrañar la mentira organizada que protegía el ocultamiento de su verdadera finalidad y que dificultaba su intelección.

Dicho descubrimiento estuvo a punto de hacerme abandonar mi propósito: ¿qué podía yo decir de nuevo sobre La Tablada, si aquello que yo podía sacar a la luz era perfectamente sabido por quienes habían participado de ese hecho?³⁵ Hubiera alcanzado con que cualquiera de los actores de aquel suceso rompiera el pacto de silencio para que mi texto no tuviera ningún sentido. Y mi preocupación, de índole teóricopolítica, por cierto no había sido nunca detectivesca, mucho menos policial; no me había propuesto reconstruir hechos y acciones sino sentidos.

Sin embargo, no abandoné mi propósito, y ello por dos motivos. En primer lugar, y principalmente, porque creí que –tal como lo había sido para mí– la simple revelación de la verdad era, para quienes no la conocían, una manera de restituir el sentido de aquel acontecimiento. En segundo lugar, porque intuí que en el núcleo de aquel descubrimiento había algo que sí, finalmente, debía ser interrogado: se trataba del significado político de la política de manipulación que constituía, según mi conocimiento, una novedad en el accionar de la izquierda revolucionaria en Argentina. Intuía también que si podía esclarecer de alguna manera la significación de esa innovación me acercaría a la comprensión de

por qué, aun 17 años después de La Tablada, se mantenía vigente el pacto de *omertà*.

Las páginas precedentes han procurado cumplir con el primer propósito. Es tiempo entonces, para concluir, de decir algunas palabras acerca del segundo. No pretendo en estas breves reflexiones finales dar cuenta cabal del sentido político del giro hacia la manipulación y la conspiración por parte del núcleo duro del MTP de Gorriarán, pero espero dejar abiertas algunas preguntas que puedan eventualmente resultar fecundas no sólo para la interrogación de este hecho, sino para continuar con una tarea, que muchos hemos emprendido, de cuestionamiento radical de las derivas totales del pensamiento revolucionario.

¿Qué significa para la interpretación del sentido de la práctica política del grupo revolucionario la introducción del engaño, bajo la forma de una manipulación voluntaria de los hechos destinada en este caso a suscitar una reacción favorable de los sectores populares cuya representación invoca y cuyo apoyo procura? ¿Qué nos dice esa práctica acerca de su comprensión de la política y de los asuntos humanos?

En la acción de La Tablada nos hemos encontrado con una mentira que opera en dos registros: un primer registro consiste en la fabricación de una escena –un falso levantamiento “carapintada”–, que ha de posibilitar la construcción de la segunda mentira, que refiere a la intención de la acción de incursión en el cuartel –parar el alzamiento–. La primera mentira ha de hacer verosímil la segunda, brindándole el soporte de “realidad fáctica”.

Para interrogar el sentido de la acción, es el primer registro –la *fabricación* de la mentira– el que debe ser observado en su particularidad. Éste es –trataremos de mostrar– el que da a esa acción un sentido específico, inscribiéndola *sin ambigüedad* en una determinada concepción de la política. Sin ambigüedad, decimos, porque en su carácter de fabricación consciente y voluntaria la construcción de esta mentira escapa a los equívocos que, en la relación entre mentira y política, pueden eventualmente diluir la diferencia entre mentira y error, o mentira y opinión.³⁶

En unas páginas luminosas dedicadas a la intrincada relación entre verdad fáctica, verdad filosófica, mentira y política, Hannah Arendt señalaba que lo opuesto a la verdad fáctica no es el error sino la mentira deliberada. Y agregaba que uno de los ardides a disposición de quien miente conscientemente, cuando no logra impo-

ner la mentira, es disfrazar la mentira de opinión.³⁷ Observábamos así en nuestra reflexión sobre La Tablada que mientras la fabricación del falso levantamiento “carapintada” –primer registro– no fuera constatada en su carácter ficticio, el ingreso al cuartel –segundo registro– podría ser discutido en términos de error o de acierto, y su evaluación ser remitida al terreno de la opinión. Esto es, en efecto, lo que enanca-do sobre la “versión oficial” de los hechos propone Enrique Gorriarán en sus *Memorias*, y en la entrevista realizada para el Archivo de Historia Oral: la acción puede juzgarse desafortunada, es asunto de opinión, pero su intención era parar el golpe “carapintada” que debía salir, ese día y a esa hora, de ese lugar.³⁸

Restituida la verdad fáctica, no parecen caber dudas de que, en el caso (poco probable) de que la aventura de La Tablada hubiera resultado tal como la imaginaban sus autores, la mentira inaugural habría permanecido impenetrable. El nuevo orden que imaginaban se habría fundado sobre ella. La proclama que llamaría a la adhesión de la población instalaría la “nueva versión oficial”, no ya la de la derrota sino la del triunfo de La Tablada: “harto de la prepotencia de los milicos”, el pueblo de los alrededores, liderado por el “Frente de Resistencia Popular que se formó allí mismo”, se habría alzado y habría recuperado el cuartel de La Tablada ante una nueva sublevación “carapintada”.³⁹ El MTP victorioso habría así no sólo conquistado por la fuerza el poder político, sino conquistado también, a través de la fabricación de la realidad, el poder de dominar a voluntad la interpretación de los hechos.

De haberlo logrado no habría sido el primero. En la historia contemporánea moderna encontramos, en los experimentos totalitarios del siglo XX, la realización efectiva de la pretensión de dominación monopólica de la interpretación de los hechos: en nombre de una Verdad –de la Historia, de la Naturaleza– encarnada en la Organización, y de la consiguiente denegación del carácter polémico, controvertido, de las visiones en disputa sobre la realidad de los hechos, el totalitarismo no sólo monopolizó la interpretación de la historia pasada, de la realidad presente y del destino por venir, sino que se arrogó la prerrogativa *de modificar los hechos mismos* –de la historia pasada, de la realidad presente– con el fin de asentar sobre esta refabricación de la realidad fáctica la interpretación más conveniente a su misión. Así, el Partido Comunista de la URSS eliminó la pre-

sencia de Trotsky de la historia de la Revolución, borró su rostro de las imágenes y su nombre de los relatos y convirtió a revolucionarios probados, como Zinoviev y tantos otros, en traidores confesos. Así, como en espejo, se desvaneció en Cuba la imagen de Carlos Franqui de la foto tomada el 1 de enero de 1959 que lo mostraba junto a Fidel Castro, entre su primera publicación en *Revolución* en 1962 y su reproducción en *Granma* en 1973. Así, también, se propalaron con notable éxito los falsos "Protocolos de los Sabios de Sion" para apuntalar la solidez de las tesis antijudías, o se promovió desde las sombras del poder nazi el incendio del Reichstag para desatar la persecución a los comunistas y obtener los poderes especiales para Hitler. También bajo el experimento de rasgos protototalitarios de la dictadura del Proceso podemos hallar montajes comparables: fusilamientos disfrazados de fugas, rehenes transformados en muertos en combate, acciones ficticias puestas al servicio de la demostración de la crueldad subversiva o de su poder de infiltración.⁴⁰ Sobre los hechos así manipulados, reconstruidos, se asienta la interpretación deseada: los traidores de hoy lo han sido siempre, nuestros enemigos son esencialmente malvados por naturaleza, nuestra acción está justificada por los hechos.

La realidad ficticia se constituye así en sucedáneo de la realidad fáctica, de aquello que nos es dado, en común, ante nuestros ojos, para nuestro testimonio y para nuestra interpretación. Pero ante esta afirmación surge de inmediato la pregunta: ¿no está acaso la política permanentemente atravesada por la construcción de ficciones, por la posibilidad de la mentira, del engaño, de la propaganda? ¿No es la mentira coetánea a la política, y no prerrogativa del pretendiente a la dominación total? ¿No contiene la política moderna, en la propaganda de masas, inevitablemente un elemento de manipulación? Si, efectivamente, la disimulación de la verdad bajo diferentes formas —engaño, propaganda, mentira— no puede ser desligada de la política, si incluso por la misma naturaleza del lenguaje la pretensión de la transparencia de los hechos a su interpretación no puede sino ser un sueño, él mismo de proyección totalitaria,⁴¹ ¿cuál sería la particularidad de la mentira fáctica, de la mentira que modifica la realidad de los hechos?

Respondemos: es precisamente en ese terreno, el de la manipulación de la realidad fáctica y su sustitución por una realidad ficticia, que se muestra la figura particular del totalita-



rismo. Porque ¿cómo imaginar, en efecto, en una escena plural y pública, que pudiera borrarse de manera prolongada la existencia de un actor de aquella historia como si nunca hubiera existido, como pretendió la URSS de Stalin borrar todo rastro de la presencia de Trotsky en la Revolución? ¿Cómo imaginar que una organización política o una institución del saber pretendiera borrar de la galería de próceres a todos los masones, o los judíos, o cualquier otro grupo político o religioso o social, sin que inmediatamente apareciera otra para restituir su papel en la historia? En una escena plural y polémica de voces e interpretaciones, donde nadie puede definitivamente ejercer el monopolio de las significaciones, la mentira puede volverse incluso, como lo recuerda Arendt, contra el mentiroso; la capacidad de "fabricar" el pasado, como la de "inventar" el presente de manera incontrovertida supone la capacidad de monopolizar las interpretaciones, y este monopolio supone un dominio total del poder.⁴²

Es entonces, a la luz de la afirmación de que la política moderna contiene, en la propaganda de masas, ella misma un componente de engaño ineludible, y no de la negación de ello, que podemos observar la novedad radical introducida por la mentira totalitaria. Porque extraída de su contexto totalitario, la pretensión de monopolización de la interpretación de la reali-

dad choca irremediablemente contra las pretensiones en competencia en el ámbito público, allí donde los hechos se nos muestran en común: en este terreno de disputa dispuesto por la materialidad comúnmente reconocida de los hechos, entrarán en lucha opiniones, ideales, ideologías políticas. Es sólo sobre la destrucción de lo público, sobre las ruinas del espacio común, que una interpretación podrá imponerse de manera total; y sólo entonces –destruido el ámbito de lo público, allí donde tiene lugar la controversia– podrá también manipularse arbitrariamente la objetividad misma de los hechos.⁴³

La organización totalitaria representa, en tanto voluntad del monopolio del sentido de lo real, la vocación de destrucción del carácter común de lo público, de la eliminación de su naturaleza contingente y plural, y la sustitución de esta naturaleza por una realidad pasible de ser construida a voluntad por quien posee los medios para hacerlo. La vocación por manipular la realidad fáctica –por inscribir hechos falsos y por borrar hechos verdaderos en nuestro mundo común– pone en escena la ambición de erigir un mundo cuyo sentido puede ser manipulado a su antojo por parte de quienes poseen el control sobre él. Una vez más, Arendt está allí para recordarnos que “sólo en un mundo por completo bajo su control pueda el dominador totalitario posiblemente hacer realidad todas sus mentiras y lograr que se cumplan todas sus profecías”.⁴⁴

Es entonces a la luz de las reflexiones precedentes que creemos posible dotar de alguna inteligibilidad el sentido del sueño del grupo que llevó adelante el asalto a La Tablada. En un remedo de las ambiciones totalitarias de posesión de la matriz de fabricación de un mundo y de su representación; aquel reducido grupo de personas urdió la construcción del escenario ficticio más propicio a sus proyectos, y su posterior interpretación.⁴⁵ No se trata de borrar el pasado sino de fabricar un presente ficticio: fabricar en primer lugar *la materia* a ser interpretada –el ficticio golpe “carapintada”– para sobre esa ficción erigir una mentira verosímil –fuimos a parar el golpe– que, bien instrumentada, deberá poder manipular ahora los sentimientos antigolpistas del pueblo en favor de la insurrección.

En el montaje del asalto al cuartel de La Tablada se da a ver, de manera caricaturesca y trágica, el destino totalitario del pensamiento revolucionario del siglo XX, el devenir de la ilusión de eliminar toda contingencia de los asun-

tos humanos y de fabricar una realidad a imagen y semejanza de una idea.⁴⁶ Un grupo reducido de personas, convencido de estar en posesión de la cifra del orden ideal del mundo, no se conforma ya con alentar la esperanza de que llegará un momento en que, reconocida su razón, podrá forjar una sociedad a imagen de su idea del bien –una sociedad en que, devenido poder total, podrá incluso, como lo muestran los ejemplos anteriores, rehacer el pasado–. Impaciente, buscará a través de la manipulación de la verdad fáctica provocar una adhesión –instantánea y multitudinaria– a su aventura, que en esa manipulación se da a ver crudamente como un proyecto plenamente despolitizado de poder.⁴⁷ Es, podemos resumir también, el paso decisivo que franquea la distancia que media entre la pretensión de vanguardia y la autoafirmación mesiánica de quien pretende encarnar la verdad de una Revolución definitivamente desprovista de sujeto.⁴⁸

La aventura de La Tablada llevó a la muerte a gran parte de sus actores, y a la cárcel a otros muchos. Si a casi veinte años de aquel suceso la “versión oficial” de los hechos aún mantiene su poder en el grupo de sobrevivientes probablemente ello puede deberse a que la mentira sobre la que se montó dicha operación es vivida por ellos, íntimamente, como éticopolíticamente inaceptable, y que el reconocimiento de ello implicaría un cuestionamiento moral no sólo de ellos mismos –pero muchos de ellos eran muy jóvenes– sino sobre todo de quienes los condujeron a aquella aventura y que, en el recuerdo, siguen ungidos del halo del heroísmo revolucionario.

Mientras la asociación trágica, de destino criminal, que el siglo XX urdió entre revolución y totalitarismo, entre vanguardismo y fabricación de la realidad no sea comprendida en su carácter dramáticamente antipolítico, mientras no sea elucidada la naturaleza del nexo que ligó, una y otra vez, las ideologías revolucionarias a la práctica de la dominación total, la verdad de la aventura de La Tablada sólo podrá ser incomprendida en su sentido, negada ciegamente o condenada moralmente. Concluyo este texto con la esperanza de que las páginas precedentes hayan podido contribuir no sólo a una restitución de la historia de ese hecho, sino también, aunque sea precariamente, a una comprensión –que es también por mi parte una condena– exclusivamente política del sentido de aquella aventura. ●

REFERENCIAS

¹ Este trabajo contó con la colaboración del Proyecto de Constitución del Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea 1958-2003 (dir. Marcos Novaro) y con la asistencia inteligente, eficaz y bienhumorada de Valeria Bonafede. Agradezco a Roberto Felicetti, Isabel Fernández, Gustavo Messutti, Carlos Motto, Fray Antonio Puigjané, como así también a aquellos ex integrantes del MTP involucrados en los hechos de La Tablada que prefirieron no ser mencionados, por aceptar conversar largamente conmigo. Aclaro, por si fuera preciso, que mis conclusiones sólo me comprometen a mí y no significan el acuerdo de los entrevistados con mi interpretación de los hechos. Agradezco también a Vera Carnovale, Fernando Dondero, Darío Gallo, Angélica Marchesini, Lucas Martín, Valeria Pegoraro, Pablo Bergel, Juan José Salinas y Fabio Zurita por su buena disposición ante mis requerimientos, y a Emilio de Ipola y a Matías Sirczuk por sus comentarios sobre versiones previas de este texto.

² Véase Entrevista a Enrique Gorriarán Merlo, Archivo de Historia Oral de la Argentina Contemporánea, 15/9/05, 3^a Parte, 2^o CD, sobre todo min 9'45 - 11'12. Véase también Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, pp.500 y 504.

³ Respecto de la desproporción de la represión al ataque, circuló profusamente la versión de que el entonces comisario Pirker, quien moriría poco después de La Tablada, habría sostenido que para reducir a los atacantes hubiera alcanzado con utilizar gases lacrimógenos (El comentario es reproducido, entre otros, en Salinas, Juan y Villalonga, Julio, *Gorriarán, La Tablada y las guerras de inteligencia en América Latina*, Buenos Aires, Mangin, 1993, y en Gallo, Darío y Álvarez Guerrero, Gonzalo, *El Coti*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, cap. XVI).

⁴ Veintinueve es la cifra "oficial" de muertos y desaparecidos del MTP (En sus *Memorias* Gorriarán afirma que la cifra real es de 32). Según denuncias del MTP nueve prisioneros fueron asesinados tras su detención y tres permanecieron desaparecidos (la CIDH refrendó en su investigación los nueve asesinatos). A los 13 prisioneros se sumarían siete más, acusados de participar de los grupos de apoyo fuera del cuartel, y Fray Antonio Puigjané, miembro de la dirección del MTP, quien se presentó espontáneamente y fue detenido. Unos años después, el propio Gorriarán y su mujer Ana María Sívori se añadirían a esta lista. Entre las fuerzas de seguridad (policía y ejército) hubo 11 muertos y 38 heridos, según las cifras oficiales. El ataque habría involucrado a más de 80 militantes del MTP, entre ingresantes y grupos de apoyo; según me han afirmado algunos de ellos, esa parecía ser prácticamente la totalidad de la militancia realmente comprometida en la zona de Buenos Aires y Gran Buenos Aires.

⁵ Que sostuvieran esta versión en el juicio podía explicarse fácilmente como una estrategia de la defensa. En cambio, que siguieran sosteniéndola muchos años después —como lo hacía, entre otros, Gorriarán en la entrevista del 2005— no podía explicarse según esa misma lógica.

⁶ Gorriarán, *Memorias* (cit.); Diana, Marta, *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1996; Salinas, Juan y Villalonga, Julio, *Gorriarán, La Tablada y las guerras de inteligencia en América Latina*, (cit.).

⁷ Véase Gorriarán, *Memorias...* (cit.), pp.499-501, Entrevista Archivo de Historia Oral, 15/9/05, 3^a parte; Diana, M., *Mujeres guerrilleras...*, pp. 219, 223, 229.

⁸ Como me sucedió también con otras repeticiones textuales, la frecuente refe-

rencia a una "noche de San Bartolomé" en las entrevistas que realicé con integrantes del MTP que participaron de los hechos de La Tablada me provocaba la impresión de estar frente a un relato demasiado homogéneo y articulado.

⁹ En conferencia de prensa realizada el 12 de enero, el abogado Jorge Baños, acompañado de Provenzano, Felicetti y Puigjané, denuncia la existencia de un complot Menem-Seineldín, que implicaría también al vicepresidente Víctor Martínez y que tendría por finalidad producir un golpe institucional que depondría al presidente Alfonsín. Afirma tener testigos que prueban la existencia del complot y declara que harán la presentación ante la justicia (véase *Página 12*, 13/1/89). La denuncia es presentada el 16/1/89 ante el juez Irurzún. A partir de ese momento, y aun subrayando la endeblez de las pruebas en muchos casos, los distintos diarios se hacen eco de la denuncia, de la existencia de los testigos, Liatis y Botana, y del desmentido de los implicados, particularmente de Menem y del vicepresidente Víctor Martínez. La columna de Quito Burgos en *Página 12*, a la que nos referimos más arriba, apoya también elocuentemente la tesis del complot. Al mismo tiempo, según destaca *Clarín* del 19/1/89, la "Juventud Radical" en sus declaraciones otorga verosimilitud a la denuncia al calificar de "preocupantes" las versiones. Durante toda la semana *Página 12* seguirá el tema con atención, dedicándole un amplio espacio y varias portadas —la última el domingo 22/1/89.

¹⁰ Gorriarán, *Memorias...* (cit.), p. 501.

¹¹ Darío Gallo y Gonzalo Álvarez Guerrero sugieren esta última hipótesis en el capítulo XVI de *El Coti*, dedicado a La Tablada, mientras que, según señalan Salinas y Villalonga (cit., p. 286, n.1), Manuel Gaggero sostiene la primera en una nota en la revista *Confluencia* de abril de 1989 (agregando a EE.UU. en el armado de la conspiración). En conversaciones con diferentes actores políticos de la época, estas hipótesis resurgieron de manera reiterada. Salinas y Villalonga parecen también inclinarse hacia la hipótesis de la "compra" por parte de Gorriarán de información falsa provista por las FFAA, funcional a sus tendencias manipuladoras, conspirativas y personalistas ("las necesidades de Gorriarán y Gassino", sintetizan, "se encontraron en un punto y en un lugar: La Tablada, el 23 de enero"; cit., p. 439). Pese a la riqueza de la información que provee, entendemos que la lectura en clave esencialmente conspirativa propuesta por Salinas y Villalonga obtura la *significación política* del giro hacia la conspiración y la manipulación por parte del MTP.

¹² Era *vox populi* que las familias Nosiglia y Provenzano se conocían de larga data, y que Francisco Provenzano solía visitar con alguna regularidad las oficinas del Ministerio del Interior, cuyo titular era entonces precisamente Enrique Nosiglia.

¹³ En la "Carta abierta al periodismo" del 29/9/89 publicada en el *Diario Sur*, firmada por Roberto Felicetti "y todos los procesados por La Tablada", y dirigida sobre todo contra Horacio Verbitsky, Eduardo Duhalde y Juan J. Salinas, la tesis de la infiltración o de que habrían sido víctimas de una "operación de carne podrida" es rechazada terminantemente. Hasta donde pudimos ver, sólo el libro de Salinas y Villalonga combina la hipótesis de una operación de inteligencia con el descreimiento en la afirmación de que "habían ido a parar un golpe".

¹⁴ Entrevista a Gorriarán Merlo, Archivo de Historia Oral, 15/9/05, 3^a parte, 2^o CD, 11'06).

¹⁵ Volveré sobre estas contradicciones más adelante.

¹⁶ Entrevista a Gorriarán Merlo, Archivo de Historia Oral, 15/9/05, 3^a parte, 2^o

CD, 9'50. Ante esa afirmación los entrevistadores le preguntamos si acaso no era un ataque guerrillero contra un cuartel. "Sí, claro que era" respondió Gorriarán "pero con ese objetivo que les dije recién".

17 Algunos entrevistados sostuvieron enfáticamente que creían que la acción del MTP estaba destinada a frenar un golpe que debía tener lugar *ese día y en ese cuartel*. Si bien no puedo estar absolutamente segura de ello, tiendo a creer que efectivamente algunos de quienes participaron desde *fuera* del cuartel de la acción de La Tablada podrían haber sido víctimas del mismo engaño que el que la cúpula de la organización a la que pertenecían pretendió someter a la opinión pública. Pero aun engañados respecto de la connotación misma de la acción, esos militantes participaban de la idea de que el resultado de la detención del golpe constituiría el movimiento inaugural que habría de culminar en una insurrección popular. Sí en cambio está claro que los simpatizantes no orgánicos del MTP, que debían ser movilizados posteriormente, *no* sabían (ni sabrían probablemente nunca) la verdad.

18 La imagen transmitida evoca en quien la recibe al 1 de enero de 195 en La Habana, o la victoria de la insurrección sandinista. Tal era el optimismo insurreccional de los atacantes que según relatan varios de ellos corría la broma de que "el primero que llega al sillón [de Rivadavia] se sienta". Con los hechos reconstituidos, también las afirmaciones de Gorriarán en sus *Memorias* respecto de otros movimientos previstos para esa misma mañana del 23 toman mayor claridad (véase pp. 500 y 504).

19 Mucho han insistido las voces del MTP en el carácter unánimemente aceptado de que era más que posible que hubiera nuevos alzamientos militares, luego de Semana Santa, Monte Caseros y Villa Martelli. Esto está fuera de discusión, a mi modo de ver. Pero ello no hace más veraz, sino simplemente más verosímil, el armado de la "versión oficial" de la operación de La Tablada.

20 No me interesa indagar aquí en la cuestión de la relación entre *Página 12* y el grupo fundador del MTP, a la que alude Enrique Gorriarán en sus memorias. Alcanza aquí con constatar que por compartir una historia común y cierta afinidad ideológica con los fines *declarados* del MTP no debía sorprender que fuera *Página 12* quien más crédito diera a las denuncias de Baños, Provenzano o Felicetti.

21 Entre los fundadores de *Entre Todos* se contaban, entre otros, Quito Burgos (muerto en La Tablada) y Marta Fernández, ambos ex militantes de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y exiliados en Cuba (su hijo Juan Manuel Burgos iría preso tras La Tablada por participar de un grupo de apoyo), Pablo Ramos, diputado de la Juventud Peronista en 1973 y militante de Montoneros (sus hijos Pablo y Joaquín participarían del asalto al cuartel; Pablo murió —todas las evidencias indican que fue apresado vivo y fusilado— y Joaquín fue apresado y juzgado), Fray Antonio Puigjané (no participó del ataque, pero fue condenado por complicidad), Rubén Dri (se separó del MTP en diciembre de 1987).

22 Véase Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Editorial de la Compañía, Buenos Aires, 1996, pp.488-495; Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias...*, en particular pp. 350-351.

23 Otros presos provenientes del PRT se sumarán al proyecto de *Entre Todos*, pero varios de ellos lo abandonarán cuando el MTP afirme su giro vanguardista. Cf. infra. Añadamos que la mujer de Francisco Provenzano, Claudia Lareu, muerta también en La Tablada, formó parte del núcleo más íntimo del grupo de Gorriarán y participó del asesinato de Somoza en Asunción. Roberto Felicetti había militado en Mar del Plata bajo la dirección de Roberto Sánchez, responsa-

ble del Frente militar de aquella ciudad, quien fue también integrante de ese núcleo íntimo y quien también murió en La Tablada. Carlos Samojedny había sido apresado en 1974, tras el frustrado asalto a la Base Aerotransportada de Catamarca comandado por Hugo Irurzún (Irurzún, o "Santiago", era un integrante del núcleo íntimo de Gorriarán de fuerte prestigio militar en el PRT; fue él quien mató a Somoza, muriendo a su vez tras esa acción organizada por el grupo de Gorriarán Merlo en Paraguay en 1980).

24 A modo de ejemplo, señalemos que Roberto Felicetti, integrante del proyecto *Entre Todos* desde el primer momento, fue dirigente de la juventud del Partido Intransigente de Mar del Plata y lideró el paso de un sector de esa juventud al MTP, y que un fenómeno similar de traspaso tras la figura de algunos dirigentes se produjo también en el PI de la Capital Federal.

25 Jaime Wheelock Roman (entrevista por Marta Harnecker), *Nicaragua: el papel de la vanguardia*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1987, pp.100-101.

26 Muchos testimonios insisten en este apuro y se interrogan por sus motivos, tendiendo a atribuirlo a motivos o características personales de Gorriarán. Es interesante señalar que en sus *Memorias*, refiriéndose a las diferencias con el sector del PRT liderado por Luis Mattini, Gorriarán afirma que "a nosotros nos preocupaba mucho lo que estaba sucediendo en la Argentina (...). Y estábamos ansiosos, sentíamos como urgencia por apresurar los tiempos (...) y volver a la lucha tomando todos los recaudos necesarios" (p.351). De hecho, esa urgencia no llevará al grupo de Gorriarán de regreso a la Argentina... sino a Nicaragua.

27 Tal como lo señalara un antiguo militante del PRT y del MTP, la revolución nicaragüense parece haber jugado en la breve historia del MTP un rol similar al que la Revolución vietnamita jugó en la historia del PRT. A través de una y otra se sostenía la convicción militante en el éxito de la Revolución y se señalaba el rumbo que debía seguirse para arribar a ese éxito.

28 Refiriéndose a esa política de alianzas Wheelock añade en efecto, de manera algo sorprendente, que "no se puede decir que (...) fuera una estratagema vulgar del FSLN" (p. 100-101).

29 Al respecto, señalemos que el discurso basista del MTP es uno de los elementos que, en la versión oficial, es esgrimido de manera repetida como argumento que demostraría que el asalto a La Tablada no podía ser interpretado en términos de una lógica guerrillera o de asalto al poder equiparable a la que inspirara a la izquierda armada en los 70.

30 Pese a la presunción contraria de la que partí, entiendo hoy que quienes ingresaron al cuartel, como así también la mayoría de quienes participaron de los grupos de apoyo, conocían claramente cual era el sentido de la acción. Mi duda concierne exclusivamente a algunos militantes periféricos que participaron en esos grupos de apoyo. Entiendo, por otra parte, que los simpatizantes no involucrados (integrantes de agrupaciones coordinadas por militantes del MTP) ignoraban todo acerca de ese hecho, y de la posibilidad de un hecho tal. Según testimonios recogidos, luego del desastre de La Tablada algunos militantes periféricos y simpatizantes del MTP —algunos de ellos involucrados en tareas concretas de apoyo— parecen haber sopesado la posibilidad de que Enrique Gorriarán hubiera sido un agente de las fuerzas de seguridad (el libro de Salinas y Villalonga —cit., p. 230— recoge testimonios similares). A medida que se afirmaba la sospecha de que la acción no había estado destinada a parar un golpe en marcha, la existencia de una traición al más alto nivel se les aparecía como el único modo de explicar el hecho del asalto seguido de la masacre de la casi

totalidad de los asaltantes de mayor prestigio entre la militancia –aproximándose así a las hipótesis antes mencionadas sobre una posible “inducción” del asalto por parte de actores ajenos al MTP–. Tal hipótesis habría sido luego desechada, sobre todo tras la detención del propio Gorriarán.

31 La dificultad para expresarse de las voces singulares de los participantes más dispuestos a revelar públicamente la verdad ocultada en común es digna de ser interpretada. La dificultad en romper el pacto de silencio que protege a la mentira parece resultar mucho más costosa que la de expresar una diferencia política: las diferencias políticas son objeto de discusión, el engaño como forma de hacer política sólo parece poder ser objeto de condena moral. Así, el develamiento de la mentira pondría al descubierto no un error de juicio o de comprensión política, sino el carácter ético políticamente inaceptable de la política de manipulación y de engaño. Para poder salir del encierro es necesario, justamente, comprender el *sentido político de la política del engaño*. Volveré sobre esto en el último apartado.

32 Traigo a la memoria la afirmación de Gorriarán reproducida al final de la introducción, según la cual el problema se produjo cuando se empezó a decir que se trataba de un ataque guerrillero y no de una sublevación militar. Es decir, cuando la interpretación de los hechos se adecuó a la realidad y no a la versión que los atacantes pretendían hacer creer.

33 Es sabido que la precariedad del armamento, comprado en armerías en los días previos al ataque, respondió en buena medida a la pérdida de un cargamento de armas que debía recibir el MTP y que no recibió. ¿Cómo entender que en esas condiciones el ataque se realizara igual, con armas vetustas y en manos de combatientes en su enorme mayoría sin ninguna experiencia? Los relatos de los jóvenes militantes en el cuartel impresionan en ese sentido: confiaban ciegamente en “los grandes”, que afirmaban con tranquilidad que con la sola decisión alcanzaría para derrotar a los militares. Sólo el clima irreal de un grupo conspirativo apartado de todo desmentido de la realidad –e impulsado por la urgencia imaginaria que ya hemos mencionado– puede explicar el optimismo insólito del grupo más experimentado, como explica también la confianza ininterrogada de los jóvenes en sus admirados líderes.

34 Llama la atención la imagen de “combatientes contra la dictadura del Proceso” que los militantes de las generaciones jóvenes del MTP transmiten al referirse a Francisco Provenzano o Carlos Samojedny, que aparecen en las conversaciones investidos –sobre todo el primero– del recuerdo más entrañable. Como es público, Provenzano y Samojedny (como Felicetti, Roberto Sánchez y otros) fueron encarcelados antes de marzo del 76, por participar en tanto militantes del ERP de acciones militares de diversa envergadura durante los gobiernos de Juan Perón o Isabel Perón.

35 Como corroboré entonces, todo esto había sido por otra parte ya cabalmente comprendido por quienes habían instruido el juicio a los atacantes de La Tablada.

36 Dada la imposibilidad de determinar la *intención* de quien miente. Si bien se puede probar una mentira relativa a hechos, no se puede cabalmente probar una mentira relativa a intenciones. En lo que sigue nos serviremos de manera libre de reflexiones de Hannah Arendt y Jacques Derrida, en diversos textos referidos a la mentira en política, que a su vez refieren de manera inequívoca al breve texto de Alexander Koyré, “Reflexiones sobre la mentira”, *Renaissance*, Revista de la Escuela Libre de Altos Estudios; Nueva York, 1943.

37 Arendt, Hannah, “Truth and politics”, en *Between Past and Future*, New Jersey, Penguin, p.249.

38 “En chequeos sobre el cuartel que mantuvimos desde la noche del viernes 20 hasta la misma madrugada del 23” afirma Gorriarán en sus *Memorias* “habíamos observado intensos movimientos de ingreso y egreso de vehículos que confirmaban la preparación sediciosa”. A la luz de la restitución de la verdad de los hechos, las afirmaciones de Gorriarán producen una extraña sensación de cinismo, tanto más cuando, unas páginas más adelante, leemos su afirmación según la cual “quien repare en las opiniones vertidas por todos los sectores de la sociedad y publicadas en los periódicos antes del 23 de enero del 89 (...) contará con elementos para sacar sus conclusiones sobre la coyuntura que se vivía y la existencia de una asonada militar o no en esa fecha”. *Memorias...*, pp. 501 y 517. Véase también pp. 514-516 y entrevista Archivo de Historia Oral, 15/9/05, 3ª Parte, 2º CD, en particular 18’30 – 21’.

39 La proclama presentada por la acusación como prueba en el juicio contra los atacantes de La Tablada decía, entre otras cosas: “En la medianoche de hoy los “carapintadas” se sublevaron en el Regimiento 3 de Infantería de La Tablada. Allí se preparaban y habían empezado a marchar contra la Casa Rosada (...). Ya estamos hartos de la prepotencia de los milicos. Hartos de sus crímenes y de sus robos, que después tenemos que pagar todos. Hartos de que nos impongan la injusticia social. Hartos de que no nos dejen vivir en paz. El pueblo se alzó contra ellos. El pueblo de los alrededores de La Tablada ya ha recuperado el cuartel sublevado. Lo dirige este Frente de Resistencia Popular que se formó allí mismo. Tomamos las armas de los milicos y les incendiamos su cuartel”. En vista de la restitución de la realidad de los hechos, y de la confirmación por parte de varios entrevistados de que efectivamente existía una proclama que debería propalarse a la salida del cuartel, tiendo a dar credibilidad a ese texto presentado por la acusación pese a que –como todas las pruebas materiales- su autenticidad fuera entonces rechazada por la defensa.

40 En la acción de la dictadura militar encontramos algunos ejemplos de construcción de un escenario ficticio que llaman dramáticamente la atención por su similitud con el montaje de La Tablada. Según el testimonio de Graciela Geuna (legajo 764 Conadep, *Nunca Más*, pp. 377-378), ante la inminencia de una huelga del sindicato Luz y Fuerza de Córdoba los militares imprimieron falsos volantes monotoneros llamando a la huelga y los hicieron aparecer en manos de un militante de la JP, Patricio Calloway, hasta entonces secuestrado en La Perla, a quien asesinaron frente a EPEC, simulando un tiroteo. Así, se sirvieron de un rehén de La Perla para “montonerizar”(sic) el conflicto y dar una justificación a la represión que siguió. Agradezco a Lucas Martín por haberme recordado este caso.

41 Véase Derrida, Jacques, “Historia de la mentira. Prolegómenos”, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997. Véase también del mismo autor, “Sobre la mentira en política”. Entrevista a Jacques Derrida de Antoine Spire en *Staccato*, programa televisivo de France Culturel, del 7 de enero de 1999, en Derrida, J., *¡Palabra!*, Trotta, 2001.

42 Véase al respecto la lectura de Arendt del develamiento de los *Pentagon Papers* referidos a la guerra de Vietnam en “La mentira en política”, en *Crisis de la República*, Madrid, Taurus, 1973, o también “Truth and politics” (cit.), p.238: “Los hechos informan a las opiniones, y las opiniones, inspiradas por diferentes intereses y pasiones, pueden diferir ampliamente y seguir siendo legítimas en tanto respeten la verdad fáctica. La libertad de opinión es una farsa si no se garantiza la información acerca de los hechos y si los hechos mismos no están sustraídos a la disputa”. Contrastada con la manipulación totalitaria, que destruye el ámbito de lo común, es posible sostener que –en condiciones de democracia– la manipulación política moderna de la opinión, bajo la forma de propaganda, preserva el ámbito de lo común, de la visibilidad de los hechos, sustraer

los hechos a la disputa y plantea el desafío en el terreno controvertible de las interpretaciones de los hechos.

43 En su pretensión de encarnación de una verdad superior –de la naturaleza, de la historia– el totalitarismo se inscribe en ruptura radical con el carácter indeterminado de la democracia moderna que –como lo ha señalado magistralmente Claude Lefort– se instituye en el horizonte de una pregunta inapropiada respecto de su verdad, y en la separación de las instancias en que la verdad, el poder y la ley llevan adelante, cada una en sus esferas de publicidad, la disputa por hegemonizar la interpretación.

Lo público es así, en la modernidad democrática, el nombre de la esfera común en que se disputa, sin posibilidad de cristalización más que parcial, la hegemonía de la interpretación. El totalitarismo se deja leer, sabemos, en el anverso de esta descripción: la esfera de lo común es apropiada por quien encarna la verdad.

Si la verdad no es indeterminada sino que está determinada en la naturaleza o en la historia, si hay, por otra parte, quien puede conocerla y encarnarla, todo aquello que hace obstáculo a esa verdad no puede sino ser despreciado como un elemento parasitario que atrasa la realización de esa verdad –todo esto ha sido dicho tantas veces, y sin embargo iparece tan necesario volver a decirlo!

44 Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974, p. 435.

45 No creemos ciertamente que esta “matriz totalitaria” explique integralmente el hecho de La Tablada, o la creencia de sus actores en su éxito, pero entende-

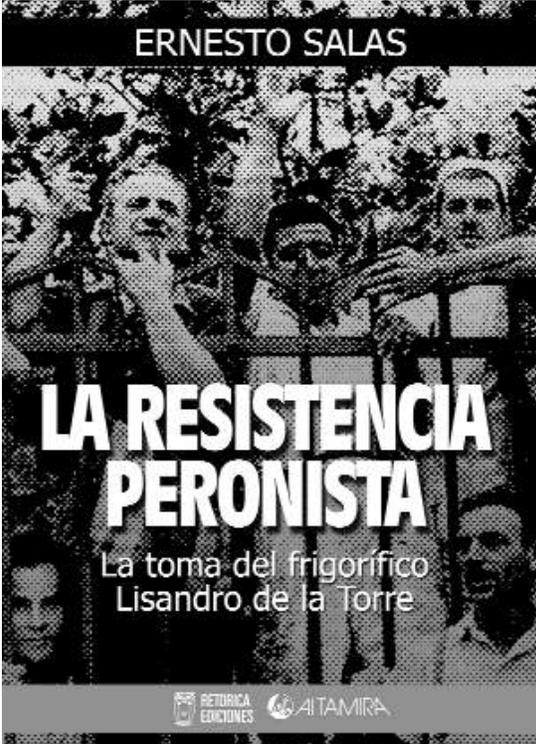
mos que puede contribuir a inscribirlo en una trama que vuelva inteligible la comprensión de lo político vehiculizada en el montaje del hecho. Como señalamos en la primera parte, es preciso inscribir esa acción en las biografías políticas de sus autores principales, y en su interpretación de la tradición revolucionaria –pero éstas también se vuelven inteligibles a la luz de esta “matriz totalitaria” de las ideologías revolucionarias del siglo XX.

46 He intentado reflexionar sobre este asunto en la ponencia “Moldeando la arcilla humana. Reflexiones sobre la igualdad y la revolución”, publicada online (<http://www.nuso.org/upload/opinion/hilb.php>) por la revista Nueva Sociedad.

47 “El verdadero objetivo de la propaganda totalitaria” sostiene Arendt, “no es la persuasión sino la organización”. Y agrega, citando al teórico nazi Hadamovsky: “la ‘acumulación del poder sin los medios de la violencia’”. OT, 447. Al calificar al proyecto del MTP de despolitizado me refiero precisamente al desinterés del MTP por persuadir y a su fijación exclusiva en el objetivo de asalto al poder.

48 Si la idea tradicional de vanguardia política era la de avanzada en la encarnación de los “verdaderos” intereses del sujeto en cuyo nombre se actuaba, ¿en nombre de qué sujeto, más que de él mismo o de un sujeto puramente imaginario, puede actuar un colectivo cuyo sujeto pretendido es el principal destinatario de la manipulación y el engaño?

Aunque tal vez no por los mismos caminos, coincidiría con la afirmación de Luis Mattini según la cual “La Tablada es a la vez lógica perretiana y su trágica caricatura”. Mattini, Luis,



ERNESTO SALAS

LA RESISTENCIA PERONISTA

La toma del frigorífico Lisandro de la Torre

BETORICA EDICIONES AITAMIRA

La toma del frigorífico Lisandro de la Torre, pese a ser un acontecimiento mítico de la resistencia peronista, no ha tenido hasta el presente demasiada atención por los historiadores.

Con rigor científico y espíritu crítico, este libro, basado en testimonios orales y fuentes documentales, analiza aquellos acontecimientos en el marco de las luchas sociales y políticas libradas por el peronismo como respuesta a la proscripción y represión del movimiento de las mayorías populares.

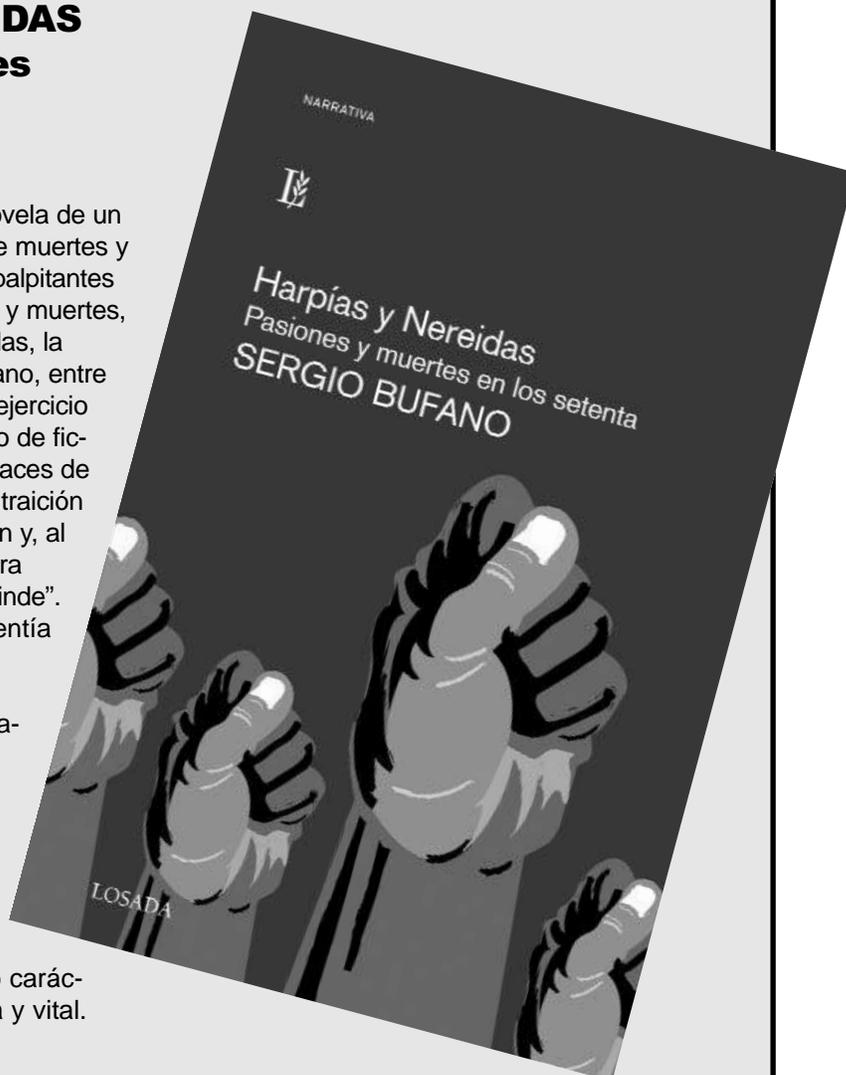
Ernesto Salas, historiador UBA, es también autor de *UTURUNCOS*, *Orígenes de la guerrilla peronista*.

HARPIÁS Y NEREIDAS **Pasiones y muertes** **en los setenta**

Sergio Bufano

Un libro de cuentos o virtual novela de un tiempo sujeto a la evocación de muertes y de pasiones todavía activos y palpitantes en nuestra sociedad. Pasiones y muertes, así, en plural. Harpías y Nereidas, la muerte y la vida. El propio Bufano, entre reflexiones y relatos, entre fiel ejercicio de la memoria y aparente juego de ficción, nos da pautas, pistas capaces de sugerir la imposibilidad de una traición a los sueños de una generación y, al mismo tiempo, la mirada madura sobre ese pasado "que no se rinde". Así, con la sinceridad y la valentía de las confesiones, *Harpías y Nereidas* se inscribe de modo original y creador en la necesaria polémica sobre los años setenta y sus protagonistas, muertos o vivientes, agregándose en la obra de Sergio Bufano a su trabajo de difusión e investigación histórica y teórica al respecto, con igual rigor y con el mismo carácter de experiencia apasionada y vital.

Roberto Raschella



LIBRERÍA Y EDITORIAL

BAUEN ODILON

ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Av Callao 360 - (54-11) 4371-8031 odilonbauen@yahoo.com.ar
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Lanzando semillas con desesperación

Te diré solamente que aquí, según los allegados, he perdido mi fama de objetivo manteniendo un optimismo carente de bases, frente a la real situación existente.

Puedo asegurarte que si no fuera por mí, este bello sueño estaría totalmente desintegrado en medio de la catástrofe general.

Carta del Che a Fidel Castro, Congo, 5/10/1965.

GABRIEL ROT

Uno de los secretos más celosamente guardados por la dirigencia política cubana fue, sin dudas, el paradero y las actividades de Ernesto Guevara durante el año 1965, cuando virtualmente desapareció del escenario público. Como jamás había sucedido con dirigente cubano alguno, un sinfín de conjeturas acompañó este silencio, abonadas tanto por los servicios de inteligencia propios como norteamericanos. Los primeros, confundiendo y desinformando deliberadamente para que el auténtico paradero del Che no fuera develado; los segundos, para presionar y provocar infidencias que permitieran ubicarlo. De esta manera, según expresaron los medios más diversos, al Che se lo habría visto en Colombia, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay y Perú, donde supuestamente había sido arrestado. También se lo relacionaba con la crisis política que sacudía el Caribe, combatiendo en Santo Domingo, donde habría sido muerto y sepultado en una tumba colectiva.

El enigma acerca del destino de Guevara se potenció aún más al enmarcarlo en sus movimientos políticos últimos. En efecto, el Che “desaparece” el 22 de marzo de 1965, dos meses después de su última estadía en China, en plena ruptura sino-soviética, y a sólo unas pocas semanas de su vigoroso discurso durante la Conferencia Afroasiática de Solidaridad –Argel, 25 de febrero de 1964– donde rompe virtualmente con la burocracia soviética. Fue entonces que se multiplicaron las versiones de su asesinato por directa orden de Fidel Castro, o de su internación en el hospital habanero Calixto García, desde donde, arriesgaban las versiones más osadas, el Che no dejaba de elaborar planes revolucionarios bajo la influencia de lecturas trotskistas y maoístas. Inclusive se lo dio por suicidado, bajo la presión que significaba la crisis con Fidel y el comunismo ruso.

Recién en 1988, Castro, en su larga entrevista con el periodista italiano Gianni Miná, oficializó una versión ya filtrada: el Che había estado conduciendo una fuerza de poco más de cien cubanos en el lejano Congo, tras un pedido de ayuda del Consejo Supremo de la Revolución dirigido por Gastón Soumialot,



para hacer frente a las fuerzas regulares del general Seko Mobutu. En 1994, Paco Ignacio Taibo II, Froilán Escobar y Félix Guerra publicaron *El año en que estuvimos en ninguna parte*, donde se reconstruye la estadía de Guevara en África sobre la base de numerosas entrevistas; los autores dejaban constancia, a su vez, de la existencia de un manuscrito del Che, inédito hasta entonces, sobre su experiencia congoleña. Entre 1996 y 1997, anticipándose al trigésimo aniversario de su asesinato en Bolivia, aparecen varias biografías que relatan su periplo en el continente negro, todas ellas dando cuenta del manuscrito referido. Finalmente, con el secreto develado y como parte de una política de mayor transparencia y confiabilidad internacional, la dirigencia cubana se aviene a blanquear sus incursiones internacionalistas. El libro *Secretos Generales* (1997) de Luis Báez, es una clara muestra de ello. Ese mismo año, Casa de las Américas publica *El sueño africano del Che*, de William Gálvez, primera versión cubana de la guerrilla guevarista en África.

Como es sabido, la guerrilla del Che en el Congo resultó un palmario fracaso. Bastaron unos pocos meses –del 19 de abril al 22 de noviembre de 1965– para que la operación se hundiera sin que jamás hubiera estructurado una organización con alguna inserción política y capacidad de combate.

Podrá decirse que la elección del escenario no fue la adecuada, que la preparación fue insuficiente y cierto dejo de improvisación acompañó a toda la campaña. Podrá decirse que la evaluación acerca de los apoyos locales fue mal sopesada o interpretada con ligereza. También que la correlación de fuerzas –tanto política como militar– era desmesurada o, en definitiva, que todos estos elementos combinados hicieron de la experiencia un cóctel que estalló en las manos de sus protagonistas, arrasando esfuerzos, expectativas y vidas.

No obstante, tales presupuestos sólo alcanzan para interpretar de manera parcial el fracaso del Che una vez iniciada la campaña. De alguna manera, resumen algo así como la fase superestructural del fracaso mismo o, en otros términos, su etapa operativa. Las bases, empero, están en otra parte.



Guevara transforma su rostro para poder cruzar las fronteras.

Aventurerismo o internacionalismo

La primera cuestión que propongo pensar es *a qué fue* el Che al Congo. Por supuesto, no intento especular si acaso era mejor opción algún país latinoamericano o, incluso, Vietnam, opciones todas que diversas fuentes y testimonios aseguran haber sido meditadas por Guevara. No se trata del país escogido, pues, sino de las motivaciones que hacen que el Che decidiera *per se* dar por concluida su participación en la Revolución Cubana, al menos desde su rol protagónico en la isla.

La cuestión tiene un disparador en la apelación al *internacionalismo revolucionario*, en un contexto conflictivo entre el Che y la dirigencia cubana. En resumidas cuentas, una crisis profunda se había abierto entre Guevara y Castro a partir de las críticas del primero a la burocracia soviética y cierto acercamiento a Pekín, lo que puso en tensión las relaciones entre Cuba y su principal sostén económico. La acritud de las críticas castristas a Guevara ha sido suficientemente comprobada por numerosos testimonios y no es necesario abundar aquí en ellas.¹ Lo cierto es que el Che se habría visto seriamente cuestionado por la dirigencia cubana y su permanencia en la isla se hizo, a sus propios ojos, literalmente imposible. Si bien aceptó algunos cuestionamientos –sobre todo la “inoportunidad” de su discurso de Argel– no estaba dispuesto a ceder un ápice en sus convicciones. La crisis, pues, aclararía el punto de su despedida.

Varios autores sostienen, en efecto, que sin lugar en Cuba al Che sólo le restaba iniciar un nuevo proceso revolucionario en cualquier otra parte. Esta versión, que cuadra con la idea de una “huida hacia adelante”, cierra perfectamente con la imagen de trotamundos que a veces con cierta ligereza se le achaca en cualquier oportunidad y contexto, aunque no es menos cierto que él mismo abonó una imagen cercana en reiteradas oportunidades. De hecho, antes de partir para el Congo le regalo a Alberto Granado un libro de Moreno Fragnals, en el que le escribió como dedicatoria: “No sé que dejarte de recuerdo. Te obligo pues a internarte en la caña de azúcar. *Mi casa rodante tendrá dos patas otra vez y mis sueños no tendrán fronteras, hasta que las balas digan, al menos...*”.² En una carta de despedida a los padres, el Che escribió: “Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades”. Es el mismo Guevara, pues, quien habla de sí en términos de aventurero, de “*condotieri* del siglo XX”. No obstante, y es importante subrayarlo, le otorga a ese aventurerismo una politicidad y una conciencia que resignifican el viejo cuño humanista y romántico hasta identificarlo plenamente con una militancia revolucionaria, también romántica, humanista y, por supuesto, “aventurera”. Por eso, en la misma carta el Che señala: “Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias”.³ En este sentido, Guevara recoge y hace propia una tradición genuina de la izquierda revolucionaria fundadora. También las vidas y prácticas políticas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky, por citar algunas figuras, estuvieron signadas por el espíritu aventurero del siglo XIX. Los anarquistas tampoco escaparon, ni quisieron hacerlo, a esta tradición.

Por supuesto que las breves líneas citadas del Che no explican todas sus

¹ Para el caso, ver Anderson, Jon Lee, *Che. Una vida revolucionaria*, Emecé, Buenos Aires, 1997, pp. 627 y ss.

² Citado en Gálvez, William, *El sueño africano de Che. ¿Qué sucedió en la guerrilla congoleña?*, Casa de las Américas, La Habana, 1997, p. 65. El destacado me pertenece.

³ Guevara, Ernesto, *Escritos y discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, Cuba, 1972, tomo 9, p. 391.

acciones futuras, pero revelan un tipo de pensamiento característico en él; por lo pronto, no se trata precisamente de unas líneas escritas por un *cuadro de partido*, siempre sujeto al mandamiento de la organización, sino en todo caso de un cuadro revolucionario que no conoce otra mediación, entre él y el objetivo buscado, que su propia voluntad y convicción.⁴ El punto es especialmente interesante porque ciertas miradas ponen como contradicción dos arquetipos que el mismo personaje interpreta: el del revolucionario internacionalista y el de aventurero, tipificando al segundo como contradicción o negación del primero, lo que resulta, en verdad, una falacia.

Podrá objetarse que la idea de salir de Cuba anidaba en Guevara desde los tiempos mismos de la expedición del *Granma*, y que su "atadura" con Fidel había sido pactada en México hasta el triunfo de la revolución. Ciertamente, no obstante, *no habría que olvidar que el Che de 1955 no es el mismo que el de una década después*. En 1955 aún está en él la tensión de no ligarse a nada perdurable, fijo; por entonces, incluso, escribía cartas expresando sus deseos de viajar a Europa en un periplo similar a sus recorridas por la América andina. En 1965, en cambio, ha madurado sus ideas revolucionarias y, en especial, internacionalistas, que lo llevaron a la íntima convicción de que la revolución debería ser continental o, en su contrario, podría irremediablemente hundirse en la frustración, a esto último le dedicará sus mayores y mejores esfuerzos.

Cabe entonces preguntarse por qué el Che se marcha en vez de entablar una lucha política en la isla a favor del internacionalismo, sobre todo cuando los representantes locales de los soviéticos se habían encaramado en casi todas las instancias del poder, lo que a claras vistas era para él incompatible con su visión de los procesos revolucionarios triunfantes.

En efecto, durante la crisis de los misiles, o mejor dicho, por la manera en que ésta se resolvió, Guevara extrajo una conclusión tan terminante como dolorosa: convertir a Cuba en parte del engranaje soviético implicaba una distorsión del proceso revolucionario. Es conocido su malestar por el retiro de las ojivas nucleares e incluso su disposición de utilizarlas contra los Estados Unidos si así lo mandaran las circunstancias. De hecho, el 4 de diciembre de 1962 declaró al diario socialista británico *Daily Worker*: "Si los cohetes hubieran permanecido, los hubiéramos usado todos y dirigido hacia el corazón mismo de los Estados Unidos, incluyendo Nueva York, en nuestra defensa contra la agresión. Pero no los tenemos, así que peharemos con lo que tenemos".⁵

Para el Che —y en esto acordaban varios dirigentes de la "sierra"—Krushev los había burlado. No resulta extraño que en aquellos tensos días, en que las masas cubanas manifestaran al canto de "Nikita mariquita, lo que se da no se quita", en un artículo el Che señalara críticamente: "Es el ejemplo escalofriante de un pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a sociedades nuevas y que cuando se hace, sin consultarlo, un pacto por el cual se retiran los cohetes atómicos, no suspira de alivio, no da gracias por la tregua; salta a la palestra para dar su voz propia y única, su posición combatiente, propia y única, y más lejos, su decisión de lucha aunque fuera solo".⁶

Desde entonces, la relación entre la dirigencia soviética y la cubana se verá salpicada por un malestar creciente de los primeros provocada por la presencia del Che. En palabras de un antiguo asesor de Krushev: "Nos disgustaba la posición del Che. Era un modelo para los aventureros que hubieran podido causar una confrontación entre la URSS y Estados Unidos".⁷ La situación no pudo conjurarse e inclusive se agravó por las constantes apelaciones del Che al internacionalismo y a la lucha armada, presupuestos que a las claras minaban las bases de la coexistencia pacífica rusa. En el discurso de Argel, la crisis alcanzó su punto más alto.

Guevara siempre supo de la oposición del Kremlin y de los comunistas cubanos a su influencia en la revolución, y tempranamente conoció sus emba-

⁴ En esta cuestión el Che no varió de postura y mantuvo firme aquel postulado suyo que en carta del 15 de julio de 1956 le señalara a su madre, quizá en la primera esquelita firmada como Che: "Para toda obra grande se necesita pasión y audacia en grandes dosis, cosas que tenemos como conjunto humano". Y agregaba: "... no creo de vos que prefieras un hijo vivo y Barrabás, a un hijo muerto en cualquier lugar cumpliendo con lo que él considere su deber".

⁵ www.time.com/time/magazine/article/0,9171,940139,00.html.

⁶ El artículo, "Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana", sólo vio la luz seis años más tarde, el 6 de octubre de 1968, en *Verde Olivo*.

⁷ Feder Burlatsky, en Anderson, Jon Lee, op. cit., p. 585.

tes cuando se produjo el desplazamiento de Jorge Ricardo Masetti, su hombre de confianza, de la estratégica agencia de noticias Prensa Latina. Pero jamás apeló a un debate político público. En palabras de Adolfo Gilly: "El Che y el ala conservadora y burocrática divergían en la política interior y exterior, pero estaban unidos en una concepción común: que el conflicto debía debatirse y resolverse encerrado en la dirección, para no lesionar la 'unidad'. Al aceptar esa regla de juego, la tendencia del Che automáticamente se colocaba en desventaja, renunciaba a emplear su fuerza, que estaba fuera y no dentro del aparato".⁸ En su imaginario, Guevara confiaba que la multiplicación de los procesos revolucionarios le darían a Cuba la fortaleza necesaria para guiar sus propios destinos, sin tutelas soviéticas ni de ningún otro tipo. Confiaba que el proyecto era posible, y la propia Revolución Cubana triunfante constituía su más poderoso argumento.

El Che recogía y sintetizaba en su prédica internacionalista una de las más ricas tradiciones del marxismo –al igual que lo había hecho con la violencia armada–, y de hecho se transformó por mérito propio en el más enfático defensor de la revolución continental, a la vez que aunó la premisa hacia África y Asia, continentes que recorrió estrechando lazos con los más variados dirigentes y grupos políticos antiimperialistas. En su famoso discurso en Argel, dejaría sentada su irreductible posición: "No hay fronteras en esta lucha a muerte. No podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurra en ninguna parte del mundo. Una victoria de cualquier país contra el imperialismo es nuestra victoria, así como la derrota de cualquier país es la derrota de todos. La práctica del internacionalismo proletario no sólo es un deber de los pueblos que luchan por un futuro mejor, también es una necesidad inexorable...".⁹

Si la crisis con los soviéticos había entrado en una etapa de definiciones, desencadenar la lucha revolucionaria en cualquier otro rincón del mundo era, para él, más necesario que nunca.

Por otra parte, un elemento que no siempre se considera con la seriedad de su importancia es que Castro, y buena parte de la dirigencia cubana, tuvieron por lo menos una política ambigua con respecto a la intervención cubana en otros escenarios revolucionarios. Y en no pocos casos estuvieron involucrados activamente en ella. No es un secreto que Fidel tampoco apoyó la solución soviética a la crisis de los misiles, aunque ciertamente maniobró para no romper con los rusos ni chocar con las masas cubanas.¹⁰ Por otra parte, para cuando el Che comenzara a fijar su mirada en el Congo, el gobierno cubano tenía relaciones con numerosos movimientos de liberación africanos, y la selección de hombres que acompañarían a Guevara se haría, finalmente, sobre un contingente de más de 500 hombres que, a su vez, estaban destinados a marchar también a otras misiones internacionalistas.¹¹

Desde este punto de vista, la salida del Che de Cuba no encierra en términos políticos una "huida hacia adelante" ni, por supuesto, más aventurerismo que el proporcionado por una mala evaluación y preparación de la campaña, sino una respuesta a su medida, con cada uno de sus aciertos y limitaciones, en el marco de una intensa lucha en el seno mismo de la Revolución Cubana, entre los sectores más moderados y conservadores –ligados al Kremlin– y los más radicales.

El sacrificio como ética

Hay otro elemento que resulta decisivo en la despedida del Che hacia el Congo, que sin duda constituye uno de los pilares de la praxis guevariana: *la construcción de una nueva subjetividad revolucionaria* que encuentra en la figura del guerrillero su realización.

Guevara había elaborado trabajosamente esta idea a lo largo de su pro-

⁸ Gilly, Adolfo, *La renuncia del Che*, en *La senda de la guerrilla. Por todos los caminos/2*, Nueva Imagen, México, 1996, p. 43.

⁹ Guevara, Ernesto, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 9, p. 342.

¹⁰ Ver, entre otros, Anderson, Jon Lee, op. cit., p. 640; Gilly, Adolfo, op. cit., pp. 41 y ss.; Castañeda, Jorge, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Espasa, Buenos Aires, 1997, pp. 283-284.

¹¹ Ver Gálvez, William, op. cit., pp. 60-61.

pia experiencia en la Revolución Cubana y la plasmó posteriormente en varios artículos de su *Pasaje de la guerra revolucionaria*, como así también en otros escritos y numerosas charlas y entrevistas. La expresión más radical de esta subjetividad revolucionaria se vería coronada con la consagración del *hombre nuevo*, una suerte de meta a alcanzar de la mano del socialismo y su consecuente transformación de las relaciones sociales.

No intento aquí analizar en extenso el concepto de *hombre nuevo*, por cierto de vieja data en el pensamiento político y filosófico moderno, sino algunas de sus características. En especial, la referida a la figura del guerrillero como *prefiguración* de aquél y los diversos elementos que el Che encontró para anunciar tal identificación en la práctica.

Si el *hombre nuevo* era la meta final, el guerrillero constituía en un principio la correa de transmisión, el anunciador de una nueva época revestido de un carácter de transformador social. Como tal, el guerrillero debía

constituirse en una figura completamente opuesta a la del enajenado sujeto del capitalismo, esencialmente individualista, que Marx describiera. La vieja fórmula de Terencio, "Nada de lo humano me es indiferente", se reinventaba en clave roja sobre la base de una frase de Martí que Guevara gustaba repetir en cuanta ocasión tenía: "Todo hombre de verdad debe sentir en su mejilla la bofetada que se da en la mejilla de cualquier hombre". Con ese sentido le escribió a sus hijos: "Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario".¹²

La base de dicha superación se hallaba en el consciente renunciamiento a las características del hombre-mercancía y en la vinculación solidaria con los sectores de la población explotados. En una sociedad socialista o en vías de serlo, esta transformación cobraba una dimensión colectiva a partir de que el conjunto social debía convertirse en una sola y misma escuela de reeducación sobre valores fraternales. Pero bajo los estados capitalistas, dicha reeducación no podía ser plena en la mera pasividad doctrinaria, sin la vivencia de dicha explotación en sus representaciones materiales *más extremas* que, para Guevara, no se manifestaban en la fábrica ni en el campo, sino en la *guerra de liberación*. Así lo entendía, por ejemplo, cuando le escribió a Ernesto Sábato: "La guerra nos revolucionó. No hay experiencia más profunda para un revolucionario que el acto de la guerra; no el hecho aislado de matar, ni el de portar un fusil o el de establecer una lucha de tal o cual tipo, es el total del hecho guerrero, el saber que un hombre armado vale como unidad combatiente, y vale igual que cualquier hombre armado, y puede ya no temerle a otros hombres armados".¹³

Por supuesto, el Che no desestimaba la identificación material con los oprimidos en la vida cotidiana y en sus labores de trabajo. De hecho, es conocido que él mismo gustaba pasar extenuantes jornadas de trabajo voluntario como un obrero o un campesino más, además que en su propia vida cotidiana



El Che en el Congo junto con un combatiente.

¹² "A mis hijos", carta del 15 de febrero de 1966, Guevara, Ernesto, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 9, p. 292.

¹³ Carta a Ernesto Sábato", Guevara, Ernesto, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 9, p. 377.



Sembrando semillas con desesperación.

exhibía una sobrada austeridad material. Pero el sacrificio mayor lo representaba la guerra, que exigía el abandono del hogar y sus comodidades, las relaciones afectivas con la pareja, los hijos y la familia, y un sacrificio extremo tanto en lo físico como en lo espiritual. Desde su perspectiva, cualquiera podía convertirse en revolucionario, pero el *verdadero revolucionario*, aquel imprescindible del que hablaba Brecht, sólo se forjaba en la lucha armada, excluyente escenario del enfrentamiento con el imperialismo. En una de sus habituales “descargas”, como Guevara llamaba a sus inflamadas arengas diarias en el Congo, señaló a su tropa: “Los hombres armados no son soldados, son simplemente eso, hombres armados; el soldado revolucionario debe hacerse en el combate...”. Y escribirá en su diario africano una reflexión lapidaria: “...creo que todas las medidas deben tomarse teniendo en consideración que nadie será definitivamente aprobado hasta sufrir la última selección en el escenario de la lucha”.¹⁴ De

alguna manera, el Che propugnaba un elitismo revolucionario arrollador que, en nombre de los más elevados ideales, no dejaba de ser una propuesta sectaria y altamente moralista, fácilmente identificable —como señala Ricardo Piglia— con los antiguos misioneros del cristianismo.¹⁵

La idea de conciliar la propuesta guevariana con la de los cristianos primitivos deviene, paradójicamente, de él mismo. Es notable cómo el ateo, el hombre de una cultura extendida y un refinado gusto literario, no encontró mejores vocablos para reivindicar su modelo que aquellos de inconfundible registro religioso: “Pero el guerrillero, como elemento conciente de la vanguardia popular” —escribe— “debe tener una conducta moral que lo acredite como verdadero *sacerdote* de la reforma que pretende. A la *austeridad* obligada por difíciles condiciones de la guerra debe sumar la austeridad nacida de un rígido autocontrol que impida un solo exceso, un solo desliz, en ocasión en que las circunstancias pudieran permitirlo. El guerrillero debe ser un *asceta*”. Y concluye: “El guerrillero será una especie de *ángel tutelar* caído sobre la zona para ayudar siempre al pobre...”.¹⁶

Ya en el Congo, el tinte cuasi religioso del discurso del Che es patente en su lucha contra la *dawa*, un brebaje que los nativos consideraban mágico y que supuestamente les otorgaba inmunidad ante las balas. En un principio, Guevara escuchó los relatos sobre la *dawa* con curiosidad de antropólogo, y en ocasiones no sin cierta diversión. Pero cuando su convencido informante sobre el maravilloso producto fue un oficial de lo que sería él ejército revolucionario congoleño, la cosa varió radicalmente; entonces se dará una escena ciertamente singular: como si fuera un misionero en tarea de reconversión, el Che combatirá la superstición tribal con la fuerza de la *conciencia revolucionaria*. Si la *dawa* protegía a los combatientes de las balas; la conciencia revolucionaria hacía lo propio frente a la descomposición burguesa, expresada en el pensamiento mágico. Ambos antídotos portaban por igual, curiosamente, dos ins-

¹⁴ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo. El diario inédito del Che*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999, p. 88.

¹⁵ Piglia, Ricardo, “Ernesto Guevara, el último lector”, *Políticas de la Memoria*, N° 4, Buenos Aires, verano 2003/2004. El artículo de Piglia es brillante y comparto aquí algunas de sus ideas.

¹⁶ Guevara, Ernesto, “El guerrillero, reformador social”, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 1, pp. 71-72. Los destacados me pertenecen.

tancias morales decisivas para su éxito: resultaban infructuosos para el que tocara a una mujer o se apropiara de objetos ajenos.¹⁷

En términos prácticos, el guerrillero debía ser un dechado de virtudes extraordinarias, que debía surgir de una selección natural en la lucha misma. Una suerte de darwinismo revolucionario que incluso regló matemáticamente, como bien lo señala Piglia en su artículo citado: "...debido a la forma de reclutamiento" –escribirá Guevara en su diario congoleño– "había que considerar que de los 100 hombres solamente quedarían 20 como posibles soldados y de allí solamente dos o tres como futuros cuadros dirigentes (en el sentido de ser capaces de conducir una fuerza armada al combate)".¹⁸

Las características de tales extraordinarios individuos sumaban tanto virtudes morales como físicas, a las que le dedicó especial atención en su descripción.

Guevara señala que el guerrillero "... debe arriesgar su vida cuantas veces sea necesario, estar dispuesto a rendirla sin el menor asomo de duda en el momento preciso (...) El soldado de guerrillas debe ser un extraordinario compañero. Al mismo tiempo, será callado... nunca permitirse una sola palabra de más, aun con los propios camaradas de lucha (...) debe poseer una serie de cualidades físicas importantísimas. El soldado guerrillero tendrá que ser infatigable. (...) Debe ser sufrido hasta un grado extremo, no sólo para sobrellevar las privaciones de alimentos, de agua, de vestido y techo a que se ve sometido en todo momento, sino también para soportar las enfermedades y las heridas que muchas veces deben curarse sin mayor intervención del cirujano, con la sola acción de la naturaleza (...) necesita también una salud de hierro que lo haga resistir todas estas adversidades sin enfermarse y que convierta su vida de animal acosado en un factor más de fortalecimiento (...)".¹⁹ En su artículo "Qué es un guerrillero", volvería sobre estos tópicos: "... es el combatiente de la libertad por excelencia; es el elegido del pueblo, la vanguardia combatiente del mismo en su lucha por la liberación. (...) debe tener en cuanto a su composición individual las mejores virtudes del mejor soldado del mundo. (...) Nadie puede descuidarse. Nadie puede cometer el más mínimo desliz, pues su vida y la de los compañeros le va en ello".²⁰

La disciplina y la moral son las bases del guerrillero. La primera, "... es interior, nace del convencimiento profundo del individuo, de esa necesidad de obedecer al superior, no sólo para mantener la efectividad del organismo armado que está integrando, sino también para defender la propia vida".²¹

En cuanto a la moral, el Che distingue dos tipos: una moral en el sentido ético de la palabra y otra en su sentido heroico, unidas por el propio nexo disciplinario. La primera de éstas varía con los tiempos y sociedades; la segunda en cambio, "es esa fuerza combativa, esa fe en el triunfo final y en la justicia de la causa que lleva a los soldados a efectuar los más extraordinarios hechos de valor".²²

Armado física, ideológica y moralmente de esta manera, el guerrillero alcanzaba las estribaciones del *hombre nuevo*, aun sin que las relaciones sociales se hubieran transformado radicalmente. ¿Pensamiento mesiánico? Sin dudas: la utopía colectiva a lograr se basaba con la ya alcanzada en la figura del guerrillero. Aparecido el elegido, pues, restaba llevar a las masas a su liberación. Eso le permite, incluso, sin reparar en las condiciones políticas, sociales y culturales del lugar de operaciones, presagiar un futuro revolucionario a corto plazo, que para el Congo trazó entre tres y cinco años.

La pedagogía guevariana: ejemplo y autocrítica

Si el sacrificio constituye el pilar de la esencia guerrillera, el ejemplo y la crítica constituyen los mecanismos por los cuales la enseñanza revolucionaria

¹⁷ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., pp. 44-45.

¹⁸ *Ibid*, p. 46.

¹⁹ Guevara, Ernesto, "El guerrillero como combatiente", *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 1, pp. 75 y ss.

²⁰ Guevara, Ernesto, "Qué es un guerrillero", *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 1, pp. 195 y ss.

²¹ *Ibid*, p. 196.

²² Guevara, Ernesto, "Moral y disciplina de los combatientes revolucionarios", *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 1, p. 236.

se transmite a los que aún no alcanzaron el supremo grado de revolucionario consagrado. El 31 de enero de 1962 le decía a un auditorio colmado: "El hombre que va adelante impulsa a los demás a que lo alcancen, atrae a los demás hacia su nivel mucho más que aquél que desde atrás empuja con la palabra solamente. Por eso es obligación de todos los miembros del núcleo, de todos los núcleos en todas las empresas y a todos los niveles, descollar en su trabajo, descollar en el amor al estudio... y siempre ser el primero en el trabajo, el primero en el sacrificio".²³

Para el Che, el ejemplo contagia, gana conciencias y revalida títulos, y él será el primero en acudir a la convocatoria: "... yo trabajo quizás 16; quizás 18 horas diarias. Duermo seis horas, cuando puedo dormirlas, si no duermo menos. No tomo y sí fumo. No voy a ninguna diversión, de ninguna clase, y soy un convencido de que tengo una misión que cumplir en el mundo, y de que en aras de esa misión tengo que sacrificar el hogar, tengo que sacrificar todos los placeres de la vida diaria de cualquier sujeto, tengo que sacrificar mi seguridad personal, y quizás tenga que sacrificar mi vida".²⁴ Más adelante le escribiría a León Felipe acerca de una obra del poeta español: "...pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo o descansar, simplemente, es un pecado de lesa dirigencia".²⁵ No será distinta su perspectiva en el Congo, y escribe en su diario africano: "Dejaba atrás casi once años de trabajar para la Revolución cubana al lado de Fidel, un hogar feliz, hasta donde puede llamarse hogar la vivienda de un revolucionario consagrado a su tarea, y un montón de hijos que apenas sabían de mi cariño. Se reiniciaba el ciclo".²⁶

Pero el ejemplo no puede impartirse como mera instrucción o conocimiento. Para que resulte efectivo, debe contrastarse en la experiencia misma de la lucha: "el soldado no se puede hacer en una academia y menos el soldado revolucionario... Este se hace en la guerra... por su reacción frente a los disparos enemigos, al sufrimiento, a la derrota, al acoso continuo, a las situaciones adversas".²⁷

Es en este marco, pues, que el campesino se hace recluta, el recluta soldado y éste, finalmente, soldado revolucionario. La guerra lo instruye, templea y transforma. En definitiva, *reconvierte su subjetividad de oprimido en subjetividad revolucionaria*. Resulta imposible no relacionar esta fórmula con la de Frantz Fanon y la liberación del colonizado a partir de su enfrentamiento con el colonizador, aquello que Sartre canonizó como doble liberación devenida del ejercicio fusilador de los argelinos frente a los franceses: "matar a un europeo" —escribe Sartre en un memorable prólogo que hará estragos en las generaciones de los sesenta y setenta— "es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre".²⁸

La fórmula de la subjetividad revolucionaria es el sacrificio, y el vehículo, el contagio y el ejemplo. La guerra misma es el catalizador. De ahí que el Che buscara la *cubanización* de los congoleños en la experiencia de combinar guerrilleros experimentados con novatos en los frentes de batalla.

Dentro de este esquema, la función de la crítica y la autocrítica funcionan a manera de garantía. "Debemos trabajar por nuestro perfeccionamiento interno como una obsesión casi, como una impulsión constante; cada día analizar, analizar honestamente lo que hemos hecho, corregir nuestros errores y volver a empezar al día siguiente. Pero debe ser una tarea constante, una tarea donde haya mucho de análisis, autoanálisis, y por eso se debe emplear tanto la autocrítica porque es una disciplina de mejoramiento y de mejoramiento colectivo que se va estableciendo, a medida que cada uno se acostumbra a sacar a la luz todos sus defectos, todos sus errores, y discutirlos para que se corrijan."²⁹

Ahora bien: si el ejemplo basta, no hay apresuramientos; simplemente hay que empezar a predicar. Así las cosas, esta urgencia presupone una sobres-

²³ Guevara, Ernesto, "Palabras en la entrega de premios de la emulación de círculos de estudio del Ministerio de Industrias", *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 6, p. 88.

²⁴ Guevara, Ernesto, "Conferencia de prensa en Montevideo, Uruguay", 9 de agosto de 1961, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 9, p. 118.

²⁵ Carta a León Felipe, Guevara, Ernesto, *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 9, p. 389.

²⁶ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., p. 39.

²⁷ *Ibid*, p. 37.

²⁸ Sartre, Jean Paul, prólogo a Fanon, Frantz, *Los condenados de la Tierra*, FCE, México, 1963, p. 20.

²⁹ Guevara, Ernesto, "Palabras en la entrega de premios de la emulación de círculos de estudio del Ministerio de Industrias", *Escritos y discursos*, op. cit., tomo 6, p. 89.



La voluntad y el sacrificio como ética de vida.

timación del ejemplo como pedagogía; la falta de preparación y organización serán, en todo caso, males graves, pero menores en comparación con la pasividad. De hecho, Guevara reconoce que toda la campaña del Congo esta mal preparada inclusive desde los propios cubanos, pero la urgencia de la acción ejemplificadora resultaba prioritaria. No es extraño que en su diario africano enfatizara: "Tal era nuestra labor de sembradores al voleo, lanzando semillas con desesperación a uno y otro lado, tratando de que alguna germinara antes del arribo de la mala época".³⁰ Y más adelante concluiría con fatalismo: "Nuestro empeño estuvo encaminado al fin de descubrirlos entre la hojarasca, pero el tiempo nos ganó la partida".³¹

Resulta llamativa la apelación que hace el Che al *tiempo*, del poco tiempo, como un factor de derrota. En su imaginario, con más tiempo se hubieran podido hallar las bases sociales para la guerrilla, gracias a la química revolucionaria por la que la experiencia y subjetividad de los cubanos contagiaría a los reclutas congoleños y ruandeses. Pero en la necesidad de actuar rápida y eficazmente, confiando en que la experiencia haga su trabajo, el tiempo siempre es el actual y, por lo tanto, el de la acción.

En este sentido, la teoría guevariana de la pedagogía ejemplificadora en la guerra resulta azarosa y en definitiva fetichista. El ejemplo, transformado en una fuerza indomable capaz de vencer los rastros sociales y culturales que anidan en los individuos, termina vencido por la misma urgencia que lo activó.

¿Moralismo o urgencia política de revolucionar más países para evitar el naufragio cubano? Posiblemente no haya una única respuesta. No obstante, es posible identificar ambos elementos contenidos en su práctica revolucionaria. Esto se hace más patente a la luz de las críticas que sus propios y más queridos seguidores le hacían por lo bajo, y de las que el propio Fidel hablará extensamente. El punto en cuestión era la *premura*.

Por supuesto, hablar de premura es hablar de tiempo. Para Fidel y sus compañeros, había el suficiente para preparar pacientemente cualquier estructura confiable en cualquier lugar. Ello incluía recursos humanos, interiorizarse en la política del país en donde se pretendía intervenir, aunar mejores lazos

³⁰ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., p. 114.

³¹ *Ibid*, p. 130.



Finalmente prisionero, poco antes de ser asesinado.

el fracaso del *Comandante Segundo*, el Che mudaría de parecer. La urgencia política ganaría la partida.

Un cambio sustancial se estaba operando y redundaría en una vuelta de tuerca en su pedagogía revolucionaria. Si el guerrillero prefiguraba al *hombre nuevo*, estaba decidido a mostrar en su práctica los principios ejemplares originales. En sus términos, "sembrando ejemplos por doquier".

De la experiencia colectiva al ejemplo individual

Casi todos los escritos iniciales del Che acerca de la formación de guerrillas llevan el inconfundible sello de lo colectivo. Para él, ninguna guerrilla y ningún ejército popular puede estructurarse sin el concurso de las masas campesinas; en su perspectiva, el sujeto revolucionario continental por excelencia. Sería ocioso retratar aquí la infinidad de referencias acerca de la relación guerrilla-pueblo que, lejos de tratarse de una apelación retórica, está basada en la experiencia misma de la Revolución Cubana; experiencia en la que, efectivamente, los rebeldes barbados de la sierra hallaron en los campesinos pobres de la Maestra y el Escambray una base de aprovisionamiento de víveres, información, combatientes y seguridad excepcional.

No obstante, a medida que las experiencias guerrilleras continentales, avaladas por Cuba y con especial interés por el propio Guevara, fueron derrotadas inapelablemente, la confianza en la fusión guerrilla-pueblo fue desplazándose cada vez más hacia las virtudes militares de los focos a implantar, primero, y luego a una sobrevaloración de su propia influencia personal.

Este desplazamiento se hace evidente a partir de 1963, cuando la experiencia cubana se muestra cada vez más excepcional y no se repite en los intentos guevarianos en Dominicana, Guatemala y Nicaragua, realizados por entonces.

Guevara había extraído una conclusión de hierro de su experiencia cubana: la acción de un foco rebelde no tardaba en sumar tras de sí al conjunto de los explotados, pero nada de ello volvió a suceder en los países citados. Convencido de que el método era el correcto, desde entonces prestó mayor atención a los aspectos logísticos de los propios focos, a los que intentará dotar de una mayor excelencia organizativa. En este sentido, la experiencia del EGP de Masetti en la Argentina es un punto de inflexión. Nunca antes se había invertido tanta logística antes de emprender una campaña guerrillera. Por eso el nuevo fracaso será para él desolador y también una bisagra. De ahora en más, se consagraría personalmente a dirigir la guerrilla, echando mano como último recurso a su propia capacidad y experiencia para transferírsela a los revolucionarios del país escogido. Toda la secuencia del Congo primero, y de Bolivia después, está impregnada por esta íntima convicción.

En esta dirección es justa la apreciación de Ricardo Piglia cuando dice: "... Guevara no propone nada que no haga él mismo. No es un burócrata, no manda a los demás a hacer lo que él dice. Él lo hace. Esta es una diferencia

³² Citado en Gálvez, William, op. cit., p. 33.

esencial, la diferencia que lo ha convertido en lo que es. El que paga con su vida la fidelidad con lo que piensa”.³³

No obstante sus esfuerzos, el Che no cosechará ningún éxito. Por el contrario, atrapado en la pedagogía del ejemplo, la respuesta que recibirá será por demás desalentadora. La esperanza de *cubanizar* a los africanos se manifiesta en su flagrante oposición: la *congolización* de aquellos y la empresa hacen aguas. En este marco, el Che apelará a extremar aún más su teoría. En su perspectiva, el déficit se hallaba en la calidad insuficiente de los reclutas, en la baja moral producto de la falta de auténticos jefes en los frentes y en la relajada moral de los propios revolucionarios cubanos que, desalentados por el panorama, decayeron en su revolucionarismo. De hecho, varios cubanos solicitaron su baja y regresar a la isla, lo que para el Che resultará doblemente doloroso e inaceptable.

Aguardando que la química ejemplificadora hiciera su trabajo, Guevara apelará a una singular prédica moral basada en una disciplina espartana y una moral estoica. Alarcón Ramírez –Benigno– cuenta un episodio estremecedor que da cuenta de la situación reinante y de los esfuerzos del Che para remediarlo mediante el autoritarismo moral más radical. Cuenta Alarcón Ramírez:

“El Che impuso un reglamento: que el cubano que realizara un acto sexual con una congoleña tenía que casarse y regresar a Cuba con esa mujer, independientemente de que fuera ya casado o no. Un día, a uno que estaba casado en Cuba y tenía dos hijos, lo cogieron haciendo el amor con una congoleña. Los casaron y, como lo que decía el Che siempre se cumplía, ese compañero ya vio llegar el momento en que estaría obligado a marcharse con aquella negrita. Él era negro también. El Che le dijo:

–Tienes que llevártela.

El compañero se apoderó en un combate de unos cuantos francos y se los dio a la negra para que se fuera; ella se fue, le salía mejor, y él se quedó librado de ella. A los pocos días, el Che le preguntó:

–¿Y tu negra?

–No sé, hace como tres días que no la veo.

Pero el Che mandó a buscar a la señorita en una aldea cercana, y entonces el hombre aquel se pegó un tiro”.³⁴

Guevara apostaba a una seria mixtura de disciplina, autoridad y ejemplo: los cubanos debían ser los más audaces y solidarios de las columnas, y, a la vez, no tener ninguna diferenciación en cuanto a los abastecimientos y tareas cotidianas. “Para ello es necesario, en primer lugar, esforzarse por ejercer un auténtico compañerismo revolucionario de base... Tenemos en general más ropa y más comida que los compañeros de aquí; hay que compartirla al máximo... el afán de enseñar debe primar en nosotros, pero no de una manera pedante... La modestia revolucionaria debe dirigir nuestro trabajo político y debe ser una de nuestras armas fundamentales, complementado por un espíritu de sacrificio que no sólo sea ejemplo para los compañeros congoleños, sino también para los más débiles de nosotros.”³⁵

Guevara intentará poner orden a la deshinchada tropa, pero encerrado en un paradójico y fatal entramado: si los reclutas no son buenos, la experiencia en el combate será desastrosa, pero sólo la experiencia misma es quien puede rescatarlos. Sin embargo, la acumulación de fracasos, tanto organizativos como militares, lo llevarán a mudar en unos pocos meses esta idea y su opción será otra: “Se había resuelto entonces formar un núcleo de ejército mejor abastecido de equipos y mejor comido que el resto de la tropa congoleña; estaría directamente bajo mi mando, sería la escuela práctica convertida en núcleo de ejército”, y luego: “El proceso de incorporación debe ser gradual, a partir de un grupo pequeño pero acerao, para poder realizar la selección inmediata de los nuevos combatientes, expul-

³³ Piglia, Ricardo, op. cit., p. 32.

³⁴ Alarcón Ramírez, Daniel, *Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de la Revolución*, Tusquets, Barcelona, 1977, p. 106.

³⁵ “Mensaje a los combatientes”, Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., p. 103.



Congo, y después Bolivia, escenarios de combate del Che.

sando a todo el que no cumpla las condiciones exigidas. Debe seguirse por lo tanto, una política de cuadros”.³⁶

La diferencia entre una y otra posición no es un mero detalle y en verdad guarda algo más que diversas opciones logísticas u operativas, para revelar un cambio político estratégico que, de alguna manera, involucra también un *cambio formal en la concepción de cómo hacer una Revolución*.

El Che pasará, pues, de incorporarse a un ejército de liberación a formar una guerrilla de cuadros. Poco después, las derrotas lo acercarán a una conclusión que *por primera vez rompía la lógica del ejemplo, para asentarse en la del análisis político, social y cultural de la empresa*.

En el epílogo de su diario africano, el Che realiza una suerte de balance global de la experiencia, reconociendo implícitamente que sus sopor-tes conocidos –voluntad, ejemplo– no son estrategias suficientes ante una sociedad que, en su particularidad, plantea incógnitas aún no debidamente resueltas: “¿Qué podía ofrecer el Ejército de Liberación a ese campesinado?” –señala el Che– “Es la pregunta que siempre nos inquietó. No podíamos hablar aquí de reforma agraria, de propiedad sobre la tierra porque ésta estaba allí, a la vista de todos; no podíamos hablar de créditos para entregar útiles de labranza, porque los campesinos comían de lo que

labraban con sus instrumentos primitivos y las condiciones físicas de la región no se prestan tampoco a ello... ¿Qué ofrecer?... Creo que exige una labor de investigación de pensamiento más profundo este problema de táctica revolucionaria que plantea la no existencia de relaciones de producción que hagan del campesino un hambriento de tierra”.³⁷

Para el Che, pues, se imponía una nueva revelación: el África atrasada y atravesada por tribus cuya economía distaba de las sociedades que le eran más conocidas, exigía tiempos de desarrollo que no podían ser impuestos por comando alguno. Y, arriesgando una posible salida al interrogante congoleño, él subraya: “El impacto de las ideas socialistas debe llegar a las grandes masas de los países africanos, no como un transplante, sino como una adaptación a las nuevas condiciones y ofreciendo una imagen concreta de mejoras sustanciales que puedan ser, si no palpadas, imaginadas claramente por los habitantes. Para todo ello” –concluye el Che–, “sería ideal la organización de un partido de bases realmente nacionales, con prestigio en las masas, un partido con cuadros sólidos y desarrollados; ese partido no existe en el Congo”.³⁸

En su reflexión inmediata al fracaso congoleño, Guevara contrapondrá al África colonial la realidad de una América Latina donde la lucha se ha

³⁶ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., pp. 173 y 263.

³⁷ Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., pp. 253-254.

³⁸ *Ibid.*, p. 271.

encarado con un claro sentido popular y antiimperialista, y, en última instancia, socialista. De alguna manera, su fracaso en África ya le auguraba nuevo destino.

Finalmente, Guevara se pregunta cuál debe ser el rol de los revolucionarios internacionalistas en el Congo actual; no duda en la colaboración con armas, cuadros, entrenamiento e, incluso, ayuda financiera, "Pero tenemos que cambiar uno de los conceptos que ha guiado nuestra estrategia revolucionaria hasta hoy: se habla de ayuda incondicional y eso es una equivocación. Cuando se ayuda se toma una posición y esa posición se toma en base de determinados análisis sobre la lealtad y la efectividad de un movimiento revolucionario en la lucha contra el imperialismo... para asegurar ese análisis debemos conocer y, para ello, intervenir más dentro de los movimientos."³⁹

En los casi nueve años y medio que median entre el embarque del Che en el *Granma* para trasladarse a Cuba y en el de la barcaza –aun más precaria que aquella– que lo depositara en territorio del Congo median una serie de experiencias que afectaron seriamente al Che y que se expresaran sin equívocos en sus diarios. De hecho, es notorio que a diferencia de *Pasajes de la Guerra Revolucionaria: Sierra Maestra; 1959*, buena parte escrito en clave de crónicas epopéyicas, *Pasajes de la Guerra Revolucionaria: Congo*, es el meditado análisis de una operación derrotada. Precediendo al primero, el Che estaba dominado por un pensamiento transparente que ya el 15 de julio de 1956 definió en carta a su madre Celia: "La responsabilidad histórica de los hombres que realizan las esperanzas de Latinoamérica es grande. Es hora de que se supriman los eufemismos. Es hora de que el garrote conteste al garrote, y si hay que morir, que sea como Sandino y no como Azaña... Es necesario no tener blandura, no perdonar traiciones. No sea que la sangre de un traidor que no se derrame cueste la de miles de bravos defensores del pueblo".⁴⁰

Para cuando la operación en el Congo ya había sido derrotada, el Che madurará una reflexión más política, aunque con las fronteras que su formación en la acción y sus urgencias políticas le permitían. Incluso es notorio que dos de sus cuadros más cercanos en el Congo ya habían llegado a la conclusión de que nada tenían que hacer allí: Fernández Mell recuerda: "Nosotros le decíamos que en Cuba había un pueblo en contra de Batista y allí no había un pueblo en contra de nada". Y Emilio Aragonés, en la misma dirección, señaló: "Nosotros no entendíamos qué cojones estaba haciendo allí".⁴¹ De aquí que tenga un redoblado valor el balance que hace, en especial acerca del conocimiento previo del país en el que intervendrán. Una diferencia notable, para el caso, con la experiencia ensayada con Masetti en la Argentina. En carta a Fidel Castro del 5 de octubre, escribe: "Soumeliot y sus compañeros les han vendido un tranvía de grandes dimensiones"; finalmente cierra su carta: "Confíen un poco en mi criterio y no juzguen por las apariencias. Sacudan a los encargados de administrar una información veraz, que no son capaces de desentrañar esta madeja y presentan imágenes utópicas, que nada tienen que ver con la realidad. He tratado de ser explícito y objetivo, sintético y veraz. ¿Me creen?"⁴²

La experiencia africana del Che prefigura su destino inmediato. Con serias oposiciones en el seno de la dirigencia cubana, y con su renunciamiento leído por Fidel a todo el mundo,⁴³ el regreso a Cuba se hacía poco menos que imposible. Al mismo tiempo, el Che mantenía su convicción de que la internacionalización de la revolución constituía la mejor defensa que podía tener la isla frente a las sostenidas amenazas que la cercaban. África, en su tribalismo, pedía tiempos que el Che no tenía. América Latina volvía, una vez más, a presentar el campo de cultivo apropiado.

Pero esa es otra historia, y otro diario. ●

³⁹ Ibid, p. 275. El destacado me pertenece.

⁴⁰ Guevara, Ernesto, *Otra vez. El diario inédito del segundo viaje por América Latina (1953-1956)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, p. 166. El destacado me pertenece.

⁴¹ En Taibo II, Paco Ignacio, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Planeta, Buenos Aires, 1996, p. 580.

⁴² Guevara, Ernesto, *Pasajes de la guerra...*, op. cit., carta a Fidel Castro, 5/10/1965, pp. 156 y ss.

⁴³ La carta de despedida que Guevara había dejado a Fidel, renunciando a todos los cargos y puestos en el gobierno y el partido, fue leída por este último el 24 de octubre, en las postrimerías del fracaso total de la campaña africana. Cuando se enteró, el disgusto del Che fue colosal, y escribió en su diario congoleño: "Ésta provocó el que los compañeros vean en mí, como hace muchos años, cuando empecé en la sierra, un extranjero en contacto con cubanos... La carta que provocó tantos comentarios elogiosos en Cuba y fuera de ella, me separó de los combatientes"; *Pasajes de la guerra*, Guevara, E., op.cit., p 265.

Novedades 2007

▫ La memoria de los de abajo

1945-2007 (Vol.1 y 2)

3000 biografías de
militantes del peronismo
revolucionario.

Roberto Baschetti /
colección campana de palo
(aparición en marzo).



▫ De Taco Ralo a la Alternativa Independiente Vol.2: **El PB**

Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Perez / colección
campana de palo (en preparación).

▫ Kronos III: **La Derrota**

Alberto Lapolla / colección campana de palo.
(en preparación)

▫ Córdoba Rebelde: el cordobazo, el clasismo y la movilización social (1969-1976)

James Brennan y Monica Gordillo / colección
campana de palo (en preparación).

▫ Manuel Scorza: **Narrativa Completa** (6 volúmenes) / colección canto rodado

Redoble por Rancas (cantar primero)

Historia de garabombo el

invisible (cantar segundo)

(aparición en abril)

Otros **Títulos Editados:**

Eduardo Aste: **Lo que mata de las balas es la velocidad**

Una historia de la contralaborista del 72.

Luis Molini: **Hombres y Mujeres del PRT - ERP** (reedición).

Samuel Blixen: **Sendic**

Inko Pincernim: **Dar la vida**

Juan Gasparini: **Montoneros final de cuentas**

Corintio Chavez: **La masacre de Plaza de Mayo**



De la Campana
Editorial

7 Nº1288(e/ 58 y 59) La Plata - Tel: (0221) 422-7174/
427-5126 e-mail: delacampana@sinectis.com.ar

Librería Universitaria de Buenos Aires

- **Libros de más de 50 editoriales
universitarias españolas.**
- **Librería avalada por la AEUE**
(Asociación de Editoriales Universitarias Españolas)

Tucumán 1726 - C1050AA - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Argentina - Tel. **4371-3883** - e-mail: **ludeba@ciudad.com.ar**

LIBROS PARA VOLVER A PENSAR NUESTRA HISTORIA

Dr. Sabido - 74c



Marcelo Larraquy
PREMIO KONEX 2007
en Periodismo de
Investigación



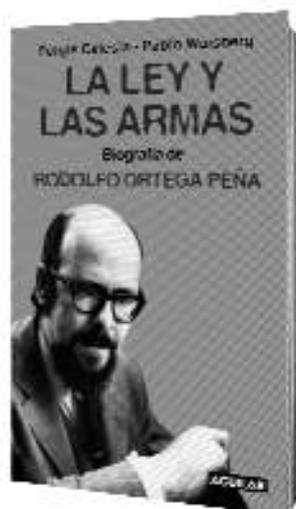
FUIAMOS SOLDADOS
Historia secreta de la
contraofensiva montonera



LÓPEZ REGA
El peronismo y la triple A

**VOCES EN
LAS CALLES**
Los volantes
políticos en la
historia argentina
RICARDO DE TITTO

La historia política
argentina desde la
colonia hasta hoy,
vista a través de
más de 1000
reproducciones de
volantes y panfletos



LA LEY Y LAS ARMAS
Biografía de Rodolfo
Ortega Peña
FELIPE CELESIA
PABLO WAISBERG

La primera biografía de
Rodolfo Ortega Peña,
intelectual, político
y abogado defensor
de presos políticos
en los '70.

AGUILAR

Aguilar, Altea, Alfaguara, Taurus S.A. de Ediciones - Av. Leandro N. Alem 720 (CaesAAP), Ciudad Autónoma de Buenos Aires - www.alfaguara.com.ar

Arquetipos del compromiso militante en la revista Cristianismo y Revolución

ESTEBAN CAMPOS*

"Danko miró a aquellos por quienes se había sacrificado y vio que eran semejantes a las bestias. Detrás de los ojos que lo miraban no había almas. Comprendió que ninguno le tendría compasión y, ante esa ignorancia, estalló la ira en su corazón. Luego sintió una piedad muy grande, una angustia tremenda, y pensó que sin él, aquel pueblo querido caminaría hacia la muerte. Y entonces sintió una necesidad de salvar a aquellos miserables."

Máximo Gorki, *El héroe*.

* Historiador, UBA

¹ G. Morello, *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Universidad Católica de Córdoba, 2003, p. 147.

El siguiente trabajo explora las relaciones entre el problema de la violencia y las formas del compromiso militante que se expresan a través de las prácticas discursivas de la revista *Cristianismo y Revolución* (CR, en adelante). Forma parte de una investigación más amplia cuyo objeto es demostrar la existencia de una hegemonía alternativa de las clases subalternas entre 1966 y 1972, momento que coincide con el nacimiento, desarrollo y desenlace de la fuente utilizada. Este medio de comunicación militante aparece vinculado a grupos católicos integristas y de izquierda, publicado por el ex seminarista Juan García Elorrio y su compañera Casiana Ahumada junto con varios colaboradores, donde se destaca uno de los grupos fundadores de la organización Montoneros. Este trabajo intenta demostrar que los arquetipos literarios del mártir, el profeta y el héroe constituyen una mediación discursiva que introducen el tema de la violencia política en CR a través de una sucesión de equivalencias y diferencias que varían en su contenido de acuerdo con la relación entre texto y contexto.

La revista era una herramienta de agitación y propaganda que denunciaba a la dictadura, y al mismo tiempo se solidarizaba con los procesos revolucionarios del Tercer Mundo, vinculándose con otros grupos similares en Chile y Uruguay. Se repartía en facultades o en las reuniones de sacerdotes que simpatizaban con las luchas sociales.¹ Para someter nuestra hipótesis provisoria a un primer paso de comprobación empírica, vamos a analizar las figuras de Santiago Pampillón, Camilo Torres y el Che Guevara en relación con la organización textual de la revista, para concentrarnos en las editoriales, necrológicas y algunos artículos que publica CR entre 1966 y 1968. Si bien el tema de la violencia aparece con frecuencia en la tradición hebreocristiana, en la formación histórica de la Iglesia católica –como intelectual orgánica del feudalismo primero, y más tarde como intelectual tradicional frente a la cultura moderna– convirtió en tabú el uso de la violencia por fuera de las autoridades estatales



La justa bronca de los pobres

cuantos que por considerar nosotros, que estaban contrarios como eje en una "revolu-

dad tenemos que comenzar a consistir entre todos es la organización revolucionaria, pa-

¿Cristo guerrillero o Cristo rey?

José María González Ruiz canónigo de la Catedral de Málaga, colaborador permanente de la Revista "Concillium", es uno de los más destacados especialistas europeos en Sagradas Escrituras.

En este trabajo muestra hasta qué punto las "dudas" que provoca esta imagen del Cristo guerrillero, según las palabras del Cardenal Caggiano, están más cerca del Evangelio que las seguridades "pacifistas" de un mundo hipócrita y fariseo.

El pasado jueves santo el Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina, Cardenal Antonio Caggiano, predicó en la escalinata de la catedral porteña una extraña homilía, cuyo título era: "Imagen de Cristo Jesús vivo, según el Evangelio, en contraposición al Cristo guerrillero".

que concentraban el monopolio de la fuerza legítima.²

La revista **CR** surge luego del golpe militar de 1966. En un contexto caracterizado como de "empate hegemónico" —entre los proyectos representados por el peronismo proscrito y el bloque militar corporativo dirigido por Juan Carlos Onganía—, la revista emerge como una de las primeras formas de resistencia a la dictadura.

En un escenario político fragmentado, donde se barre con las representaciones políticas y sociales características de la democracia parlamentaria para reemplazarlas por vínculos corporativos, y frente a la actitud de "desensillar hasta que aclare" propuesta por Perón en el exilio, aparece un vacío de representatividad. El espacio público que había sido ocupado progresivamente por diferentes expresiones de la sociedad civil pasa a ser clausurado o vigilado estrictamente. Esto se expresaba en la cooptación del sindicalismo participacionista y la represión del movimiento obrero y estudiantil.

Si la formación de la "CGT de los Argentinos" en 1967 es una opción combativa dentro del sindicalismo peronista que desplaza al vandomismo, la politización del campo artístico desde las instalaciones de *Tucumán Arde* y la radicalización de militantes católicos que se separan del integrismo o del social cristianismo para vincularse con las luchas sociales del momento son parte del mismo fenómeno de creatividad social en respuesta al bloque hegemónico de la "Revolución Argentina".

Algunas consideraciones teóricometodológicas

Este trabajo propone una aproximación a las figuras de Santiago Pampillón, Camilo Torres y el Che Guevara en la revista **CR**. Este acercamiento implica dejar de lado su propia existencia como sujetos para analizarlos

² H. Portelli, *Gramsci y la cuestión religiosa*. Ed. Laia, Barcelona, 1977.

El concepto de "dominante cultural" es de Frederick Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991.

³ M. Bajtin, "Autor y personaje en la actividad estética", en *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI eds., 1979, pp. 16 y ss.

⁴ J. Henderson, "Los mitos antiguos y el hombre moderno", en C. Jung, *El hombre y sus símbolos*, (1964), p. 107.

⁵ Op. cit., p. 108. No nos interesa tanto la proyección del arquetipo heroico como expresión de la psique individual moderna en sus diferentes etapas de formación desde la niñez a la vida adulta, sino más bien que representaciones del héroe antiguo nos pueden servir para pensar las identidades políticas de los 60.

⁶ G. Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*, Ed. Actualidad, Montevideo, 1961, pp. 78-80. A pesar de ser reconocido como el principal teórico del sindicalismo revolucionario, Sorel reivindica la herencia de Marx y escribe su obra más conocida hacia 1905 en abierta oposición a la ortodoxia que se está creando durante la II Internacional. Aunque Mussolini lo incorpora a su ideología, Gramsci toma su noción de "bloque" y Mariátegui desarrolla el tema del "mito" soreliano, la originalidad de aquél reposa no tanto en el eclecticismo de sus fuentes o en la variedad de sus lectores, sino por ser uno de los primeros intelectuales en advertir la magnitud de los cambios históricos a comienzos del siglo XX, y su impacto en las categorías y las prácticas del marxismo occidental.

como parte de un texto narrativo. La crítica literaria, como herramienta metodológica, nos permitirá analizar su transformación en objetos simbólicos, en manos de un autor que los libra de la contingencia histórica y los introduce en el "mundo de la obra". En términos de Mijail Bajtin: "El autor es la única energía formativa que no se da en una conciencia psicológicamente concebida sino un producto cultural significativo y estable (...) Es el autor quien confiere la unidad activa e intensa a la totalidad concluida del personaje y a la de la obra".³

Los personajes construidos por **CR** son *arquetipos*, categoría desarrollada por Karl Jung desde la psicología analítica. El arquetipo es una forma simbólica que expresa el "inconciente colectivo", la parte de la psique que conserva y transmite una común herencia psicológica.⁴ Los mitos antiguos ponen de relieve la historicidad de la psique colectiva. Como afirma uno de los discípulos de Jung: "...la mente humana tiene su propia historia y la psique conserva muchos rastros de las anteriores etapas de su desarrollo (...) Al individuo puede parecerle que sus sueños son espontáneos y sin conexión. Pero al cabo del tiempo, el analista puede observar una serie de imágenes oníricas y notar que corresponden a un modelo significativo...".⁵

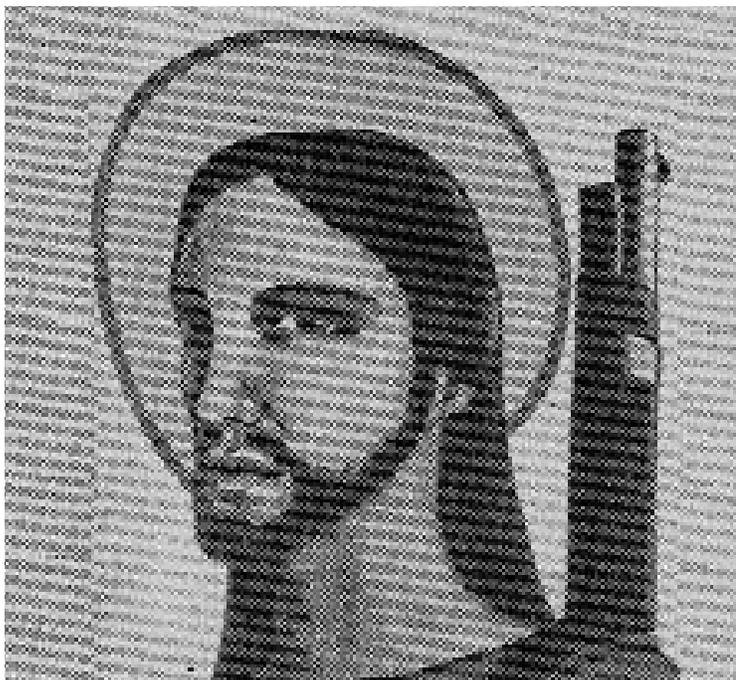
Los arquetipos son entonces aquellos modelos significativos que se pueden rastrear en los mitos antiguos y permiten explicar varios elementos de la subjetividad moderna. En este sentido, vamos a ver como las proezas, las aventuras y la muerte del héroe clásico o romántico tienen un significado en la construcción de identidades políticas, lo que se pone de relieve en **CR**.

Tertuliano escribía hacia el siglo III que la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos: el ejemplo del sacrificio personal como símbolo de una nueva era por venir es uno de los relatos fundantes de la cultura cristiana en general y de la Iglesia católica en particular. En *Reflexiones sobre la violencia*, George Sorel opina que el mártir tiende a una nueva escisión social comparable a la lucha de clases que separa en dos campos antagónicos el proletariado y la burguesía, donde la identidad del cristiano se mantiene segregada a través de la violencia.⁶ Sin embargo, en este caso puntual la violencia que abre una brecha entre cristianismo y paganismo en la antigüedad es de un signo muy distinto a la violencia proletaria, del mismo modo que la figura literaria del mártir proviene pero a la vez se distingue del héroe clásico. En 1966 las fuerzas que persiguen la liberación nacional y social se encuentran dispersas. En un contexto donde la violencia política es principalmente la del régimen, ésta aparece caracterizada en el primer número de **CR** como externa, violencia "desde arriba", absurda e irracional; se trata todavía de una violencia instrumental al servicio de la oligarquía. Santiago Pampillón tenía 24 años, era delegado gremial de la fábrica Ika y estudiaba ingeniería cuando el 7 de septiembre de 1966 fue baleado por la policía mientras participaba de una manifestación en Córdoba. El gobierno de Onganía ya contaba con la primera muerte violenta en su haber, y al mismo tiempo su figura comenzó a verse como uno de los símbolos de la lucha contra la dictadura.

¿Cómo se construye su imagen como mártir? El mártir es una persona que da testimonio con la historia de su persecución y con la destrucción de su propio cuerpo de la pureza de una causa o la fe de un grupo. En el cristianismo primitivo es la narración escatológica apocalíptica la que mantiene la cohesión de los primeros cristianos y preserva su identidad a través del martirologio. En el primer número de **CR** publicado en septiembre de 1966, a dos meses del golpe, García Elorrio escribe la primera editorial de la revista introduciendo los acontecimientos recientes en el tiempo providencial de la necesidad escatológica: "Todos –nosotros también– entramos decididamente en el camino de la Revolución. Es nuestra hora. Es la última hora y la primera (...) En definitiva, para todos los revolucionarios la opción del Último día del Evangelio se nos presenta cada jornada como el imperativo fundamental, porque, sencilla-

mente, la Revolución que estamos buscando es la única capaz de dar de comer a los hambrientos, de dar casas a los que no tienen techo, de dar salud a los que están enfermos...".⁷

Alfa y omega, principio y desenlace, la Revolución es un signo del fin de los tiempos que se suma a otros tópicos de tono apocalíptico que aparecen cuando se caracteriza a Onganía como *el último testigo*, alguien que viene a dar cuenta de la muerte del régimen de opresión y explotación barriendo con las instituciones parlamentarias y corporativas, el enterrador de un mundo vencido y caduco. Aquí se combina la escatología, como teoría religiosa del fin de los tiempos, con la certeza revolucionaria de que el militarismo es la última carta que tiene el sistema para contener la agudización de las contradicciones sociales y el ascenso de las luchas populares. ¿Cómo se inserta la



La sangre de los mártires, semilla de nuevos cristianos.

muerte de Santiago Pampillón en la trama del relato? Una referencia explícita aparece en el siguiente pasaje del editorial: "Seguramente los defensores de esta dictadura ensayarán ahora la tesis del consentimiento popular frente a la represión, a la violencia y a la muerte. Los muertos no solamente no consienten, sino que señalan la protesta, la rebeldía y la lucha".⁸

El asesinato se convierte de este modo en otro signo, señalando los dolores de parto del nuevo mundo por venir. En la necrológica ubicada al final de la revista aparece un tópico que plantea una equivalencia con el arquetipo general del héroe y puede relacionarse con forma específica del mártir. La pulsión por la muerte surge en la evocación de Santiago Pampillón: "Porque su sueño se llamaba patria, lo clavaron a mansalva (...) Nosotros tenemos un corazón como un gigantesco fusil apuntando hacia la muerte".⁹

La alegoría de la crucifixión se relaciona con el ejemplo del mártir, que desea imitar la vida de Jesús sacrificándose por los hombres en la misma forma. En el momento en el que pasan los funerales y se instala el monumento fúnebre, nace la memoria como creación de una personalidad estéticamente significativa.¹⁰ La muerte concluye la totalidad temporal de una vida en su contingencia y duración, permitiendo su cristalización en una plenitud fuera del tiempo, convirtiendo a Santiago Pampillón en símbolo de sacrificio e indicio de necesidad revolucionaria. Si la violencia es el lenguaje del sistema, entonces las palabras sobran y el martirio aparece como una respuesta moralmente aceptable en las coordenadas ideológicas del cristiano que desconfiaba aún de la violencia "desde abajo". Ahora bien, ¿eso quiere decir que los militantes que producían y distribuían la revista aceptaban sin más el martirologio como destino posible de su actividad política o como una restauración de la mística perdida del cristianismo primitivo? A través de la historia oral podemos empezar a reconstruir el hiato entre la ideología de **CR** como enunciador colectivo y el punto de vista de sus miembros particulares: "Yo no diría que en nosotros había un planteo de martirologio como... precisamente lo que no había en nosotros era la idea del mártir, si uno piensa en la idea del mártir el cristiano que llegaba inerme frente a los leones por sostener su fe. Lo que nosotros hacemos de alguna manera es romper con esa idea: te vas a enfrentar

⁷ "El signo revolucionario", **CR**, Nro. 1, setiembre de 1966, pp. 2 y 13.

⁸ *Ibidem*, p. 2.

⁹ "Santiago Pampillón", **CR**, Nro. 1, setiembre de 1966, p. 11.

¹⁰ Bajtin, M., op. cit., p. 98.



Una revista que fue modelo del cristianismo revolucionario.

con los leones pero no solamente con la fe, sino armado con algo más”.¹¹

Esto implicaba una ruptura con el concepto del mártir, según la narrativa predominante de la tradición católica. Pero esta negación del concepto sostiene un elemento originario del martirologio que permite su superación; en otros términos, era precisa la identificación con el mártir no sólo porque estaba anclado en el universo simbólico cristiano que rescataba la revista, sino especialmente porque constituía un modelo de compromiso cristiano que se debía dejar atrás.

La figura de Camilo Torres –sacerdote, sociólogo y guerrillero integrante del ELN en Colombia– presenta nuevas aristas para pensar el uso de arquetipos y figuras literarias significativas en el discurso cristiano de liberación. En el número doble que corresponde a octubre y noviembre de 1966, aún suenan los ecos del martirio de Santiago Pampillón en el edito-

rial de García Elorrio o en notas como “Los cristos prohibidos”, una carta de despedida de dos sacerdotes vinculados a la parroquia Cristo Obrero de Córdoba. Allí se emplea un tono similar al del primer número, denunciando la persecución y situándose como víctimas en un paralelo simbólico con los primeros mártires del cristianismo. En esta edición también aparecen los primeros artículos sobre línea política y de repaso por las distintas expresiones de protesta social, como ocurre con la publicación de la sección “Definiciones” que inaugura John W. Cooke y el rescate de los sindicatos combativos de la industria azucarera en Tucumán.

El número cuatro de **CR**, publicado en marzo de 1967, aparece con su portada, notas centrales y parte final dedicada a Camilo Torres, quien había muerto en un enfrentamiento el año anterior. La figura del sacerdote que elige la lucha armada y entiende la Revolución como la manera más eficaz de realizar el amor al prójimo se diferencia claramente de la del mártir. Aunque Camilo muere en combate y sacrifica su vida, su figura puede entenderse mejor desde el arquetipo del profeta, que analizaremos desde la sociología de la religión. A diferencia de la figura del mártir, en este caso la pulsión por la muerte no es el tema central, ya que el profeta toma la palabra y elabora un discurso de tipo escatológico apocalíptico sobre el nacimiento catastrófico de una nueva era. Posee algún contenido equivalente en relación con la figura del héroe trágico, con una preocupación por el destino prefijado e irreversible que se pone de relieve con su mensaje de “Liberación o muerte”. Pero lo más importante, tomando en cuenta el tratamiento de la revista en su conjunto, es rescatar el ejemplo del personaje *en vida*: el Camilo Torres sacerdote, sociólogo y revolucionario. La muerte ya no habla por sí sola. El editorial de García Elorrio nos muestra un primer desarrollo del tema de la violencia revolucionaria como respuesta a la violencia del sistema: “En medio de la lucha revolucionaria, que es el signo de nuestro tiempo, hay también un lugar para los cristianos que reconocen en el amor la razón y el fundamento de una nueva violencia que termine con la violencia de cada día, implantada para hacer que los hombres nunca lleguen a ser realmente hombres y por lo tanto nunca lleguen a Dios”.¹²

¹¹ Entrevista colectiva a Graciela Daleo, Antonia Canizo y Pablo Zelenay. Programa de Historia Oral (UBA).

¹² “Bajo el signo de Camilo”, **CR**, Nro. 4, marzo de 1967, p. 2.

La violencia no aparece ya sólo como negación, como aquello que no deja constituir plenamente al ser humano para acercarse a Dios. En la línea de Franz Fanon y la contraviolencia, comienza a diferenciarse un modo de usar la fuerza en forma directa como afirmación y como respuesta.¹³ El carácter profético de Camilo Torres se revela en la semblanza del canónigo Francois Houtart: "...creo que la enseñanza más profunda y durable del gesto de Camilo reside en su carácter profético. El profeta es utilizado por Dios para recordar a su pueblo su pecado (...) el profeta es aquel que señala la injusticia de una sociedad y eso es lo que Camilo ha hecho y es en ese sentido que su gesto fue profético".¹⁴

Para Max Weber, el profeta es un portador personal de carisma que anuncia una doctrina religiosa o una revelación divina.¹⁵ Se opone al sacerdote porque no reclama la autoridad de ninguna tradición ni es rentado como un funcionario (recordemos que Camilo Torres había renunciado a su condición eclesiástica para abrazar la lucha armada). Lo que distingue al profeta es su discurso, en forma de predicación emotiva oral –como ocurre con Ezequiel, Jeremías y la mayor parte de los profetas hebreos– o escrita, como es el caso de las enseñanzas de Mahoma. Lo interesante en la sociología de la religión de Weber, es la diferenciación entre profeta y filósofo, ya que pone de relieve su elocuencia como predicador y su misión religiosa afirmando que el profeta se parece a un publicista político. La figura de Camilo Torres como profeta implica un cambio respecto a la posición pasiva del mártir. Esto obedece a un contexto histórico en el que comenzaba a revertirse la desorganización, tras los primeros meses del golpe, y aparecían distintos focos de resistencia aún dispersos que desafiaban el proyecto militar corporativo de Onganía. Los trabajadores portuarios de Buenos Aires, los obreros del azúcar en Tucumán, la vitalidad del movimiento estudiantil y el compromiso de los curas obreros eran muestras de este escenario fragmentado en creciente ebullición. En mayo de 1967, García Elorrio es detenido cuando interrumpe en la misa del cardenal Caggiano para leer una declaración de protesta. Casi al mismo tiempo, algunos de los militantes más jóvenes de **CR**, entre los que se contaban quienes más tarde serían unos de los grupos fundadores de la organización armada Montoneros, establecían sus primeros contactos con Envar El Kadri, cuadro de la Juventud Peronista y fundador de las FAP un año más tarde. Incorporarse a la lucha armada parecía ser una cuestión de días o meses, pero la muerte del *Che* Guevara en 1967 llevaría a poner en el centro de la revista a la figura del guerrillero heroico.

La muerte del *Che* en la selva boliviana produce un quiebre en el campo de las izquierdas, polarizando aún más las posiciones a favor o en contra de la lucha armada como necesidad inmediata de la estrategia revolucionaria. Hasta el momento, tanto la idea guevarista de aprovechar la experiencia de la Revolución cubana –abriendo un foco rural para practicar la guerra de guerrillas hasta generar las condiciones de la insurrección urbana–, como la construcción de un ejército popular para una guerra prolongada –según el enfoque maoísta– eran rechazadas por las direcciones de la izquierda orgánica y del peronismo combativo. La estrategia armada se consideraba, alternativamente, militarista, elitista, ajena a una tradición de lucha nacional o simplemente herética. De ese modo, una forma de mantener viva la llama de la lucha armada en la Argentina pasaba por amplificar el escenario de las luchas populares al Tercer Mundo y a América Latina en particular, intercalando noticias de Brasil, Cuba, Chile, Uruguay con los informes de carácter local. La revista recrea un clima de luchas múltiples que unifica la efervescencia del *Black Power* en Estados Unidos, la saga de los guerrilleros vietnamitas y el calvario del *Che* en Bolivia.¹⁶ Hablar de derrota o concebir su muerte como tragedia implicaba negar la realidad de la lucha armada en Latinoamérica, y así la heroización se ofrece como la alternativa más estable de un discurso triunfalista que

¹³ Fanon, Franz *Los condenados de la tierra*, FCE, 1971, pp. 85-86. Publicado en lengua francesa hacia 1961, el texto del psiquiatra y militante del FLN argelino revisa la teoría marxista y la estrategia socialista ajustando algunas de sus premisas básicas frente a las condiciones sociales particulares de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo. La preocupación principal de Fanon es combatir la burocratización de los partidos revolucionarios, por eso su análisis de la violencia colonial y la contraviolencia del colonizado rescata la politización espontánea de masas que surge de la lucha anticolonial en África a mediados del siglo XX, que aparece al final del proceso revolucionario como antídoto frente a la traición de los cuadros nacionalistas y el pacto neocolonial. Esta obra era una lectura recurrente en el Comando Camilo Torres, la infraestructura militante que participaba en la edición y la distribución de la revista.

¹⁴ "Camilo sacerdote", **CR**, Nro. 4, marzo de 1967, p. 9.

¹⁵ Weber, Max *Economía y sociedad*, FCE, 1944, Tomo II, p. 116.

¹⁶ Gil, Germán, "Cristianismo y Revolución. Una voz del jacobinismo de izquierda en los 60", en edición digital de **CR**, CEDINCI, 2003.

necesita construir mitos para generar hechos políticos.

Según el modelo de Joseph Campbell, elaborado en base a los aportes de Freud, Jung y la antropología, el arquetipo del héroe es universal. Tiene rasgos comunes que permiten construir una tipología haciendo abstracción de las diferencias culturales, y su función simbólica se observa en la repetición de ciertos tópicos. El viaje iniciático de Jasón y los argonautas, las proezas guerreras del héroe irlandés Cuchulainn, la separación momentánea del mundo y la reintegración a la sociedad en el conocido ejemplo de Moisés, la muerte y resurrección de Jesús, son algunos de los elementos que se repiten en la estructura de varias narraciones heroicas, con algunas variaciones de forma que no afectan en lo sustancial al modelo: "El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva".¹⁷

La singular vida del *Che* converge con el esquema de la narración heroica. El viaje en motocicleta por los caminos de América Latina como rito de iniciación, las primeras proezas guerrilleras, la separación momentánea del mundo con su ascenso a la Sierra Maestra, y finalmente una reintegración victoriosa en la sociedad tras la entrada del Ejército Rebelde a La Habana en 1959. Pero más allá de estos detalles generales, nos interesa analizar cuales son las marcas de heroicidad del *Che* en la organización textual de **CR**, algo que se pone de relieve en el suplemento especial que se edita en su homenaje a fines de 1967. Para el padre Hernán Benítez: "Ha muerto con las características de los héroes de leyenda, quienes en la conciencia popular no mueren. Como los judíos del Viejo Testamento creían siempre vivo al profeta Elías, los españoles del Medioevo al Cid Campeador y los galeses a Artús, es posible también que en los años venideros los soldados del Tercer Mundo crean sentir la presencia alucinante del *Che* Guevara en el fragor de las luchas guerrilleras".¹⁸

Términos como "proeza", "hazañas" y "muerte heroica" se repiten en otros artículos del suplemento, en el discurso de Fidel Castro o en el comunicado del Comando Camilo Torres. Pero el padre Benítez va aún más allá en la construcción del arquetipo: el *Che* es un "héroe cristiano", y es aquí donde aparece el tema de la muerte y resurrección heroica entendida como forma de amor al prójimo, destrucción del cuerpo y triunfo sobre la muerte. Un poema de Julio Huasi incluido en el suplemento tiene un pasaje significativo al respecto:

"Jesús, baja de la cruz, se terminó el calvario.
Toma el fusil Camilo, deja los clavos y dispara
Se acabó la era de la segunda mejilla".¹⁹

Por otra parte, tanto el Comando Camilo Torres como las palabras de Fidel Castro insisten sobre la "muerte física" en oposición a lo trascendente de la estela ejemplar y de los ideales que sobreviven al Comandante. Como ocurre con la mayoría de los héroes, el *Che* triunfa sobre la muerte y vive gracias a sus proezas. Su perfil se relaciona con el héroe guerrero, capaz de derrotar a ejércitos enteros como Sansón o Hércules, y símbolo de regeneración, de aquella fuerza redentora que viene a destruir lo viejo. En el mito helénico de Teseo y en el del minotauro, o en la leyenda germánica de Sigurd y el dragón Fafnir, los enemigos del héroe guerrero siempre son custodios o conservadores de lo caduco, de aquello que merece perecer. La cristianización del *Che* entonces se inserta en el discurso escatológico apocalíptico de la revista y tiene sentido con la inserción gradual de una pedagogía de la necesidad de la revolución violenta, que lleva a través de figuras literarias la transfiguración del mártir en el profeta y del profeta en el héroe.²⁰ La diferencia fundamental entre Camilo y el *Che* estriba en que mientras el prime-

¹⁷ Campbell, Joseph, *El héroe de las mil caras*. Biblioteca de psicología y psicoanálisis, FCE, México, 1949, p. 35.

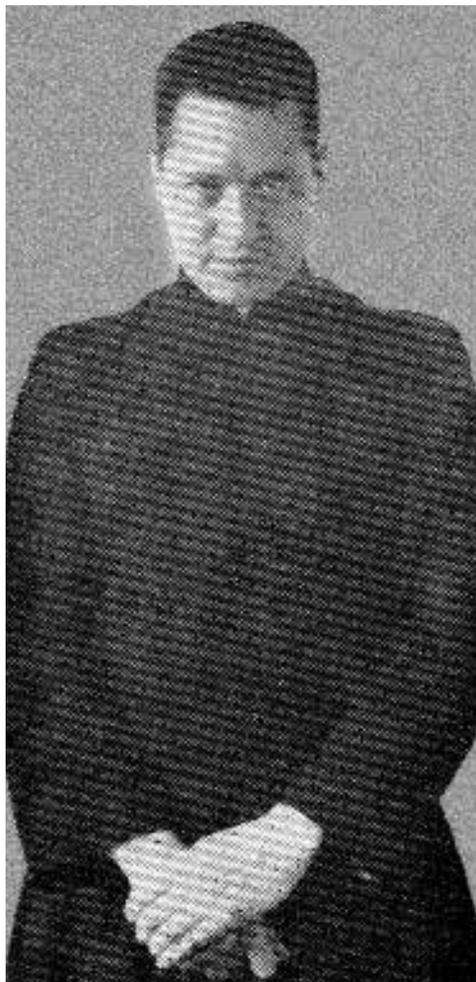
¹⁸ "Testimonio del padre Hernán Benítez", en suplemento **CR**, Nro. 5, noviembre de 1967, p. 36.

¹⁹ "Che", por Julio Huasi, op. cit., p. 36.

²⁰ La idea de una "pedagogía de la necesidad de la violencia" es de Germán Gil, op. cit., p. 10. Aquí preferimos modificar el sentido de la frase en un sentido crítico, ya que en la revista el significante "violencia" como afirmación adquiere sentido cuando se lo incluye en una red conceptual en relación con el significante "Revolución".

ro encarna el compromiso cristiano, el segundo simboliza la victoria revolucionaria, el triunfo de la liberación sobre la muerte. En las propias palabras del *Che*, publicadas en la tapa de **CR** a fines de 1967, la violencia y la pulsión por la muerte ofrecen un aspecto muy distinto al armado del primer número en 1966: "Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar donde nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria".²¹

Aquí la guerra como violencia organizada es immanente a la identidad política revolucionaria, que se condensa en la táctica de la lucha armada. Al igual que la teoría de la violencia de Franz Fanon, es constitutiva, catártica, se respira en el aire y penetra directamente en los sentidos. El desplazamiento de significado levanta al oprimido de su estado de víctima y lo transforma en vindicador. El *Che* es recortado en una totalidad significativa sólo cuando muere, transformando la derrota militar en victoria política mediante la aplicación de figuras literarias que se interpolan en una dimensión fronteriza entre la estética y la propaganda política. Después de la muerte del *Che*, la frustrada experiencia de las FAP en Taco Ralo hacia octubre de 1968 plantea un cambio en la modalidad de la lucha armada en la Argentina. Se corre su eje territorial del campo a la ciudad, pero no se produce una crítica en el plano estratégico ni en relación con la línea política. Por el contrario, después del dolor y el desconcierto iniciales, el hecho que podría haber sido interpretado como una batalla perdida en el plano político y militar es asimilado como un paso más en la larga marcha de la lucha armada. Como podía verse desde la ilusión de inmediatez y proximidad que gozaban las experiencias de la Revolución china y la cubana en la perspectiva de un sector de la militancia sesentista, o más allá en el pensamiento de Lenin y Rosa Luxemburgo, el camino de la Revolución estaba empedrado de triunfos y derrotas, y ambos daban profundas lecciones políticas. En última instancia, una derrota militar podía dar a luz una victoria política en el futuro, tal como había sido interpretado el asalto al cuartel Moncada en 1953 en la reconstrucción histórica de los revolucionarios cubanos. Quizás precisamente por eludir el balance negativo, los arquetipos del compromiso militante creados por **CR** contribuyeran a afirmar, desde el campo de la cultura, a una de las principales luchas democráticas contra la dictadura de Onganía. ●



Camilo Torres, el sacerdote colombiano que se integró como combatiente en el Ejército de Liberación Nacional.

²¹ Che Guevara.

“El PRT también se forja en la cárcel”

Sentidos y prácticas de la resistencia entre los militantes del PRT-ERP encarcelados durante la última dictadura

SANTIAGO GARAÑO*

“La cárcel es un capítulo siempre posible en la vida de un revolucionario. (...) Al caer en manos del enemigo a todo combatiente se le presenta una opción: o se considera la prisión como un forzado paréntesis en su militancia o se la considera una prolongación de la misma en un terreno distinto y probablemente más duro. La primera alternativa significa aceptar resignadamente que la cárcel es una especie de ‘invernadero’ obligado y, por consiguiente, deponer la resistencia mientras ella dura, o mantenerla en un estado de latencia. La segunda obliga a tensar más aún la voluntad de lucha adaptando y adecuando los métodos y las tareas a las especiales condiciones de prisión. La primera es, en general, coincidente con la finalidad de los carceleros. La segunda es el camino que han elegido invariablemente los revolucionarios.”

El Combatiente, Nº 181, 3/9/1975.

Los testigos

* Antropólogo, UBA

Inicialmente, las inquietudes de esta investigación giraban en torno a la experiencia de los presos políticos durante la última dictadura en la Argentina. La oportunidad del encuentro con David, un ex preso político cordobés exiliado en Suiza, permitió el replanteo de estos interrogantes al ampliar el alcance de esa experiencia. David había estudiado veterinaria en la Universidad Nacional de Río Cuarto –donde se unió a la Agrupación Universitaria del Peronismo de Base (PB)– aunque luego abandonó la carrera, decidió *proletarizarse* y empezó a trabajar en una fábrica de baterías. Fue detenido el 27 de mayo de 1976 en la ciudad de Córdoba. Estuvo dos días “desaparecido” en la Central de Policía y luego fue llevado a Río Cuarto, donde vivió 72 días aislado en una celda. Tiempo después lo trasladaron a la Penitenciaría de San Martín en la ciudad de Córdoba a disposición del Tercer Cuerpo de Ejército –un estatus de detención creado *ad hoc* durante la dictadura–, y a finales de 1978 pasó a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, en la cárcel de La Plata. Durante la entrevista, David fue precavido al hablar de su



pasado y fue justamente su identidad política dentro de la cárcel lo que generó más reticencias:

“Yo en la cárcel milité todo el tiempo, pero no en el PB. Militar era muy bueno para salvarse, anímicamente era buenísimo. Pero había que hacerlo con mucha [precaución]... debo ser el único tipo que militó en un partido en la cárcel, sin que haya militado antes y después tampoco. Yo milité en el PRT en la cárcel.”

No era casual que David tuviera ese secreto tan bien guardado. Durante las sesiones de tortura los militares lo acusaban de pertenecer a esa organización armada: “Pienso que era incluso un acto de rebeldía porque a mí me acusaban, me metieron preso diciéndome: ‘vos sos del PRT’, y yo les decía que no. Siempre dije que no. Entonces supongo que después también me revelé, y me dije: ‘se van a cagar, ahora voy a militar en el PRT’”.

Frente a la toma de conciencia de que en las cárceles los militares buscaban destruir a los presos física y psicológicamente, se intentaban encontrar formas de resistencia. Entre otras cosas, esto significaba poder ocuparse todo el tiempo en asuntos que estaban prohibidas por la autoridad: “Te puedo hablar de Córdoba, yo estuve dos años ahí y eran condiciones materiales muy [duras]. Teníamos una hora de visita al año, las ventanas cerradas, prohibición de hacer cualquier tipo de gimnasia, de ejercicio físico y no había libros, ni radio ni nada, estaba todo prohibido. Esas eran las condiciones generales. Ahora, en la práctica, nosotros lográbamos, salvo las visitas, abrir las ventanas, hacer ejercicio todos los días, tener el diario, mandar un mensaje a la familia, tener una radio, trabajo, teníamos muchas cosas y para eso nos organizábamos. Esa resistencia permite evitar la destrucción psicológica de la gente y eso es lo más positivo que yo pude sacar de todo lo que viví. Haber logrado resistir y no individualmente, sino en grupo. Y, bueno uno aprende muchas cosas” .

La resistencia implicaba una actividad frenética, de la mañana a la

noche. Militar era una forma de salvarse en un contexto de brutal represión política.¹ En este sentido, en la serie de entrevistas realizadas a David, si bien explicitó su pertenencia política al PRT y destacó el carácter clandestino de la *militancia* en la cárcel, esto no entraba en contradicción con la horizontalidad de los lazos políticos en el interior de la cárcel. Al contrario, esto se veía reforzado en la experiencia cotidiana: "Antes [del 24 de marzo de 1976], por ejemplo, los montoneros estaban todos juntos, los del PC todos juntos, los del PRT todos juntos, se simplificaban y después ya no hubo más eso. Después todo el mundo era igual, había una sola militancia."

¿Todo el mundo era igual?

En las cárceles donde yo estuve, sí. No había más organización por organización. Eso era clandestino. (...) lo que más podía ayudar era que hubiera una unidad entre la gente y esa unidad era una forma de resistencia también, pasaba por cosas muy concretas y simples.

¿Cómo te encuadrabas? ¿Tenías un responsable?

No, era totalmente horizontal, no había ningún jefe ni nada. Era de supervivencia, era para mantenerse, para discutir, para reflexionar y darse ánimo. No había ningún responsable, nada que ver con afuera, era realmente adaptado a la situación en la que estábamos.

En este testimonio, como en la mayoría de las entrevistas, no suelen explicitarse los conflictos que atravesaban y delineaban fronteras entre los diversos sectores. Más allá de las pertenencias e identidades políticas y algunas diferencias personales, lo que se subraya es la unidad entre la gente. Esa unidad también era una forma de resistencia.

El relevamiento de documentos producidos por las burocracias estatales encargadas del tratamiento penitenciario a los detenidos, así como materiales producidos por los propios detenidos y guardados por organismos de derechos humanos o en archivos personales, permiten un acercamiento a las prácticas y sentidos implícitos bajo el término *resistencia*. Un documento elaborado por un grupo de peronistas de la cárcel de Villa Devoto en mayo de 1983 permite analizar el alcance de esa experiencia:

"Desde que caímos presos, como parte de un pueblo reprimido, asumimos la responsabilidad (...) de disputar ante un enemigo dispuesto a destruirnos física, moral y políticamente (...) la preservación de nuestra integridad como militantes populares. Nuestro principal objetivo fue, es y será reintegrarnos en plenitud al seno de nuestro pueblo, habiendo asimilado positivamente en madurez la dura experiencia de estos largos años (...) Siempre tuvimos una política dirigida a expresar y cohesionar al conjunto de los presos políticos, con la clara conciencia del enemigo único y de sus objetivos. (...) Nuestra política (...) se asentó y se asienta en la consideración de que la modificación de nuestra situación como presos y nuestra libertad está dada por la movilización de nuestro pueblo y de la nación para derrocar la dictadura. (...) Por eso no consideramos la cárcel como un frente de lucha autónomo, capaz de generar de por sí hechos que aporten a dicha derrota."

La diferencia entre un grupo de detenidos políticos que consideraba la cárcel como un frente de lucha y quienes postulan la resistencia activatambién se explicita en un documento escrito por un grupo de detenidas del PRT-ERP alojadas durante su detención en la cárcel de Devoto y sacadas en forma clandestina de la prisión: "Para el PRT la cárcel es un frente de lucha más y esta política, que es de resistencia integral como presas políticas, se basa en el fortalecimiento político e ideológico del partido, la denuncia y el trabajo político con

¹ Una nota aparte merece la descripción de las prácticas deportivas, estrictamente prohibidas por el personal penitenciario: "Nosotros, por ejemplo, en la celda en la que yo estaba, todos los días hacíamos gimnasia una hora y eso era esencial, lo prohibían. No me acuerdo exactamente si todos los días o una vez por semana, uno dirigía la gimnasia. Los ocho juntos meta hacer gimnasia y si había guardias salías disparando, después con una pelotita jugábamos al voley, era un pasillito y después en dos celdas de dos cada uno, en un pasillito y ahí jugábamos al ajedrez, a las damas, al dominó, hacíamos campeonatos, concursos, teníamos una actividad muy [intensa]...".

los familiares, el trabajo político y el fortalecimiento del frente, y las medidas de fuerza para resistir el aniquilamiento que el enemigo quiere imponer. Para Montoneros, su concepción de la resistencia es la de 'resistencia activa', política de enfrentamiento y 'ofensiva' como organización (no consideran la cárcel como un frente) que permite el fogueo de los militantes frente al enemigo".²



El testimonio de Eduardo, un ex militante del PRT-ERP encarcelado luego del copamiento a un cuartel durante el tercer gobierno de Perón, permite avanzar en el análisis de la caracterización del régimen carcelario destinado a los detenidos políticos.

Haciendo referencia al proceso de cambio en las políticas penitenciarias, sostenía: "Nosotros en el Pabellón Uno, que trabajábamos en un comité conjunto con los Montoneros y gente de otras organizaciones, discutimos la posibilidad de contrarrestar este proceso. Tratamos de generar acciones dirigidas a contener a los compañeros y tratar de contrarrestarlo. (...) Decíamos que el principal objetivo de ellos no era el aniquilamiento físico, era el aniquilamiento psicológico, o ideológico. Buscar quebrarnos, buscar que gane la desazón, que la gente entre en el proceso de desesperación. Entonces nos planteamos mantener un espacio autónomo, propio de actividades, de comunicación permanente entre nosotros, que permitiera mantener el estado de ánimo de los compañeros, socializar toda la información que viniera del exterior".

Esa resistencia colectiva estaba contenida en una serie de prácticas.

"No era solamente darnos el beneficio de tener luz, y poder escribir, sino era el mantenimiento de la idea de que éramos un colectivo y ese colectivo tenía capacidad de resistencia. (...) Y estoy prácticamente convencido de que nosotros le ganamos, porque no lograron llegar a quebrar la posibilidad de que tuviéramos ese sistema de comunicación ni que tuviéramos nuestras propias actividades. Nosotros teníamos por ejemplo nuestros horarios de libertad, de libertad, digamos que no estábamos encerrados en la celda, un cronograma de cursos y actividades (...). En realidad el sentido [era] cortar todo lo que fuera el vínculo que te mantenía espiritualmente fuerte, con el ánimo levantado y que hubiera transmisión de espíritu de fortaleza ideológicamente para resistir."

Acerca de las diferencias que implicaba conceptualizar la cárcel como un *frente de lucha* –tal como lo pensaban los militantes del PRT-ERP– o como *resistencia activa* –como los de Montoneros–, Eduardo planteaba una serie de cuestiones:

"Cuando nosotros decimos 'tenemos que defendernos', coincide con la posición de Montoneros que es 'resistencia activa'. Cuando nosotros decimos 'es un frente de lucha' incluye la 'resistencia activa' pero planteábamos que nuestras acciones incidían o sumaban a la lucha exterior. En realidad, hoy, visto a la luz de los años, yo creo que era válido en los períodos donde había una relativa democracia aún, antes del golpe. ¿Por qué? Porque nosotros a través de la huelga de hambre, de los reclamos colectivos, nuestra influencia sobre el movi-

² Documento elaborado por un grupo de presas políticas de la cárcel de Villa Devoto, militantes del PRT-ERP en plena dictadura. Forma parte de un corpus de denuncias sacado en forma clandestina de la cárcel y que se difundió en el exterior.



miento de derechos humanos, del movimiento de familiares, de las fuerzas políticas, lográbamos alimentar una resistencia democrática por el tratamiento hacia los detenidos políticos, que fuera humano, etc. Ese aspecto Montoneros lo despreciaba, consideraba que no era así y que el rol de animar la lucha exterior era el rol de la organización política de la que ellos formaban parte. Ellos decían: 'Nosotros estamos presos, el problema de la animación de la lucha democrática corresponde a nuestros compañeros que están afuera'. Nosotros decíamos: 'Acá no tenemos que resignarnos a eso, tenemos que participar'. Ahora eso era más válido en La Plata, en Devoto, en Córdoba, que estaban vinculados a grandes centros urbanos. No era válida esa discusión en Rawson, donde el aislamiento geográfico originaba que muchas de las cosas que se hacían llegaran a ser difundidas con mucho tiempo de distancia. A pesar de eso, la discusión se mantuvo un tiempo, pero creo que dejamos de discutir eso cuando vino la mano muy dura y estaba en juego el sobrevivir y había en vista un proceso de aniquilamiento físico-psicológico manifiesto (...) Cuando la dictadura se iba retirando y cambiaron las condiciones en las cárceles, nosotros recuperamos nuestra capacidad de incidir hacia el exterior. Y ahí promovimos (...) acciones, tuvimos iniciativa, enviamos cartas. Era una iniciativa para mantener nuestra moral de lucha (...). Era una dinámica que a nosotros nos servía para mantener una práctica de militancia, de acción, de poner la cabeza en otro lado, no poner la cabeza solamente en los pesares de estar preso. Ésa era la diferencia que teníamos con Montoneros. Pero en realidad, en la práctica cotidiana, a la larga ellos terminaron haciendo lo mismo que nosotros."

Entonces, ¿ustedes resistían de la misma manera, o había algunas prácticas que los distinguía?

No había muchas prácticas que nos distinguían. (...) En realidad estaban generadas fundamentalmente a partir de las huelgas de hambre. La huelga de hambre era una cosa que era característica de los compañeros nuestros, del PRT, de la primera dictadura, o sea del año 1971, 1970. Yo hice cuatro huelgas de hambre en los años que estuve preso, y creo que en prácticamente ninguna, quizás en alguna muy casual, los Montoneros participaron en ellas... Y el argumento para no participar en las huelgas era la diferente caracterización sobre el rol de

la cárcel. Cuando vamos a la historia en particular, yo creo que lo que se hacía no reflejaba una diferencia tan grande como se daba en la caracterización.

Es decir ¿en las prácticas de resistencia cotidiana eran más o menos parecidas?

Más o menos parecidas. Había matices que muchas veces tenían más que ver con las personalidades de los dirigentes que con concepciones ideológicas.

Los testimonios analizados corresponden a dos militantes del PRT-ERP encarcelados durante la última dictadura. Las diferencias son evidentes: uno de ellos era un cuadro que había participado en operaciones armadas; el otro un militante de base que se unió a las filas del PRT-ERP durante su paso por la prisión. En el caso de David se destaca la riqueza de una memoria sobre la experiencia carcelaria que podríamos calificar de virgen: luego de obtener su libertad se exilió y –hasta la realización de la entrevista en 2003– pocas veces había hablado de su experiencia en prisión. Eduardo, en cambio, ha formado parte de un grupo de ex presos políticos que reivindican públicamente su experiencia carcelaria, trabaja y se reúne periódicamente con sus compañeros de prisión a recordar anécdotas de su paso por la cárcel. Con ellos conforma una comunidad de memoria, es decir, un grupo que comparte una determinada lectura del pasado reciente y la reactualiza en sus relatos, rituales y conmemoraciones vinculadas a la experiencia carcelaria (Burke, en Reati, 1997: 222). Sin embargo, ambos coinciden en un aspecto de esa experiencia: sus memorias sobre la prisión –sin distinción de género, edad o pertenencia política– están narradas en clave de resistencia a las políticas carcelarias que buscaban su destrucción política, psicológica y moral, que pretendían quebrarlos, aniquilarlos física, psicológica o moralmente.

Los archivos, genealogía de un relato

En una primera aproximación, el tópico de la *resistencia* –eje que estructura estos relatos carcelarios– les permitió a los ex detenidos y detenidas políticos resignificar positivamente esa experiencia. Sin embargo, la lectura de las publicaciones periódicas vinculadas a las principales organizaciones armadas de la década del setenta, permite nuevos acercamientos a la experiencia de la prisión.³ En una serie de artículos publicados en septiembre de 1975 en *El Combatiente (EC)* –publicación del PRT– se delineaba una especie de manual de las prácticas de resistencia frente al régimen carcelario que buscaba quebrarlos.⁴ Lo minucioso de la descripción de lo permitido y lo prohibido en la prisión, fue una oportunidad para analizar una cristalización del mandato partidario acerca de cómo se debía conceptualizar y practicar la resistencia.

En este discurso se observa la construcción de un modelo de preso político. Sin embargo, es necesario destacar que estos mandatos partidarios fueron apropiados e internalizados por los militantes del PRT-ERP con distintos niveles de solemnidad, exigencia o dramatismo. Retomamos el aporte de Vera Carnovale para pensar la construcción identitaria del hombre nuevo: “Existe una serie de características que definen al *hombre nuevo* y por lo tanto al militante ejemplar: ‘ser humilde’, ‘ser callado’, ‘ser solidario’, ‘ser disciplinado’, ‘estar siempre dispuesto’, ‘ser sacrificado’, ‘dar la vida’. (...) La connotación imperativa de la fórmula resulta fundamental en la dinámica de construcción de la identidad del militante [del PRT-ERP] en tanto participa en la definición de mandatos partidarios: no enuncia simplemente las virtudes a emular, define cómo *hay que ser* para ser un *verdadero revolucionario*”. (Carnovale, 2005: 14)

La coincidencia entre este manual del detenido político y los testimonios analizados era evidente. Esas memorias de la experiencia en prisión –en

³ Entre las publicaciones analizadas se encuentran *Nuevo Hombre* (1971-1975), *El Combatiente y Estrella Roja* –vinculadas al PRT-ERP– y a *El Descamisado, La Causa Peronista y Evita* Montonera, sucesivos órganos oficiales de Montoneros que cubren el período 1971-1979. Este trabajo de archivo hizo posible repensar los sentidos sobre la experiencia carcelaria a la luz de las cosmovisiones políticas y morales más amplias de estas organizaciones armadas, así como analizar el lugar político y simbólico que les correspondía dentro de ellas a los militantes encarcelados (que los distinguía de los caídos en combate, de los militantes que vivían en la clandestinidad, de los desaparecidos, etc.).

⁴ De ninguna manera considero que las directivas para los militantes del PRT-ERP hayan sido seguidas al pie de la letra por los militantes detenidos del resto de las organizaciones políticas.

tiempo presente— hundían sus raíces en una literatura *militante* que había configurado sus prácticas y sentidos sobre cómo ser un militante del PRT encarcelado.

Al momento de publicarse esta serie de artículos, en septiembre de 1975, numerosos militantes vinculados al PRT-ERP —así como de otras organizaciones armadas, sindicales, agrarias y estudiantiles— poblaban las cárceles. La mayoría estaba detenida a disposición del PEN en virtud de estado de sitio decretado en noviembre de 1974, o habían sido juzgados o condenados por tribunales federales por violar la Ley de Seguridad Nacional. Luego de la amnistía decretada por el presidente Héctor Cámpora el 25 de mayo de 1973, los primeros contingentes de presos políticos vinculados a esta organización guerrillera habían sido detenidos a partir del fallido copamiento del Comando de Sanidad del Ejército (6 de septiembre de 1973) y luego del ataque al Regimiento X Húsares de Pueyrredón del Ejército, en la localidad bonaerense de Azul (20 de enero de 1974). Al llegar a la cárcel, la mayoría de estos militantes se *encuadraron* u *organizaron*; es decir, se sumaron a la estructura de su organización de pertenencia en el interior del penal asumiendo un grado de responsabilidad similar al que tenían fuera de prisión. (Merenson, 2003: 4)

En septiembre de 1975, la cárcel y el asesinato de los disidentes políticos por grupos paramilitares eran las modalidades represivas por excelencia del poder, mientras la desaparición forzada de personas y los centros clandestinos de detención eran todavía una de aquellas formas. (Calveiro, 1998) Esto explica que los militantes encarcelados —junto con los combatientes caídos— ocuparan un lugar político y simbólico central en las publicaciones periódicas y en el imaginario de las organizaciones armadas. La serie de artículos publicados en **EC** refleja la necesidad de estandarizar un mandato partidario acerca de cómo se debía ser preso político, en el contexto de una represión política creciente en el que gran cantidad de militantes del PRT-ERP caía todos los días.

A diferencia del grueso de los documentos contemporáneos, en la serie de artículos publicados en **EC** no se pone el énfasis en el endurecimiento del régimen carcelario —los aspectos *destructivos*— sino que se explicita lo que podría denominarse el *deber ser* del preso político, entendido como un mapa que permitía a los detenidos organizar prácticas rutinarias, sentidos y valores sobre *militancia* en el interior de la cárcel.⁵

“La cárcel del sistema”

En el primer artículo de la serie analizada —titulada “La cárcel del sistema”— se realiza una primera caracterización del régimen carcelario y de las políticas represivas relativas a los detenidos por razones políticas: “Por lo común se acepta que las vejaciones y el trato inhumano son la moneda corriente en las prisiones políticas, pero se vincula a las mismas con el propósito de neutralizar la combatividad de sus prisioneros, convirtiéndolos en inofensivos objetos en depósito. En realidad, estos son solo los pasos previos destinados a lograr un objetivo más duradero: la destrucción profunda y completa de sus prisioneros. Este aniquilamiento es a menudo físico, pero como no siempre la burguesía está en condiciones de pagar el costo político del exterminio masivo, procura cuidadosamente que en todos los casos sea psíquico. (...) en todos los casos la firmeza ideológica y la experiencia colectiva acumulada en un Partido revolucionario, ha permitido a sus militantes desbaratar las intenciones del régimen, y no sólo evitar que la cárcel se convierta en un aparato destructivo para transformarla incluso, en una palanca para su recuperación.”⁶

La caracterización del régimen carcelario como un plan sistemático de

⁵ Es necesario destacar que esta serie de artículos de *El Combatiente* se distinguen del grueso de los documentos contemporáneos. A partir de la vigencia del estado de sitio decretado en noviembre de 1974, distintos grupos de detenidos por razones políticas y de sus familiares —en particular COFAPEG, Comisión de Familiares de Presos Políticos y Gremiales, ligada al PRT-ERP— denunciaron el progresivo endurecimiento del régimen carcelario en las cárceles de máxima seguridad que alojaban presos políticos. No sólo demostraban la conformación de un régimen carcelario especial para este tipo de detenidos —clasificados por el personal penitenciario como de máxima peligrosidad y aislados de los detenidos por delitos comunes— sino que al mismo tiempo el personal penitenciario les negaba la condición de presos políticos.

⁶ *El Combatiente*, Nº 181, 3/9/1975.

aniquilamiento es utilizada tempranamente en estos artículos. A partir de allí se organizarán las denuncias y las memorias sobre la experiencia carcelaria durante la vigencia del estado de sitio. (Cf. con Familiares..., 1984)

A la violencia institucional descubierta había que oponerle una fuerza de sentido contrario. La detención en la cárcel no sólo ponía a prueba la firmeza ideológica del detenido, sino que también se podía convertir, en términos de los editores, en una estrategia para su recuperación y así revertir ese potencial destructivo. Es en este sentido que, frente a las tecnologías represivas carcelarias, se fueron configurando una tecnología resistente.

En el mismo artículo de **EC** se exponen los principios que entrelazados alimentan la resistencia: la organización como complemento indispensable de la ideología, la autodisciplina que permitía mantener intacta la armadura moral del preso, la solidaridad y el uso de la experiencia indirecta. Luego de enunciar los principios que debían regular la resistencia, concluían que la experiencia carcelaria ofrece siempre una faceta positiva: "Porque para quien unido de estos principios, los hace su método cotidiano de vida, la cárcel es una escuela que brinda enseñanzas desconocidas en la vida exterior. (...) Esta convicción es la nueva arma que empuñamos al caer en manos del enemigo. Hacerlo con firmeza nos posibilitará ganarle la delantera a nuestros transitorios guardianes y convertir, efectivamente, el revés en triunfo".⁷

Organización, autodisciplina, solidaridad y uso de la experiencia indirecta se erigieron en los principios rectores que organizaban las estrategias de resistencia frente a las políticas carcelarias. Estas fueron el resultado de experiencias previas de prisión política durante los gobiernos dictatoriales anteriores, y seguramente fueron transmitidas durante la convivencia en pabellones de detenidos políticos. Los principios rectores convertían el revés en triunfo, y a la cárcel en una escuela de la militancia.⁸ El aprendizaje de un preso político inquebrantable se daba en la cárcel, en la experiencia con otros compañeros de detención.

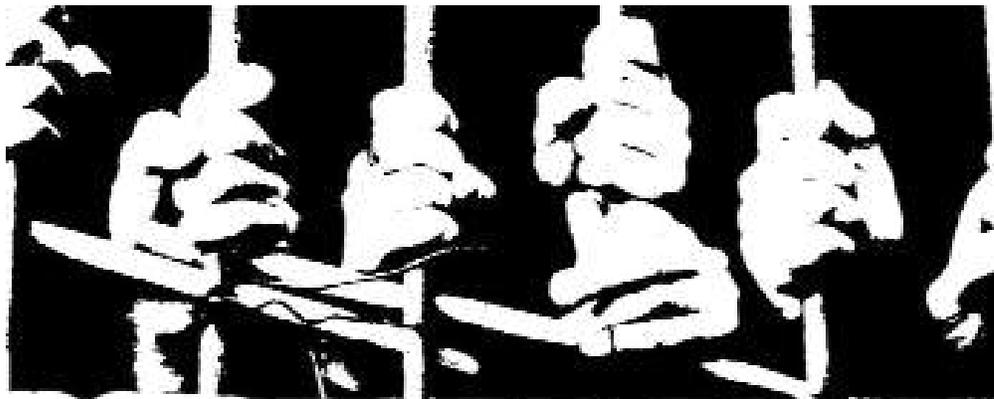
"El PRT también se forja en la cárcel"

A partir del análisis de un segundo artículo, se evidencia la forma en que **EC** fue configurando el tratamiento penitenciario aplicado a quienes eran clasificados como delincuentes subversivos. Una vida organizada por timbres y órdenes marciales, y por una progresiva pérdida de beneficios carcelarios que se iba a incrementar a partir de marzo de 1976. El régimen carcelario preveía una hora de recreo por día y los detenidos tenían que estar encerrados en celdas individuales de 13 a 17 horas –hora de la siesta– y de 21 a 8 de la mañana. La luz se apagaba a las nueve de la noche y el silencio debía ser total. Los despertaban sistemáticamente cada dos horas para hacer un recuento pateando la puerta, prendiendo y apagando la luz. La alimentación era deficiente y el hambre, una constante.

El reglamento disciplinario era más severo que el que regía la vida de los presos por delitos comunes. En principio, imponía el pelo rapado y un uniforme obligatorio. COFAPEG denunció que el régimen buscaba el aislamiento y la incomunicación del detenido: las cartas de los presos eran objeto de un severo control por parte de las autoridades penitenciarias; estaba prohibido tener radios, televisores y sólo podían leer un ejemplar del diario, que alternaba entre *La Nación*, *La Razón* o *La Prensa*. Sólo estaba permitido tener tres libros y dos revistas por celda y sólo unas pocas de actualidad. La frecuencia de las visitas de los familiares de los presos también fue cercenada.⁹

⁷ *El Combatiente* Nº 181, 3/9/1975.

⁸ Pensar la cárcel como escuela de la militancia tiene resonancias con otra expresión que denuncia el fracaso del ideal terapéutico de la prisión. Tal como plantea Foucault: "Fueron los sueños de los reformadores del siglo XVII, y posteriormente los de los filántropos de la época siguiente, quienes proporcionaron al encarcelamiento –con la condición de que estuviese racionalmente dirigido– la función de la verdadera terapéutica penal cuyo resultado debería ser la reforma de los condenados. Ahora bien, desde muy pronto se dieron cuenta de que la prisión producía exactamente el resultado contrario, que era más bien una escuela de la delincuencia, y que los métodos más refinados del aparato policial y judicial, lejos de asegurar una mejor protección contra el crimen, conducían por el contrario por mediación de la prisión a un reforzamiento del hampa criminal". (170: 1996)



EC proponía una rutina carcelaria alternativa a la propuesta por el personal penitenciario, una disciplina propia: “La actividad comienza a la seis de la mañana, a esta hora se toca nuestra propia ‘diana’, que en la práctica quiere decir que el primero en despertarse llama a todos los demás, iniciando un golpeteo en cada una de las paredes. Los compañeros de cada celda, reunidos en torno de la primera sabrosa ‘mateada’ inician el estudio de acuerdo a planes sistemáticos. (...) Cuando son quitados los candados y se abren las puertas, un compañero de cada celda, por día y por turno, la ordena y la limpia (a esto se lo llama ‘fajina chica’). Luego se toma el desayuno en común, con el conjunto de la población política. Y a partir de ese momento, en las celdas abiertas se reúnen los equipos que desarrollan los planes de tareas diarias, centralizas fundamentalmente en el estudio. (...) Cuando se baja al recreo diario (el horario es variable) se comienza en el acto un estricto programa de gimnasia conjunta. (...) se disputan fraternales pero entusiastas partidos de fútbol, básquet o voleibol en los que nunca está ausente el aliento de una ingeniosa ‘hinchada’. Toda esa disciplinada actividad física consigue, entre otras cosas, oxigenar al máximo los pulmones y mantener una buena tonicidad muscular. Al regreso se leen los diarios del día y a las 12.30 se interrumpe el trabajo con el llamado al almuerzo. Unas palabras al respecto: tanto el almuerzo como el desayuno y la cena, son preparados por equipos que, rotándose entre todas las organizaciones, cumplen la llamada ‘fajina grande’ y que incluye también la limpieza completa del celular. (...) Terminada la sobremesa hay un breve y apreciado descanso. A las 14 se reinicia la actividad que concluye a las 17. En general durante ese tiempo se dictan cursos (...) (filosofía, economía, trabajo sindical, etc.). Y terminado el estudio hay recreación libre hasta el encierro. Entonces se juega al ajedrez, al dominó, al truco, y se realizan algunas mínimas artesanías popularizadas con el elástico nombre de ‘pendorchos’, se charla con los compañeros de otras organizaciones y se canta a coro. (...) El humor y los festejos personales son interrumpidos a las 18.30 por la cena. Una hora después se vuelve al régimen de puertas cerradas. (...) Se complementa con el estudio hasta las 23 horas cuando se impone el ‘silencio’. De allí en más, descanso.”¹⁰

En términos de Michel Foucault, la prisión funciona como un aparato disciplinario exhaustivo y su acción sobre el individuo preso debe ser ininterrumpida: el reglamento penitenciario debe penetrar hasta los más finos detalles de la existencia del detenido. El cuerpo del prisionero se convierte en objeto y blanco del poder, que intenta docilizarlo, someterlo, perfeccionarlo a través de una manipulación calculada de sus gestos y de sus comportamientos. La disciplina debe transformar las multitudes confusas, peligrosas, en multiplicidades ordenadas. Debe “dominar todas las fuerzas que se forman a partir de la constitución misma de una multiplicidad organizada, debe neutralizar los efectos de contrapoder que nacen de ella y que forman resistencia al poder que quiere dominarlas”. (Foucault, 1989: 222)

⁹ El locutorio se convirtió en la barrera que evitaba todo contacto físico entre los familiares y los detenidos. Tenía 10 casillas y estaban separadas por un muro de madera desde el piso hasta el techo: sólo podía verse el tercio superior del cuerpo a través de un vidrio y hablaban por medio del micrófono ubicado a la altura de la cara. El reglamento también restringió las visitas a los familiares más directos que comprobaran su vínculo con el detenido. Se impuso un régimen que permitía encuentros cada 45 días, una hora, durante siete días seguidos (en el caso de que los familiares vivieran a más de 300 kilómetros del penal y que los detenidos no estuvieran sancionados).

¹⁰ *El Combatiente* N° 182, 10/9/1975.

En el caso de los militantes del PRT-ERP encarcelados, el efecto de contrapoder también se presentó altamente rutinizado y con un anclaje en lo corporal: en la serie de artículos trabajados se propone una serie de rutinas que reencauzan los usos y las gestualidades corporales. (Cf. con Sirimarco, 2005) La disciplina de los militantes encarcelados también se basaba en técnicas minuciosas, ínfimas. Es, al igual que la “disciplina” carcelaria, una anatomía política del detalle: “[La disciplina] implica una coerción ininterrumpida, constante, que vela sobre los procesos de la actividad más que sobre su resultado y se ejerce según una codificación que regula con la mayor aproximación el tiempo, el espacio y los movimientos”. (Foucault, 1989: 142)

Si entendemos el cuerpo, no ya como un objeto que se emplea sino como un sujeto que *es*, en la construcción de modelo de militante del PRT-ERP encarcelado el cuerpo se convierte en un punto de anclaje de imperativos que lo forjan. (Cf. Sirimarco, 2005)¹¹ Un territorio donde se libra una batalla entre la disciplina carcelaria que pretende fabricar cuerpos dóciles y sometidos, y la disciplina militante que pretende impugnar, resistir y evadir esas prácticas rutinarias a través de una serie de valores, prácticas y sentidos que definen la construcción de un legítimo militante del PRT-ERP encarcelado.

“Frente a frente con el enemigo”

Un tercer artículo publicado en **EC** define qué se entiende por disciplina, lucha reivindicativa y ejes de la organización colectiva: “[Frente a] una gran desproporción de fuerzas en la que el enemigo dispone, temporariamente, de todo su aparato de poder, éste no espera otra respuesta que la sumisión más incondicional. No sucede así. Los militantes revolucionarios tienen su propia organización disciplinaria para actuar, y por lo tanto ninguna indicación es recibida en condición de ‘vencidos’, consintiendo pasivamente, sino que en todos los casos es el resultado de una especie de ‘acuerdo militar’ con el enemigo, a veces formal, a veces tácito. De un acuerdo realizado en condiciones de doble desigualdad: total inferioridad física, pero sólida superioridad moral y política”.

La norma frente al proyecto destructivo que encarna la prisión política es que cada plan o cada maniobra del enemigo sean enfrentados. Desde la medida más general, como el reglamento de máxima seguridad que homogeneiza la técnica represiva de todas las cárceles, hasta la ocurrencia vejatoria más particular, todas son objeto de incesantes batallas reivindicativas. Como respuesta a los fines divisionistas del penal, proponen una delegatura: “El delegado de los compañeros centraliza todas las relaciones oficiales con el penal. Nada se plantea individualmente ante las ‘autoridades’, como éstas pretenden, todo se hace en conjunto a través de la única vía del delegado. Portavoz y dirigente fiscal (...) Una fraternal política de alianzas de todas las organizaciones da así un respaldo unitario y sin fisuras a su tarea”.¹²

Palabras finales

Si bien la resistencia, como categoría, permite aglutinar las prácticas militantes de distintas organizaciones armadas, sindicales y estudiantiles, lejos de tener un sentido unívoco, es polisémico. Durante la experiencia de la detención, las múltiples maneras de conceptualizar la resistencia al plan de aniquilamiento se convirtieron en un factor eficiente de las praxis de los distintos grupos de detenidos políticos, así como un parámetro con respecto al cual cada uno de estos juzgó –y juzga aún hoy– moralmente a sus pares. (Cf. Balbi, 2003: 189) Las disputas implícitas que invoca el término lo convierten en un terreno

¹¹ Los trabajos de Mariana Sirimarco acerca del proceso de construcción del sujeto policial se convierten en un armazón conceptual para indagar en la conformación de diversas identidades grupales a partir de un anclaje en lo corporal.

¹² *El Combatiente*

fértil para indagar en la conformación de diversos grupos en el interior del colectivo de presos políticos durante la última dictadura militar. Las distintas formas de pensar y encarar la resistencia al plan sistemático de destrucción se convirtieron en una fuente de legitimidad que reforzó jerarquías previas a la detención y delineó fronteras entre grupos de detenidos políticos: la pertenencia a un grupo determinado se sustentaba en la adopción de una serie de sentidos, valores y prácticas cotidianas de resistencia, de funcionamiento, sumamente estandarizadas.

Los artículos analizados en **EC** evidencian que frente a las tecnologías represivas carcelarias los detenidos políticos encuadrados en el PRT-ERP erigieron una disciplina resistente altamente rutinizada, una serie de prácticas estandarizadas que pretendían reencauzar los usos y las gestualidades corporales de sus militantes. Esta moral militante estructuró las relaciones entre ellos, en el transcurso de la experiencia.

Las prácticas, sentidos y valores implícitos bajo el término resistencia fueron resultado de una socialización carcelaria, fruto de experiencias de prisión previa transmitidas oralmente y de lecturas de circulación clandestina. Muchos de los documentos políticos elaborados por las principales organizaciones armadas habían sido transcritos en letras diminutas en hojas de papel de cigarrillo, selladas con plástico: eran *caramelos*, susceptibles de ser tragados en caso de que fueran sorprendidos por los guardias, cuando no eran escondidos en los rincones más disimulados de la celda (AAVV, 2003). A partir de la socialización carcelaria y de la lectura y discusión de estos *caramelos* –documentos políticos que contenían las directrices de estas organizaciones– se configuraban rutinas, valores y sentidos sobre la militancia política, operaban a la manera de mapa para ser un legítimo preso político.

Esta serie mandatos partidarios –en permanente tensión con las normas penitenciarias– se erigió en una tecnología resistente que les permitió a los detenidos del PRT-ERP resignificar su militancia política en el nuevo contexto. Para el PRT, la cárcel era un frente de lucha más, y esta política que es de resistencia integral como presos políticos se basa en el fortalecimiento político e ideológico del Partido, la denuncia y el trabajo político con los familiares, el trabajo político y el fortalecimiento del Frente, y las medidas de fuerza para resistir el aniquilamiento que el enemigo quiere imponer.

La cristalización de un determinado mandato partidario, una moral acerca de cómo debe ser un preso político inquebrantable, ha dejado huellas que podemos rastrear en la actualidad. ¿Por qué 32 años después de esta serie de artículos de *El Combatiente*, las entrevistas reproducen la misma matriz interpretativa de la experiencia carcelaria?

“La creación de secuencias de eventos o narrativas sobre el pasado se funda en narrativas anteriores que operan como esquemas de interpretación *a priori*, narrativas maestras o paradigmas (...). Estas operaciones actualizan el pasado y desafían su reproducción estereotípica al producir nuevas versiones emergentes en condiciones contextuales específicas”. (Visacosvky, 2004: 135)

La correspondencia entre las entrevistas y los documentos analizados de **EC** no se reduce a una faceta narrativa. Antes bien, este tipo de documentos políticos guiaron la praxis militante que alentaba el PRT-ERP durante la última dictadura. Mediante la socialización carcelaria y la lectura de este tipo de documentos políticos se contribuyó a la construcción de sentidos, prácticas y valores legítimos acerca de cómo conceptualizar la militancia, a la vez que se erigió en parámetro moral de sus praxis durante la detención. (Cf. Balbi, 2003: 211).●

BIBLIOGRAFÍA

- Balbi, Fernando, "Lealtad antes de la lealtad: honor militar y valores políticos en los orígenes del peronismo". En: Ana Rosato y Fernando Balbi (comps.), *Representaciones sociales y procesos políticos*. Buenos Aires, Antropofagia. 2003.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Louis, "La práctica de la antropología reflexiva". En *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- Carnovale, Vera, "Jugarse al Cristo: mandatos, formas de sacralización y construcción identitaria en el PRT-ERP". *Entrepasados*, año XIV, número 28, 2005.
- Eilbaum, Lucía y Sirimarco, Mariana "Una discusión sobre los procesos de investigación etnográfica en el campo policial y judicial". En: Wilde y Schamber (comps.). *Culturas, comunidades y procesos urbanos contemporáneos*. Buenos Aires, Paradigma Indicial, 2006.
- Familiares de detenidos y desaparecidos por razones políticas, Testimonios sobre la represión y la tortura. Historia de los regímenes carcelarios: Introducción, Santiago del Estero, La Plata, Córdoba. Buenos Aires, Ediciones Riobamba, 1984.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.
- Foucault, Michel, *La vida de los hombres infames*. La Plata, Caronte Libros, 1996.
- Garaño, Santiago, "'De la cárcel van a salir locos, putos o quebrados': una aproximación al tratamiento penitenciario a los 'delinquentes subversivos' durante la última dictadura militar". Octavo Congreso Argentino de Antropología Social. Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta. 2006.
- Garaño, Santiago y Werner Pertot, *Detenidos-Aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura*, Buenos Aires. Biblos, 2007.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Colección Memorias de la represión. Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Merenson, Silvina, "Y hasta el silencio en tus labios... Memorias de las ex presas políticas del Penal de Villa Devoto en el transcurso de la última dictadura militar en la Argentina". Disertación de Maestría. Instituto de Desarrollo Social / Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad de San Martín. Buenos Aires, mimeo, 2003
- Merenson, Silvina, "Memorias estratégicas para la resistencia de los materiales: el caso de las ex presas políticas del penal de Villa Devoto en el transcurso de la última dictadura militar". Ponencia presentada en: "II Jornadas de Jóvenes Investigadores" Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2 y 3 de Octubre, 2003.
- Sirimarco, Mariana, "El disciplinamiento de los cuerpos. Cuando el castigo construye sujetos". *Cuadernos de antropología social*, N° 14, pp. 43-59, 2001.
- Sirimarco, Mariana, "El ingreso a la institución policial. Los *cuerpos inviables*". Ponencia presentada en la VI Reunión de Antropología del MERCOSUR, Montevideo, 2005.
- Visacovsky, Sergio, "Entre lo evidentemente sucedido y lo posiblemente experimentado: para una reconciliación entre historia, memoria social y análisis narrativo". *Entrepasados*, 26: 127-148, Buenos Aires, 2004.

LIBRERIA Y DISTRIBUIDORA
SIN FIN

Pichincha 180 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54-11) 4951-6223

ENVÍOS AL INTERIOR

Entrevista

HÉCTOR BÉJAR

Dirigente del Ejército de Liberación Nacional, protagonista de una de las primeras experiencias armadas peruanas en los sesenta, rememora la lucha, la participación cubana, los años de cárcel y el reciente fenómeno de Sendero Luminoso.

Acostumbramos comenzar con una breve reseña personal.

Nací en Lima en 1935. He vivido siempre en esa ciudad. Ingresé en el Partido Comunista siendo muy joven, a los 16 o 17 años. Y salí del PC en el año 1959; participé en movimientos simpatizantes de la Revolución Cubana y estuve ligado a Cuba desde 1961; luego en la guerrilla desde 1962, prácticamente hasta el año 1966, cuando fue liquidada. Estuve preso hasta fines de 1970 y fui amnistiado por el gobierno de Velasco Alvarado. Trabajé con la gente de Velasco tratando de impulsar ese proceso hasta 1975, año en que se produce el golpe de Estado. Regresé nuevamente a la clandestinidad a comienzos de 1976; y luego de un período corto, empecé con un grupo de compañeros a formar un centro de estudios que existe hasta el día de hoy y que se llama Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación. Comenzamos a publicar una revista que sigue saliendo—estamos en el número 103—que es de ensayos y ciencias sociales llamada *Socialismo* y

participación. Actualmente soy profesor universitario; enseñé en la Universidad de San Marcos, que es la universidad pública más importante que hay en el Perú, y también en la Universidad Católica. He publicado varios libros y estoy ligado políticamente al movimiento sindical y al movimiento político de la izquierda en el Perú, y trabajo como coordinador de lo que llamamos Frente Amplio, que es la izquierda peruana reagrupada, o en proceso de reagrupación.

¿Cómo llegaste a la política?

En la universidad. Cuando entré a la universidad había una dictadura, la de Odría, y me vinculé a los grupos comunistas que eran clandestinos. El PC estaba en la ilegalidad, y trabajé con esos grupos en la clandestinidad desde 1953, aproximadamente, hasta 1956, cuando retornó la democracia en Perú, pasajeramente.

¿Había alguna influencia familiar, alguna participación política en tu familia?

Sí, mi padre era un hombre que

militaba en el APRA. Entonces yo, desde mi hogar, viví mucho lo que también fue la lucha clandestina del APRA. Porque fue un partido de larga clandestinidad; el APRA vivió quince años de clandestinidad y de persecución. Entonces fui testigo muy cercano de todo ese proceso. Mi padre era profesor y lo expulsaron, como a miles de profesores *apristas* en el año 1948. Por eso yo estaba muy cerca de toda la actividad política. Aunque aclaro que mi padre no era un militante aprista, ni nada parecido; “estaba” en el movimiento. En mi casa hemos tenido mucha gente perseguida, y yo vinculación con muchos de ellos. En aquel entonces había una muy intensa relación de tipo emotivo y afectivo. Con todo lo que eso significó: mi padre era un migrante, un músico de las zonas altas de la sierra peruana; y por lo tanto yo también, a través de él, viví toda la emoción indigenista del Perú, que es muy fuerte. Todo el indigenismo peruano es muy fuerte. Es una tradición que viene desde la década del veinte. Esas son más o menos mis raíces.



Héctor Béjar, durante la entrevista en Buenos Aires, 2007.

En la ruptura con el PC, eras muy joven todavía ¿Cómo se produjo? ¿Te fuiste solo?

Me fueron (*risas*).

Siempre pasa lo mismo en el PC, nadie puede renunciar.

Bueno, se produjo como resultado de muchas cosas: yo había estado en las organizaciones ilegales del partido cuando los dirigentes estaban presos o estaban en el exilio. Cuando retornó la legalidad en 1956, los camaradas salieron de la prisión y los exiliados regresaron. Entonces, el diálogo con los que habíamos estado publicando el

periódico, en condiciones bastante duras, se complicó porque nosotros éramos una nueva generación. Y a esta nueva generación nos tocó, en el año 1956, recibir las informaciones del Vigésimo Congreso del PC de la Unión Soviética. El informe Jruschov, los levantamientos de los obreros en Berlín, el levantamiento en Checoslovaquia, y también la discusión que promovió el PC brasileño cuestionando el liderazgo de la Unión Soviética. Comprenderán que todo eso —más la misma Revolución China que había triunfado en 1949 y que plan-

teaba una vía distinta— generó un clima de discusión que se agravó por el hecho de que gobernaba el país un señor que se llamaba Manuel Prado, que era un banquero de las familias más conservadoras del Perú. Pero Manuel Prado, durante su gobierno anterior, había tenido muy buenas relaciones con el PC, porque era la época de los “frentes únicos” y de la Segunda Guerra. Pero en su segundo gobierno los jóvenes lo cuestionábamos, y planteábamos una política de oposición abierta al gobierno de Prado, mientras la dirigencia vieja del partido decía: “no... hay que esperar; conversemos”. Nosotros rechazábamos esa postura, y finalmente eso dio lugar a que se produjera una ruptura bastante fuerte.

¿Cómo era la relación entre el APRA y el PC en el momento en que te vas del partido?

Bueno, a nosotros, los *apristas* nos sacaban a palos de la universidad. La relación era esa (*risas*). Porque los comunistas éramos una minoría en la universidad, y los *apristas* eran una gran mayoría. Pero *apristas* y comunistas teníamos encima toda la vieja historia del enfrentamiento que venía desde los años treinta, desde la ruptura de Haya de la Torre con Mariátegui. Entonces, cada discusión en la Federación Universitaria o en las organizaciones estudiantiles acababa a palos. Y los que llevábamos la peor parte siempre éramos nosotros, porque éramos la minoría, y porque éramos los más jóvenes.

Después de la ruptura con el partido...

En realidad no fue lo que podríamos llamar una ruptura; me

echaron... Yo salí del partido y ya estaba en contacto con gente vinculada a la Revolución Cubana, pues estamos hablando de 1960. A mí me echaron en 1959, año en que acababa de triunfar la Revolución Cubana. Los *barbudos* llegaron a Lima, si no me equivoco, en 1960. Visitaron Lima, el mismo Raúl Castro estuvo en Lima con su esposa Vilma. Había muchos grupos izquierdistas que miraban entusiasmados a la Revolución Cubana. En aquella época, imaginarán, fue una ola tremenda. Yo me vinculé a todo eso, y acabé en Cuba.

¿En qué año fue?

Hacia fines de 1961. Llegué a Cuba en diciembre de 1961. Apenas pasados dos años del tiempo de la Revolución.

¿Viajaste solo?

Viajé con un grupo de compañeros. En aquella época, no diría cientos, pero sí decenas de personas, viajaban a Cuba para tratar de regresar a sus países y repetir la experiencia. Del Perú viajaron varios grupos, y yo estuve en uno de ellos. Había un grupo que era del Frente de Liberación Nacional, una organización que tenía bastante respaldo popular; también grupos del APRA Rebelde, porque el APRA ya se había partido y después fue liderado por De la Puente Uceda; y estaban los jóvenes que se desvincularon del PC. Entre estos últimos, estaba yo. Y había además otra gente muy joven (estoy hablando de muchachos que salían de la secundaria) que también llegó por otras vías. La historia de esto es bastante complicada. En mi grupo estábamos Guillermo Lobatón, que murió después en la guerrilla; estaba Alain Elías, que todavía vive, aunque casi lo matan en Puerto Maldonado, y otros compañeros. Era un grupo muy pequeñito.

Nosotros formamos con Guillermo Lobatón; con Juan Pablo Chang, que murió después con el *Che*; con Julio Dagnino, que años después fue apresado en Bolivia; con Alfredo Berástegui y yo, el primer grupo que empezó a estudiar el famoso *Manual del Comandante Baya*, en Lima, allá en el año 1961. Guillermo Lobatón había estado muchos años en Alemania y en Francia, y se incorporó al grupo nuestro. Él había publicado el primer trabajo, que desgraciadamente se ha perdido, sustentando la necesidad de empezar una lucha guerrillera en el Perú. Ya habíamos hecho los primeros ejercicios militares.

¿Ahí tuvieron instrucción militar?

Auto.

¿Auto?

Autodidactas. Después, cuando viajamos a Cuba, estuvimos en las Escuelas Militares, desde 1962.

¿Qué sucede en tu cabeza cuando, después de una militancia en el PC, donde la cuestión armada no estaba vigente, surge la Revolución Cubana y el *foco*? ¿Qué sucede con la visión anterior, la influencia de Mariátegui, la influencia de tu propia militancia?

Lo que pasa es que la línea del PC en el Perú es distinta del PC argentino. Es bastante más compleja. En el caso peruano, tú tienes, primero, a Mariátegui, que fue un pensador absolutamente creativo. Luego tienes un período –que se llamó de “lucha de clase contra clase”– en el cual se aplicó la línea de la Tercera Internacional de esa época, liderado por Eudocio Ravines, quien después fue todo un personaje de la derecha, ¿no?; pero Ravines en esa época tenía toda una línea insurreccional para el

Perú. Estoy hablando de los años posteriores a la muerte de Mariátegui. Hasta 1935, aproximadamente, habían habido intentos de insurrección proletaria, fomentados por activos del PC. Y claro, luego viene un período en el que el PC se burocratiza bastante y adhiere totalmente a la línea stalinista de los “frentes populares” y “frentes únicos”. Pero el PC tenía también una cierta mística de clandestinidad; mucha gente del partido había muerto en prisión, líderes del PC murieron torturados y presos. Había de las dos cosas: una burocrática, absolutamente ortodoxa –porque el peruano era de los partidos más ortodoxos de América Latina, pegado a la Unión Soviética–; pero también había lo otro. Entonces, si tú estabas en el PC, tú recibías toda esa complejidad; y creo que entonces, en mi caso y de muchos jóvenes de la época, reivindicábamos la trayectoria heroica de los comunistas a la vez que repudiábamos lo que llamábamos “traición” de las dirigencias que se habían entendido con Prado. Tal es así, que el PC peruano sufrió muchas escisiones por este problema, porque nunca pudo resolver esta contradicción entre la gente que planteaba una actividad exclusivamente legal y quienes empujaban hacia acciones –no digamos insurreccionales, porque tampoco esa era la cuestión en aquella época–, sino hacia una lucha sindical y popular más abierta.

Volvamos un poco para atrás cronológicamente: están en Cuba, es 1961, entran a la instrucción militar. ¿Cuánto tiempo estuvieron allí?

Hasta octubre de 1962. Estuvimos casi un año. En octubre de 1962 se produce el bloqueo de Cuba, la crisis de los cohetes.

¿Qué influencia ejercen los cubanos, políticamente, ideológicamente, más allá del tema de la violencia?

Decisiva, decisiva. Nosotros seguíamos ciegamente a los cubanos. Y decisiva en términos de la posición cubana, internacionalmente hablando, y de la metodología cubana, que como ustedes saben se expresó con Regis Debray. El libro *¿Revolución en la revolución?* de Debray no es sino la sistematización de una posición que los cubanos habían elaborado durante un par de años. Nosotros seguimos eso mucho antes de la publicación del libro, porque el libro de Debray se publica recién en 1966, y mucho antes de eso habíamos recibido esas ideas.

¿Conociste a Fidel, al Che, a la dirigencia cubana?

Mucho más a Fidel que al Che, porque en las Escuelas... Bueno, Cuba tenía una red de Escuelas Militares por las cuales pasaron muchos latinoamericanos, y muchos africanos también. Esas escuelas estaban coordinadas, y en ellas enseñaba la gente que había sido la vanguardia del Che, la gente del Che. También había españoles que venían desde la guerra civil, viejos combatientes, y estaban las ideas de Vietnam, y un poco de Argelia. Uno notaba que en la ejecución misma de esas escuelas estaba la gente del Che; pero quien estaba más presente era Fidel, porque Fidel iba a las escuelas, almorzaba con nosotros... Entonces, era una cosa mucho más cercana con él que con el Che. El Che se pasaba horas y horas en el Ministerio de la Industria.

Antes de ir a Cuba, ¿tenían planeado ir, aprender y regresar?
Así es.

¿Era una orientación particular o la habían conversado con alguien?

No, no, propia. La habíamos conversado entre nosotros. Era una decisión.

¿No la habían compartido con otros grupos?

No. Porque nosotros fuimos a Cuba para regresar y hacer algo "armado", pero era una idea más o menos nebulosa, ¿no? Con los cubanos esa idea se concretó ya en términos operativos. Nos encontramos en Cuba con que esos planes ya estaban, y como verán, no nos costó nada entrar por esa ruta.

¿Cuántos eran?

En el momento de mayor auge del grupo, éramos cuarenta. En el momento final del grupo, llegamos a ser diecisiete, y también once.

El auge ¿dónde es? ¿Es en Cuba?

Cuando se formó el Ejército de Liberación Nacional; pero no éramos *todos* los peruanos, éramos uno de los grupos peruanos. Estaban también los grupos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, que ya eran más gente. Me acuerdo que Fidel decía "no, pero es que son muy pocos; una guerrilla tiene que tener por lo menos ciento cincuenta personas". No sé de donde sacaba Fidel eso de las ciento cincuenta personas (*risas*): "al menos tiene que haber ciento cincuenta personas". Obviamente, empezamos igual.

¿Quién dirigía el grupo de ustedes?

Yo. En realidad nosotros, que teníamos un gran repudio por los partidos políticos, una gran desconfianza de todo lo que significase jerarquía. Acordamos que no deberíamos tener grados, sino que esto sería cuestión de un proceso que teníamos que

vivir en el Perú. Y por tanto, teníamos jefaturas provisionales, en donde yo estaba digamos como... La palabra "jefe" es excesiva. Aunque sí se puede hablar de jefes, porque sí teníamos disciplina militar; pero eso no era grado, sino una jefatura provisional, hasta "ver".

¿Cuándo deciden que es el momento de empezar a operar en Perú?

Nosotros no decidimos nunca. Decidieron dos cosas: primero el bloqueo, porque se venía octubre, Cuba ya estaba bloqueada, y los cubanos nos dijeron "chicos, pues hay que salir". Empezamos a salir en enero de 1963, una salida organizada, con apoyo del PC boliviano —la gente que después lucharía con el Che—. Lo hicimos por una serie de vías muy complicadas y acabamos en Bolivia. La idea era entrar al Perú desde Bolivia, toda una expedición.

¿Los cubanos les dijeron que comenzaran a operar como una forma de presionar contra el bloqueo?

No, no, para nada. Mira, esta historia era anterior; ya desde febrero de 1962, la idea era que estábamos preparándonos para ir al Perú, para ir organizados. Compartíamos totalmente esa idea con los cubanos: regresábamos a Perú, y lo hacíamos armados y organizados. ¿Cuándo? Estaba para verse. Pero regresábamos organizados. Entonces, en el proyecto inicial nuestro entrenamiento debía durar un año, aproximadamente, y al cabo de ese año armaríamos nuestro retorno con la cooperación de ellos. En el ínterin, antes de que el año se cumpliera, se produjo la crisis del bloqueo. Entonces simplemente lo que hubo que hacer fue poner en ejecución algo que ya estaba planeado, que fue lo que pasó.

Los cubanos, mientras tanto, estaban trabajando en Bolivia y en Perú: gente cubana viajó al Perú, viajó también a Bolivia, y fue Olo Pantoja —que después moriría con el Che— quien fue a Bolivia para preparar nuestra llegada conjuntamente con el PC boliviano, que organizó para ello un equipo secreto. Esto no lo sabía la militancia del PC boliviano, esto lo sabía solamente Monje, y quienes rodeaban a Monje antes de ser el Monje que después fue, ¿no? Monje tenía mucho prestigio en el PC boliviano, y era visto por los jóvenes del partido como “su” líder. Fue Monje con ese grupo de jóvenes, en donde estaban los hermanos Peredo y Olo Pantoja, quienes organizaron nuestra recepción y transferencia al Perú con guías bolivianos.

Inmediatamente va a suceder el episodio de Puerto Maldonado.

Puerto Maldonado sucede en mayo de 1963.

¿Es cuando ustedes intentan ingresar vía Bolivia?

Así es. Ahí hay una historia complicadísima, porque nosotros regresamos a Bolivia por distintas vías; como comprenderán, unos venían por Europa, otros... Fue un rollo todo eso. Y finalmente teníamos que encontrarnos en La Paz. Entonces me acuerdo que yo tomé un tren desde Río de Janeiro, San Pablo, hasta Bolivia; llego a Bolivia por el oriente, hasta Cochabamba, y me encuentro con compañeros que me dicen: “Oye, estamos yendo en contra de la ruta”. Supuestamente, ellos tenían que caminar hacia la frontera con el Perú, pero estaban yendo en la dirección absolutamente contraria, hacia la frontera del este, que era el punto totalmente extremo. Respondí: “No te puedo decir nada, voy a averi-

guar en La Paz”. Voy a La Paz y habían cambiado la operación. Y aquí empezó la complicación del asunto. El PC boliviano había cambiado la operación porque sostenía que la ruta que había sido prevista para nosotros, que era el ingreso por una zona boliviana que es Reyes hacia la selva de Puno, según ellos era inaccesible. Habían explorado eso con su gente; era absolutamente inaccesible. No había otra que ir hasta el oriente y llegar por río hasta Puerto Maldonado, que fue el lugar donde murió después Javier Heraud, y que es una zona alejadísima de toda base popular. En aquella época todos mis compañeros y yo éramos absolutamente ciegos, no discutíamos nada. Y pues, si lo decían los cubanos, que decían “sí, esto hay que hacerlo”, pues por ahí nos fuimos. Por ahí nos fuimos, y eso nos costó cuatro meses de viaje por la selva boliviana, sin ton si son; viaje terrible que acabó cuando ya a unos ochenta kilómetros de la frontera con Perú nuestros guías bolivianos nos dicen: “Compañero, me regreso”. ¿Cómo que te regresas? “Sí, hemos recibido órdenes de La Paz de regresar”. ¿Quién te está ordenando eso? “Es orden de La Paz”. Y se regresaron.

¿Y los dejaron en el medio del monte?

En el medio del monte (*risas*).

¿Cómo te explicaste esa situación?

Después, conversando con Monje. Porque eso fue lo que causó la muerte de Javier, y la prisión de varios. Yo mismo caí preso. Bueno, es una historia complicadísima. Los compañeros acabaron fugados por todas partes; yo preso en La Paz. Una vez que todo esto pasó (ha debido ser julio de 1963) nos reuni-

mos nuevamente con Monje. Él nos explicó que estaba harto, que el PC había recibido muchísimas presiones; que el PC peruano se había quejado al PC argentino, que el PC argentino se había quejado al PC chileno, y que este ya era un problema internacional. Que cómo era posible que estando todos los dirigentes comunistas peruanos presos (porque efectivamente era así) se estuviera haciendo algo que podía acabar con la vida de los compañeros; porque si se empezaba un intento insurreccional en Perú a los primeros que iban a matar eran a los compañeros que estaban presos. En enero de 1963, curiosamente, el gobierno peruano detuvo a cinco mil personas (a todos los comunistas y también a todos aquellos que fueran sospechosos de ser comunistas, a todo el mundo). Los que para ellos eran más peligrosos estaban en una prisión que se llamaba el CEPA, que era una prisión ubicada en el medio de la selva de Perú. Entonces, en esas condiciones, ¿qué estábamos haciendo nosotros?: era una locura.

Se hablaba de una Operación Andina... ¿ustedes sabían de esa operación?

Sí, éramos conscientes. Éramos conscientes porque el secreto, pues tú sabes, nunca se puede guardar totalmente. Había mucha compartimentación de información en La Habana; nosotros respetábamos eso, estábamos de acuerdo con eso. Pero, por ahí se enfermaba un compañero y acababa en un hospital, y en ese hospital conocía a un nicaragüense, que estaba por ahí con un nombre cambiado, y por ahí conocía a un argentino... El hecho es que nosotros sabíamos, primero, que nuestra escuela no era solamente nuestra escuela, que había muchas escuelas, y que había mucha

gente. Entonces, entre la gente que pudimos identificar, bueno, estaba Masetti...

Él muere en 1964.

Sabíamos de Masetti porque teníamos gente, algunos compañeros, que habían trabajado en *Prensa Latina* y que conocían a Masetti. Sabíamos que había compañeros paraguayos, para quienes se había montado una operación que había fracasado. Teníamos versiones nebulosas, contradictorias; pero sabíamos que algo de eso había pasado, incluso que había muerto gente en el Paraguay. Y por eso es que nosotros rehicimos la operación de ingreso de Bolivia hacia Perú. Porque en cuanto nos dejaron en medio del monte pensamos: "y bueno, esto hay que rehacerlo desde la 'A', porque si no nos va a pasar lo que a los paraguayos; el gobierno peruano ya sabe de este asunto, van a acabar con todos; así que a rehacer todo".

¿Eso quiere decir que retrocedieron?

Claro. Volvimos a La Paz, y desde las minas bolivianas, porque en esa época Siglo XX y Catavi estaban bajo el dominio de los sindicatos. Lo hicimos también con apoyo del PC boliviano; organizamos una nueva entrada y en diciembre de 1963, ingresamos a Perú.

¿Cuándo muere Javier Heraud?

En mayo de 1963, cuando estábamos varados en la selva y acordamos enviar un grupo a Perú para que organizara todo el traslado de la guerrilla. Como comprenderán, eso era una cosa fantástica, porque estábamos a ochenta kilómetros de la frontera –kilómetros de selva–. El dueño de un fundo, que ni siquiera era comunista, era falangista, dijo: "Chicos, yo les consigo un jeep, pero me pagan; me pagan ocho mil



"Hugo Blanco era perseguido luego de un enfrentamiento con la policía."

soles". De acuerdo: ocho mil soles y ahí va él con ellos. Ya los guías bolivianos se habían regresado, la gente del Partido se había regresado, todos. Estábamos solos y ya: "bueno, vamos". Y este guía, que era un trabajador, que no tenía nada que ver con el asunto, que ni siquiera era comunista ni nada, que no sabía ni de qué se trataba, dijo: "Allá los conduzco". Con este guía entró el grupo de Javier, Alan Elías, Mario Rodríguez, Cabré... bueno, eran más o menos cinco compañeros. La misión de ellos era llegar a Puerto Maldonado, que era la primera población importante; de Puerto Maldonado tomar un camión, ir hasta el Cuzco (en aquella época, estamos hablando de un viaje inmenso); conseguir un par de camiones; regresar, y con eso jalar a la gente, jalar al grupo hasta las estribaciones del Valle de la

Convención, donde estaba Hugo Blanco. Nuestra idea era plegarnos al movimiento de Hugo Blanco. Cuando llegaron los compañeros a Puerto Maldonado Hugo Blanco estaba siendo perseguido porque en un enfrentamiento con la policía habían muerto dos personas. A Hugo lo estaban persiguiendo, y por tanto nada se podía hacer ahí, y Puerto Maldonado estaba lleno de policías. Encima estaba la campaña electoral de 1962. Justo el día que llega Javier y su gente se estaba anunciando la llegada de Belaúnde Terry, y el Ejército prácticamente había tomado Puerto Maldonado porque pensaban que por ahí estaba huyendo Hugo Blanco. Mejor no podían haber caído, en el peor sitio. Llegaron los compañeros y la gente lo primero que dijo es: "Estos son gente de Blanco". Los señalaron y fueron detenidos por la policía; uno de

nuestros compañeros disparó, se armó una balacera, murió un sargento de la policía; salieron fugando, salieron al río. Y la gente empezó a decir en el pueblo: "¡Son traficantes, son traficantes!". Pensaban que eran ladrones. Bueno, la historia es más o menos conocida: los compañeros tratan de cruzar el río, toman una balsa, pero el balseiro que estaba en ella se tira al río con remos y todo, y los deja a la deriva. Dejó la balsa a la deriva. Desde la orilla —en ese pueblo toda la gente está armada— hacían tiro al blanco. Así murió Javier. Nada de eso lo sabíamos nosotros, como comprenderán. Nosotros nos enteramos dos días después por la radio...

¿No sobrevivió ninguno?

Si, sobrevivieron. Murió Javier y Alan fue muy malherido. Ya moribundo lo llevaron a la orilla. Alan es hijo de militar, entonces se le ocurrió decirle al tipo que le iba a dar el tiro de gracia: "Quiero hablar con su jefe". Esas cosas que a uno se le ocurren, ¿no? Por demás absurdo, ¿no es cierto?: "Quiero hablar con su jefe". El hombre vaciló, y esas milagrosas palabras sirvieron para que quedara con vida, porque no lo ultimó. Los otros compañeros fueron cazados uno a uno. Se metieron por la selva, pero bueno... una catástrofe.

¿Habías hablado con el Che acerca de los planes en Perú?

Si, claro. Claro que sí.

¿Y el Che los había hecho partícipes de que había planes en Argentina y en Bolivia?

No. Eso era secreto. Aunque sabíamos que había planes porque era un secreto a voces... una cosa más o menos sobrentendida sobre la que ya ni preguntabas. No era la costumbre preguntar.

¿Tuvieron alguna relación con lo que se llamó en Lima, la Banda Roja?

No, eso fue antes, en 1961. El asalto a los bancos. Allí estuvieron Pereyra, un argentino, y Guillermo Martorell, un español-francés, ambos trotskistas. Se llevaron un millón de dólares, pero tanto Martorell como Pereyra —que eran personas excelentes— fueron detenidos y pasaron, ¿cuántos años?, ya ni me acuerdo.

Siete.

Siete años en prisión. Pero ellos habían enviado los fondos a un lugar desconocido, y nunca jamás se supo.

Conocemos a Pereyra.

¿No me digan? Pucha, oye, me lo saludan. Realmente. No lo conocí personalmente, pero tengo una alta idea de él.

Efectivamente, ese acontecimiento había sido un año antes. Y el *Chino* Chang, Juan Pablo, que era el modelo del combatiente clandestino y conspirador, un día nos dice al grupo: "¿Sabes qué tengo en mi casa?: un millón de dólares". ¿De qué estás hablando? "La plata del banco; la plata y las armas". Porque el *Chino* estaba en vinculación con todo el mundo, también con ese grupo, y por alguna razón le habían dejado ese dinero.

Naturalmente, después el Chino lo entregó. A quién se lo habrá entregado y todo eso, ya no sé.

¿Qué pasó después del desastre de Maldonado?

Retornamos, nos volvimos a reunir en La Paz. Allí hicimos una reunión para evaluar lo ocurrido. Y algunos compañeros dijeron: "Yo ya no; a mí, primera y última experiencia, chau". A esos compañeros les permitimos regresar a Perú; y el resto, quedamos. Con los que quedamos rehicimos toda

la operación, pero esta vez por nuestra cuenta. Mejor dicho, siempre en relación con los cubanos, pero ya no recibíamos directivas de nadie. Hacíamos lo que nosotros creíamos que había que hacer, y así entramos clandestinamente por Desaguadero, pasamos armas, pasamos todo. La gente boliviana nos regaló armas, porque en aquella época, en La Paz, el que menos tenía un fusil abajo de su cama; la Revolución Boliviana estaba todavía vigente. La gente de Lechín nos regaló armas, y recibimos mucho apoyo en términos de solidaridad, de amistad.

¿Hacia dónde se dirigieron?

Iniciamos un proceso de exploración. Exploramos dos zonas: una, la Convención, y otra, Ayacucho, porque entre nosotros había algunos compañeros que eran *comuneros*, miembros de comunidades de Ayacucho. El balance de esa exploración fue que de ninguna manera convenía la Convención: estaba llena de agentes del Servicio de Inteligencia, porque después de todo lo que había pasado con Blanco el Ejército tenía control sobre la zona y sobre los dirigentes campesinos. Y decidimos empezar en Ayacucho, que era un lugar, entre comillas, "virgen" en esa época, en donde a nadie se le hubiera ocurrido que podía haber una revolución. No había ni siquiera cuartel, no había mapas, no había fotocartas, no había nada.

¿Ayacucho está más pegado a la zona selvática?

Si, tiene una parte selvática que da al río Apurímac, el Alto Apurímac; y tiene una zona andina, muy alta, que es Puno. O sea, es una caída. Y estuvimos en La Mar, que es una provincia en donde teníamos algunos compañeros que eran de esas comuni-

dades y empezamos a trabajar juntos. Había habido allí un movimiento campesino muy en germen; un latifundismo pequeño, pero salvaje. Entonces juzgamos que eran las mejores condiciones para empezar, y allí empezamos. Esa historia fue en 1965.

¿Y esa historia termina en...?

Febrero de 1966. Hicimos muchos amigos en esa zona, muchos dirigentes campesinos (había algunos que estaban presos) y empezamos a trabar relación con las comunidades. Todo iba muy bien. Hasta que un día agarramos el periódico, y nos enteramos que se había lanzado Lucho de la Puente. Con él las relaciones habían sido muy malas al comienzo. No olviden que en aquella época todavía era el APRA Rebelde, es decir, era el APRA; y nosotros éramos comunistas. En Cuba habíamos tenido algunas reuniones catastróficas. Pero con el tiempo y luego de lo ocurrido en Puerto Maldonado y la muerte de Javier, recibimos varias señales amistosas de ellos, todo había mejorado. Pero no teníamos una coordinación. Y obviamente, ellos no nos informaban de lo que estaban haciendo.

¿Dónde se alza De la Puente?

Justamente, en la Convención, que nosotros habíamos decidido descartar porque no había condiciones. Lo hizo, bueno, con las consecuencias que ya conocemos.

Y a ustedes ¿cómo los afectó?

Nos afectó porque tuvimos que apresurar todo. Es el momento en que De la Puente se alza, y también se alza Lobatón, que estaba en el centro del país... Ahora entre ellos hay distintas versiones. La gente que estaba con De la Puente dice que fue Lobatón el que se alzó... Pero esas ya son historias que va a

ser muy difícil reconstruir, porque prácticamente todos han muerto. El hecho es que esto se produjo y nos obligó a nosotros a decir: "Ya; ¿qué hacemos aquí?". Entonces, ya, pues, empezamos.

Entre Lobatón y De la Puente ¿no había ningún tipo de coordinación?

Sí, la había. Con Lobatón éramos muy amigos, amigos como hermanos (con él y con Juan Pablo Chang, que murió después). Él estuvo en nuestro grupo hasta octubre de 1962, y luego se separó. Fue cuando los cubanos intentaron que nos uniéramos todos en el MIR. Nosotros dijimos "sí" (no era todavía MIR; era APRA Rebelde). Dijimos "sí", y fuimos. Se realizó una asamblea entre la gente del APRA Rebelde y nosotros, el grupo pequeño; es decir, Lobatón, Alain y cuatro o cinco compañeros más. En esa reunión estos compañeros dicen: "Pero tú eres comunista"; a lo que respondo "Bueno, yo no soy comunista; he estado en el PC, pero no soy". "¿Pero cómo has estado, y no eres? Pues si ustedes son comunistas, tienen que venir por el PC, nosotros no podemos aceptarlos. ¿Quiénes son finalmente ustedes?". Éramos una organización, no éramos nadie. "¿Pero son de la Juventud Comunista?"; "No, no somos de la Juventud Comunista, venimos simplemente a trabajar por la revolución". Nos dijeron: "No, nosotros con ustedes no podemos conversar, tiene que ser una cuestión oficial". Bueno; fue un desastre esa reunión, y no se pudo conseguir nada. Eso fracasó. Y los cubanos, me acuerdo que estaba presente el Comandante Escalón, nos dijeron: "Al carajo" —ustedes saben cómo son en Cuba—, "Vamos a otro grupo". Y nos fuimos a otro grupo, que nosotros sabíamos

que existía; en ese grupo estaba gente mucho más joven, y ya con ellos armamos todo.

De política ¿se hablaba algo?

No. El tema político era un tema de decir: "Esas cosas de los políticos, lo único que van a hacer es enredarnos".

¿Y trabajo social dentro de las ciudades?

Tampoco, porque las ciudades eran vistas como un peligro para el guerrillero. La concepción era ruralista: la guerrilla tenía que operar en las zonas rurales, en las zonas campesinas, cualquier intento de armar algo en la ciudad era peligroso. En la ciudad siempre perderías, siempre te meterían preso. La vida *muelle*, cómoda, de la ciudad te iba a ganar; tu escuela tenía que ser el *farm*. Después, cuando ya tuvieras una organización asentada, firme, podías pensar en las ciudades; pero chico, eso déjalo para después.

¿Y qué hacían, caminaban por la selva, y planeaban acciones de propaganda armada?

La idea de la propaganda armada era una idea básica, y una recomendación básica: caminar, caminar, caminar; hablar con los campesinos. Eso era lo que hacíamos. Y evitar las acciones

¿Evitarlas?

Evitarlas. Finalmente, nosotros no pudimos evitarlas. Pero bueno, la concepción era: "Evita las acciones, acostúmbrete bien, reconoce el terreno, conoce a la gente, enraízate; pero muévete en toda esa área; y luego recién piensa en acciones".

¿Fantaseaban con plazos, con tiempos?

No, porque no estaba determinado cronológicamente. Eso dependía de hasta qué grado tú tenías condiciones favorables por el



entrenamiento de tu gente, por el conocimiento del terreno, por tu enraizamiento en la base social.

¿Pero creían en la guerra popular prolongada, o que en dos años tomaban el poder?

Nosotros creíamos en la guerra prolongada, absolutamente. Jamás hubiéramos pensado que en dos años íbamos a llegar al poder.

¿Tenías familia?

Sí, claro. Yo estaba casado, tenía una hija.

¿Estaban contigo?

No, por supuesto que no. ¿Tú crees que en aquella época alguien pensaba en eso?

¿Cómo se resolvía esa cuestión personal?

Bueno, mi mujer, que ya murió, sabía que me iba. Y asumía esa realidad, y sabía que iba a ser así. En el caso de Lobatón igual,

porque él también era casado. Su mujer era francesa. Su mujer incluso estuvo presa, la mía no.

Por tu relato (caminar en la selva, moverse...) todo se reducía a una cuestión técnica; de política no se hablaba. Y en ese momento se producían en el mundo una serie de cuestiones...

Sí, bueno, a ver... ¿qué se había producido? Seguíamos mucho más los acontecimientos que estaban pasando en Cuba en el año 1962. Esa es la época de la crisis con Escalante. Es destituido, si no me equivoco, en febrero de 1962. Eso sí lo seguíamos. Seguíamos lo que estaba pasando en Argelia, lo que estaba pasando en Vietnam. Pero "política", digamos la política del poder burgués, la discutimos fuertemente en Bolivia. Porque en 1962 había una dictadura militar en el Perú, una dictadura que duró un año. En 1963 se realizaron elecciones y ganó Belaúnde, que era un

hombre, digamos, de centroizquierda, ubicando las cosas en esa época. Nosotros discutimos esto: ¿había que seguir o no? Dijimos que sí, que había que seguir, a pesar de eso.

¿Cómo sigue el relato?

Nos instalamos, logramos muy buena relación con la gente, pero la población se dividió. Había campesinos que estaban con nosotros, pero también los que estaban en contra. Durante todo el año nos fue bastante bien, y se complicó en el momento en que, primero, es derrotado y muerto Guillermo Lobatón, es derrotado y muerto Máximo Velando, y luego es fusilado De la Puente.

Quedábamos nosotros solos, y nosotros estábamos en el centro, en el centro-sur (Lobatón había estado en el centro-norte, y De la Puente en el sur). Entonces el Ejército nos cercó, porque recibimos gente que venía del centro-norte, y gente que venía desde De la Puente. Planeamos pasar al otro lado del río Apuripac. Pero ese fue el paso que no llegamos a hacer. Porque en ese momento cayó el Ejército; y ya, pues. Nuestro grupo estaba disperso, mataron a mucha gente, a muchos campesinos, quemaron toda la zona, y los compañeros fueron siendo eliminados uno por uno. Y yo quedé al último, hasta febrero de 1966. Fui el último. No fui capturado gracias a una serie de acontecimientos, cosas que a uno le pasan en la vida, porque estaba con otro compañero que conocía muy bien la zona. Cuando ya no había posibilidades de nada dijimos: "Bueno, lo que hay que hacer es volver a Ayacucho y volver a hacer contacto con la gente". Pero Ayacucho..., mira, nosotros estábamos al frente del río Apuripac, estoy hablando de las estribaciones andinas.

Luego de una serie de acontecimientos muy complicados, llegué finalmente allá. Estaba en muy malas condiciones, porque yo tenía leishmaniosis. La había adquirido el año anterior, en la primera operación con Javier.

¿Qué es leishmaniosis?

Una especie de lepra. Es una hermana, una prima de la lepra. Te pica un mosquito y empiezan a salir úlceras que no cicatrizan nunca. Yo estaba bastante mal porque tenía la enfermedad justamente en los pies; estaba prácticamente inutilizado. Pero así y todo logré salir a Ayacucho. En Ayacucho tenía un amigo que era profesor universitario y que se pegó un susto terrible cuando me vio, porque en una revista de gran circulación habían publicado una foto mía que decía "el hombre más buscado del país". Entonces me dijo: "mira, desaparecete de aquí, toma trescientos soles, y vete". Bueno, el hecho es que llegué a Lima, y en Lima caí preso. Cosa que me salvó la vida, porque si hubiera caído preso en Ayacucho no contaba la historia.

Al llegar a la ciudad ¿te detuvieron?

Me detuvieron en la casa de un compañero cuando cayó la policía. Pero como yo había sido periodista tenía mucha relación con los medios. Hicieron un gran escándalo, se movieron los periodistas, hubo una campaña internacional en defensa de mi vida... Bueno, ya; las cosas variaron.

¿Y estuviste preso hasta...?

Hasta diciembre de 1970, en que fui amnistiado. Yo caí preso en 1966. En 1968 se produjo el golpe de Velasco Alvarado con las consiguientes transformaciones. En 1970 Velasco decretó la amnistía general.

¿Estuviste preso, en la isla?

No, en El Frontón nunca estuve, pasé por El Sexto, la famosa prisión sobre la que escribe Arguedas, en una cosa que le decíamos "la carceleta de San Quintín"; y luego en Lurigancho, que era una prisión que se abrió en ese entonces. Estuve en varias prisiones durante toda esa época, porque me cambiaban de un lado a otro.

Al salir de la cárcel ¿te incorporaste al movimiento de Velasco?

Sí, yo tenía un amigo con el que había estudiado Derecho en la Universidad de San Marcos, que era asesor de Jorge Fernández Maldonado, uno de los coroneles de Velasco.

Era un hombre progresista, ¿verdad?

Sí, por supuesto. En la cárcel yo sabía lo que estaba pasando y mi posición seguía siendo contraria. Pero cuando se produjo la Ley de Industrias y una serie de reformas, la cosa era para pensarlo. Entonces fui tomando distancia de mis anteriores posiciones y cuando salí el mismo Velasco me invitó a conversar.

¿Cuándo comienza tu reflexión sobre esa experiencia?

A partir de la Ley de Industrias. Porque al momento de la Reforma Agraria yo todavía decía: "Bueno, estos tipos son modernizadores", y escribí sobre eso, todavía hay por ahí algunos artículos míos de esa época. Me decía: "bueno, la Reforma Agraria es porque los hacendados están en decadencia, y aquí lo que se viene es un proceso de industrialización militar realizado por una dictadura militar". Pero cuando introducen la cogestión en las industrias, y promueven otras medidas muy radicales, pensé "No, en esto hay otras cosas".

¿Por dónde empieza tu crítica a la guerrilla? Porque en tu libro (Las guerrillas de 1965: balance y perspectiva.

Biblioteca Peruana Lima, Perú, 1973) hablas de que la guerrilla tiene un pecado original, que es su extracción de clase. Viene por mi experiencia en el Partido, no por la guerrilla. Siempre sostuve la idea de que el PC en Perú era un partido de la clase media intelectual, e incluso malamente intelectual; y que toda la explicación de sus crisis y sus ortodoxias estaba dada por el hecho de que no tenía verdaderas raíces en el medio popular. Entonces, esa crítica yo la extendí a lo que éramos nosotros mismos; no por la guerrilla.

Si el problema era de la extracción de clase, del origen pequeñoburgués de los combatientes, ¿se podía pensar como exitosa una guerrilla de extracción de clase campesina?

No, claro que no. Y eso se explica por el hecho de que el origen de ese libro es un informe que hice a los compañeros que habían quedado afuera, que se llamó *Informe 1965*. Ese libro es la ampliación de un informe acerca de lo que había sido nuestra actividad. En ese informe yo señalaba estos hechos, y decía: "Cuidado con esto; mira lo que hemos encontrado". Por eso tiene ese sentido autocrítico. Era un texto hecho para llamarles la atención y decir: "Mira, hay que pensar en esto".

En un trabajo que escribiste para la revista *Controversia* (México, mayo de 1980) afirmaste que las ideas de la izquierda eran artículos de importación de experiencias ajenas. ¿Eso era tanto por parte del PC como por parte de los cubanos?

Sí, por supuesto. Ese fue, creo, el problema que las izquierdas latinoamericanas tuvieron siempre.

¿Había una alternativa a esa importación?

No, porque la alternativa es sumamente complicada; es decir "mira, estudia y construye tu pensamiento". Decir eso en aquella época era un disparate, porque si todo estaba pensado, ¿para qué ibas a volver a pensar? Estaba pensado y además estaba probado, porque había revoluciones victoriosas. Y entonces; "¡Por favor, qué me vienes a tratar de inventar cosas!", ¿no? Después hubo un cambio más razonable, pero tampoco es fácil. Porque creo que hasta hoy el problema, no solamente de la izquierda, (me refiero al Perú especialmente), sino de la política en general, es que las grandes opciones políticas, incluidas las democráticas, han repetido modelos que tienen una falla de fábrica. Porque no surgen de un esfuerzo propio, de corrientes sociales o intelectuales propias. Repito que tampoco es un defecto exclusivo de la izquierda, sino que se extiende a la derecha también, incluido el neoliberalismo.

Héctor, volvamos a la experiencia de aquellos años. Según tu reflexión, ¿lo incorrecto fue haberse levantado en armas, o la forma en que se realizó la guerrilla peruana? ¿Estaba bien levantarse en armas, estaba bien una guerrilla?

¿Quieres que te lo diga desde hoy, o quieres que te lo diga desde cuándo? (*risas*).

Este es un problema que va al corazón de la cuestión. Al menos, yo creo eso. Por lo menos en el Perú, hay una suerte de falla geológica, si tú quieres, en la construcción misma de nuestro país. Y esa falla geológica tiene que ver con dos *Perús*; es decir: un Perú colonial, oligárquico, de una mentalidad anacrónica y una gran insensibilidad; y el Perú de los indios, de la gente

pobre. Yo no repudio totalmente a uno ni santifico totalmente al otro; pero esa brecha existe. Entonces creo que en nuestro país lo que ha pasado es que nosotros hemos tenido dictaduras —excepto la de Velasco— que afianzaron ese poder concentrado y antinacional, y democracias que no han podido expresar lo que es el país real. Y eso, en una situación de terrible injusticia, hace que tú obligadamente, si quieres pensar sinceramente, tengas que decir: "Ciertamente, mi deseo es una democracia real, una democracia que exprese todo lo que el país es"; y por ahí empecemos a discutir, pero que exprese lo que es. No importa, aunque ese país sea conservador aunque finalmente los indios terminen siendo conservadores; pero que estén, que sean incluidos. Pero ¿cómo llegas a eso? El poder concentrado lo único que hace es afianzarse, empobrece. También intelectualmente se deteriora, y acaba en lo que es hoy el poder político peruano, un conjunto de *mafias*. Ustedes saben que la mejor opción es la democrática, y que la opción deseable es una democracia incluyente. Pero no tienes ningún mecanismo para eso, ningún mecanismo que haga eso posible. Entonces, una primera conclusión a la que tienes que llegar es que, en los marcos de la actual situación de tu país, un discurso basado exclusivamente en los términos de la democracia representativa lo único que hace es justificar un régimen concentrado e injusto. Ahora, por otro lado, también sabes que la violencia contra ese sistema te va a llevar necesariamente, como ya ocurrió, a momentos trágicos, y que también te va a deteriorar. Entonces la violencia no solamente va a afectar a tus ene-

migos, sino que te va a afectar a ti en la medida en que tú te vas a convertir también en un elemento destructivo, contra ti y contra el país. Y contra el pueblo, ¿no es cierto? ¿Y entonces qué?

¿No hay respuesta?

Esa es la gran pregunta de hoy: cómo construyes esa respuesta, en términos intelectuales y en términos prácticos también. Por supuesto que teóricamente tú puedes encontrar muchísimas respuestas. El asunto es: ¿puedes realizarlas? Yo creo en lo que podríamos llamar radicalización de la democracia; es decir, que la democracia tenga raíces. Eso no significa que se convierta en una democracia extremista (tampoco queremos regresar a eso, ¿no?; a la demagogia extremista, que también la hemos tenido en Perú); sino una democracia que tenga raíces en el país. En este momento hay muy pocos elementos para alcanzar esa radicalización. A no ser que un milagro político y social, que también los hay, haga que todo eso sea roto y entonces se abran canales para que la gente invada los mecanismos de poder. Pero ahora no estamos en eso. Creo que el gran tema es ese. No se trata de decir: "Mira, me alcé en armas y todo lo que nosotros empezamos acabó en el proceso sangriento de los años noventa al 2000". Ciertamente nosotros repudiamos el terrorismo, lo repudiamos desde el comienzo, inclusive en aquella época, pero también te pueden decir: "Mira, tú lo repudiabas; pero mira lo que vino después" ¿No es cierto?, razonablemente te lo pueden decir. No alcanza únicamente con afirmar "Fíjate; por ahí no vas a ningún lado, por ahí vas provocar la tragedia de mucha gente y del propio pueblo". Sino decir: ¿cómo construyes algo que sea limpio, que sea honesto, que sea inclu-

yente, que sea auténticamente democrático, y que a la vez te permita realizar las transformaciones que Perú necesita?

Quizá Bolivia esté ensayando algo de esto

Probablemente. Claro que Bolivia siempre fue el caso de un país muy distinto a Perú, a pesar de sus semejanzas y sus raíces indígenas. Bolivia es un país en el que la izquierda siempre estuvo en el poder o al borde de, y muchas veces no quiso hacerse cargo del poder.

¿Hubo una cuota de aventurismo en aquellos años?

Efectivamente, y muchos fracasos. En el caso peruano —mira qué sorprendente es la historia— nosotros fuimos barridos por el Ejército; éramos unos chiquillos ingenuos y nos barrieron, y de la peor manera. Claro, nunca habíamos vivido (lo viviríamos después, pero en aquella época no) un proceso tan terrible como el que América Latina vivió más tarde. Pero creo que nuestro fracaso dejó en la conciencia de algunos militares una actitud de culpa. Porque nosotros no sabíamos que en los medios militares había una evolución de ciertas corrientes nacionalistas, favorables a los cambios estructurales. No olvidemos que era la época de la “Teología de la liberación”; era la época, bueno, de la misma Revolución Cubana. Y eso tenía su influencia también en el Ejército peruano. Y entre estos militares que nos persiguieron los había, obviamente, de los militares “feroces”; pero también de los jóvenes militares que luego dijeron: “Bueno, ¿y qué hemos ganado con esto?, estos chicos representan ciertas corrientes sociales”. Porque no estábamos solamente nosotros, estaba el movimiento campesino. Como las acciones nuestras no habían herido al Ejército al grado



Héctor Béjar durante la década del sesenta.

tal de hacer imposible el diálogo, entonces el diálogo fue posible, y se produjo. Pero esas son circunstancias muy especiales en el caso peruano. En cierto sentido nuestro fracaso fue una suerte de elemento catalizador de algo que ya venía sucediendo en el país y en las Fuerzas Armadas, y que se precipitó con lo nuestro. Porque los militares dijeron: “No; los cambios hay que hacerlos ya, porque si hoy tuvimos a estos chicos acá mañana vamos a tener cien más; entonces mejor de una vez”. Eso fue lo que pasó.

Las Fuerzas Armadas peruanas son uno de los pocos casos en los que hay oficiales mestizos, surgidos del pueblo, de las clases bajas.

El propio Velasco, ¿no?

Velasco, por ejemplo.

Sí. Ahora eso no necesariamente garantiza nada, porque nosotros hemos tenido mestizos

surgidos de clases bajas que han sido terribles dictadores y gente absolutamente despreciable; entonces... Pero yo diría que eso corría a la par con la influencia del medio, del mundo de aquel momento, influencias que fueron determinantes para los militares. Algunos de los que rodeaban a Velasco era gente profundamente católica, y la influencia de la “Teología de la Liberación” fue muy grande; otros eran gente que estaba harta de los Estados Unidos, entonces miraban a los países del este soviético como posibles aliados dentro de un nacionalismo que repudiaba a los Estados Unidos. Y como hasta ese momento el modelo soviético era un modelo exitoso, veían en esa gente una posibilidad de alianza y de apoyo; finalmente, todas las corrientes *cepalinas*, cooperativistas de esa época, que también tenían lo suyo. Como las

corrientes *cepalinas* afirmaban el rol del Estado, y los militares por su propia dedicación tienen una mentalidad —o la tenían en esa época— estatista, pues eso muy naturalmente provocaba una especie de asentamiento en el pensamiento militar.

Había una consigna conmovedora porque venía de un gobierno militar, de una dictadura: “campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza”.

¿Y tú sabes que Tupac Amaru nunca dijo eso? (*risas*). El discurso de Velasco promulgando la Reforma Agraria el 24 de junio de 1969 terminó diciendo: “Y así como dijo Tupac Amaru, hoy día repetimos: campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza”. Tupac Amaru nunca había dicho eso, pero sí era un mensaje conmovedor (*risas*).

No sólo eso. Hubo otros discursos en los que Velasco reivindicó a los guerrilleros. En el discurso de Arequipa en 1971, teniendo detrás un gran retrato de Mariátegui que nosotros pusimos, Velasco reivindicó lo que habían significado los intentos de los jóvenes combatientes de la guerrilla.

No era poca cosa, ¿no?

No, no era.

¿Ahí el PC participó bastante, verdad?

Sí, el PC decidió apoyar el proceso revolucionario; pero se dividió. El que había sido “partido pro-chino”, el que apoyaba las tesis chinas desde 1963, se opuso, y fue la oposición más radical que hubo al proceso.

En tu libro has hablado sobre la necesidad de no sacralizar al guerrillero heroico ni al “Partido Infallible de la Revolución” ¿Cómo se evita la consagración de sujetos extraordinarios?

Bueno, ya los más viejos había-

mos discutido el informe Jruschov, que fue una discusión fuerte. Algunos partidos de América Latina, (obviamente ni el argentino ni el peruano) cuestionaban no el culto a la personalidad de Stalin sino el sistema creado. Creo que fue Gomulka en Polonia, cuando salió de la prisión para hacerse cargo de la presidencia, quien dijo que el estalinismo era un sistema, no sólo un culto a la personalidad. Nosotros también señalamos que el estalinismo había sido un sistema. Ese sistema estaba propiciando el liderazgo, que se pretendía indiscutible, de un país. Y eso asfixiaba la posibilidad de pensar sus propias vías a los comunistas de todo el mundo. La Revolución Cubana nos confirmó eso, porque dijimos: “Mira, si los cubanos hubieran seguido lo que les decía el Partido Socialista Popular jamás hubieran hecho la revolución; la Revolución Cubana es fruto precisamente de haber roto con eso”. La otra vía era la de la Revolución Checa. En ese momento comenzamos a preguntarnos: “¿Qué cosa ha sido la *Primavera de Praga*?: la Primavera de Praga no ha sido otra cosa que comités de obreros, el resurgimiento de los soviets. Y ¿qué se ha aplastado ahí?; no se ha aplastado —como decía la Unión Soviética— la penetración austríaca. Ahí lo que se ha aplastado es a los obreros, a los soviets”. Nosotros teníamos una actitud muy cuestionadora.

Pero ustedes también cayeron en sacralizaciones, porque...

¡Ah!, empezando por Fidel, por supuesto. Claro que sí, claro que sí... (*risas*)

¿Cómo podían ver unas, y no otras?

Bueno, pues así era para nosotros. Para nosotros Fidel era pre-

cisamente el que discutía y cuestionaba. Y efectivamente era así. Cuando se produjo la Segunda Declaración de La Habana (febrero de 1962), que es la que determinó que pudiéramos recibir instrucción militar en Cuba, esa decisión rompió el estatuto que los viejos dirigentes del Partido Socialista Popular querían establecer por la vía de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). En Cuba se produjeron dos cosas simultáneamente: esa segunda declaración, que es una declaración de guerra continental (convertir los Andes en una gran Sierra Maestra), simultáneamente con la transformación de las ORI en un movimiento amplio, porque hasta ese momento las ORI tenían una Secretaría de Organización ejercida por Escalante, quien quería... como decía Fidel, “meter el mar en el río Cauto” (el río Cauto es un río cubano), cuando “lo que hay que hacer es llevar el río Cauto al mar”. Entonces, para nosotros, Fidel representaba la ruptura con esa vieja ortodoxia.

¿Cuál sería la posible garantía contra procesos burocratizados?

Yo podría recitar todo un discurso sobre la democracia participativa, y efectivamente creo, insisto, en que teóricamente es lo ideal. Es decir; lo ideal es que nuestros países tengan democracias abiertas. Lo ideal. Ahora, pregúntate: las condiciones de pobreza, que no es sólo pobreza material sino también espiritual, que hoy tenemos en países como Perú, con un deterioro y una corrupción generalizada a todo nivel, ¿hacen posible construir una democracia en que la gente participe? Y una vez más debemos recordar el tema inicial: si no cambias las condiciones sociales de la gente, si no tienes un proceso educativo masivo, si no tienes un entusiasmo generalizado de la gente (que además

sabemos por experiencia que se produce en períodos cortos; porque la gente no se entusiasma para toda la vida, se entusiasma un año, por una revolución, por un proceso); ¿es posible? Yo creo que en América latina tú tienes las mismas preguntas sin respuestas que tuvieron los que iniciaron el proceso de independencia; es decir, los mismos temas de Bolívar, de los fundadores de nuestros países, siguen siendo los temas de hoy. Cuando se dijo: “¿Qué quieres tener, monarquía o república?” La gente liberal o jacobina de aquella época decía: “República”. Muy bien; ¿es posible tener una república sin republicanos?, ¿una democracia sin ciudadanos? Hoy esa pregunta sigue vigente, increíblemente, después de tantos años: ¿es posible construir una democracia sin ciudadanos? Hoy no tienes ciudadanos. Hablo de Perú. Hoy tienes una gente desesperada, viviendo al día, que no tiene tiempo para pensar, que es manipulada por los medios de comunicación, eso es lo que tenemos. ¿Cómo instalas una democracia ahí? ¿Qué es lo que hoy tenemos en términos reales?: tenemos unas *mafias* a las que llamamos “partidos políticos”, un Congreso absolutamente desprestigiado, una élite respetable sin relación con la gente, y como decía un caudillo que fue Nicolás de Piérola —que no sé si lo dijo alguna vez, pero dicen que lo dijo—, “El Perú es un territorio de desconcertadas gentes”. Ahí hay que trabajar. En esas condiciones trabajas con lo que tienes. ¿Qué es lo que tienes?; esa elite más o menos ilustrada, unas cuantas organizaciones sindicales limitadas, y unos cuantos líderes políticos sin base.

América tiene hoy a Chávez y a Evo Morales. ¿Son dos casos distintos?

Son distintos. El caso de Evo es

mucho más interesante; porque, digamos —en el lenguaje liberal—, Evo es mucho menos —entre comillas— “populista” que Chávez. Pero el problema sigue siendo el mismo... Yo no quiero hablar de Bolivia ni de Venezuela, porque prefiero hablar de Perú. Lo paradójico en Perú es que la situación que describo se produce en el momento en que existen esos procesos en Venezuela, en Bolivia, los cambios que hay en Ecuador... Si tú regresas a la historia, una vez más, te vas a dar cuenta de que el corazón de la reacción en Sudamérica siempre estuvo en Perú. Porque la vieja mentalidad colonial se mantiene en las clases altas peruanas. Y bueno, hoy la globalización destruyó todo lo que podías tener de institucionalidad popular. Hoy día no tienes en Perú institucionalidad popular. Mala o buena; no la tienes.

¿Podemos hablar un momento sobre Sendero Luminoso, un fenómeno sangriento que duró muchísimos años?

Duró diez años. Yo tengo mi tesis sobre Sendero, no demostrada. Nunca podré demostrarlo porque habría que hacer una investigación a fondo que no estoy en condiciones de hacer; y no sé si valga la pena hacerla. En Perú las clases anacrónicas no solamente están en Lima, sino también en las provincias (y quizá las más anacrónicas están en las provincias); y los procesos de cambio que se dieron —primero con Belaúnde y luego sobre todo con Velasco—, que fueron cada vez más radicales, afectaron no solamente a los grandes, sino también a capas medianas de dominación rural. Entre ellas estaban las familias de Ayacucho. Y—no es un fenómeno nuevo, esto se ha dado otras veces en la historia— los hijos de estas familias afectadas por

medidas revolucionarias asumen rápidamente una actitud que acaba en el terrorismo, como creo que efectivamente pasó con Sendero. El maoísmo de Sendero, que es un maoísmo ayacuchano, asentado en una provincia atrasada, tiene ese tipo de desesperación que aparece en la gente que sabe que no pertenece al mundo de la gran oligarquía (que frente a los cambios dijo: “Bueno, me afectaron, pero me afectaron una parte; finalmente reconstruyo mi poder económico”, como efectivamente lo reconstruyeron), sino que no tiene salida. Porque efectivamente la historia empieza a barrer con esas oligarquías aldeanas. Entonces el maoísmo digerido a la manera peruana, para esos chicos, vía la universidad, les permite expresar al mismo tiempo una gran falta de esfuerzo por pensar, una rabia muy grande y un sentimiento de culpa muy cruzado por la situación de sus propias familias, más un resentimiento grande contra todo. Y para mí eso es lo que ocurrió con Sendero. Sendero fue eso con fraseología maoísta, que por supuesto nada tiene que ver con Mao.

En sus orígenes, tuvo apoyo.

Así es, y bastante. Porque estos chicos sabían hablar quechua, conocían perfectamente el lugar porque eran de ahí; tenían una relación de dominación con el mundo campesino porque esos campesinos también habían sido siervos de sus familias, y como todos saben la relación de hacienda es una relación de dependencia también. Es decir que les era relativamente fácil agrupar, sobre todo en un primer momento, un nivel apreciable de apoyo campesino, como efectivamente ocurrió. Eso explica el primer Sendero; estoy hablando desde 1983, probablemente, hasta 1985-86.



Me pierdo aquí con la cronología, puedo equivocarme, pero en esos años hay un momento en que Belaúnde primero, y García después, deciden que participen las Fuerzas Armadas y éstas toman la absurda y suicida decisión de que entre la Infantería de Marina. La Infantería de Marina son los *cholos* entrenados en las peores tácticas asesinas, los que tienen un desprecio total por los indios. Esos son los que entraron.

¿La diferencia entre cholo e indio?

Bueno, el cholo es un tipo mezclado étnicamente con una cultura urbana, que se enorgullece de su cultura y se siente superior al indio. Y que además está armado hasta los dientes y tiene el apoyo oficial. ¿Qué podía darse ahí?: una cadena de asesinatos terribles. Se produjeron

grandes masacres sobre todo en el primer momento. Eso favoreció a Sendero, pues Sendero fue la víctima. Creo, además, que los servicios de inteligencia del Ejército y de la Marina se infiltraron en el grupo. Y ya se sabe –esto lo hemos aprendido todos en nuestros años de aventuras insurreccionales–, a nosotros en Cuba nos decían eso muy claramente: “Chico, el día que a ti se te ocurra poner una bomba en la ciudad, van a explotar cien, y tú no sabes quién las pone”. Y eso pasó efectivamente en Perú; tú pones una bomba y el servicio de inteligencia te pone diez, porque necesita el pretexto para reprimir a la población civil y controlarla totalmente. Eso fue lo que pasó. Creo que el servicio de inteligencia penetró a Sendero, y a las acciones del grupo, les adjudicó las acciones

encubiertas de los servicios.

¿Cuándo comienza el segundo período de Sendero?

Hubo varios períodos: un primer período de insurrección, entre comillas, “honesto” de Sendero; un segundo período de represión asesina por parte de las Fuerzas Armadas, y un tercer período en el cual algunos militares –cuando todo se había desbocado en una vorágine de asesinatos sin fin– comienzan a decir: “No; por aquí no vamos a ningún lado, hay que hacer labor política con el campesinado”. A su vez, el campesinado, que ve que todo es sangre, que sus comunidades están siendo destruidas y que Sendero asesina a sus dirigentes, empieza a reagruparse y busca la alianza del Ejército. Ahí comienza el fin de Sendero. Pero debieron pasar varios años.

¿Por qué Sendero termina en una descomposición política tan pronunciada, con un grado de criminalidad enorme?

No tengo respuesta. Siempre me he preguntado por qué optó por el crimen. Tiene que haber habido un momento en que ellos decidieron eso. Porque una cosa es que tú digas: “Bueno, haces una guerrilla y motivas una insurrección”. Pero que te pongas a asesinar gente selectivamente, y que esa gente no sea la gente “alta” sino la de sectores medios y populares, ¿por qué? Yo creo que hubo dos cosas, y son hipótesis no probadas: por un lado, un fenómeno que a mí me evoca la guerra a muerte. Guerra a muerte significa que yo no debo permitir que la gente que no está en esto viva su vida tranquilamente. Todo eso también lo he vivido yo; cuando nosotros estábamos alzados en la sierra decíamos: “Bueno, nosotros estamos alzados aquí, y la gente sigue viviendo normalmente”. Tienes

esa sensación. Claro, por supuesto que a nosotros jamás se nos iba a ocurrir no dejar que esa gente viva tranquilamente, ¿no? Pero a Sendero sí se le ocurrió. No dejar que vivan tranquilamente era obligarlos a optar: o estás conmigo, o estás contra mí; si no estás conmigo, mueres. ¿En qué momento tomaron esa decisión y por qué?, no lo sé. La otra explicación de este fenómeno es que los militares les metieron gente. El servicio comenzó a operar aprovechando la cobertura de Sendero para matar también a todos los que ellos entendían que era gente peligrosa. Ahí ha habido dos elementos que han trabajado simultáneamente.

¿Pero Sendero pudo haber sido tan infiltrado sin que la dirección lo denunciara?

Yo creo que sí. Estaban infiltrados hasta las orejas. Miren ustedes: el gobierno tuvo a Guzmán varias veces, ¿por qué lo dejaron ir? Ellos dicen que Guzmán se escapó... Ahí hay toda una historia que nunca será contada, o que quizás algún día aparezca, cuando alguien hable. Esto no es nada nuevo. Entre los grupos terroristas y el oficialismo siempre hay una relación. Claro, esa relación hizo crisis por el carácter y la naturaleza del grupo terrorista. Pero en cualquier organización política los servicios de inteligencia se infiltran, porque en nuestros países tenemos agentes que son muy antiguos, y han podido tender muchas redes a lo largo de muchísimos años. Ellos tienen gente informante. Cuando estuve trabajando con Velasco me sorprendía la cantidad de información que tenían los militares. El problema es que no tienen capacidad para procesarla; eso es otra cosa. Para procesar toda esa información tú necesitas tener también todo un aparato que te asegure que esa información es procesada y analizada. Pero ese tipo de elite no la tiene ●

Gabriel Rot - Sergio Bufano

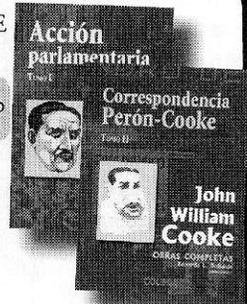
(En la sección "Documentos" se reproducen fragmentos del libro de Héctor Béjar citado durante la entrevista)

LIBROS QUE PERDURAN

OBRAS COMPLETAS DE JOHN WILLIAM COOKE

La mirada aguda de la realidad social y política a través del desempeño parlamentario y los escritos de este gran pensador.

- ▶ TOMO I: ACCIÓN PARLAMENTARIA
- ▶ TOMO II: CORRESPONDENCIA PERÓN-COOKE



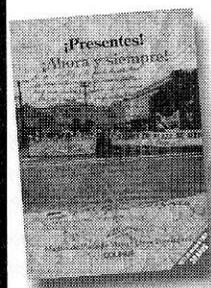
COLIHUE UNIVERSIDAD

- ▶ ÉTICA, ESTÉTICA Y ONTOLOGÍA. György Lukács, Antonino Infranca y Miguel Vedda (comp.)

COLIHUE CLÁSICA

Los grandes clásicos del pensamiento y la literatura en ediciones traducidas, comentadas y anotadas por destacados especialistas del país.

- ▶ DISCURSO SOBRE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA. Étienne de La Boetie
- ▶ EPISTOLARIO. Baruch Spinoza
- ▶ LA FILOSOFÍA EN EL TOCADOR. Marqués de Sade
- ▶ POESÍA COMPLETA. Catulo
- ▶ COMEDIAS COMPLETAS. Terencio



- ▶ ¡PRESENTES! ¡AHORA Y SIEMPRE! Aída Sarti y Cristina Sánchez (comp.)
Una emotiva recopilación de poemas, cartas y otros testimonios de luchadores desaparecidos.

Serie Protagonistas

- ▶ GRACIELA ESTÁ EN NOSOTROS. Jorge Gaggero (comp.)
Testimonios sobre la vida de la militante revolucionaria desaparecida Graciela Mellibovsky.
- ▶ RAMÓN CARRILLO, EL FUNDADOR DEL SANITARISMO ARGENTINO. Rodolfo Ayax Alzugaray

LIBROS DE INDOAMÉRICA

de próxima aparición

- ▶ JOSÉ HERNÁNDEZ Y LA GUERRA DEL PARAGUAY. Enrique Riveros
- ▶ SAN MARTÍN Y BOLÍVAR VISTOS POR PERÓN. Manuel Urriza (comp.)

ENEDÉ

COLECCIÓN NARRATIVA DIBUJADA

Lo mejor de la historieta: los clásicos del género y la nueva generación.

- ▶ INFORME SOBRE CIEGOS. Ernesto Sabato - Alberto Breccia



EDICIONES COLIHUE
UNA EDITORIAL ARGENTINA

Av. Díaz Vélez 5125 (C1405DCG) - Buenos Aires - Argentina
Telefax: (011) 4958-4442 - Fax directo: (011) 4958-5673
ecolihue@colihue.com.ar * www.colihue.com.ar

El lugar de Montoneros en la historiografía de los años setenta

Hay un vacío en torno a la producción profesional sobre Montoneros. Los años ochenta y los noventa todavía no han sido explorados por las ciencias sociales.

LUCIA BRIENZA*

* Universidad Nacional de Rosario-CONICET

¹ Pittaluga, R. "La historiografía sobre el PRT – ERP", en *El Rodaballo*, Nº 10, Buenos Aires, verano de 2000.

² Si bien esta no es la única "área de vacancia" en los estudios sobre el período en cuestión, este trabajo intentará focalizar la atención en la bibliografía acerca de esta agrupación.

Hace siete años atrás, Roberto Pittaluga publicaba un artículo en la revista *El Rodaballo* acerca de la historiografía sobre el PRT-ERP en el que señalaba la escasa producción historiográfica sobre los años sesenta y setenta en la Argentina.¹ Al mismo tiempo advertía que, si bien no fueron pocos quienes intentaron indagar las causas de la violencia política, llamativamente eran exiguas las intervenciones que analizaban las organizaciones armadas.

Pittaluga centraba su atención en las producciones acerca del PRT-ERP, mostrando su escasez y los límites en los distintos análisis.

Casi diez años después y teniendo en cuenta que las características actuales difieren de las de entonces, ¿en qué situación se encuentra la producción historiográfica sobre Montoneros?

En las últimas décadas se ha debatido en los ámbitos académicos de todo el mundo tanto la posibilidad de historizar el pasado reciente como la pertinencia del uso de las fuentes orales. Estas discusiones legitimaron como objeto de estudio los sucesos más próximos al investigador en lo concerniente a la dimensión temporal, otorgando un marco de referencia a indagaciones que ya se venían llevando adelante conjuntamente con estos debates. En este contexto se ha dado mayor entidad a investigaciones de este tipo, posibilitando su incorporación paulatina al mundo académico. La creciente publicación de libros, artículos y revistas especializadas, dedicados al pasado reciente, forman parte de este proceso.

Por otra parte, si hasta mediados de los noventa no era tan fácil encontrar ex militantes dispuestos a relatar sus experiencias de vida dentro de las organizaciones armadas, desde hace ya unos años esta tendencia se ha ido revirtiendo y son cada vez más quienes aceptan relatar su versión de la historia. Los motivos de este cambio van desde los denominados "tiempos de la memoria" hasta las últimas políticas públicas de intervención en torno al pasado reciente.

Pero en definitiva, acerca de una década que los relatos más disímiles, difundidos y aceptados han caracterizado como violenta desde los más diversos círculos de opinión, siguen siendo pocos los estudios que ponen en el centro de atención en Montoneros².

En un momento en el cual los años setenta son objeto casi constante de intercambio de opiniones, y en el que las políticas emanadas desde el gobierno posibilitan la aparición masiva de diversos relatos e imágenes acerca del



pasado argentino reciente, la historiografía sobre uno de los grupos armados más relevantes y numerosos está aún relativamente ausente³.

En la búsqueda de causas que expliquen esta ausencia, es importante señalar el hecho de que la historia argentina sobre esos años no ha quedado al margen de los avatares del paso del tiempo y sus generaciones. Varios de los historiadores actuales tuvieron una militancia activa en esa década, si bien actualmente no se dedican, en su gran mayoría, a estudiar aquellos años que los tuvieron como protagonistas. Tampoco resultaría exigible otra cosa: ¿por qué motivos habrían estos de abandonar viejos intereses, vastas producciones, espacios de formación y programas de investigación en otros temas para dedicarse al pasado reciente? No obstante, muchos de ellos han comenzado a tomar parte en los últimos debates sobre aquellos años. Ejemplo de esto lo constituyen las continuadas intervenciones suscitadas por la carta publicada por Oscar del Barco en la revista *Intemperie* a fines de 2005.

Con el tiempo han aparecido nuevos investigadores interesados en aquel pasado que, no casualmente, puede haberlos convocado en tanto descendientes de los protagonistas, pero que no los cuenta como actores principales.

La aparición creciente de testimonios y de protagonistas de aquellos años dispuestos a hablar de su pasado amplió el campo de las fuentes potenciales con las que el historiador cuenta para los períodos recientes. La disponibilidad (aún exigua) de documentos escritos provenientes de organismos represivos abre nuevos horizontes para la investigación histórica.⁴ Al mismo tiempo, comienzan a utilizarse otro tipo de fuentes para interrogar a este pasado⁵.

También experiencias como las de Memoria Abierta ponen crecientemente a disposición de investigadores de todas las disciplinas un corpus documental escrito y oral sobre el terrorismo de estado en Argentina⁶.

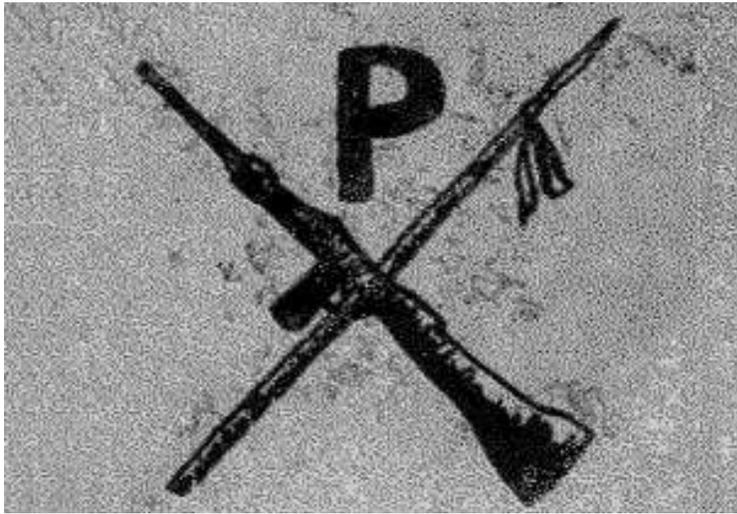
En la actualidad no podemos decir que no existan las condiciones necesarias para la revisión del pasado reciente por parte de la historiografía, ni tampoco que la disciplina histórica esté ausente en la reconstrucción de los años setenta. Sin embargo, el vacío en torno a la producción profesional sobre Montoneros es evidente. Salvo algunos artículos, entre los que se destacan los de Ernesto Salas –varios de ellos publicados en la revista *Lucha Armada*–, al día de hoy el único libro que examina esta agrupación desde sus orígenes hasta su ocaso es el de R. Gillespie, *Soldados de Perón. Los montoneros*, publicado en su idioma original en 1982 y editado en nuestro país en 1987. Si bien tiene

³ Dentro del campo académico, se han publicado recientemente dos tesis de maestría: la de Gabriela Esquivada (*El diario Noticias. Los Montoneros en la prensa Argentina*, La Plata, UNLP, 2004) y la de Lucas Lanusse (*Montoneros, el mito de los doce fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005). Existen también algunas investigaciones en curso, entre ellas la de la historiadora Cristina Viano.

⁴ Córdoba, 3 y 4 de noviembre de 2005.

⁵ El caso más importante de recuperación de documentos de este tipo lo constituye el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Este archivo fue cedido en 2000 a la Comisión Provincial por la Memoria. Un análisis del mismo puede encontrarse en Funes, P. "Secretos confidenciales y reservados". Los registros de las dictaduras en Argentina. El Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires" en Quiroga, H. y C. Tcach (comps.) *Argentina 1976 – 2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens, 2006.

⁶ Un caso interesante lo constituyen las fuentes judiciales. En los juicios seguidos contra ex represores, por diferentes causas (juicios por la verdad, causas reabiertas luego de derogadas las leyes de obediencia debida y punto final, causas por la apropiación de bebés, etc.) pueden encontrarse testimonios variados, tanto de represores como de sus víctimas.



falencias y lagunas, la utilización de un gran *corpus* documental y el hecho de que falten investigaciones sobre este período convierten a este trabajo en única opción a la hora de buscar un referente serio sobre el tema.

No puede decirse lo mismo acerca de los relatos de algunos de sus integrantes recogidos hasta ahora en la bibliografía testimonial o autobiográfica, en las producciones cinematográficas e inclusive en el periodismo de investigación. ¿Cuáles son entonces las causas de esta ausencia?

En la búsqueda de razones que expliquen esta ausencia, pode-

mos arriesgar algunas hipótesis que, lejos de ser afirmaciones irrefutables, intentan ahondar en un capítulo más del debate acerca de la historización de los setenta. Estas líneas proponen una mirada en torno de las problemáticas y desafíos que representa la agrupación Montoneros como objeto de estudio.

En primer lugar, resulta sumamente dificultoso lograr una visión de conjunto de esta agrupación, lo cual tiende a amedrentar a muchos de quienes desean aproximarse a ella. Montoneros congregó a la mayoría de quienes optaron por la lucha armada en aquellos años, y en su interior convivieron tendencias diferentes y hasta opuestas. El verticalismo de la agrupación no fue suficiente como para disimular exitosamente las divergencias en torno de cuestiones tanto teóricas como prácticas. Quienes se sumaron a las filas de esta organización provenían de extracciones tan disímiles como el ex grupo de derecha Tacuara, el catolicismo más comprometido socialmente y la izquierda peronista –cercana a la línea de John William Cooke–. Si bien esto puede verificarse en las diferentes publicaciones que tratan el tema –en su mayor parte de corte testimonial–, faltan trabajos académicos que analicen esta problemática o se interroguen acerca del modo en que las diversas tendencias coexistían dentro de la organización. Algunas de las disidencias dieron origen a desprendimientos del grupo original, hecho que tampoco está estudiado en profundidad más allá de las menciones que hace Gillespie sobre esto y que diversos testimonios afirman.

En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, en una primera aproximación Montoneros parece no haber tenido desarrollos teóricos firmes y unificados, en comparación con el PRT-ERP. Los trabajos sobre el ERP publicados hasta el momento demuestran ampliamente que no existía tal unidad absoluta de pensamiento y de acción. Sin embargo, un acercamiento a Montoneros representa un desafío aún mayor. El híbrido que conformaba en estos últimos la combinación de cristianismo de base, nacionalismo, marxismo, revisionismo histórico y, por supuesto, peronismo desanima a quien intente encontrar homogeneidad de pensamiento y acciones basadas en construcciones teóricas firmes –si acaso tal cosa existe–. Si bien todas las agrupaciones políticas y armadas fueron transitando por diversos momentos en su definición interna, en relación con los eventos políticos coyunturales, pareciera que Montoneros fue una de las más versátiles al anudar su destino a los intereses y directivas de Perón, por lo menos mientras permaneció con vida.

Otra problemática en juego es la relación entre militantes y dirigentes. A diferencia del ERP, que tras la muerte de Santucho reivindicó a su líder –dejando de lado incluso discusiones centrales sobre la estrategia seguida en acciones militares– la dirigencia de Montoneros acusó a muchos de sus líderes y fundadores –muertos o sobrevivientes– de pertenecer a los servicios y de no ser consecuentes con sus ideales. Estas condiciones podrían estar obstaculizan-

do la emisión de ciertos relatos de quienes pertenecieron a estas filas, en tanto se sentirían avergonzados o alejados de este grupo, al tiempo que podrían sentirse en la obligación de contar la versión opuesta de la historia dominante. Así, aparecen quienes tienen que relatar sus propias versiones, disímiles de las de Galimberti o Firmenich, sus antiguos dirigentes. En esta dirección, surgen libros testimoniales como el de Adriana Robles, que lejos de ofrecer un examen crítico de su pasado, decide tomar la palabra para romper con cierta visión establecida acerca de los intereses y objetivos de la agrupación, y al mismo tiempo alimentar otros relatos como la distancia entre los militantes de base y sus dirigentes⁷. En definitiva, la dificultad con las fuentes se relaciona con los obstáculos y los tiempos subjetivos, en tanto ellos están siempre influidos por tiempos sociales que posibilitan u obstaculizan lo decible, sus contenidos y los modos en que éstos se emiten en tanto intervenciones públicas.

Por otra parte, pareciera que los historiadores dispuestos a investigar el pasado reciente y las organizaciones armadas, se inclinan más por el ERP que por Montoneros. Nuevamente, esto tendría una directa relación con la caracterización que las propias organizaciones hacen de sí mismas: el ERP dice ser marxista en tanto Montoneros reconoce ampliamente su filiación en el peronismo. Pero también tendría consonancia con cierto antiperonismo confesado de muchos intelectuales. El peronismo como fuerza partidaria siguió estando presente en la vida política argentina desde el retorno de la democracia hasta nuestros días. Una enorme cantidad de desaparecidos militaba en alguna de sus ramas o extensiones. Al mismo tiempo, no ha dejado de ser un movimiento cuanto menos heterogéneo. Quizás por este motivo, y por el papel que tomó el peronismo frente a la dictadura, no ha habido una reivindicación plena de sus desaparecidos y ex militantes en tanto partido político, aún con críticas o diferencias.⁸ Si afirmamos que la historiografía está íntimamente relacionada con la sociedad de la cual es producto, en tanto forma de relacionarse con su pasado, esta hipótesis debe ser tenida en cuenta a la hora de explicar la ausencia de investigaciones sistemáticas sobre Montoneros.

Por último entonces, podemos preguntarnos si –tal como aconteciera en otros momentos históricos– el peronismo se torna un objeto de difícil abordaje para los historiadores. Montoneros es parte del peronismo; parte de ese fenómeno que nunca termina de resultar del todo comprensible y que, no obstante esto, sigue despertando pasiones al tiempo que ejerce curiosidad y fascinación. Los trabajos sobre el primer período de gobierno peronista abundan hoy en librerías, facultades y centros de investigación. Pero tuvo que transcurrir un lapso considerable para que las generaciones no directamente protagonistas de los años cuarenta y cincuenta pudieran hacer diversos ejercicios de indagación, análisis e interpretación.

Con el retorno de la democracia, si bien se abrió un horizonte de expectativas en relación a los castigos para los protagonistas de la dictadura –que fue parcialmente cumplido con los juicios a las juntas– éste se cerró sobre sí mismo al sancionarse pocos años después las denominadas “leyes de la impunidad”. Al mismo tiempo, la apertura democrática significó una clausura de los relatos sobre la militancia, habilitando sólo aquellos que podían dar cuenta del horror sufrido durante el proceso. Ninguna fuerza política, y prácticamente ninguna agrupación de derechos humanos reivindicaban la lucha armada. En aquellos años, esto podía haber sido interpretado como sinónimo de golpismo. Al mismo tiempo, reconocer la propia responsabilidad en hechos violentos o admitir la pertenencia a agrupaciones de conductas militaristas, en aquel contexto, debía ir de la mano de un mea culpa, autocrítica o arrepentimiento, dependiendo de los casos. Graciela Daleo afirmaba: “Nosotros tuvimos que ocultar nuestra condición de militantes políticos revolucionarios en los ámbitos internacionales, porque si habías sido torturado y secuestrado porque eras montonero, estaba bien, pero si eras un chico de la Juventud Peronista no.

⁷ Para más datos sobre Memoria Abierta, consultar www.memoriaabierta.org.ar

⁸ Dentro del género testimonial y autobiográfico –cuyo límite es siempre difuso– se incluyen Anguita y Caparrós, M., *La Voluntad*. 3 volúmenes. Norma, Buenos Aires, 1997; Bonasso, M., *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Bruguera, 1984; Diana, M., *Mujeres guerrilleras*, Planeta, Buenos Aires, 1996; Sadi, M., et. al., *Montoneros. La resistencia después del final*. Buenos Aires. Ediciones Nuevos Tiempos, 2004; Amorín, J., *Montoneros. La buena historia*. Buenos Aires. Catálogos, 2005; Bonasso, M., *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2001; Chaves, L. y Lewinger, J., *Los del 73. Memoria montonera*. La Plata. De la Campana, 1998; Gasparini, J., *Montoneros. Final de cuentas*. Buenos Aires, Puntosur, 1988; Méndez, E., *Confesiones de un montonero*. Buenos Aires. Sudamericana – Planeta, 1985; Perdía, R., *La otra historia*. Buenos Aires. Grupo Agora, 1997; Ramus, S., *Sueños sobrevivientes de una montonera*, Buenos Aires, Colihue, 2000; Robles, A., *Perejiles. Los otros montoneros*. Buenos Aires. Colihue, 2004; Zuker, C., *El tren de la victoria. Una saga familiar*. Buenos Aires, Sudamericana, 2003. Entre las producciones cinematográficas se toman como referencia Aliverti, E., *Mala Junta* (1996); Blaustein, D., *Cazadores de utopías* (1995, estrenada en marzo de 1996); por nombrar sólo los de carácter de no ficción que recogen testimonios de

ex integrantes de Montoneros. Dentro del género periodismo de investigación deben ser tomados en cuenta Giussani, P., *Montoneros. La soberbia armada*. Buenos Aires, Sudamericana/ Planeta, 1984; Caballero, R. y Larraquy, M., *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Norma, 2001; y *Fuimos Soldados*, Norma, 2006; Giussani, L., *Buscada. Lili Massafiero. De los dorados 50 a la militancia montonera*. Buenos Aires, Norma, 2005; Saidón, G., *La montonera. Biografía de Norma Arrostito*. Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Cuando tanto los que nos fuimos al exilio como los que estaban acá tuvimos que declarar en el Juicio a los Comandantes, tampoco podíamos plantearlo porque íbamos presos”

La situación sin salida era consecuencia de que, quienes reconocían sus convicciones militantes –aún con una visión crítica de su propia experiencia–, no podían salir a contar una versión *light* de la historia, pero si hablaban y planteaban estas cuestiones incómodas, corrían el riesgo de ser casi automáticamente “condenados” por una opinión pública dispuesta a encontrar los culpables necesarios en una historia que prefería olvidar.

La teoría de los dos demonios, reflejo de una sociedad que necesitaba una explicación convincente para tolerar el horror que los juicios habían contribuido a revelar, influyó de una manera vital para que la lucha política de aquellos años quedara relegada de una interpretación histórica, social y académica. En este último caso, la pertenencia pasada de muchos historiadores e intelectuales a las filas de las agrupaciones revolucionarias opacaba aún más la posibilidad de indagar el pasado reciente.

El paso de los años y los eventos que atravesó la sociedad civil fueron contribuyendo, entre otras cosas, a que se diera una lenta pero constante apertura para que los ex militantes comenzaran a intervenir públicamente con sus testimonios. En este sentido, el momento del comienzo de la eclosión puede ubicarse a mediados de los noventa. En un momento en el cual el gobierno menemista intentaba acallar voces diversas mediante el discurso de la “reconciliación nacional”, a las tradicionales voces de los organismos de derechos humanos se sumaron algunas nuevas que intentaban mostrar las razones de una militancia y un accionar que los ubicaba por fuera de la teoría de los dos demonios y que, al mismo tiempo, ayudaban a mostrar que el terrorismo de Estado había tenido objetivos precisos. Podemos conjeturar que fue también en este momento que la historiografía en particular y el mundo académico en general, comenzaron a preguntarse por lo ocurrido en esos años. Índice de esto lo constituyen los debates plasmados en revistas de fuerte circulación en ámbitos intelectuales y las primeras publicaciones aparecidas años después.

No creemos que la “demora” – si es que la hubo, ya que esto mismo configura un hecho discutible – en la apropiación por parte de las ciencias sociales y de la historia de la militancia setentista como objeto de estudio haya sido producto de la supuesta caracterización “traumática” de los eventos ocurridos con posterioridad a partir de la represión sistematizada. La historiografía argentina se ha preocupado mucho más rápidamente que otras en analizar su pasado y no es el carácter traumático de la historia lo que impide su abordaje y escritura. Por el contrario son, principalmente, las condiciones político-sociales de un país y de una comunidad académica dada las que configuran la agenda de problemas que pueden o no ser estudiados.

La escasez de estudios sobre las organizaciones armadas se ve claramente influida por los relatos e imágenes que, acerca del pasado setentista, se construyeron en los años de democracia. La gran ausencia de trabajos sobre Montoneros quizás pueda explicarse –además de las razones mencionadas para las organizaciones armadas en general– por una conjunción de variables de las cuales aquí sólo mencionamos algunas que nos parecen relevantes pero que probablemente puedan ser rebatidas, y entre las cuales incluimos – por supuesto – condiciones políticas particulares de la sociedad argentina de los últimos años.

Los años ochenta y los noventa todavía no han sido explorados por las ciencias sociales. Quizás cuando podamos avanzar en el análisis de estas dos últimas décadas prestando atención a los relatos circulantes sobre los setenta y sus efectos sobre el conocimiento histórico, nos acerquemos a la posibilidad de encontrar mayores claves explicativas para esta ausencia. ●

A 31 AÑOS

HACIENDO MEMORIA DE LAS LUCHAS DEL PUEBLO

A 31 Años del comienzo de la última dictadura militar, H.I.J.O.S. junto a otros compañeros, estamos intentando recuperar documentos de, o referidos a, organizaciones políticas –territoriales, armadas, estudiantiles y sindicales– cordobesas de los '60 y '70.

Nuestra intención es conformar un fondo documental digitalizado que contenga publicaciones orientadas hacia adentro y hacia fuera de las organizaciones, materiales de formación y lectura, de difusión y convocatoria, fotografías, afiches, etc.

Encaramos esta tarea porque sabemos que el golpe cívico-militar del '76 buscó destruir aquella sociedad movilizada y en lucha. Porque sabemos que estas memorias, además de permitirnos reconstruir procesos históricos, nos ayudan a tensionar el presente en que vivimos, y a construir saberes que, desde un análisis crítico de lo sucedido en aquellos años, nos sirvan para avanzar hacia un mundo mejor, más justo, más solidario.

Por eso convocamos a quienes tengan algún material o información al respecto a acercarse los días Lunes, entre 16 y 18 hs, al local de Familiares e H.I.J.O.S. Córdoba (Santa Fe 11, casi esquina Deán Funes), a comunicarse con nosotros al 0351- 4113934, o a escribirnos a: elarchivo_60_70@hotmail.com

H.I.J.O.S.

Hijos e hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio

Regional Córdoba en la Red Nacional

Xigalibros

**Librería virtual especializada
en Ciencias Humanas**

**Más de
180.000 títulos**

Envíos al Interior y Exterior

www.xigalibros.com.ar



Buchin Libros

Entre Ríos 735 **Rosario** 4254990

Los comunistas bolivianos y el Che: ¿Traición o diferencia?

Nosotros no creamos la guerrilla. La guerrilla no es nuestro trabajo y nosotros no la auspiciamos, como hicieron una vez los camaradas venezolanos. Nosotros tenemos una concepción de la revolución boliviana. No podemos alquilarnos a otra línea política y nadie puede imponérsela, ni Moscú, ni Pekín ni La Habana, ni los venezolanos ni nadie.

Jorge Kolle Cueto. Agosto de 1967. Secretariado Nacional Partido Comunista de Bolivia

GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA¹

A mediados de los años 70 del siglo pasado, jóvenes comunistas que participaban en el clandestino movimiento estudiantil que resistía la dictadura del coronel Hugo Banzer se veían frecuentemente en figurillas. Cuando el debate se ponía más álgido, no faltaba quien entre sus oponentes de izquierda soltara la manida frase: “Traidores al Che”².

Como es suficientemente conocido, la (des)calificación provino de la “Introducción necesaria”, escrita por Fidel Castro como prólogo al *Diario del Che en Bolivia*, publicado en millonaria tirada en julio de 1968. A partir de allí se creó la doctrina oficial cubana sobre el espinoso punto, que no ha sufrido mayores modificaciones en cuatro décadas, pese a que en el interín se han restablecido las relaciones entre el Partido Comunista de Bolivia (PCB) y el de Cuba.

La zaga abierta por Castro, fue continuada en la influyente obra de *Inti Peredo, Mi campaña con el Che*, escrita entre fines de 1968 y principios de 1969³. Peredo, con la autoridad de un cuadro medio del PCB y de ponderado sobreviviente de la guerrilla de Ñakaguasú, se lanzó contra sus ex camaradas. Empeñado en organizar una nueva guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN), necesitaba sustraerle al PCB sus cuadros juveniles, sensibles por las presuntas deudas y equivocaciones de su organización en relación con el comandante Guevara.

Las acusaciones fueron elevadas al carácter de dogma. El ELN, para lavar la sangre, decidió ultimar –“ajusticiar” en su léxico– al presunto responsable de su derrota en 1967. Una noche de 1969, Mario Monje, Primer Secretario del PCB en la época de la guerrilla guevarista, retornaba a su hogar, por uno de esos tantos callejones estrechos que hay en La Paz. Venía acompañado por una mujer de su familia. De las sombras oyó que surgía una voz: “¿A ella también?” La vacilación le permitió escabullirse⁴. Al año siguiente se refugió en la Unión Soviética, a la que había servido fielmente. Su ostracismo no

¹ Historiador boliviano. Profesor universitario.

² El autor, dirigente del clandestino “Comité Interfacultativo”, militaba por entonces en una organización trotskista.

³ La obra fue escrita en Chile y contó con la colaboración e influencia de Elmo Catalán, militante del Partido Socialista e integrante secreto de la guerrilla en Bolivia. Se publicó por primera vez en 1970.

⁴ Información confirmada por separado por ex militantes del ELN y del PCB. Lo único en que difieren es quién era la mujer que lo acompañaba, unos dicen su hija y otros su esposa.

concluyó con el derrumbamiento del “socialismo real”. Convertido en el arquetipo de la “traición”, aún vive en Moscú, en condiciones precarias; tales como las que ahora enfrenta el otrora poderoso PCB.

El *Che* y Mario Monje no se vieron durante la preparación de la guerrilla en Bolivia. Se reunieron recién en Ñakaguasú el 31 de diciembre de 1966. No alcanzaron un acuerdo. Años más tarde aún prevalece la imagen patética del mandamás comunista, con escasa preparación militar, exigiendo al *Che*, el maestro de la acción, comandar la guerrilla en Bolivia. Equivaldría –se dice– a que un advenedizo en política hubiera exigido la jefatura bolchevique a Lenin, en vísperas del asalto al Palacio de Invierno.

La puesta en escena de esta reunión, al dramatizarla ha contribuido a despolitizar las distancias entre el *Che* y los comunistas, y las ha reducido a un asunto de personalidad, ambición y contradicción. Aunque varios de sus ex camaradas concuerdan en que Monje era ambiguo y voluble, y que es probable que sugiriera una cosa, prometiera otra y luego se retractara de ambas, representaba también una inequívoca posición del PCB respecto a negar el rol capitular de la guerrilla en la conquista del poder.

A cuarenta años de aquellos acontecimientos, prevalecen las dudas. Los comunistas bolivianos, intentando guardar una extraña fidelidad con la Revolución que los condenaba, conservan un estoico silencio y los vacíos de información subsisten. Por ello, lo que sigue es todavía una propuesta inconclusa, destinada a abrir el debate, más que a cerrarlo⁵.

¿A dónde irá el Che?

Para contextualizar la ruptura PCB-Ernesto Guevara, se hace perentorio establecer cuando y en qué condiciones el *Che* decidió combatir en Bolivia. El hilo puede empezar a desenredarse tras su huida del Congo en noviembre de 1965. Es conocido que permaneció un corto tiempo en Dar Es Salaam, la capital de Tanzania. Para entonces aún no sabía cual sería su próximo destino guerrero ni en qué condiciones se desarrollaría éste. A principios de marzo, el *Che* aceptó desplazarse a Praga, capital de Checoslovaquia. Salió disfrazado, custodiado por Ulises Estrada, oficial del Ministerio del Interior de Cuba⁶.

Guevara no tenía claro aún sus próximos pasos. A Cuba, lo sabía, no podía volver una vez que su carta de renuncia a sus cargos públicos y a la ciudadanía cubana se hizo pública cuando Fidel Castro la dio a conocer el 3 de octubre de 1966. Otro hombre quizá habría reulado, pero no el *Che*, orgulloso y seguro de su misión profética. Estaba fuera de duda que lo reclamaban nuevos esfuerzos guerrilleros en América del Sur.

Cuba, luego de su fallida incursión en el Congo, actualizó nuevamente a esta latitud como teatro de operaciones y de confrontación con el imperialismo⁷. En ese marco, Bolivia se convertiría nuevamente en un espacio de tránsito y un santuario, tal como había ocurrido en 1963 durante la “Operación Fantasma”. Dividida en dos subfases: la “Operación Sombra” –el EGP y Ricardo Masetti– y la “Operación Matraca”, –el ELN y Héctor Béjar– en Perú, no contaba a este país como un teatro de operaciones.

⁵ Jorge Kolle Cueto, directamente involucrado en esta trama, nos comunicó varias veces que preparaba sus memorias; lamentablemente, murió el 4 de marzo de 2007 sin haberlas culminado.

⁶ Estrada –que es de raza negra– llamaba la atención y lo devolvieron muy pronto a Cuba

⁷ Gleijeses, Piero. *Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África 1959-1976*, Editora de Ciencias Sociales. La Habana, 2004, p. 339

Ambas resultaron un fracaso. La columna del ELN no logró siquiera ingresar en territorio del Perú y fue desbaratada en la frontera peruano-boliviana. Volvió sobre sus pasos y se refugió en Bolivia. Los protagonistas guardan hasta hoy la impresión de que fueron engañados por el PCB, más solidario con su par peruano, que repudiaba el foquismo. Los planes para estructurar nuevos focos en Perú no se detuvieron y a mediados de 1965, mientras el *Che* permanecía en el África, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que no participó en 1963, y nuevamente el ELN se alzaron en armas⁸.

El grupo del ELN no era numéricamente significativo pero si decididamente foquista, por lo que gozaba de la complacencia del *Che*. A fines de diciembre de 1965 o inicios de 1966, probablemente durante la conferencia de la Tricontinental, su dirección aceptó incorporar al *Che* en sus filas.

Tucac, importante cuadro del ELN, lo confirma⁹.

“Juan Pablo Chang Navarro Lévano, el *Chino*, que era jefe de la red urbana (...) se había comprometido con Fidel hacerse cargo del ingreso del Che a la zona que estábamos operando (Ayacucho). Al llegar a Lima (de Cuba) Chang, me dijo como gran noticia: “El Che viene con nosotros”. (...) Me dijo que todo estaba decidido y había que ver la manera de guiar al Che hasta la frontera con Bolivia y (de allí) aunque fuera a campo traviesa hasta ponerlo en Ayacucho.”¹⁰

Perú estaba en la mira y no se hablaba de Bolivia como epicentro de la nueva guerrilla para el *Che*. Con esta perspectiva, una de las primeras visitas que Ernesto Guevara recibió en Praga, la primera o segunda semana de marzo, fue la de *Ricardo*, José María Martínez Tamayo, su antiguo conocido¹¹. En la totalidad de las obras sobre el *Che* se afirma que *Ricardo* llegó a Bolivia recién en marzo de 1967. Sin embargo, ya en enero de 1966 se reunió en Arica con *Sánchez* y el *Chino*, peruanos e integrantes del ELN. En la plaza de esa localidad portuaria, el *Chino* recibió dinero de *Ricardo* y se lo entregó a *Bolas*, militante del ELN, con la misión de transportarlo hasta Lima¹². Obviamente, los recursos tenían el destino de reforzar las acciones guerrillas del ELN pues, pese a los severos golpes recibidos en diciembre de 1965, aún combatían y esperaban recobrase con la inserción del comandante Guevara en sus filas.

Cumplida la misión, *Ricardo* viajó a Bolivia y retornó a La Habana en pocos días. Poco después se presentó nuevamente en Praga. Venía acompañado de *Emiliano*.

Acostumbrado a trabajar con colaboradores probados, cercanos y leales, el *Che* se molestó. Se aplacó cuando le informaron que tenía el aval del propio Fidel Castro¹³.

Tras percibir instrucciones, ambos volaron a Bolivia. En La Paz se encontraron con Julio Dagnino, alias *Sánchez*, quien llegó procedente de Lima. *Sánchez*, durante la frustrada guerrilla del ELN en 1963, permaneció en Bolivia organizando la logística. Sus compañeros, procedentes de Cuba, ingresarían a Perú, cruzando de norte a sur el territorio boliviano. Contaban con la colaboración del PCB y la aquiescencia del presidente Víctor Paz Estenssoro. *Sánchez* conoció entonces a *Ricardo* y entabló vínculos con jóvenes del PCB. *Emiliano* retornó a Cuba, donde llegó el 29 de abril. El propósito de ambos, *Sánchez* y *Ricardo*, era construir el armazón para asentar un foco en territorio peruano.

Sánchez reavivó también sus contactos con los comunistas Raúl Quispaya y Moisés Guevara, ahora militantes de la fracción maoísta. Ambos se

⁸ Peter Vijjer, Meter, “La lucha guerrillera en el Perú. Los vibrantes años sesenta”, junio de 2007. Ms. Agradecemos al autor el envío de este avance de investigación sobre la guerrilla en Perú.

⁹ Comunicación electrónica con el autor, 16 de junio de 2007. Resalta la importancia de *Tucac*, que fuese mencionado en el Cifrado No. 37 enviado el 13 de junio de 1967 por *Ariel* (Juan Carretero) al *Che*, donde se lo menciona como “responsable del ELN en el trabajo preparatorio del núcleo guerrillero en Puno”. Por razones de seguridad no consignamos su verdadero nombre. Actualmente vive en Perú.

¹⁰ *Tucac* comunicación electrónica citada.

¹¹ También conocido como *Papi*, *Mbili* y *Taco*.

¹² Declaración de *Sánchez*, Presencia, La Paz, 21 de abril de 1968. Días antes fue detenido por la seguridad del Estado e interrogado por el agente de la CIA, Julio García García.

¹³ Gálvez Rodríguez, William. *El guerrillero heroico. Che en Bolivia*. Status ediciones, Vizcaya, 2003, p. 46. Gálvez es General de Brigada(R) del Ejército de Cuba.

integrarían a la columna del *Che* en 1967¹⁴. Sus vínculos procedían de la frustrada campaña guerrillera de 1963. *Ricardo*, por su parte, se contactó con el núcleo de comunistas pro soviéticos que también colaboraron en la misma experiencia. Prestó singular atención a *Álvaro Inti Peredo* a quien visitó varias veces en su casa. Lo veía como un potencial cuadro político militar y muy afín a las concepciones cubanas de lucha armada. Con la colaboración de este sector de comunistas, en todo caso más personal que institucional, *Ricardo* adquirió, sin verla, una parcela de terreno en las cercanías de Caranavi, en el norte selvático de La Paz. La intención era utilizarla como refugio y campo de entrenamiento para guerrilleros procedentes de Cuba con rumbo al Perú. Un plan similar al de 1963.

Casi simultáneamente, en abril, seguramente a mediados de mes, el *Che* se trasladó a una pequeña finca en las afueras de Praga. Para entonces su proyecto, peligroso e imprudente, a los ojos de sus compañeros cubanos, consistía en trasladarse a Francia, mimetizarse un tiempo –hablaba francés– y de allí partir con sus más fieles al Perú.

Lo confiesa *Pombo*:

"Los primeros días de mayo llegué con Tuma a Praga. La razón de nuestro viaje, además de acompañar al *Che*, era, fundamentalmente, que él nos preparara para la futura misión, que sería reiniciar la lucha armada en Perú, para luego extenderla a los demás países; aunque la entrada del *Che* sería por Bolivia."¹⁵

Surgió el obstáculo de que el frente peruano terminó por desmoronarse. En enero de 1966 murió Guillermo Lobatón, uno de los comandantes del MIR. El primero de marzo, Héctor Béjar fue capturado. El 26 de mayo, Ricardo Gadea, ex cuñado del *Che* y alto miembro del MIR, cayó en las redes de la policía. La guerrilla peruana se hizo trizas.

Los integrantes del ELN comprendieron las consecuencias de la nueva y desventajosa correlación de fuerzas.

En palabras de *Tucac*:

"Las noticias procedentes de la zona guerrillera no eran alentadoras, entonces Chang en esas circunstancias se vio obligado a informar a los cubanos de la difícil situación que atravesábamos."¹⁶



¹⁴ El PCB se escindió en dos fracciones en abril de 1965, la maoísta, al mando de Oscar Zamora y la pro Moscú, de Mario Monje. Los contactos de *Sánchez* abarcaron a una pequeña escisión en el grupo de Zamora, liderada por Moisés Guevara, trabajador minero. Con el sobrenombre de *Willy*, acompañó al *Che* en Nankaguasú.

¹⁵ Gálvez R., William, op. cit., p. 56.

¹⁶ *Tucac*, op. cit.



Mario Monje Molina

¹⁷ *Pombo* lo reflejaría en su Diario de Campaña "Al parecer (...) Calixto se entregó a través del médico, puede haber sido con la condición de que se le garantizara la vida", 6 de agosto de 1966. El Diario ha sido publicado por Carlos Soria Galvarro en el tomo 2, "Los otros Diarios", de la colección *El Che en Bolivia. Documentos y testimonios*. La Razón, La Paz, 2005.

¹⁸ *Pombo*, dice Ramón, primer nombre de guerra de Ernesto Guevara en Bolivia.

¹⁹ Según Monje fue una maniobra para ganarse la confianza cubana y desplazar a los comunistas maoístas como representantes de Bolivia en la Tricontinental. Anderson, *Che. Una nueva vida revolucionaria*, Emecé Editores, Argentina, 1997. pp. 680-683.

²⁰ Cifrado N° 4, de Ariel a Ricardo, La Habana, 19 de mayo de 1966. Monje no recibió ninguna información "No se le dijo en qué consiste la misma ni se le dijo nada de Mongo". *Mongo* era el seudónimo africano del *Che*.

Las oscuras circunstancias del arresto de Béjar y las muertes de otros jefes guerrilleros parecieron muy sospechosas para los operadores cubanos.¹⁷ La evaluación fue concluyente: "La verdad es que a nuestro criterio (el Che) no puede entrar allí. Todavía tienen que aclararse muchas cosas" (...), escribiría en Bolivia en esos días el fiel *Pombo*, Harry Villegas.¹⁸ Su tajante conclusión no era personal, sino un eco del ánimo que advertía en las más altas esferas cubanas. Si Perú ya no era posible, lo único permitido, para los organizadores cubanos, era cambiar el escenario hacia Bolivia.

A sus ojos, y en términos operativos, este país ofrecía muchas ventajas: amplias y desgarnecidas fronteras, su cercanía a la Argentina y sobre

todo un Partido Comunista menos recalcitrante a las posiciones guerrilleras. En mayo de 1966, Mario Monje, conocido posteriormente por sus seudónimos de *Estanislao* y *Negro*, se reunió con Fidel Castro. El boliviano acababa de concluir un curso de adiestramiento militar. Aunque él no concibiera como una aceptación de la metodología foquista, era inusitado que un alto jerarca comunista aceptara acudir a un campo de instrucción en Cuba¹⁹.

Monje aceptó a regañadientes la solicitud de Castro de otorgar cuatro de sus militantes para una "operación a largo plazo en el Sur". Lícitamente supuso que se trataba de una repetición similar a la de 1963, cuando contribuyeron a organizar desde territorio boliviano la guerrilla de Jorge Masetti. Castro no le suministró ningún otro detalle. No mencionó al *Che* y menos todavía que el teatro de operaciones sería Bolivia.²⁰

Días más tarde, el *Che* reunió en Praga al trío de sus fieles compañeros cubanos, *Pombo*, *Tuma*, Carlos Coello, y *Pacho*, Alberto Fernández Montes de Oca. Les leyó y comentó favorablemente una carta de Fidel Castro fechada el 3 de junio. En ella el dirigente cubano lo convocaba a recapacitar y acogerse a la protección cubana e utilizar sus instalaciones para preparar la nueva guerrilla. Los fragmentos publicados de la carta no mencionan a Bolivia como un nuevo destino, pero distintos testimonios concuerdan en que estaba más que sobrentendido. La operación Bolivia se prefiguraba, y solamente entonces el nuevo rol para el PCB cobró nuevo sentido. A ojos cubanos, ya no sería un colaborador sino un protagonista.

El *Che* no tomó una rápida determinación. Decidió comprobar las condiciones operativas que ofrecía Bolivia. Envío a *Emiliano* para verificarlas. Fue una decisión obligada por las circunstancias, pues el emisario no pertenecía al círculo íntimo de Guevara. Poseía el rango de oficial en el Ministerio del Interior. Combatió en el segundo frente oriental "Frank País", organizado por Raúl Castro en marzo de 1958. Durante la campaña colaboró con Manuel Piñeiro en el Servicio de Inteligencia y se especializó en tareas urbanas. Moreno, delgado y algo desgarrado, llegó a Bolivia en la tercera semana de junio, según se desprende de un mensaje cifrado de *Ariel* a *Ricardo* fechado el 13 de ese mismo

mes. Llevaba, en su segunda visita a La Paz, una respetable cantidad de dinero e instrucciones de reunirse con Mario Monje, el maoísta Moisés Guevara y auscultar su compromiso con un posible *foco* guerrillero en Bolivia.

En Praga, sus compañeros lo aguardaban ansiosos. A principios de julio, probablemente el 9, retornó. Comunicó al *Che* los resultados de su inspección. “*Son positivos*”, escribió *Pombo* en su Diario.²¹ Con aquella seguridad y la aquiescencia del *Che*, la operación sugerida por Castro el mes de mayo se puso en marcha. El 14 de julio, *Pombo* y *Tuma*, partieron rumbo a Bolivia, su nuevo destino guerrero. Por su parte, el 19, el *Che*, con la segura escolta de *Pacho*, enrumbó a La Habana, donde llegó el 23 del mismo mes.

Rumbo a Bolivia²²

Al atardecer del 25, *Pombo* y *Tuma*, tras volar la ruta Zurich-Dakar-Río-San Pablo-Corumbá, llegaron a Santa Cruz, donde los recibió *Ricardo*. El 27 ya estaban en La Paz con el encargo de establecer las condiciones operativas.

Tras informar a *Ricardo*, que “*se concentrarían los esfuerzos principales en Bolivia*”, su principal tarea fue poner en marcha “*las orientaciones de La Isla*”. El derrotero suponía recuperar los cabos aparentemente atados por *Ricardo* y *Emiliano*. Para su enfado, la avanzada cubana comprobaría una y otra vez que las valoraciones de *Emiliano* no concordaban con la precaria realidad de las cosas. Apenas *Pombo* y *Tuma* arribaron a La Paz hallaron, para su sorpresa, que no “*había ningún preparativo*”.²³ Además, contrariando las instrucciones expresas recibidas del *Che*, *Emiliano* no había señalado a Monje “*nada del lugar de la lucha*”; o sea, Bolivia. De modo que cualquier compromiso o respuesta que en nombre de los comunistas éste hubiera transmitido en Praga carecía de valor y sustancia. Los errores eran pues de grueso calibre y con lo avanzado del ejercicio guerrillero, solamente cabía tratar de enmendarlos sobre la marcha, lo que no siempre sería posible.

La evidencia irritó al trío enviado. *Ricardo* fue el primero en reaccionar. Tras enterarse de las nuevas instrucciones que le fueron transmitidas por *Pombo* y *Tuma*, que seguramente consideraba confusas y fuera de lugar, no dudó en acusar a *Emiliano* de “*haber hablado mierda de seguro*”. El 30 de julio desde La Paz, tuvo que advertir a *Ariel* que *Emiliano* “*no ha(bía) informado bien*”. En el grupo cubano avecindado en Bolivia –ya con las evidencias en mano– no hablaban bien del desempeño de su compatriota. Afirmaban frecuentemente que era “*poco confiable*” y lo culpabilizaban de haber proporcionado al *Che* un “*informe tergiversado*”.²⁴ Por razones nunca aclaradas, una vez prestada su evaluación, *Emiliano* decidió “*abandonar la nave*”. El 15 de julio retornó a La Habana y se hundió en el olvido. ¿Por qué se fue? Quizá lo inundara el miedo, pero lo más probable es que lo empujara la seguridad de haber fallado u ocultado la verdad. Su importante papel, y las consecuencias negativas de su informe sobre el futuro destino del *Che* y sus vínculos con el PCB, han sido censurados en las narraciones tanto cubanas como de los biógrafos del *Che*.²⁵

Operación Ñakaguasú

El 22 de julio *Pombo* y *Ricardo* se reunieron en La Paz con *Sánchez*. El peruano fue informado que se abandonaría la empresa en su país a favor de Bolivia, por existir en ella, se le dijo, “*mejores condiciones*”. El argumento isleño para descartar al Perú fue la derrota que sufrieron las fuerzas insurgentes del MIR y el ELN a fines de 1965 y su posible infiltración. Aunque *Pombo* ase-

²¹ Anderson, John Lee, pp. 679-689. Anderson transcribe una parte no publicada, en verdad expurgada, del Diario de *Pombo* en Bolivia.

²² El autor reconoce los aportes recibidos en varias conversaciones de Humberto Vázquez-Viaña, ex integrante de la red urbana del *Che* y autor del importante libro *Una Guerrilla para el Che*, Santa Cruz, 2002.

²³ Diario de *Pombo*, op. cit. 5 de septiembre de 1966. op. cit., p. 28

²⁴ Ministerio de Gobierno, Justicia e Inmigración de Bolivia. “Reinterrogatorio a espía extranjero capturado. Julio Dagnino Pacheco”, 17 de abril de 1968. Documento N° 16, fotocopia en archivo del autor. Sánchez fue capturado ese mes. El interrogatorio toma como base el Diario de *Pombo*.

²⁵ *Emiliano* no figura en las obras biográficas de Paco Ignacio Taibo, Jorge Castañeda, Pierre Kalfon, Pacho O’Donnell. Incluso Anderson, tras mencionarlo, no especifica su papel.

vera que *Sánchez* comprendió, rápidamente comunicó la mala nueva a sus compañeros. Días después, el 6 de agosto, dos de ellos llegaron a la sede del gobierno boliviano. Su presencia era una reafirmación de los compromisos adquiridos para viabilizar la presencia de Ernesto Guevara en Perú. Argumentaron a favor de su trabajo, su voluntad, y con la misma lógica aprendida del *Che*, aseveraron que “*las condiciones que puedan faltar, en la lucha se crean*”. Como la decisión cubana ya estaba tomada, sólo recibieron la oferta de que podrían mandar a sus hombres a entrenarse en Bolivia, para luego integrar otro foco en Perú, con el concurso cubano.²⁶

Una vez saldado el asunto peruano, quedaba lo más grueso, sellar acuerdos con el PCB.

El 25 de julio, los cubanos se reunieron en Santa Cruz con el cuarteto de jóvenes bolivianos que les habían asignado y que acababan de retornar de Cuba, tras su entrenamiento militar. Rodolfo Saldaña, Roberto *Coco* Peredo, Jorge *Loro* Vázquez-Viaña y Luis *Ñato* Méndez fueron informados de los nuevos lineamientos definidos por La Isla. Durante su permanencia de casi seis meses en Cuba desconocían, como es habitual en el mundo de los secretos caribeños, el carácter de su misión y su destino final, pero en todo caso no suponían que era la de combatir en una guerrilla al lado del *Che*. Y menos aún la posibilidad de alzarse en armas sin el consentimiento de su partido. Para ellos, al igual que Monje, simplemente estaban en trance de repetir la experiencia de colaboración que hicieron en 1963.

Hubo que confrontarlos con la nueva realidad y verificar hasta dónde iba su deber con la estrategia cubana. Lo confirma *Pombo* e indirectamente reafirma que el PCB no tenía conocimiento de los planes cubanos con respecto a Bolivia:

“Se trató de obtener el compromiso de ir a la lucha aún cuando Estanislao se opusiera. Plantearon que a su criterio lo mejor era plantearle a Estanislao la cosa. Ellos estaban seguros de que su posición sería ir a la lucha, y que en caso de no ser así ellos estaban dispuestos a seguir con nosotros”.²⁷

Tres días más tarde, *Ricardo* discutió con Monje el nuevo contexto. Probablemente asumía que *Emiliano* lo había alertado sobre los nuevos planes que involucraban a Bolivia; pronto comprobaron que no fue así, con las consecuencias negativas subsecuentes para su plan. El jefe comunista mantuvo que su estrategia, como sostuvo varias veces en Cuba, era la insurrección popular urbana, mientras que el cubano se reafirmó en la guerra de guerrillas. Alcanzaron una solución salomónica y engañosa, pero útil para ambos lados: “*Se acordó ir de inmediato pues a la lucha armada, manteniéndose vigente el Plan del levantamiento general, pero a la vez organizar las guerrillas*”.²⁸ Los cubanos no estaban para nada satisfechos, pero esperaban que cuando llegara el *Che*, la situación, con el carisma y el peso político del legendario comandante, se definiera a su favor. En la conversación, Monje, dual como en otras oportunidades, había abierto esa puerta para romper el empate. Los cubanos lo sondearon y respondió que si el *Che* estuviera involucrado iría a “*luchar a su lado hasta donde fuere*”.²⁹ Una posibilidad, un arrebato personal, pero no una obligación definitiva que comprometiera al Partido Comunista.

¿Pensaba realmente el PCB embarcarse en una revuelta popular? El 3 de julio de 1966, el PCB, bajo la sigla de Frente de Liberación Nacional (FLIN), se presentó a las elecciones. Obtuvieron poco más de 32.000 votos, un 2,3% del total, lo que dejó a los comunistas sumamente satisfechos y pletóricos de gozo de sus posibilidades electorales.³⁰ Mientras los cubanos organizaban la

²⁶ Lo que explica la presencia de Juan Pablo Chang en el campamento del *Che* en Ñakaguasú, donde quedó atrapado al estallar las acciones guerrilleras el 23 de marzo de 1967.

²⁷ Diario de Pombo, 27 de julio de 1966, op. cit. p. 21.

²⁸ Diario de Pombo, 28 de julio de 1966. Ibid. p. 35. Más tarde, el 11 de septiembre, Pombo reconocería que la insurrección “*no es nuestra concepción de la lucha armada*”.

²⁹ Informe enviado por Ricardo a Cuba. Diario de Pombo, 30 de julio de 1966. op. cit. p. 22.

³⁰ Se presentaron bajo la sigla de Frente de Liberación Nacional (FLIN). Recibieron aportes soviéticos para su campaña.

guerrilla, la perspectiva del PCB se aproximaba más a la acumulación de fuerzas en el campo democrático parlamentario, que a una ruptura violenta del sistema.

Loyola Guzmán, militante del PCB, que a principios de 1967 se desgajó de su organización para integrarse como cuadro urbano de la guerrilla del *Che*, recordaría claramente la postura de su ex camarada Monje en aquellos tensos días:

“Para él, en nuestro país la revolución se haría en forma violenta, por medio de la insurrección armada en las ciudades y la lucha guerrillera se la iniciaría en caso de que sea derrotada o detenida la insurrección armada en la ciudad. Sin embargo, él confiaba mucho más en la lucha armada, sea insurrección o guerra civil en las ciudades.”³¹



Kolle Cueto

El PCB aprovechaba las oportunidades que les ofertaban los cubanos, interesados en congraciarse con esta organización. El 25 de julio, a la cabeza de *Inti Peredo*, ocho integrantes de la Juventud Comunista viajaron, vía Buenos Aires, para Cuba.³² La cronología permite afirmar que no fue resultado del arribo a Bolivia de *Pombo* y *Tuma* ni de lo que ellos denominaban “*los nuevos lineamientos*”; es decir la organización de un foco en Bolivia al mando del comandante Guevara. Ese día 25 el dueto isleño todavía bregaba en Corumbá, frontera boliviana-brasileña, por llegar a Santa Cruz de la Sierra.

El periplo de *Inti* y sus camaradas fue más bien el resultado de un acuerdo celebrado por Monje durante su permanencia en Cuba. Los comunistas no concebían sin embargo la presencia de sus jóvenes integrantes como un acoplamiento a la estrategia de guerra de guerrillas, sino como una acumulación para sus propios planes. En su mira estaba contar con un pequeño aparato armado, de autodefensa principalmente. En años anteriores, con este objetivo, habían entrenado gente en la Unión Soviética, China (cuando era posible) e incluso en Cuba.

Nuevamente Loyola Guzmán:

“En julio de 1966 fuimos consultados un grupo de dirigentes de la JCB para seleccionar camaradas que recibieran entrenamiento en Cuba (...) se alistaron y viajaron aproximadamente 7 u 8 camaradas de la JCB. Casi de inmediato planteé a (Monje) otros nombres más. Él me respondió que por el momento no mandaba más gente y que los camaradas elegidos debían ser fuertes ideológica y políticamente para evitar posibles desviaciones”.³³

Está claro que aquellas tentaciones no podían ser otras que los cubanos sedujeran a los comunistas y los incorporaran en su proyecto, como efectivamente aconteció. Monje conocía esta posibilidad, que había ocurrido decenas de veces con militantes de otras organizaciones procedentes de los más variados países. Guzmán valoraría la prevención solamente *a posteriori*. En aquel momento (julio de 1966) las expresiones del jefe comunista no tenían una importancia destacada. Transcurrido el tiempo y desencadenada la lucha armada, adquirieron recién el valor que éste les daba. El grupo llegó a Cuba

³¹ El llamado “Diario de Loyola” es un informe que ella elaboró en octubre de 1968 en la prisión para la dirección del ELN, que organizaba una nueva guerrilla. El documento, que contenía datos confidenciales, cayó en manos de la seguridad del Estado. Se publicó en el matutino *Hoy* de La Paz del 2 de agosto al 8 de septiembre de 1969. Lo citado es del 3 de septiembre. Guzmán utiliza el seudónimo de Monje, *Estalísnao*.

³² En otras fuentes se menciona a nueve.

³³ Guzmán, Loyola. Op. cit. El subrayado nos pertenece.

el 29 de julio y de inmediato se dirigió a Pinar del Río para su entrenamiento. *Inti* y otros varios cuadros comunistas fueron, como temía Monje, reclutados para participar en las filas del *Che*.³⁴

En conclusión, nada permite afirmar que para fines de julio, cuando Guevara ya se encontraba en Cuba, donde había arribado hacia el 23 de ese mes, el PCB estuviera comprometido en apoyarlo y menos integrar sus filas. Mal podían los comunistas aceptar un papel en una obra, con un libreto y un tablado que desconocían. En otros términos, el *Che* habría tomado una decisión basado en informaciones que magnificaban la posible contribución del PCB, sin que este estuviera realmente comprometido, o que, en su caso, fuera a dividirse entre las fuerzas que apoyaban su foco y las fieles al aparato partidario. Ese es el sentido de las reiteradas acusaciones a *Emiliano*, de dar “*un informe tergiversado*”, a lo que ya nos hemos referido. Recuérdese que según *Pombo*, tan cercano a Ernesto Guevara para no dudar de sus palabras, fue basado en el recuento de *Emiliano* que el *Che* se decidió finalmente por Bolivia.

Al descubierto

Hasta inicios de septiembre de 1966, los adelantados cubanos actuaban con sigilo armando sus propias cosas, tratando de que el PCB no se enterara. Un giro radical, se produjo cuando se presentó *Pacho*, procedente de La Habana, con nuevas instrucciones. Llegó a la Paz el 3 de septiembre, por vía férrea, procedente de Chile. Informó a sus sorprendidos compatriotas que los planes habían cambiado totalmente. La zona elegida sería diferente a Ñakaguasú y que Regis Debray la estudiaría. Asimismo, se reforzarían los vínculos, al momento casi congelados, con el sector de Moisés Guevara. *Pombo*, *Ricardo* y *Tuma* comprendieron que la determinación echaba por tierra lo poco que habían conseguido con el PCB. La definición de Alto Beni, al norte de la ciudad de La Paz y alejada de cualquier frontera, como teatro de operaciones ponía fin a la apariencia y dejaba claro a ojos de los comunistas que “*la cosa era aquí*”. Debray arribó a Bolivia procedente de Cuba, ingresó por Chile con su pasaporte legal. En La Habana, donde se encontraba desde diciembre de 1966, recibió el encargo directamente de Fidel Castro.

El francés excluyó de sus contactos a los comunistas de Monje y se concentró en los maoístas. En 1964, durante su primera estancia en Bolivia, había cultivado una relación con jóvenes que luego pertenecerían a esa tendencia. Por ello, los pro soviéticos lo etiquetaban como pro chino, y lo catalogaban como un aliado de sus irreconciliables adversarios.³⁵ En Oruro, en 1967, se alojó en la casa de la familia Palenque, cuyo hijo King pertenecía a esta tendencia. En esa localidad entabló contactos con la gente de Moisés Guevara. Viajó luego por Alto Beni. Militantes maoístas le proporcionaron cobertura. Concluido el diagnóstico, viajó a la región tropical del Chapare Tropical. Pero nunca, porque no se lo instruyeron, exploró Ñakaguasú.

³⁴ Por distintas razones, solamente la minoría se incorporaría finalmente a la columna del *Che* en Ñakaguasú.

³⁵ Elizabeth Burgos, comunicación electrónica con el autor, 5 de marzo de 2007. Como es conocido, Burgos era la compañera de Debray en ese momento.

³⁶ Diario de *Pombo*, 28 de septiembre de 1966, op. cit. p. 36.

El periplo del francés no pasó inadvertido. Las antenas del PCB, ya aprontadas con tanto movimiento cubano, lo detectaron. Contaban con informantes dentro de las filas de sus ex compañeros maoístas. La bomba estalló. El 28 de septiembre los isleños se reunieron con un enfurecido Monje. Inició su exposición recordando que su compromiso con Fidel Castro consistía solamente en proporcionar cuatro hombres para la “*cosa del sur*”. Que tras el cambio hacia Alto Beni “*región de donde una guerrilla no se puede irradiar a otros países, se ha podido dar cuenta de que la base central del plan es Bolivia y que él está al margen de todo*”.³⁶ Los cubanos intentaron replicar, recordándole que el 28 de julio le informaron que la “*cosa central era aquí por considerar que este país era en*

el momento el que tiene mejores condiciones". Monje no aceptó. Replicó que su compromiso consistía únicamente en colaborar con el tránsito hacia el sur, tal como había ocurrido en 1963 con Jorge Masetti y el EGP. En la misma reunión, los cubanos conocieron que Jorge Kolle Cueto, el más pro soviético de los dirigentes del PCB, informó durante la celebración del Congreso del Partido Comunista de Uruguay (PCU), que los cubanos preparaban una guerrilla en Sudamérica. ¿Fue un error o tuvo otros propósitos? Kolle es recordado entre la vieja militancia del PCB como un decidido antifoquista, incluso más que Monje, y como un personaje que actuaba bajo la línea de Moscú. Rodney Arismendi, secretario general del PCU exigió "que se comunicara a todos los secretarios generales de los Partidos o de los contrario lo haría el mismo".³⁷

La posibilidad de que el secreto se filtrara y que el *Che* corriera riesgos o que pudiera quedarse varado por las protestas de los comunistas, sobre todo los argentinos, era grande. Alarmados, los isleños enviaron a *Ricardo* a La Habana con las malas nuevas. Partió el 6 de octubre. Cuando llegó, el *Che* ya había decidido alzar el vuelo para Bolivia. Los engranajes de la operación estaban en marcha. Mejor no se hubiera movido de La Paz. Guevara lo encaró con una de sus clásicas "descargas". Le dijo que su viaje era inútil y una "mierda". Continuó increpándolo: "He cometido muchos errores, pero el mayor fue mandarte a Bolivia," *pues no sirve(s) para nada*".³⁸

Cuando el 22 de octubre Ernesto Guevara dejó Cuba, tenía muy poco concretado para contar con una recepción auspiciosa. El concurso del PCB estaba en duda. Tampoco alcanzó a consultar detenidamente el informe de Debray donde le recomendaba operar en Alto Beni. Decidió aposentarse en una zona lejana, poco poblada y que no había sido explorada previamente por sus hombres de confianza.³⁹

¿Salió el *Che* antes de lo previsto? Meses más tarde tal era la impresión generalizada en las conversaciones en el campamento en Ñakaguasú, al calor del fogón. Tanto Ciro Bustos como Regis Debray⁴⁰ se harían eco de la afirmación de *Ricardo*; y de ellas varios biógrafos del *Che*. Pero la comunicación de *Ricardo* no fue útil para el *Che*, quien ya estaba de salida. ¿Tuvo noticias por otras vías de lo dicho por Kolle? ¿O, en verdad, lo único que le preocupaba era montarse en la escena de armas?

Simultáneamente, aunque sin saber que el *Che* iba a Bolivia, Monje salió para Cuba. ¿Por qué los cubanos aposentados en La Paz, que conocían que el *Che* ya no estaba en Cuba, no detuvieron la partida del jefe comunista? Mario Monje y Jorge Kolle se entrevistaron con Castro en La Habana en la primera semana de diciembre. Monje reiteró su preferencia por la insurrección, incluso si para ello tuviera que romper con el PCB. Nuevamente no se comprometió a nada concreto en relación con el *Che*, pero aceptó reunirse con él. "No te puedo afirmar cuál será su actividad definitiva", confesó Castro a Guevara el 14 de diciembre.⁴¹ Monje retornó a Bolivia el 22 de diciembre, tras una probable parada en la URSS para cotejar impresiones. Para entonces, todos los cubanos ya estaban en el alejado campamento y el *Che* había sustraído a un puñado de militantes del PCB.

Guevara, a sabiendas de que Monje no había establecido un acuerdo para apoyarlo, esperaba cambiar su determinación. Consultó con los jóvenes comunistas recientemente integrados en sus filas. Ellos, particularmente *Inti* Peredo, dudaron de que el PCB diera ese paso. Finalmente, el 31 de diciembre, Monje y el *Che* se vieron cara a cara. Vale hacer notar que, según todos los testimonios de testigos, incluidos los de Guevara y Monje, el *Che*

³⁷ Diario de Pombo, 28 de septiembre de 1966. op. cit. pp. 35-36.

³⁸ Diario de Pombo, 21 de octubre de 1966, op. cit. p. 41.

³⁹ Algunos autores (Vázquez-Viaña, op. cit.) sugieren que fue el PCB quien indujo la compra de la finca en Ñakaguasú, pero una lectura del Diario de Pombo muestra que la zona del sudeste boliviano se tomó siguiendo instrucciones del *Che*.

⁴⁰ Bustos, Ciro Roberto. "Memorias". Secreto. Escrito en la prisión de Camiri, en mayo de 1966. Publicado parcialmente por el General Arnaldo Saucedo Parada, *No Disparen... soy el Che*, Talleres Gráficos Editorial Oriente S. A. pp. 53-81. El documento completo en fotocopia, en archivo del autor. Cfr. Debray, Regis, *La guerrilla del Che*, Siglo XXI Editores, 1ª edición, México, 1999.

⁴¹ Cifrado N° 24. Publicado en *Ultima Hora*, La Paz, 31 de octubre de 1967.

no demandó al dirigente comunista cumplir con presuntos compromisos. Sabía que el comunista venía a debatir no a acatar. La disputa se mantuvo estrictamente en el plano estratégico. Los resultados son conocidos.

Monje se encontró con una realidad inmovible. "Este es mi territorio liberado y no me iré. Sólo saldré muerto", le dijo Ernesto Guevara. Un "chantaje de cuerpo presente" (*fait accompli*). El mismo que habría usado en el Congo. El *Che* no aceptó la solicitud de Monje de que le otorgara el mando político militar. Cedería el político, pero no el militar, y el primero estaría subordinado al segundo. Se ha dicho que un inflexible *Che* actuó bajo el peso de la memoria de la fallida experiencia en el Congo. Allí, el mando político había quedado en manos de los operadores africanos, inmovilizándolo. Algo tuvo que pesar esta historia en el desenlace del 31 de diciembre, pero en verdad la confrontación reflejaba dos ópticas distintas en relación con la dialéctica clase-partido y vanguardia política-vanguardia militar. El PCB no era foquista, sino obrerista y electoralista; aunque gustaba mencionar entre sus planes la lucha armada. Su proyecto de toma del poder –si alguna vez habría de realizarlo– se nutriría del modelo de asalto del Palacio de Invierno en octubre de 1917 por los bolcheviques. Pero también esgrimiría la memoria de la revuelta popular en las calles de La Paz del 9 al 11 de abril de 1952. El proletariado urbano y minero boliviano, entre los cuales el PCB contaba con varios militantes, había acumulado experiencia de combate callejero, una regular cantidad de armamento y ánimo para salir a disputar la posesión de las ciudades. Monje se lo dijo, pero el *Che* no pareció valorar ni (re)conocer esta trayectoria histórica. "*Sus argumentos son inconsistentes*" escribió respecto de la posición comunista.⁴²

¿Era este enfoque solamente del jefe del PCB? ¿Se lo inventó, como afirma Castañeda?⁴³ ¿Lo sacó de la galera para buscar un pretexto y romper con el *Che*, como éste afirmaría posteriormente? ¿O por el contrario estaba inserto en la cultura política de la militancia?

León, un comunista en la guerrilla

Antonio Domínguez Flores, campesino originario del Beni, fue convocado en septiembre de 1966 por *Coco* Peredo para trabajar en la finca de Ñakaguasú. Al principio no se lo consideraba combatiente, estatus que obtuvo a inicios de 1967. Tomó *León* como nombre de guerra. El *Che* lo apuntó como "*uno de los mejores proyectos de combatiente*". El 26 de septiembre de 1967 abandonó la columna y fue detenido por los militares. Rindió un largo testimonio a sus captores. Franco, abierto, lleno de detalles sobre la vida cotidiana de la guerrilla, es un testimonio insuperable, independientemente de la manera en la que fue obtenido.

León narra una conversación que mantuvo con el *Che* pocos días antes del primer enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército Boliviano, ocurrido el 23 de marzo de 1967. Sin la misma intensidad y trascendencia, el diálogo repite aquél sostenido por Mario Monje y Ernesto Guevara el 31 de diciembre de 1966.

⁴² Diario del Che en Bolivia, 1 de enero de 1967.

⁴³ Castañeda, Jorge G. La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara. Alfaguara, México, 1977. p. 433.

León. -A mi criterio yo no le tengo fe casi a las guerrillas aquí en Bolivia

Che. -¿No tienes confianza en nosotros?

León -No es eso. Sé muy bien que los compañeros cubanos son hombres hechos para la revolución y sobre todo tienen táctica y experiencia de guerrillas.(...) Me parece que los comunistas bolivianos no estamos en condi-

ciones para la lucha armada así en tipo guerrilla, más probable lo hallo en las ciudades, y más que esto (hallo) que el campesinado no tiene conocimiento de nada, además tiene tierra de sobra.”

Continúa León

(El Che) me responde, (...) me dio algunos conocimientos de la revolución cubana (...) pero al instante yo le respondí (...) le dije que la condición actual de Bolivia es distinta de la época de Batista, (...) (que) era muy crudo, ya estaba odiado y relajado por todo el pueblo cubano (...) Fue una revolución de tipo burgués (y) el imperialismo no intervino en aquella revolución. Ahora es distinto (...) de inmediato toman parte los norteamericanos.

El Che sonreirá, como burlándose de su interlocutor. Replicó:

*“Ya ha llegado la hora de que los hornos se caldeen, para los pueblos no hay otra alternativa que empuñar el fusil y tirarse a los bosques y montañas y a veces morir, pero lo más seguro es vencer, si nosotros no lo vemos, las nuevas generaciones lo verán”.*⁴⁴

León refrenda los argumentos de Mario Monje; como el mandamás del PCB no inventa, repite lo que ha aprendido en su vida de dirigente comunista. Para él, pese a que ya está en el baile, hay diferencias entre masa y guerrilla.

Epílogo

Alrededor del 10 de febrero de 1967, tres altos dirigentes comunistas y Fidel Castro se reunieron en La Habana. Buscaban curar heridas. Castro, los reconvino. Intentó desmoronar el argumento de Monje. Explicó que la guerrilla no tiene objetivos nacionales, sino continentales; por lo tanto no cabía exigir la jefatura para el PCB. Quedó optimista tras su respuesta. “*Creo que podrán lograr acuerdos satisfactorios*”,⁴⁵ informó al Che.

En Bolivia, la situación se agravaba. Monje convenció a tres militantes enviados a Cuba en julio de 1966 que no se integraran a las filas del Che. Expulsó a miembros de la Juventud Comunista que se alistaron con Guevara. Monje “*es ya un enemigo*”, sentenció el Che.⁴⁶ Sin mucho entusiasmo, Guevara, el 14 de febrero, recibió la noticia de que Humberto Ramírez, Jorge Kolle y el dirigente minero Simón Reyes, se reunirían con él. ¿Habría modificado su actitud el PCB? El 23 de marzo, la guerrilla propinó la primera derrota al Ejército a costa de quedar aislada y cercada. La reunión se truncó. Lo más probable es que el PCB hubiera mantenido su línea. Sostenían que marcar diferencias no equivalía a traicionar o romper códigos de solidaridad.

Las consecuencias de la presencia del Che en el PCB recién se sentirán tras su muerte. Un buen número de integrantes de la juventud comunista, tal como Guevara había supuesto, renunciaron a su partido, que consideraban adormecido y felón, y se integraron como combatientes a la nueva guerrilla que se organizó en 1970 en Teoponte (la misma zona que estudió Debray en 1966 para el Che). También se integraron al aparato urbano. Situación que Ernesto Guevara habría deseado en 1967. Este masivo concurso, sin embargo, no impidió en 1970 el prematuro y dramático desastre de la columna en armas.⁴⁷ Sólo que esta vez no hubo un PCB a quien acusar de traición. ●

⁴⁴ León, “Mi memoria guerrillera”. Secreto. Ms. pp. 34-36, Camiri, 1967. Inédito. Copia en el archivo del autor.

⁴⁵ Cifrado N° 30 de Fidel Castro al Che. Todos los cifrados citados se publicaron en el libro del general de Brigada Luis Roque Terán. *La campaña de Ñancahuza*, La Paz, 1987. A pesar de su importancia, no fueron utilizados por los biógrafos de Ernesto Guevara.

⁴⁶ Cifrado N° 3 del Che a Fidel Castro, 23 de enero de 1967.

⁴⁷ Al respecto, ver nuestro trabajo: *Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*. Ver Gustavo Rodríguez Ostría, *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, ed. Kipus, Cochabamba, Bolivia, 2006.

LUCHA ARMADA

Sumario 2005/2007



- El concepto del enemigo en el PRT-ERP - VERA CARNOVALE
Lectura en dos tiempos - OSCAR TERÁN
El mito del Policlínico Bancario - GABRIEL ROT
La vida plena - SERGIO BUFANO
Orígenes de las FAAAL. Entrevista a JUAN CARLOS CIBELLA
Memoria, militancia e historia - HUGO VEZZETTI - FEDERICO LOPEZ - PILAR CALVEIRO
Tupamaros: la construcción de su pasado - SILVIA MERENS
Documentos - Organización Comunista Poder Obrero - DARDO CASTRO y JUAN ITURBURU
¿Revolución en la revolución? - REGIS DEBRAY
- Montoneros, los grupos originarios - IGNACIO VÉLEZ CARRERAS
ERP 22 de agosto: una fracción pro-Cámpora - EDUARDO WEISZ
La guerrilla salteña - Entrevista a HÉCTOR JOUVÉ
El falso enigma del "caso Aramburu" - ERNESTO SALAS
ASTAR SA: militancia sindical y enfrentamiento "militar" - FEDERICO LOPEZ
Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia - GUSTAVO ROCHA - GUSTAVO GUSTRIA
Para Mario Payeras, sin amargura o sombra - ADOLFO GILLY
Documentos - Crónicas y declaraciones del ERP 22
Minimanual del guerrillero urbano - CARLOS MARIGHELLA
- La casita de caramelo - CRISTINA ZUKER
Notas para recordar la revolución - HÉCTOR SCHMUCLER
Perón y la Triple A - SERGIO BUFANO
Montoneros. El enfrentamiento con Perón - GUILLERMO CAVIASCA
Grupo Obrero Revolucionario - EUDALD CORTINA
Entrevista a ARMANDO JAIME
Traslados - ALBERTO SZPUNBERG
De la "traición aprista" al "gesto heroico". Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR
JOSÉ LUIS RÉNIQUE
Documentos - Resoluciones del GOR
Las FFAA. y la lucha contra el terrorismo
- Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia - PILAR CALVEIRO
EL FÁTRAC, frente cultural del PRT/ERP - ANA LONGONI
Maoísmo y lucha armada: el PCML - ADRIÁN CELENTANO
Monte Chingolo - Entrevista a GUSTAVO PLIS-STERENBERG
Abraham Guillén: teórico de la lucha armada - HERNÁN REYES
Cine documental e historia reciente - VICTORIA BAÑALDO
Gustavo Rearte y el MIR 17 - Entrevista a JORGE PÉREZ
Morir, matar y renacer - RICARDO MELGAR BAO
Documentos - PCML
Lecciones de la guerrilla latinoamericana - ABRAHAM GUILÉN
- Walsh y la conducción Montonera - ERNESTO SALAS
Década del 70: violencia de las ideas - OSCAR TERÁN
Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP - VERA CARNOVALE
La polémica sobre la lucha armada - PABLO POZZI
El asalto al Comando Sanidad del Ejército - Entrevista a HERNÁN INVERNIZZI
Acerca de la carta de Oscar del barco - HÉCTOR RICARDO LEIS
Combatientes chilenos en Nicaragua - VIVIANA BRAVO VARGAS
ROLANDO ÁLVAREZ VALLEJOS
Documentos
Consejo Ejecutivo Nacional de la OPM "Montoneros"
Respuesta de RODOLFO WALSH

Donde comprar Lucha Armada en la Argentina

Librerías: Prometeo Av. Corrientes 1916 y sucursales - Norte Av. Las Heras 2225 - Madres de Plaza de Mayo Hipólito Irigoyen 1584 - Universitaria de Buenos Aires Tucumán 1726 - De la Mancha Av. Corrientes 1888 - Gandhi Av. Corrientes 1743 - Del Centro Julio Cortázar Av. Corrientes 1543 - Antígona Av. Corrientes 1555 - Callao 737 - Las Heras 2597 - Hernández Av. Corrientes 1436 / Av. Corrientes 1311 - Guadalquivir Callao 1012 - Páidos al Fondo Av. Santa Fe 1685 - Mascaró Av. Santa Fe 2928 - Losada Av. Corrientes 1551 - El Aleph Corrientes 4857 - Corrientes 4137 - Cedinci Fray Luis Beltrán 125 - Ay Carmelal Ciudad de la Paz 2867 - Del Mármol Gorriti 3538 - Norte Las Heras 2225 - Buen Odilon Av. Callao 360 - Biblos Puan 378 - Rincón del Anticuario Junín 1270 - Nuestra América Rodríguez Peña 466 - Rayuela Pza. Italia esq. 44 (La Plata) - De la Campana Calle 7 N° 1288 esq. 58 (La Plata) - Discípulo Calle 49 N° 543 (La Plata) - Capítulo 2 Calle 6 esq. 47 (La Plata) - Buchín Libros (Rosario) - Laborde (Rosario) - Homo Sapiens (Rosario) - Rubén Libros (Córdoba) - Espejo (Córdoba)

Solicite información sobre otros puntos de venta a: ejercitarlamemoria70@yahoo.com.ar

EN LA ARGENTINA



- La "traición" de Roberto Quieto; Treinta años de silencio - LILA PASTORIZA
Memoria y revolución - NICOLAS CASULLO
La historia de Jorge Caffatti. Entrevista a JUAN GASPARINI
El "Documento Verde" LUIS RODEIRO
Acerca de la reconciliación - SERGIO BUFANO
Los límites de la polémica - MARIO BETTEO
Puentes rotos - SERGIO CALETTI
Arturo Levinger y los orígenes del as FAR - GUILLERMO CAMASCA
Documentos. La crisis de las FAL
Suplemento: CRÍTICA A MONTONEROS DESDE MONTONEROS
El "Documento Verde"

**EDICIÓN
LIMITADA**



- Apuntes sobre la vida de Juan García Elorrio - GUSTAVO MORELLO
El Partido Comunista y la lucha armada - GABRIEL ROT
Tres biografías sobre la militancia - ESTEBAN CAMPOS
Vida cotidiana en la cárcel de Villa Devoto - ANA GUGLIELMUCCI
Del FRIP al ERP - Entrevista a CACHO LEDESMA
Polémica: escriben LEIS y KREIMER
Historia de vida - Entrevista a SUSANA CARIDE
El viaje de Eneas: memoria e ideas en la política de los setenta - RICARDO PANZETTA
Documentos: PRT Tendencias internas
- Las Ejecuciones del PRT-ERP - VERA CARNOVALE
El errático rumbo de la vanguardia montonera - ERNESTO SALAS
La guerrilla argentina. El final de una épica impura - SERGIO BUFANO
Experiencia obrera y lucha armada - FEDERICO LORENZ
De la Resistencia a Taco Ralo Entrevista a DAVID RAMOS
La Juventud Peronista en Luján - LUNA - GOMEZ - VERDUN - BERENZAN
Muerte premeditada - JUAN GASPARINI
Embraguez y control social en la guerrilla guatemalteca - JOSE DOMINGO CARRILLO
Documentos: Montoneros: Código Penal Revolucionario
ERP 22 de Agosto: El Partido Armado

EDICIÓN LIMITADA

LUCHA ARMADA EN LA ARGENTINA

Números 1 al 6 y Suplemento Especial
presentados en caja.

PÍDALA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS
\$ 150.-



LAS GUERRILLAS DE 1965

BALANCE Y PERSPECTIVA

Figura clave en la estructuración de las guerrillas peruanas del 1965, Héctor Bejar publicó en 1974 sus reflexiones sobre aquella experiencia.

Las Guerrillas de 1965: balance y perspectiva, expone, en palabras del autor, “algunos puntos de vista personales sobre una etapa revolucionaria que me había tocado vivir”. De hecho, se trata sin duda de un testimonio de primerísimo valor, el que además exhibe una particular visión de los acontecimientos que narra, signado por un espíritu crítico que rechaza de plano las miradas autocomplacientes y superficiales, que solo ven en las luchas protagonizadas por la guerrilla una epopeya sin macula.

A continuación, algunos fragmentos de su obra



LAS GUERRILLAS DE 1965: BALANCE Y PERSPECTIVA

HÉCTOR BEJAR

Se equivoca quien piense que la guerrilla fue solamente acción, puesto que no hay acción revolucionaria, sobre todo si esta implica una actitud nueva, que no vaya acompañada de ideas nuevas. Consecuentemente, la guerrilla trajo al campo revolucionario nuevas formulaciones extraídas en gran parte de la rica experiencia del Tercer Mundo; de ellas, algunos sobrevivieron a la guerrilla misma. Estaban lejos es cierto, de constituir un planteamiento integral y sofisticado: eran apenas ideas germinales que hubiesen desarrollado después a medida que la guerrilla se fortalecía.

Por esa época ya todos estábamos muy claros en que las revoluciones contemporáneas pasan por los países dominados, lo cual implicaba también comprobar que los pueblos del tercer mundo constituyen la vanguardia de la revolución contemporánea y el factor más importante para la construcción del futuro de la humanidad sobre nuevas bases sociales. Comprobábamos la adultez y con ella, la moderación y las limitaciones de los soviéticos cuyo papel iba reduciéndose cada vez más a la defensa de su poderoso Estado, lo cual nos llevaba a pensar que sobre el esfuerzo de los pueblos colonizados descansaba en prioridad la inmensa tarea de continuar haciendo avanzar a la humanidad hacia un futuro mejor. La revolución era pues tarea nuestra y no podíamos esperar a que fuese consecuencia de la evolución o el apoyo directo de los países más avanzados.

Trabajábamos entonces sobre la posibilidad y la **necesidad** de hacer la revolución, lo que puede parecer obvio hoy día; pero admitirlo significaba romper con todas las concepciones clásicas que negaban la posibilidad de darse de inmediato a la acción, es decir de **hacer** la revolución en nuestros países. Si, ya Lenin había dicho que la cadena imperialista se puede romper por sus eslabones más débiles, los países semicoloniales, afirmación que de tanto repetida por la izquierda tradicional había quedado vacía de contenido. A esta afirmación, en consecuencia, le agregábamos el contenido de la acción directa e inmediata. Y esto tenía fundamental importancia, desde que por esa vía adquiriríamos independencia mental y autonomía respecto de las potencias socialistas y sus partidos, cuyos esquemas sobre lo que había que hacer o dejar de hacer en nuestros países habían deter-

minado la actitud y la línea de cientos de miles de revolucionarios, llevándolos al tributarismo ideológico y al colonialismo mental.

La guerrilla apuntaba hacia el socialismo a través de un cambio total de nuestra organización social. Algunos de nosotros empezábamos a orientarnos hacia un socialismo ejercido por los trabajadores mismos, de manera directa, y repudiábamos las deformaciones burocráticas que se amparaban en las justificaciones teóricas.

Empezábamos a convencernos además de que las revoluciones hechas en países diferentes deben realmente ser diferentes, a analizar críticamente la revolución rusa de 1917, los sistemas de los países del Este europeo a partir de la segunda posguerra, la larga marcha china hacia el socialismo, la revolución argelina, la heroica lucha del pueblo de Vietnam. Todos esos pueblos planteaban modelos de estrategia y táctica y hasta modelos de organización social final distintos y si nosotros, queríamos de verdad hacer la revolución en nuestros países latinoamericanos, teníamos que empezar por buscar, guiados por nuestro pensamiento y nuestra acción, con independencia y sin tutelajes, nuestro propio camino.

Lógicamente, concluíamos que la revolución de América Latina debe crear su propia estrategia y táctica, lo que implica también su propio planteamiento ideológico político revolucionario. Al hacerlo, cuestionábamos los esquemas, las recetas únicas elaboradas por los partidos comunistas europeos que eran superpuestas a cualquier realidad cual si se tratase de moldes, con el resultado de una rutina política repetitiva y estéril. Nuestra vocación se convertía entonces en profundamente latinoamericana, puesto que estábamos convencidos de que la liberación de cada uno de nuestros países solo es parte de la liberación del continente.

Habíamos llegado a la guerrilla por pensar que quien quiera hacer la revolución en países como los nuestros, caracterizados por la violencia ejercida por sus clases dominantes, no puede eludir el uso de la violencia. No éramos amigos de la violencia por la violencia misma: queríamos, antes bien, que la violencia de la dominación extranjera y oligárquica cesase en nuestro país, y por eso, nada estaba más lejos de nosotros que el fanatismo sanguinario que se agota en sí mismo como vía de salida del resentimiento social sin contenido revolucionario. Pero recha-

zábamos a quienes, en medio de una tempestad social como la que sacudía a nuestro país, se esperanzaban en el largo y tortuoso camino del parlamentarismo o en la eterna acumulación de fuerzas que nunca crecían y que, antes de multiplicarse, se dividían y subdividían sin poder salir del marasmo de una rutina estéril.

Aun más, influidos por nuestra deficiente comprensión del ejemplo cubano, llegamos a pensar en algún momento que la única y excluyente forma de violencia posible para llevar al pueblo hacia el poder era la lucha armada guerrillera. Estábamos equivocados, puesto que la historia posterior de América Latina nos mostró muchas formas muy diversas de combate popular y nacional, desde la lucha heroica del pueblo peronista, que combinaba la acción sindical con las movilizaciones callejeras y la guerrilla urbana, hasta las audaces acciones de los Tupamaros, las luchas campesinas, las movilizaciones políticas.

No obstante, el término **violencia** encierra una amplia gama de significados y por lo tanto se presta a un sinnúmero de interpretaciones. Si entendemos por violencia el uso de la fuerza resulta evidente, y esto lo saben tanto los revolucionarios como la oligarquía y el imperialismo, que no hay cambio que pueda ser implantado en un país, sobre todo en América Latina y el tercer mundo, en un sentido o en otro, sin el uso de la fuerza. Que esa fuerza se ejerza de una manera u otro, depende de la coyuntura en que se da cada situación revolucionaria. El hecho es que cualquier proceso revolucionario, que se hace precisamente contra regímenes establecidos basados en la fuerza, no puede dejar de desarrollar sus propias fuerzas contra esos regímenes establecidos. Por eso, cuando tratamos de iniciar la revolución, nuestro objetivo inmediato, dado que hasta ese entonces la Fuerza Armada no había asumido aún su papel revolucionario en la sociedad peruana, era construir otra Fuerza Armada, basada en la participación multitudinaria de los campesinos quienes, según creíamos, no debían jugar el papel de fuerza de apoyo para que una elite política asuma el poder en su representación, sino que debían ser preparados, a través de la lucha por su liberación, para asumir el poder ellos mismos, conjuntamente con otros sectores explotados, en un nuevo tipo de socialismo directo y no burocrático, cuyas formas organizativas debían ir siendo creadas por los trabajadores en el curso de la lucha.

Lógicamente, nuestra vía revolucionaria que había empezado en los grupos radicalizados

de las clases medias tenía que pasar ineludiblemente, para realizarse, por el campo. Aquí no hacíamos más que recoger la comprobación lograda por las revoluciones china, cubana y argelina de que, así como los países colonizados son el eslabón más débil de la cadena imperialista, el campo es el eslabón débil de la dominación oligárquica en cada país colonizado. Tampoco hacíamos otra cosa que tomar nota de la realidad de nuestro propio país, cuya estructura oligárquica, ya antes que nosotros, había empezado a ser sacudida por un campesinado que avanzaba hacia la recuperación de lo suyo y al encuentro de su propio destino y tratábamos de incorporarnos a su marcha. Pero al hacerlo, rompíamos ataduras con la izquierda que había limitado toda su acción a la captación burocrática de las direcciones sindicales desde los cenáculos de la clase media y que justificaba su actitud acomodaticia de ignorar en los hechos el papel revolucionario del campesinado, tras la repetición mecánica de la tesis de que es la clase obrera la llamada a dirigir la revolución y que, por lo tanto, hay que centrar todos los esfuerzos en su conquista.

Pero para empezar, para iniciar de una vez el camino revolucionario superando la actitud de quienes dormitaban en la eterna espera de la llamada "acumulación de fuerzas", reivindicábamos el valor de la acción directa, el sacar la cara frente al enemigo, el valor heroico de romper los fuegos contra la dominación. Hasta ese momento, los modelos de conducta revolucionaria eran el padecimiento de las prisiones, de la persecución y las torturas, es decir el sacrificio pasivo de quien cree fecundar con su inmolación la liberación de los dominados. Nosotros reivindicábamos el activismo combativo, la convicción de que los revolucionarios deben ir hacia el combate con la misión de triunfar. Y, por supuesto, repudiábamos a quienes, sin llegar siquiera a la hazaña de ser víctimas del poder dominante, pretendían hacernos pasar por lucha revolucionaria la inacabable negociación, la predica de cenáculo, el estéril estudio de los textos, las rivalidades intestinas del partido.

Mediante la acción directa saltábamos las vallas partidarias y nos lanzábamos hacia la inmensa población peruana a cuyas espaldas operaban los partidos políticos.

No nos dimos cuenta, sin embargo de que, si hasta ahí nuestra actitud correspondía lo que había que hacer en nuestro país para romper con el quietismo tradicional de los partidos profesio-

nales, podíamos empezar a abonar un nuevo secularismo que nos cortaba toda posibilidad de vinculación con las fuerzas políticas existentes que no por ser secundarias en un país de millones de oprimidos sin partido, podíamos simplemente ignorar. Simultáneamente, por la vía de pensar que es revolucionario solamente aquel capaz de subir a la sierra y disparar contra el enemigo, empezamos a sacralizar la guerrilla, haciendo de ella casi un fetiche, como había sido el partido para los militantes políticos, atribuyendo valor intrínseco a lo que es apenas un instrumento que solo puede tener valor si forma parte de una estrategia correcta en un momento adecuado. La guerrilla pues, no podía ser organizada en todas partes y para todas las situaciones, no era la panacea universal ni la receta milagrosa de la revolución.

No basta pues simplemente la acción de un grupo decidido para crear las condiciones del triunfo: la revolución es un complejo proceso en que se entrecruzan y confunden cientos de fuerzas políticas, de grupos sociales, de aspiraciones particulares y colectivas. La genialidad de los revolucionarios que han tenido éxito consiste en buscar permanentemente, mediante la acción confrontadora con la realidad, sin ataduras dogmáticas ni prejuicios, la estrategia mas adecuada en el momento mas adecuado. Esta actitud no tiene nada que ver con la repetición, por brillante o heroica que esta sea, de las formulas que ya se usaron para situaciones distintas, y por eso no hay revolucionario de a verdad que no haya tenido que romper con mayor o menor grado las "verdades" acatadas por el consenso de su tiempo. La historia nos demostró posteriormente que la guerrilla también se consume y se agota y que no basta su presencia para cambiar sustantivamente la situación de un país. Vimos guerrillas subsistiendo año tras año, en las que el fervor ardiente e los primeros años iban siendo reemplazado por la paciente espera del milagro que nunca llega y, finalmente, por la amargura de quien comprueba que marchó prolongadamente por un desvío y que ha perdido las fuerzas para desandar lo recorrido. Sin embargo, es también ahí donde el temple revolucionario, el coraje, debe traducirse en la valiente admisión de la verdad, rompiendo con las medias tintas y los subterfugios, con la practica dogmática de ocultar los errores como vicios secretos.

Como se sabe, las guerrillas de 1965 y los intentos anteriores estuvieron, como otros movimientos guerrilleros de nuestro continente, profundamente influidos por la mística, el ejemplo y las posiciones ideológicas y políticas de la Cuba

revolucionaria de esos años. Pero a pesar de ello yo pienso ahora que al calor de esa mística los latinoamericanos, incluidos nosotros, habíamos percibido solo la superficie, es decir la parte menos importante de la revolución cubana, porque en medio del repudio a las mentiras difundidas por el imperialismo, no supimos usar de un análisis prolijo, acucioso, para pasar los limites de la pura y simple adhesión acritica.

Partiendo de una concepción liberal y democrática, los revolucionarios cubanos llegaron a la guerrilla a través de una sucesión de actos que discurren a partir de las acciones callejeras en La Habana, pasan por acciones armadas, como el asalto al cuartel Moncada y el desembarco del Granma y culminan en la guerrilla de Sierra Maestra. Es una línea ascendente, cuyo punto inicial se encuentra en el momento mismo de la usurpación batistiana, y a lo largo de la cual el grupo de Fidel va ganando, mediante una sabia política que combina la explicación permanente al pueblo con los gestos heroicos, el cariño y la confianza del pueblo de Cuba. Es la genialidad de transformar la derrota del Moncada en un éxito político: los héroes del Moncada podían haber sido derrotados militarmente, pero la masacre cometida por los esbirros de Batista, sus accines de venganza en preencia de toda la ciudad, les ganaron la adhesión moral de una población que se solidarizaba con ellos la vía del repudio contra la prepotencia y el crimen. Esa popularidad creció con el juicio del Moncada y aumento todavía mas con el desembarco del Granma, hasta crecer multitudinariamente cuando la guerrilla recién empezaba su acción.

Mientras tanto, también iba cobrando forma la ideología de los guerrilleros. En los primeros periódicos mimeografiados de la promoción universitaria que después tomaría el nombre de Movimiento 26 de Julio la aspiración a la independencia nacional se mezclaba con las denuncias contra Batista. En "La historia me absolverá" aparece, junto al aun impreciso planteamiento ideo político un conocimiento más cercano de la realidad cubana y un programa de acción muy concreto. Y finalmente, por la vía de un choque muy directo con los corruptos grupos dominantes de Cuba y el poder imperial de los estados Unidos, serian asumidas las ideas socialistas hasta la oficialización del marxismo-leninismo. Todo este largo trayecto se iba haciendo en un dialogo constante con el pueblo, a través de las experiencias que este iba cobrando en los avatares de su revolución; una labor de conven-

cimiento que mezclaba las explicaciones con los hechos, la racionalidad con la mística, y en que las decisiones no se tomaban consultando los manuales sino evaluando las fuerzas reales favorables y contrarias y el estado de conciencia del pueblo.

No sucedió así en el Perú porque, lejos de haber buscado las vías más próximas a la comprensión de nuestro pueblo, partimos de teorías políticas abstractas, gran parte de las cuales ya eran estereotipos estériles. No consultábamos la realidad sino los manuales y eso impedía que la evolución ideológica a la que me referí anteriormente, se diera de manera más rápida y directa. A la vez, nos habíamos preocupado poco de estudiar nuestro propio país, de buscar en nuestra historia los métodos más adecuados para hacer la revolución, de relacionar nuestro complejo presente con nuestro pasado.

En suma, no estuvimos equivocados al tratar de iniciar la revolución en nuestro país, ni tampoco cuando empezamos a balbucear algunas heterodoxias, pero fallamos cuando no calamos más hondo en las experiencias revolucionarias de otros países, particularmente la cubana, y sobre todo en la experiencia acumulada por el pueblo de nuestro país.

Sin embargo, para suerte del Perú, como pocas guerrillas de América Latina, la nuestra tuvo consecuencia y efectos insospechados. Vale la pena entonces detenerse en la enumeración de sus méritos, de aquello que aportó al futuro. En primer lugar, naturalmente, está el heroísmo de los compañeros que la hicieron. Ese heroísmo tiene una doble faz. Puede ser juzgado a través de la admiración por quien coge un arma, deja su hogar, va hacia la montaña, arriesga su vida, empieza a luchar, en los hechos, por un ideal. Pero quizá esa sea la parte menos importante del asunto desde que, además ha sido la más elogiada y cantada por quienes reemplazan su incapacidad de hacer por la mitificación y el elogio incondicional. Lo más importante a mi juicio es la vocación de esa generación por acercarse, rompiendo las limitaciones de su origen social y político, a la realidad de su propio país. No lo lograron totalmente, es cierto y así lo hemos dicho una y otra vez en estas páginas, pero empezaron a intentarlo dramática, heroicamente.

La guerrilla reivindica el valor revolucionario de la acción y la calidad humana del revo-

lucionario. Hasta la etapa crucial del 65, eran considerados revolucionarios quienes se afinaban en las ciudades para estudiar los libros de marxismo y quienes confundían la repetición de los textos con el conocimiento de la realidad. Al rechazar los dogmas esclerotizados y al ubicar en su lugar a la teoría vinculándola con la práctica de la que se había divorciado, la guerrilla inició la reevaluación de los textos e inauguró una nueva actitud revolucionaria, y por lo mismo crítica y autónoma frente a ellas, tratando de procesar el legado cultural contemporáneo, sin cortapisas ni prejuicios, para aplicarlo en una actividad que al mismo tiempo que práctica era también de elaboración teórica

CAPITULO VII

Las acciones de 1965 comprenden desde la toma de la hacienda Runatullo y la emboscada de Yahuarina, el 9 de junio, hasta la liquidación de la guerrilla "Javier Heraud" y la desaparición de Guillermo Lobatón, en diciembre. Fueron siete meses de combate intenso, sobre todo en el frente del Centro, comandado por Guillermo Lobatón y Máximo Velando.

A mediados de 1965 existían los siguientes frentes guerrilleros, de Sur a Norte:

- 1) El de Mesa Pelada, provincia de la Convención, departamento del Cuzco, comandado por Luis de la Puente Uceda. Este era también el comando general del MIR.
- 2) El de la provincia de La Mar, departamento de Ayacucho, donde actuó la guerrilla del ELN.
- 3) El de las provincias de Concepción y Jauja, departamento de Junín, donde actuaron las guerrillas de Guillermo Lobatón y Máximo Velando. (MIR).

El MIR había organizado un cuarto frente en el Norte: provincia de Ayabaca, departamento de Piura. Estaba al mando de Gonzalo Fernández Gasco y Elio Portocarrero. No llegó a actuar, por decisión de la Dirección Nacional del MIR.

Resumen de las acciones

La tarea de enumerar las acciones de 1965 se ve dificultada por la falta de documentación suficiente y porque casi todos los protagonistas han muerto en combate, han sido asesinados, o están perseguidos. No obstante, puede establecerse cierto orden cronológico de los combates que recibieron publicidad en la prensa limeña.

Primeros días de junio: "asalto a una mina, voladura de un puente en la carretera a Satipo, antes de la hacienda Runatullo... asalto a esa

hacienda por un grupo y asalto a la comisaría de Andamarca por otro grupo, todo el mismo día...

"... Las dos operaciones tuvieron resultados extraordinarios. En todas partes fue acompañada de propaganda armada: en la mina, en la hacienda, en el puente, en el pueblo. Se hicieron mítines y reparto de víveres de los depósitos, así como en todo el camino...

"... Asalto a la hacienda Alegría, a la cual se convirtió en comunidad y se dispuso de sus bienes (animales y productos) en forma de reparto para los campesinos".

9 de junio de 1965: combate de Yahuarina entre 17 guerrilleros comandados por Máximo Velando y 50 o 60 guardias civiles armados de metralletas al mando del mayor Horacio Patiño. "Los guerrilleros causaron a la fuerza represiva 9 muertos, varios heridos y 12 prisioneros, entre ellos un oficial, los que fueron puestos en libertad sin haber sufrido ningún maltrato".

Combate de Pucutá: los guerrilleros dirigidos por Guillermo Lobatón derrotaron a un grupo de rangers en su propio campamento, arrebatándoles vituallas y armas "y ocasionándoles numerosas bajas entre muertos y heridos".

25 de septiembre de 1965: toma de la hacienda Chapi por un grupo del ELN y muerte de los hacendados Carrillo.

El curso de esos siete meses puede dividirse claramente en dos fases. La primera, evidentemente exitosa para los guerrilleros que asestaron golpes certeros y eficaces. La segunda fue la contraofensiva del ejército, apoyado políticamente por el frente contrarrevolucionario de los partidos de la burguesía. A la primera fase pertenecen las acciones de Yahuarina y Pucutá. A la segunda, la captura y muerte de Máximo Velando, la desaparición de Guillermo Lobatón y la muerte de Luis de la Puente.

Se ha hablado con frecuencia de errores de concepción teórica en quienes iniciaron las guerrillas. Es cierto que los líderes de 1965 estaban limitados por los conceptos y prejuicios de su época. Así, revisando la documentación de esos años, uno se encuentra con un panorama confuso en cuanto a la caracterización del país, el análisis de sus clases sociales y sus particularidades. Pero este hecho no puede explicar por sí solo la derrota, puesto que la revolución peruana no es la única que comienza con nociones confusas, vagas o erradas las que después, en el curso de la lucha, van corrigiéndose y precisándose.

Evidentemente, sucedió algo más. Creemos que la explicación de la derrota se encuentra, no en las concepciones teóricas generales de los gue-

rrilleros, sino en su procedimiento táctico o, mejor dicho, la forma en que lo aplicaron.

Las guerrillas del MIR

El MIR había distribuido sus hombres en los tres frentes mencionados, de los cuales funcionaron sólo dos.

El objetivo de tal distribución parecía ser la dispersión del ejército. Los guerrilleros intentaban obligarlo a combatir en varios lugares diferentes.

Desde antes de iniciar las acciones, la preocupación por la construcción del partido había presidido la actividad de los cuadros guerrilleros. En todas las zonas éstos trataron de construir partido, con mayor o menor éxito, antes de disparar el primer tiro.

Parece ser que Mesa Pelada fue la zona donde alcanzaron mejores frutos, si nos atenemos a la afirmación del CC del MIR en su análisis sobre las experiencias de 1965:

"En el sur se comprueba que el trabajo de construcción del Partido y de organización de las masas a partir de aquél (subrayado por nosotros) se encontraba en pleno desarrollo, en extensión y profundidad tales que hay suficientes razones para afirmar que de haberse continuado así la acción armada habría tenido un amplio y firme respaldo de masas.

"En el centro se comprueba que la guerrilla "Túpac Amaru" desarrolló intenso trabajo de vinculación con las masas campesinas de la zona, Vigorosa y efectiva capacidad guerrillera, pero adoleció de déficit en cuanto a la construcción del partido, lo que no le permitió canalizar más organizada y eficazmente el apoyo y extraordinaria simpatía que despertó en el campesinado".

De lo que se deduce que los guerrilleros no aplicaron el mismo criterio para la construcción del partido. Mientras Lobatón y Velando se vincularon directamente a las masas, De la Puente lo hizo desde el partido.

Está demás decir que, puestos a construir organización, el trabajo de los frentes no podía marchar al unísono. Dadas las diferentes condiciones de las zonas en que estaban trabajando y de los hombres, unos frentes progresaron más que otros.

¿Cuál era el nivel requerido para iniciar las acciones?

No lo sabemos. Lo cierto es que fue el ejército, al detectar al grupo de Mesa Pelada a comienzos de 1965, el que parece haber obligado al MIR a revelar sus planes y precipitar los encuentros.

La falta de coordinación entre los frentes y de

éstos con la organización propagandística de la ciudad sale a relucir si se comprueba que, cuando Lobatón abre los fuegos en junio, De la Puente no estaba preparado y menos aun el Frente Norte, que no llegó a actuar. Y cuando se anuncia con excesiva antelación la presencia del comandante en Mesa Pelada.

En todo caso, ubicados en zonas con caracteres diferentes, era imposible que los guerrilleros rompieran los fuegos simultáneamente. Al no hacerlo: el objetivo, de la dispersión del enemigo no se conseguía: éste podía combatirlos sucesivamente con cierta comodidad.

Además, se olvidaba que el ejército peruano posee más de cincuenta mil hombres sobre las armas y que puede combatir en varios frentes aún si éstos actuasen simultáneamente. Separándose, los guerrilleros no dispersaban al ejército; se dispersaban ellos mismos.

La construcción del partido, o de lo que se ha dado en llamar un "mínimo de partido" antes de iniciar las acciones, no parece haber rendido los frutos deseados.

Por su diseminación, el campesino peruano es renuente a agruparse en células de buenas a primeras. Por su espíritu comunitario, prefiere la gran asamblea a la reunión pequeña y secreta. El propio Rugo Blanco no pudo organizar una eficiente estructura partidaria, a pesar de la influencia que ejercía en La Convención y Lares y comprobó "las dificultades que esta tarea entraña".

Parar el edificio partidario obligaba a reclutar gente que no había sido probada aún en el fuego del combate, lo que permitió la infiltración enemiga.

Así, elementos poco seguros llegaron hasta los "comités regionales" organizados en cada zona guerrillera y participaron en vitales trabajos de preparación logística que, por definición, deben ser secretos y constreñidos estrictamente a los alzados.

Así fue como Albino Guzmán, un campesino oriundo de la zona, "participante activo de las luchas campesinas durante la etapa de Hugo Blanco", llegó a integrar el Comité Regional del Sur y como tal intervino en los trabajos de acondicionamiento de la zona. Conocía pues no sólo los depósitos de armas y víveres sino las sendas, los campamentos, los guerrilleros, la calidad de las armas y'... los miembros del partido, es decir, los campesinos de la red de enlace. Cuando desertó, se convirtió en el enemigo más eficaz de la guerrilla y el colaborador más activo del ejército. A él se debe, en gran medida, la captura y liquidación de De La Puente y sus compañeros.

El Comité Central del MIR ha calificado este hecho gravísimo como "fortuito". Sin embargo, para

cualquiera que revise los numerosos casos de desertores de la guerrilla transformados en colaboradores del ejército a lo largo de la historia de los movimientos guerrilleros éste no es, sin duda, un hecho fortuito. Es la consecuencia de una concesión de un método que ponía a la guerrilla en manos de colaboradores reclutados y ascendidos hasta la cúspide de la organización sin la indispensable prueba de fuego del combate.

Cuando el partido se construye, no sobre la base de la acción sino de la politización, puede ser numeroso, pero en realidad es endeble e ineficaz para los momentos difíciles. Quizá el "déficit en cuanto a la construcción de Partido" que ha señalado el Comité Central del MIR refiriéndose a los guerrilleros del Centro, haya sido el que les permitió combatir por más tiempo y más eficazmente al enemigo.

Hombres recién llegados, desconocedores de la realidad del valle, entusiasmados por los rezagos del trabajo político-sindical de Hugo manco que encontraban a cada paso, los guerrilleros del Sur se dedicaron a reconstruir el trabajo político con la intención de parar una organización partidaria clandestina que sirviera de apoyo a la guerrilla, abasteciéndola e informándola.

Aparentemente cumplían así una de las condiciones de toda lucha guerrillera: su enraizamiento en el pueblo. Pero inadvertidamente, la guerrilla se transformaba, de organización combatiente, en núcleo de activistas y organizadores políticos.

El trabajo de preparación del foco guerrillero fue impresionante. Seguramente eran numerosos los campesinos que colaboraban con la guerrilla y no fue necesario mayor-esfuerzo para capturar la dirección de la organización sindical campesina del valle. Pero cuando llegó el ejército, una gran cantidad de elementos dudosos se pasó al bando enemigo, a quien fue fácil descubrir los depósitos laboriosamente ocultos por los alzados.

Por otra parte la guerrilla, entregada al trabajo político, había descuidado su capacidad militar. Sus hombres carecían de la capacidad de movilización suficiente para eludir el cerco, atravesarlo e instalarse en un lugar alejado. Para ello hubiera sido necesario desecharse de un solo golpe, no sólo el trabajo realizado durante un año, sino la concepción que había presidido ese trabajo.

Algo más puede añadirse sobre la dispersión. Cuando dos o tres frentes guerrilleros empiezan a operar frente a un enemigo numeroso en un país tan extenso como el Perú, toda comunicación entre ellos es imposible, a no ser que se realice a través de las ciudades. y son éstas, precisamente, los lugares donde los servicios de inteligencia del

adversario operan con mayor eficacia. Cuando una organización revolucionaria ha pasado años combatiendo en la ciudad y el campo en las condiciones más duras, los enlaces a través de los centros urbanos son perfectamente factible. Pero cuando esa experiencia no existe y antes bien hay toda una tradición de liberalismo y descuido en el trabajo, cuando nunca realmente se han vivido etapas de dura clandestinidad, hacer contacto a través de las ciudades significa entregar militantes al contrario.

En América Latina son muchos los valiosos cuadros guerrilleros que han caído prisioneros o han sido asesinados cuando intentaban infructuosamente buscar contacto con las ciudades: el más conocido es Fabricio Ojeda, en Venezuela. En 1965, fue detenido en Puerto Bermúdez y luego torturado y asesinado, Máximo Velando, el hombre que había dirigido la emboscada de Yahuarina cuando, presumiblemente, buscaba contacto con su organización.

Las "zonas de seguridad"

Parte importante de la concepción insurreccional aplicada por el MIR estuvo condensada en las llamadas "zonas de seguridad".

Aunque este criterio no fue desarrollado en documento alguno como un planteamiento teórico, repetidas referencias a las zonas o refugios de seguridad aparecieron en los manifiestos del MIR desde antes que comenzaran las acciones y aún después, cuando se hizo el balance de la derrota.

Parece ser que, para la dirección del MIR, la guerrilla podía escoger algunos lugares inaccesibles, tan numerosos en nuestro accidentado territorio, poblarlos de depósitos de municiones y alimentos, cerrar y minar todos los accesos para impedir el paso del ejército.

Este puede haber sido el criterio que llevo a Luis de la Puente a refugiarse en Mesa Pelada, un lugar alto y despoblado, situado al norte del departamento y muy apartado de cualquier centro campesino.

Todavía el 5 de septiembre, poco más de un mes antes de la muerte de De La Puente, el MIR decía en uno de sus comunicados: "serán aniquilados cuantos se atrevan a acercarse a Illarec Ch'aska!".

Y el Comité Central del MIR, al hacer el análisis de las experiencias de 1965, reconoce la existencia de un plan defensivo de la base guerrillera:

"Por otra parte se cometió el error de descubrir la presencia en ese lugar del c. Luis de la Puente, Secretario General del Movimiento. El

enemigo concentró, en consecuencia, su atención en esa zona. Y lo que debía haber sido retaguardia del Comando se transformó en primera línea de combate. No obstante esto, el acondicionamiento defensivo de la zona, tal como campos minados, y la actividad de los propios guerrilleros, impidieron la penetración de las fuerzas represivas por bastante tiempo".

Las "bases de seguridad" debieron ser creadas en Centro y Sur, pero fue en este último lugar donde funcionaron con mayor estrictez.

En el Centro, las guerrillas de Lobatón y Velando tuvieron que desechar tal criterio ante la arremetida del adversario: así "fue cómo pudieron subsistir por un tiempo más largo. En cambio, en Mesa Pelada, donde otros factores como la enfermedad de De La Puente y la falta de adecuada preparación militar del resto de la guerrilla, impidieron su rápida movilización, los guerrilleros quedaron cercados dentro de su propia zona de seguridad, que se convirtió en una trampa mortal.

Quedó demostrado entonces que no hay lugar inaccesible para un ejército que posea ciertos conocimientos contraguerrilleros.

En realidad, sólo un exceso de ingenuidad podía haber conducido a la creencia de que allí donde llegan los guerrilleros no llega el ejército.

El concepto "zona de seguridad" es absolutamente contrario a la táctica guerrillera. Además es peligroso porque crea en el combatiente una falsa confianza en la protección del terreno.

En la primera fase de la guerra, la única seguridad del guerrillero reside en él mismo, en su capacidad de desplazamiento y su conocimiento del terreno. Ubicarlo en zonas delimitadas equivalía a despojarlo de su única tabla de salvación: su agilidad.

Por otra parte, aferrado a sus depósitos, confiado en el abastecimiento de sus redes de enlace, era un hombre indefenso cuando los depósitos caían en manos enemigas y las redes eran destruidas.

A fin de cuentas, la "zona de seguridad" es un rezago de las tácticas de autodefensa, tantas veces ensayadas en América Latina.

Para quienes afirman que el fracaso peruano se debe a la repetición mecánica de las tácticas cubanas, valdría la pena recordar Debray:

"... querer ocupar una base fija o apoyarse en una zona de seguridad, aun de algunos miles de kilómetros cuadrados de extensión es, al parecer, privarse de su mejor arma, la movilidad, dejarse encerrar en una zona de operaciones y permitir al enemigo el empleo de sus mejores armas. El rescate de la zona de seguridad erigida en fetiche es

el campamento fijo, instalado en lugares reputados de inaccesibles. Esta confianza en sólo las virtudes del terreno es peligrosa: al cabo, no hay lugares inaccesibles por la sencilla razón de que, si uno mismo ha llegado a ellos, el enemigo puede hacer otro tanto”.

En éste, como en otros aspectos, encontramos una contradicción entre lo que hizo el MIR y las guerrillas cubanas.

Mientras aquí, De la Puente y sus compañeros intentaron construir zonas de seguridad antes de empezar las acciones, en Cuba, según lo afirma Debray, “fue solamente al cabo de 17 meses de combate continuos, en abril de 1958 cuando los rebeldes fijaron una base guerrillera en el centro de la Sierra Maestra”.

Ignorando esta importante contradicción, comentaristas mal informados han atribuido la derrota peruana a la pretensión de calcar la experiencia cubana. Huberman y Sweezy han llegado a preguntarse, refiriéndose a Debray y la “desastrosa tentativa del MIR peruano”:

“Cuando se considera que Luis de la Puente había estado en Cuba y trataba consecuentemente de aplicar las enseñanzas de la experiencia cubana, solo puede uno preguntarse: ¿Por qué eludió Debray esta cuestión? ¿Temía tal vez que un análisis del fracaso en el Perú pudiera arrojar dudas sobre la validez de su propia teoría”?

La respuesta es clara. De la Puente ensayó crear un Nuevo método que, según él, se adecuaba más a la realidad peruana. Trató de combinar base campesina con partido y partido con guerrilla. Pero retornó inconscientemente a superadas tácticas de autodefensa. Y convirtió a la guerrilla en un grupo sedentario que, por el mismo hecho de serlo, estaba condenado a muerte,

Podemos arriesgar la afirmación de que el frente del Centro fue el único “que combatió realmente al ejército durante 1965 y el que pudo realizar repetidas acciones con éxito desarrollando una campaña muy móvil hasta la desaparición de Guillermo Lobatón.

Para un análisis de la derrota de 1965 es importantísimo estudiar la experiencia de Guillermo Lobatón y su grupo. La falta de documentos y versiones fidedignas nos impide hacerlo.

Es posible que los guerrilleros del Centro, cuya mayor zona de influencia se encontraba en las comunidades de Concepción, se hayan retirado hacia las selvas de la provincia de Jauja, en el convencimiento de que allí podrían resistir más eficazmente.

Abandonada así su “zona de seguridad” -anotemos de paso que la emboscada de Yahuarina se dio con la esperanza de cortar el paso al ejército

para defenderla- fueron alejándose cada vez más hacia zonas despobladas. Las últimas noticias de Lobatón lo ubican en la misión del Obentení, en una región poblada por selvícolas y frecuentada por misioneros católicos. Allí parece haberse dado el combate final.

El grupo de Lobatón puede haber perecido porque no pudo solucionar una contradicción propia del territorio peruano; la población apta para apoyar la lucha guerrillera vive en parajes descubiertos, mientras que las selvas están casi despobladas.

Los cambios en La Convención.

Como hemos dicho anteriormente, el campesinado de La Convención tenía experiencia sindical y hasta política, pues había luchado contra los latifundistas organizado en sindicatos. La prédica revolucionaria no era nueva para él y, antes bien, estaba presto a secundarla en palabras y hechos. Sin embargo, algo había cambiado.

Primero, habíanse operado cambios sociales. La campaña de Blanco, los sindicatos, la ley agraria de la Junta Militar, la reforma agraria de Belaúnde, habían generado en el campesinado cierta confianza en sus propias fuerzas y esperanzas en medidas reformistas.

Eran pocos los latifundistas que quedaban y un gran sector del campesinado tenía asegurada la posesión de su tierra. La consigna: “Tierra o muerte” ya no tenía el significado apremiante de antes. Además, con la expulsión de los gamonales, el “frente de clases” que había funcionado en época de Blanco, quedaba roto.

Segundo, se habían producido cambios políticos. El reemplazo de la administración Prado por el reformismo de Belaunde, se había reflejado en la presencia de funcionarios de la reforma agraria y en la esperanza de los campesinos ricos en formas cooperativas con financiación estatal. Es cierto que el camino reformista es falso y puramente demagógico, pero no dejaba de tener atractivo para los pequeños propietarios.

Simultáneamente, La Convención era objeto de la atención especial de organismos estatales e imperialistas, pues había sido el foco más conflictivo. Hacia allí afluían recursos, préstamos, investigadores sociales... y de los otros. Tercero, entre Blanco y De La Puente se había operado una represión amplia y profunda. La influencia de la Federación Provincial había decaído en el valle. Muchos campesinos se habían transformado en traidores por corrupción o temor y podían transformarse en la “base social” del ejército cuando éste llegara.

El solo hecho de que, a pesar de todos estos cambios importantísimos, muchos hayan colaborado espontánea y sacrificadamente con la guerrilla,

demuestra de por sí la potencialidad revolucionaria del campesinado en el Perú.

No obstante, la elección de La Convención como zona de operaciones, nacida probablemente del deseo de suceder a Blanco en el liderazgo del campesinado, fue puramente mecánica. En 1962 hubiera sido correcta; en 1965 llevaba consigo grandes riesgos.

ALGUNAS ANOTACIONES FINALES

A fines de 1965 el movimiento guerrillero había sido totalmente liquidado. En las acciones había perecido un grupo de cuadros, producto de muchos años de lucha, una dirección brillante para la prédica política, pero que había demostrado no estar a la altura de las necesidades impuestas por la lucha militar revolucionaria en este momento de la historia del Perú.

Ciudad y campo

Las acciones de 1965 se desarrollaron casi íntegramente en el campo. No afectaron ni a la ciudad ni a la extensa faja costera de nuestro país en la que están ubicados importantes centros de producción, varias minas y centros petroleros, la fabricación de acero y las haciendas cañeras que cuentan con un proletariado agrícola de gran tradición combativa.

Dos factores contribuyeron a que en los núcleos urbanos de la Costa y Sierra no se efectuara ninguna acción de respaldo a las guerrillas: las concepciones de los guerrilleros sobre la guerra a librarse; su incapacidad de acción e insuficiencia de medios.

Tanto para el MIR como para el ELN, la guerra guerrillera debía ir del campo a la ciudad y, en su primera etapa, su misión fundamental era ganar el apoyo de las masas campesinas y crear una fuerte vanguardia combativa. Debido a ello, no sólo se descuidó las ciudades, sino que se estableció cuidadosas directivas para que en ellas no aconteciera ninguna acción prematura.

El objetivo era establecer una dirección en el campo. Se temía que, de actuar demasiado rápido una organización urbana, tendería a operar por su propia cuenta, creando problemas de dirección. Y dos direcciones paralelas atentaban contra el principio de que el mando debe pertenecer a la guerrilla.

Por otro lado, debe tenerse en cuenta la pequeñez de ambas organizaciones. Colocar cuatro frentes en la Sierra era ya un gran esfuerzo que sobrepasaba su capacidad. Era prácticamente imposible montar un organismo que actuara al mismo tiem-

po en ambos lados. Por eso, al iniciarse el alzamiento, prácticamente todos los cuadros estaban en el campo.

Si a esto añadimos el desacuerdo del resto de la izquierda con la oportunidad de la insurrección, desde los trotskistas hasta el Partido Comunista, y su solidaridad sólo moral, nos daremos cuenta de por qué, a mediados de 1965, mientras se combatía en el interior, las ciudades conservaban su fisonomía tranquila, alterada sólo por los trajines de las fuerzas represivas y por intentonas aisladas de elementos que no respondían al mando de ninguna de las organizaciones actuantes.

A todo esto se añaden las características de la vida social peruana. Nuestro país, que todavía no ha logrado una plena integración social, económica y cultural, no reacciona jamás como un todo. Fuertes barreras separan al poblador del campo del de la ciudad, al obrero del campesino, al serrano del costeño, al norte del sur. Poderosas acciones en determinadas zonas del territorio no repercuten en el resto. Así ha sucedido a lo largo de nuestra historia y así sucedió en 1965, cuando los sangrientos combates de la Sierra no conmovieron a la Costa, donde el pueblo, indiferente, no reaccionó ante el impacto de la guerrilla como ésta esperaba que sucedería.

Es cierto que las guerrillas estremecieron a la reacción y la oligarquía, ya que éstas sí percibían claramente el peligro que significaban para su estabilidad, sobre todo en un país de situación económica tan explosiva como el Perú, pero el pueblo no tenía la misma capacidad de análisis para percibirlo. No existía tampoco una dirección política capaz y actuante que supiera aprovechar con ventaja esos momentos para una efectiva campaña propagandística, basada en el ejemplo guerrillero. Todo lo que la izquierda hizo fue publicar tímidos comunicados de simpatía que no abarcaron sino su reducido círculo de influencia. Hay que precisar sin embargo que, por sus acciones, la guerrilla consiguió rápidamente una repercusión mayor a la que jamás había tenido la izquierda durante toda su historia. Pero fue una repercusión que no llegó a traducirse en acciones populares de apoyo.

La misión que los combatientes habían dado a sus pocos activistas de la ciudad era la de servir de centro de contacto dentro del país y con el exterior, de punto de coordinación y de aprovisionamiento en hombres, armas y equipos.

También la de difundir propaganda. Tareas que resultaron demasiado "grandes para grupos tan pequeños que no tardaron en perder todo contacto con las guerrillas, cuando éstas fueron cercadas.

Guerrilla y campesinado

Frente a las masas campesinas la situación de los guerrilleros era también difícil. En el Perú existe desde hace siglos un enorme desnivel entre la clase media obrera urbana de la que se nutrieron las guerrillas, y el campesinado.

El hombre de la ciudad discrimina y desprecia al hombre de campo, particularmente al campesino quechua. A la inversa, éste desconfía del hombre de ciudad: siempre ha visto en él al explotador, al amo. Una gran proporción de nuestra población campesina habla solamente quechua y la que es bilingüe prefiere expresarse en su idioma original. Usa el castellano solamente para hablar con el latifundista, cuando es obligada a ello.

La división es también de costumbres: a menudo el comportamiento de hombre de ciudad choca al campesino, le divierte o desagrade.

Se trata pues de una división de sectores sociales que tiene profundas raíces históricas en el régimen colonial y republicano, y que debe ser superada por la propia guerrilla.

Quizá se debió a eso que el proceso de reclutamiento de nuevos guerrilleros oriundos de los lugares donde se combatía, haya demostrado ser muy lento. No podía ser de otra forma, desde que, a las barreras que lo causaban, se unía la característica parsimonia de nuestro hombre de campo que mide el tiempo no en días sino en cosechas.

La guerrilla necesitaba entonces acción y tiempo para convencer al campesino de la justeza de la vía emprendida. Acción, para demostrarle que de verdad estaba dispuesta a actuar contra sus enemigos, y tiempo para desarrollar una buena campaña de esclarecimiento, en grupo e individualmente, sobre cada acción.

Mientras tanto, el ejército actuaba. Un ejército que sabía, por las experiencias recogidas en otros países a través del asesoramiento norteamericano, que una guerrilla debe ser aplastada en sus gérmenes, so pena de tener que resignarse a permitir su subsistencia.

La guerrilla perdió esta lucha contra el tiempo porque la mayoría de sus integrantes carecía de la capacidad necesaria. Como para adaptarse rápidamente, no sólo al terreno, sino a la vida diaria de los campesinos, a su idioma, a sus costumbres.

Este es un proceso que, en verdad, dura años. Pero cualquiera que deba llevar adelante con éxito una guerra en el campo peruano, tiene que desarrollar esa evolución en meses.

Antes de que se hubiese logrado una fusión estrecha entre estudiantes y campesinos, la

guerrilla había sido derrotada. El proceso iniciado, vital para el futuro de la revolución, quedaba cortado.

En el fondo de todo esto hay una raíz de clase: la extracción pequeño burguesa de las guerrillas las dotaba de todas las virtudes y defectos que corresponden en nuestro país a este sector social. Al mismo tiempo que audacia, imaginación, romanticismo, estos grupos avanzados de la pequeña burguesía han tenido siempre sectarismo, excesivo amor por la publicidad, ansia de mando y subestimación del enemigo. Por eso, al mismo tiempo que prodigaban heroísmo en sus combates contra el enemigo, y audacia al lanzarse a una lucha riesgosa, fueron incapaces de asimilarse a corto plazo a un campesinado que esperaba su irrupción no sin cierta sorpresa y desconcierto.

Había también otro desnivel: las banderas enarboladas por la guerrilla, se presentaban necesariamente lejanas a los ojos de campesinos interesados más que todo en reivindicaciones concretas y hasta locales. Mientras los guerrilleros hacían propaganda por la revolución social, el campesino quería cosas más tangibles, menudas reivindicaciones que los revolucionarios no acertaron siempre en tocar, a pesar de que son los resortes que pueden llevar al pueblo a un nivel superior.

Sin embargo, las guerrillas portaban un programa mucho más complicado y lejano.

Durante toda su vida, el campesino ha estado desligado de la vida nacional, ausente de los grandes problemas del país, a pesar de que sufre sus consecuencias. En general, en el Perú no existe una conciencia nacional desarrollada: sistemáticamente ha sido impedida por los grupos dominantes. Desde luego, esta conciencia tampoco existe en el hombre del campo. Es cierto que el campesino comprende lo que significan los problemas si le son explicados en lenguaje claro y sencillo, pero no los siente en carne propia, como algo inmediato y urgente capaz de llevarlo a la lucha.

El problema clave de esta etapa reside en fluir hacia el campesinado, incorporándonos a sus preocupaciones y anhelos para llevarlo hacia objetivos superiores; en tocar los resortes de la lucha por la tierra y la defensa contra el gamonal. No se trata de colocarse en determinada zona del campo y llamarlo a que nos siga; se trata de ligarnos a él y a sus grupos dirigentes, acompañándolo en toda eventualidad. Sus objetivos locales e inmediatos deben ser empalmados con los objetivos generales y últimos de la Revolución.

¿Significa esto que hay que replantear las cosas hasta el punto de abandonar por el momento la perspectiva de acciones armadas inmediatas?

A nuestro juicio, no. Significa simplemente que los guerrilleros deben tener absoluta claridad sobre el marco social en el que van a actuar y que a partir de él deben planear y realizar sus actos. Significa que la guerrilla debe ampliar o reducir sus metas de acuerdo al escenario social en que se desplaza.

Al mismo tiempo, es necesario considerar la lucha guerrillera con una amplitud absoluta, colocándola en el ámbito de una nación en la que actúan numerosas fuerzas revolucionarias que pueden tener distinta metodología. Todavía es posible que se den nuevas experiencias a lo Hugo Blanco, desde que la reforma agraria burguesa, postulada en una tímida ley, ni siquiera ha llegado a aplicarse. El territorio del Perú es muy grande y sus realidades múltiples. Las guerrillas deben estar listas para combinar sus esfuerzos con los de otros grupos revolucionarios, aunque éstos apliquen diversos métodos.

Hay características del campesinado peruano que los alzados deben tener en cuenta. Una de ellas es el respeto y acatamiento a la autoridad colectiva. El gobernador, el personero, el alcalde de la comunidad representa la voluntad de todos los comuneros y es acatado por ellos sin discusión alguna. ¿Cómo repercute esto sobre la guerrilla? Más que individual, los comuneros reaccionan colectivamente y en su actitud con respecto a los revolucionarios pesa, en gran medida, la opinión de sus autoridades. La guerrilla no opera con una masa sino con un organismo que tiene sus propias estructuras de poder a las que habrá de respetar, so pena de perder la confianza o ganarse la animadversión del pueblo. Eso le permitirá también, en determinados momentos, hacer uso de una poderosa fuerza colectiva.

Las guerrillas de 1965 no lograron fusionar sus métodos con los del campesinado. Tanto el campesinado como los guerrilleros siguieron su propio camino, porque las guerrillas no engarzaron a tiempo con el ascenso social que el campo venía viviendo desde 1956.

En resumen podemos decir que la guerrilla debe actuar y trabajar no solo por los objetivos lejanos de la Revolución sino por los cercanos de los campesinos, y no solo para los campesinos, sino con ellos.

Base y dirección

La tardanza para percibir todos los factores que obraron en contra de la guerrilla y ponerles reme-

dio a tiempo, obedecía a la calidad de gran parte de los cuadros dirigentes.

Había, es cierto, en esta dirección una gran honradez y consecuencia revolucionaria, demostrada por el solo hecho de haber perecido combatiendo por sus ideales. Sin embargo, demasiadas cosas le sobraban y otras le faltaban para estar a la altura de los acontecimientos.

Ya hemos dicho que las cualidades del dirigente de partido no bastan para encabezar un grupo alzado. Se necesitan cualidades físicas, conocimiento del terreno y eficiencia en el combate, cualidades con que no contaban todos los dirigentes de 1965. La decisión de combatir no basta para hacer de un hombre un guerrillero. Muchos compañeros, que pudieron ser excelentes cuadros de la resistencia urbana o de la red de enlace, fueron al campo llevados por una determinación heroica, pero no pudieron rendir físicamente, a pesar de su férrea voluntad. Sin quererlo, se convirtieron en un lastre para otros compañeros más eficientes y para la guerrilla en su conjunto. Una selección más fría y pragmática del personal, hubiera permitido a las organizaciones contar con mejores equipos de combate.

Mientras tanto, en el común de los guerrilleros y de la masa campesina, ocultos, se encontraban los cuadros que un proceso de decantación hubiera permitido ascender a puestos de comando ganados en combate. Pero ese proceso, largo y lento por naturaleza, no se dio porque la lucha fue breve y violenta.

Subsistencia y expansión

Es posible, como se ha demostrado en varios países de América Latina, que determinados cuadros militarmente capaces y políticamente convencidos de la justeza de su lucha, subsistan a pesar de los ataques violentos y sucesivos de ejércitos experimentados en la contraguerrilla. La guerrilla puede mantenerse aun sin contar con condiciones "subjetivas" suficientes en el medio en que actúa.

El problema reside en lograr que la guerrilla se desarrolle hasta poner realmente en peligro el sistema y la estabilidad del régimen en su conjunto.

Dadas las características anotadas repetidamente —desconexión, desniveles, aislamiento— es posible que una guerrilla pueda subsistir por muchos años sin repercutir en los puntos vitales del sistema.

La lucha guerrillera no es un factor peligroso para las clases dominantes mientras no precipite otras contradicciones sociales, impulsando formas de acción que deben combinarse con ella.

Para hacerlo hay que romper los esquematis-

mos. Aferrarse a un solo esquema de acción siempre es peligroso porque lleva a los revolucionarios a una lucha aislada y unilateral, excluyente y sectaria, cerrando a la guerrilla posibilidades de crecimiento.

Debemos agregar que el esquematismo reside mas en quienes hacen propaganda a la lucha armada que en quienes la realizan.

Armas y política

¿La lucha armada excluye la política? Siempre se ha respondido que no: no puede existir ninguna contradicción entre ambas porque, en las condiciones de nuestros países, la lucha armada es una lucha política, esencialmente.

Al mismo tiempo que eficientes militares, nuestros guerrilleros deben ser políticos capaces, pero no los únicos políticos: mientras la lucha armada se desarrolla en determinadas zonas del país, la lucha política debe ser extendida a todo el ámbito nacional, en las más diversas formas. Lo que define a la conducta revolucionaria distinguiéndola del oportunismo, son sus objetivos y la consecuencia demostrada con ellos; la subordinación de todas las tácticas al único objetivo estratégico posible para quien se diga revolucionario: la toma del poder. Cuando una organización o un grupo de revolucionarios se plantean la toma del poder y no pierden esa perspectiva, todas las formas de acción son posibles y ninguna debe ser descartada.

Huelgas, resistencia pasiva, manifestaciones públicas, movilización de masas, permiten que las acciones guerrilleras tengan eco en el resto del país, superando su aislamiento. La lucha armada en el campo no debe reflejarse necesariamente como acción terrorista en la ciudad más que cuando sea necesaria, políticamente clara, explicable ante el pueblo y cuando corresponda al nivel alcanzado por las masas en su acción.

Parecida es la situación del campo. Si las guerrillas se resignan a realizar únicamente acciones armadas, su posición será más difícil que si las combinan con la organización y lucha masiva del campesinado por objetivos claros y concretos.

Todas las acciones campesinas que conoce la historia de nuestro país han sido colectivas, no lo olvidemos, y hechas a nombre propio, con líderes salidos de la misma masa oprimida. La guerrilla puede garantizar con su actuación la perspectiva revolucionaria de la lucha campesina pero no puede reemplazarla. Es decir que la guerrilla es parte del todo, no la totalidad de la lucha.

Por su naturaleza móvil, la guerrilla esta presente en todas partes y en ninguna. Allí donde

no esta, las masas deben defenderse con sus propios medios contra la represión enemiga organizándose en torno a los dirigentes mas destacados de la resistencia del pueblo.

Cuando las guerrillas fueron liquidadas en 1965 el pueblo quedó inerme a merced de los masacradores. Era la lógica consecuencia del trabajo campesino realizado solo en función de la guerrilla, para abastecerla de alimentos y hombres, pero que no había tomado en cuenta la eventualidad de una represión de este tipo. El pueblo no estaba preparado para una tal contingencia, porque la guerrilla no había tenido tiempo ni la había pensado: tampoco habría podido hacerlo debido a su condición de cuerpo extraño. La resistencia debe ser organizada por hombres salidos del pueblo mismo, naturales de la zona, fogueados en una lucha que aquí no llego a darse.

Sierra y selva

Es indispensable observar que el territorio de nuestro país ha obligado a la población campesina a concentrarse en valles y zonas altas, allí donde realizar una lucha guerrillera dentro de los cánones conocidos es difícil y peligroso.

En efecto, si analizamos la experiencia de 1965 veremos claramente como todos los frentes guerrilleros se vieron obligados a replegarse hacia las zonas selváticas del oriente peruano. Son las más seguras desde el punto de vista militar, pero no desde el político, porque cuentan con una población mínima. Los lugares mas densos están en la Sierra y no en la Selva.

Este es un problema cuya solución no ha sido esbozada hasta el momento; volverá a presentarse en las futuras acciones guerrilleras. Un problema que será solucionado solo cuando los guerrilleros encuentren formas de operar en las sierras y en las descubiertas altiplanicies de la puna.

Eso es posible. En nuestro país hay una gran tradición guerrillera y los montoneros –guerrilleros del siglo XIX y primeros años del XX–, siempre operaron en las sierras andinas.

En suma, los alzados tendrán que aprender a hacer la guerra en la Sierra o deberán quedarse en la Selva. En este segundo caso, se verán forzados a encontrar formas concretas y canales para poder influir en el campesinado serrano. Esos canales, durante un buen tiempo, serán políticos y propagandísticos.

¿Quiere esto decir que habrá que formar partido? En ese momento sí, siempre que asegure a los campesinos una intervención suficiente en la dirección de la lucha. Siempre que no de naci-

miento a direcciones ficticias que se convierten en obstáculo para la expresión libre de las masas; siempre que favorezca la promoción de nuevos cuadros revolucionarios nacidos del pueblo mismo. Recién entonces la guerrilla podrá ir sentando las bases del partido, a través de la acción revolucionaria contra el enemigo.

¿Por qué 1965?

¿Fue 1965 el año oportuno para iniciar un proceso insurreccional en nuestro país? Muchos críticos de la guerrilla han hecho esta pregunta para responder enseguida que no.

Hay que reconocer que, para las grandes masas del país, el gobierno de Belaúnde todavía aparecía como reformador, creando ilusiones y esperanzas. El pueblo no había asimilado aún la experiencia de las masacres, salvo en las zonas directamente afectadas, y la corrupción administrativa e inmoralidad de los funcionarios no había descubierto toda su desnudez ante los ojos de la población urbana. Así, cuando las guerrillas irrumpieron en el marco nacional conmoviendo a la reacción, el pueblo no alcanzó a comprender exactamente su significado y justificación.

Generalmente hemos dicho que no podemos esperar a que se produzcan las condiciones subjetivas para iniciar la Revolución. Eso es cierto, pero fallamos en cuanto no esperamos a que las guerrillas tuvieran justificación para nacer, la que necesitábamos para dar al pueblo las primeras explicaciones objetivas sobre nuestra actitud. Por más que todo el pueblo no esté ni pueda estar en un futuro cercano en condiciones de comprender la necesidad de revolucionar profundamente el sistema y cambiarlo por otro, las razones de la iniciación del alzamiento deben ser fácilmente comprensibles.

Las razones de nuestra actitud tenían raíces ideológicas en la subestimación de las ciudades: considerábamos que, si la guerrilla brota en medio de la población campesina, no interesa buscarle una justificación con respecto a la política burguesa que es totalmente extraña, lejana o ignorada por el campesinado.

Eso es plenamente cierto en lo que se refiere al campesinado; pero no en lo referente a la totalidad del país. En todo caso, nos cerrábamos el camino para una agitación revolucionaria exitosa en las masas urbanas. La decepción de los obreros y las capas pobres y medias de las ciudades respecto de la política burguesa empezaba a crecer, pero no era aún suficiente para impulsarla al apoyo activo de una acción armada contra el sistema. En tales condiciones, la

actitud de la población urbana frente a las guerrillas no pasaba de una vaga simpatía en unos, entusiasmo en sectores reducidos principalmente estudiantiles, e indiferencia en los más.

Había también una razón subjetiva, poderosa y determinante para la iniciación temprana de las acciones: las nuestras eran organizaciones lanzadas a la acción, en ella tenían su única razón de ser.

Por eso tuvieron que optar muy pronto entre la acción inmediata o un gradual y largo crecimiento como partido con incierto futuro revolucionario.

En el ELN esta característica aparecía con mayor claridad. Toda organización insurreccional tiene sus propias leyes de crecimiento y funcionamiento. Cuando no las cumple, se desintegra. Si nuestras organizaciones, particularmente el ELN, no se hubieran alzado en un plazo corto, habrían entrado en un mortal proceso de desintegración. En acción estrechaban su espíritu de cuerpo y se fortalecían; en una pasividad prolongada, entregada a un interminable trabajo preparatorio, corrían el riesgo de desaparecer por el desaliento de sus miembros.

Ahora, visto el proceso que siguió al triunfo electoral de Belaúnde determinando su caída por obra de los mismos a quienes había servido obsecuentemente, podemos decir que en los años siguientes se presentaron muchas oportunidades para que una acción insurreccional encontrara plena justificación a los ojos del pueblo.

Sin embargo, en 1965 fuimos a la insurrección guiados únicamente por nuestro grado de preparación.

Además el recelo entre ambas organizaciones hizo que ignoraran mutuamente sus planes. Objetivamente cuando el MIR anunció la iniciación de las guerrillas a comienzos de 1965, el ELN no estaba en condiciones de hacerlo, pero tuvo que adelantar la fecha de partida ante el temor de que una represión generalizada cogiera a sus militantes.

Es posible que un fenómeno similar, esta vez por falta de coordinación, se haya producido en los frentes del MIR y que, por ejemplo, la emboscada de Yahuarina que señaló el primer disparo el 9 de junio de 1965 cogiera de sorpresa a Luis de la Puente en el Cuzco, quien no había terminado sus aprestos y aún más, a la guerrilla del Norte, que recién estaba comenzando similar trabajo. El resultado fue que el ejército se enfrentó a grupos de desigual experiencia, algunos de los cuales no estaban en capacidad plena para combatir.

FRACCION ROJA

Tras el desarrollo del V Congreso partidario y la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), conoció un proceso de fraccionamiento que derivó en la constitución de otras dos organizaciones que reclamaban como propia alguna de las siglas que distinguía a la organización de Santucho: el **ERP 22 de Agosto** y el **PRT Fracción Roja**.

A pesar de la importancia que representa el origen de estas dos fracciones, y de la actividad política, militar y propagandística que desplegaron, poco se sabe de las mismas y de las posiciones que alentaron.

En el número 2 de *Lucha Armada en la Argentina*, Eduardo Weisz se ocupó de la primera de ellas, algunos de cuyos documentos hemos reproducido. En esta edición, presentamos varios documentos de la Fracción Roja, que permitirán al lector avanzar sobre las características de la misma, como así también del complejo proceso de desarrollo del PRT y de sus crisis políticas.

El primero de los documentos presentados es la *Carta al PRT* que varios dirigentes de la Cuarta Internacional le envían al partido presentando una serie de divergencias centrales y que resumen en buena medida los postulados de la FR. Le siguen el artículo *Sobre la concepción del partido*, y una serie de editoriales y notas publicadas en *Combate*, órgano oficial de la FR.

PUEBLO EN ARMAS



**E. MANDEL, I. MAITAN, A. KRIVINE,
T. ALÍ, P. FRANK, SANDOR:**

CARTA AL PRT

Queridos camaradas:

En la preparación del próximo Congreso Mundial (X), el balance sobre América Latina es una de las tareas centrales. El Pleno del CEI será la primera ocasión para esbozar una primera valoración y para precisar los puntos de vista de la dirección de la Internacional y de las secciones más directamente interesadas, en primer lugar las selecciones argentina y boliviana. Esperamos que estaréis en condiciones para superar todas las dificultades técnicas y asegurar la participación activa de una delegación representativa de vuestro partido.

Sin embargo, consideramos necesario plantear un cierto número de problemas antes incluso del Pleno. Esto debería, nos parece, facilitar la clarificación necesaria.

En primer lugar, queremos señalar que, sean cuales sean las diferencias de apreciación eventuales, la lucha que el PRT y el ERP han desarrollado a partir del V Congreso, representa un logro incontestable para el movimiento trotskista y revolucionario. El partido ha cambiado profundamente el espíritu y el estilo de trabajo de sus militantes, ha iniciado una lucha armada que rápidamente ha adquirido dimensiones considerables, imponiéndose como la organización más importante entre las que luchan en ese terreno, ganando una gran simpatía entre las capas proletarias y populares y convirtiéndose en un factor real de la batalla política en el país. Ha experimentado formas de lucha avanzadas, presentando las premisas para la solución del problema decisivo de la relación entre lucha armada y movimiento de masas.

Es absolutamente *lamentable* que esa lección no haya sido comprendida por una minoría de la Internacional y que organizaciones trotskistas se hayan disociado públicamente de la acción del PRT-ERP precisamente en el momento en que había que manifestar la solidaridad más completa a los compañeros argentinos, blancos

de los ataques furiosos de la burguesía mundial. Por otro lado, es inadmisibile que hayan sido lanzados ataques contra la sección argentina por el grupo "La Verdad" que había obtenido sin embargo —con el acuerdo del delegado del PRT— el título de organización simpatizante. Este grupo, que provocó la escisión del partido en 1968, ha olvidado sus obligaciones más elementales, dedicándose a maniobras fraccionales, atacando en su prensa tanto a secciones latinoamericanas como a la dirección de la Internacional, olvidando completamente las decisiones del IX Congreso. Ha confirmado su orientación y su metodología profundamente oportunistas y seguidistas precipitándose en avalar "por la izquierda" las maniobras mistificadoras de la dictadura y realizando una fusión sin principios con un partido socialista desprovisto de toda tradición revolucionaria y de influencia un tanto seria entre las masas.

Una vez dicho esto, ¿cuáles son los problemas que se plantean al partido y que nos empujan a enviaros esta carta?

Para empezar una discusión que necesariamente será muy amplia, nos limitamos a indicarlos lo más sintéticamente posible.

Repitamos esto: las acciones desarrolladas por el partido y el ERP después del V Congreso han tenido repercusiones indiscutibles, han contribuido a contrarrestar las maniobras de la dictadura, han tenido un eco considerable entre las capas populares, han movilizadado en la lucha a una vanguardia importante. Pero ¿es que la política desarrollada hasta ahora ha conseguido establecer efectivamente una relación sólida entre la lucha armada y la dinámica concreta del movimiento de masas?

Esta pregunta es tanto más pertinente dado que la lucha armada no fue iniciada en una etapa defensiva o de estancamiento, sino en una etapa de ascenso impetuoso de las masas y, muy particularmente, de los sectores más avanzados del proletariado en los epicentros de la confrontación social en el país. Dentro de ese contexto, la ligazón entre guerrilla y lucha de masas era posible objetivamente. Prácticamente había empezado a realizarse en el apogeo de la movilización de Córdoba, durante los primeros meses del año 1971. La intervención en Fiat, la participación activa del ERP en el viborazo e incluso

la acción contra Silvestre iban precisamente en esa dirección.

Ahora bien, esas potencialidades no han sido explotadas de manera adecuada y las acciones desarrolladas durante el año último han marcado una regresión desde el punto de vista del contenido político. Es la conclusión que sacamos sobre la base de las informaciones de que disponemos (sobre todo, comunicados, boletines, prensa pública del partido).

¿Acaso esto depende de factores coyunturales y sólo tiene un alcance puramente táctico? Esta es una cuestión que merece ser aclarada.

Ha habido, en nuestra opinión, errores de apreciación del estado alcanzado por la lucha armada. El partido no ha hecho una distinción neta entre una situación de guerra civil embrionaria, en la que se desarrollan acciones de guerrilla urbana, y una situación de guerra revolucionaria propiamente dicha. De ahí la tendencia a proyectar y a desarrollar acciones que corresponderían a una situación del segundo tipo y que, por el contrario, implican peligros materiales y políticos muy graves en una situación del primer tipo. Esto puede verificarse concretamente al menos bajo un ángulo que no se puede considerar como secundario. El enemigo ha perfeccionado considerablemente su técnica de represión, haciendo así un salto cualitativo. La respuesta de las organizaciones armadas no ha podido situarse al mismo nivel. Por consiguiente, si determinadas acciones no han cesado enteramente, han pasado a ser mucho menos frecuentes. Otras son pagadas a un precio elevado (sacrificio o caída de numerosos militantes y dirigentes, etc.). La acción contra Sallustro ha mostrado claramente como unos objetivos desproporcionados respecto a una relación de fuerzas dada sólo pueden conducir a un callejón sin salida.

En general, es la estrategia de lucha armada la que no es definida en su conjunto y es sobre todo en este terreno que es necesaria una discusión. En su IV Congreso el PRT había considerado correctamente que la lucha de clases en Argentina había alcanzado un estadio en el que la lucha armada estaba al orden del día. En su V Congreso creó el instrumento para empezar esa lucha, el ERP. Pero su orientación conoció oscilaciones y rectificaciones. El IV Congreso había señalado la prioridad de la guerrilla rural sobre la base de consideraciones no sólo "técnicas" sino sobre todo sociales y políticas. Teniendo en cuenta la nueva situación

creada por el ascenso de 1969, el V Congreso había propugnado, aunque con términos insuficientemente claros, una combinación de guerrilla rural y de guerrilla urbana. En la práctica, las acciones efectivamente realizadas tenían carácter, sin lugar a dudas, de guerrilla urbana. Pero estas rectificaciones fueron hechas de manera fundamentalmente empírica, sin proceder a una nueva definición global. Y, lo que es más grave, a pesar de la situación objetiva con movilizaciones repetidas de las masas, desde el punto de vista de su contenido político, repetimos, la guerrilla urbana marcó un retroceso.

Evitemos todo malentendido. No ignoramos que el PRT-ERP no ha cesado nunca de emprender acciones y a veces sus acciones han tenido repercusiones muy importantes en Argentina y en otros lugares, probando a todo el mundo que la represión no lo había paralizado de ninguna manera. Pero muy frecuentemente fueron acciones dictadas mucho más por la necesidad de defensa o de recuperación de cuadros y de militantes, por exigencias logísticas, que por un fin político determinado, por un plan de largo alcance.

Hemos mencionado ya el problema de la orientación estratégica de la lucha armada. Pero lo que es decisivo en último término es la relación entre lucha armada y dinámica del movimiento de masas. Las condiciones objetivas del país (crisis profunda del régimen, gran combatividad de las masas, maduración de una vanguardia social amplia a diferentes niveles) hacen posible una ligazón directa entre lucha de masas y lucha armada de los destacamentos especializados. Este problema sigue enteramente abierto.

Sabemos que el PRT no lo ignora. La tentativa de crear comités de base tiene precisamente como finalidad dar al partido los instrumentos de una presencia —legal o semilegal— entre las masas. Pero hasta ahora se ha tratado de una yuxtaposición pura y simple. La ausencia de una clara estrategia global y la elección de acciones de un tipo determinado —derivadas a su vez, en gran medida, de una apreciación determinada de la situación— han impedido que el PRT, a pesar del prestigio adquirido, consiga ganar una influencia política y organizativa real entre las masas, en los sindicatos, etc. Y llegue a animar efectivamente una red de comités de base con condiciones para ir más allá de reintervenciones episódicas.

En la medida en que diversos textos o artículos aparecidos en las publicaciones del PRT han esbozado generalizaciones para clarificar las perspectivas, creemos comprender dos ideas esenciales. La primera idea –ligada a la perspectiva de la guerrilla rural– se deriva del estudio de las experiencias china y vietnamita; es la perspectiva de la creación de zonas rojas, o sea, de zonas que escapen al control del poder central y representen las bases del ejército del pueblo. Sin excluir totalmente esta variante para países de América Latina y Argentina incluso, sería sin embargo un grave error ignorar las condiciones de la dinámica revolucionaria en China:

La composición socio-económica del país, eminentemente agrícola.

La existencia, antes del lanzamiento de la guerra campesina, de un partido con una influencia de masas bastante amplia, ligado al movimiento comunista mundial y, a través suyo, a la tradición de la revolución de octubre.

La parálisis de las clases dominantes indígenas por razones tanto internas como internacionales.

Consideraciones semejantes son válidas también para el Vietnam: con la precisión que se impone de que, desde que el conflicto se internacionalizó, el Vietnam pudo contar con el apoyo logístico indispensable de los Estados obreros. Todo esto no tiene ninguna analogía con la situación actual en Argentina.

La segunda idea –más ligada a la perspectiva de la guerrilla urbana y correspondiendo más a la estructura del país– implicó la hipótesis de zonas de dualidad de poder relativo –del tipo de la Casbah argelina antes de las grandes redadas– instaladas en los barrios populares, el mar en donde los combatientes podían nadar como peces. Dejando aparte su valor propagandístico, las acciones de redistribución de víveres se inscribían, en último término dentro de esa perspectiva. Pero una cosa es desarrollar acciones que sorprendan al enemigo y ganar las simpatías de un determinado medio, y otra es conseguir consolidar efectivamente bases rojas urbanas. Esto solo podría producirse en el caso de una crisis muy avanzada del poder central y de la existencia de una base de masas del partido ya amplia y sólida. Esas condiciones no existen evidentemente y no se ve como se podría crear a corto plazo.

Todo estos problemas, además, deben ser planteados en relación a un análisis constantemente actualizado de la situación en el país. Partamos del análisis desarrollado en uno de los últimos números del "*Combatiente*" que hemos recibido (30 de julio de 1972). El editorial habla de "tres formas que teóricamente puede asumir la dictadura de la burguesía en los próximos meses...la dictadura a la brasileña, el golpe populista a la peruana, un golpe acuerdista o cambios en el actual gobierno que favorece el acuerdismo", y precisa que la tercera variante es la más probable.

En líneas generales, este análisis nos parece fundado. Pero, si la tercera variante es efectivamente la más probable, ¿qué se deduce de estos? Se deduce que el régimen deberá maniobrar frente al movimiento de masas, tratar de ganar tiempo a través de algunas concesiones tanto económicas como políticas, aceptar que las masas gocen de una libertad de acción relativa.

Semejante situación puede ser explotada en beneficio del movimiento revolucionario a condición de evitar toda confusión de análisis y de perspectiva. Será preciso sobre todo combatir toda tendencia a interpretar lo que será, en la hipótesis avanzada, un intermedio de "democratización" parcial como una perspectiva de "democratización" para toda una etapa de permitiera un completo desarrollo del movimiento de masas, de los sindicatos, de las organizaciones obreras con conquistas que se irían ampliando progresivamente. No hay que olvidar nunca que en la Argentina no existen posibilidades objetivas para la instauración de un régimen democrático populista y que una experiencia del tipo del peronismo de 1945 no puede repetirse tampoco. En último término, el régimen no puede alcanzar un estadio de estabilización, aún relativa, relanzando el crecimiento económico más que sobreexplotando a la clase obrera y deshaciendo su fuerza tanto sindical como política. Por esa razón, desde el punto de vista de la clase obrera, se trata de rechazar enérgicamente toda orientación que implique un desarme de las organizaciones de lucha armada y también toda concesión a tesis insurreccionalistas espontaneístas que conducen, en la práctica, a aceptar que conflictos de mayor importancia se produzcan entre el aparato de represión todopoderoso y las masas con las manos vacías.

El peligro opuesto sería, por otra parte, no comprender todas las potencialidades de la etapa que se anuncia, creer que la acción de minorías

armadas podría tener como resultado impedir que esta variante se concretice (sería jugar sobre la lógica de lo que puede ser peor, que los revolucionarios preocupados de los intereses y de los sentimientos de las masas no deben aceptar), no aportar las rectificaciones tácticas indispensables. Semejante actitud llevaría al aventurerismo y tendría rápidamente consecuencias muy negativas.

Seamos más claros. Lo que hay que comprender, ante todo, es que independientemente de los propósitos del bloque "acuerdista", de todas las maniobras de diversión, el intermedio "democrático" estaría en cualquier caso caracterizado por grandes luchas de masas, por un proceso de clarificación y de desmistificación profundo (el peronismo será el primero en hallarse ante opciones dramáticas, por una maduración rápida de capas de vanguardia sociales muy amplias). Dentro de esta perspectiva la ligazón con las masas en el terreno sindical y político se convierte en una prioridad absoluta e inmediata y toda iniciativa de lucha armada debe ser subordinada a esta tarea. El PRT y el ERP deberían de estar en condiciones para asegurar al movimiento de masas los mejores cuadros, dotados de una formación política global y al mismo tiempo de asegurar la defensa de las movilizaciones y de las acciones de masas frente a los ataques de los adversarios. Sólo en la medida en que los revolucionarios podrán explotar eficazmente el intermedio "democrático" eventual, será posible pasar de una lucha armada que es esencialmente una guerrilla urbana conducida por destacamentos especializados a una lucha armada donde se encuentren implicados sectores de las masas y jueguen un papel de primer plano cuadros procedentes directamente de la clase obrera y de las capas más explotadas de la población.

Es preciso prepararse a esa perspectiva con la mayor energía, recuperando el tiempo perdido. El ejemplo de Uruguay demuestra cuáles son las dificultades y los peligros a los que debe hacer frente el PRT. A pesar de su fuerza y de su popularidad —sin lugar a dudas, mayores que las del ERP—, los Tupamaros, lejos de explotar en su beneficio el intermedio electoral, se han visto empujados a una situación muy difícil. Esto se debe, esencialmente, a dos razones. En primer lugar, los Tupamaros no habían conseguido construir instrumentos que pudieran asegurar una ligazón estrecha entre la lucha armada y las masas. Por consiguiente, las organizaciones de la izquierda tradicional, principalmente el PC y la CNT, han continuado apareciendo como

ampliamente hegemónicas en la clase obrera y en las capas pequeñoburguesas, lo cual les ha permitido dirigir y canalizar las grandes movilizaciones de masas. En segundo lugar, los Tupamaros han avalado ese Frente Amplio en el que los partidos obreros eran aliados de corrientes burguesas bajo la presidencia de una personalidad burguesa. Esta operación no hacía más que oscurecer las perspectivas de una lucha revolucionaria que no tiene un contenido abstractamente anti-imperialista y democrático, sino una dinámica anti-capitalista concreta, excluyendo toda alianza con la burguesía o incluso con sectores de ésta. El apoyo al Frente Amplio no hacía más que estimular todo tipo de deformaciones pequeñoburguesas, incluso entre los propios combatientes.

La claridad en torno a estas cuestiones centrales es absolutamente necesaria también en la Argentina. Hemos señalado que el hecho de que el PRT no haya conseguido hasta ahora capitalizar en la clase obrera, en los sindicatos, etc. El prestigio ganado por sus acciones y el sacrificio heroico de sus militantes representa un pasivo mayor. A juzgar sobre la base de algunas resoluciones y boletines, nos vemos obligados a constatar que la situación es agravada por una confusión política muy peligrosa. Es también significativo que el PRT no haya sentido la necesidad de expresar una crítica sobre la actitud de los Tupamaros hacia el Frente Amplio.

Es evidente que puede haber también sectores burgueses que se opongan a una dictadura fascista y militar y que el partido revolucionario debe, naturalmente, explotar las contradicciones del adversario. Pero esto no puede justificar de ningún modo una política de frente único con la burguesía o una parte de ésta. Esto no autoriza en ningún momento la utilización de formulaciones como las introducidas en una resolución del CE, que caracteriza al ENA, a formaciones pequeñoburguesas e incluso a sectores burgueses como "aliados estratégicos" (véase boletín 23).

Ante todo, no se puede confundir la alianza —necesaria— con capas sociales y la alianza con formaciones políticas que influyen en una etapa determinada en esas capas (los bolcheviques lucharon duramente contra los socialistas revolucionarios precisamente para arrebatárselos la base campesina). Después, cuando se habla de aliados estratégicos refiriéndose al ENA, o bien se utiliza el término "estratégico" de manera incorrecta, o bien se cae en la amalgama centrista y oportu-

nista. En realidad, nuestra perspectiva estratégica no puede en absoluto ser la misma que la del ENA o de cualquier otra formación pequeñoburguesa: es diametralmente opuesta. Para ellos, se trata de construir un régimen democrático, de realizar una etapa democrático-burguesa, separada de una etapa socialista que se deja para un futuro lejano; para nosotros se trata de estimular una dinámica de revolución permanente.

El PRT debe explicar sin ninguna ambigüedad que la utilización de posibilidades legales o semilegales, la explotación de un intermedio "democrático" eventual no implican el menor compromiso, la menor alianza con la burguesía o con formaciones pequeñoburguesas que se hallen a remolque suyo. Debe explicar que podría llegar a acuerdos tácticos con el PCA e incluso participar eventualmente en una campaña en torno a un candidato común de las organizaciones obreras y que se reclame del socialismo, pero sin la menor concesión a la estrategia y a la metodología general del PC o de otras formaciones semejantes.

Toda falta de claridad a este respecto sería catastrófica en relación a una tarea política central, la desmistificación del peronismo. El peronismo sigue siendo el obstáculo principal que impide a la clase obrera argentina realizar su autonomía política en tanto que clase. Está condenado a verse sacudido cada vez más por sus contradicciones, violentamente. Pero estas contradicciones no serán explotadas a favor de una maduración del proletariado y de la construcción del partido revolucionario de masas más que si la vanguardia expresa una concepción y una orientación absolutamente claras.

La claridad, incluso terminológica, es muy necesaria dado que orientaciones confusas o abiertamente erróneas son manifestadas incluso por el sector del movimiento obrero internacional que más ha contribuido en los quince últimos años al desarrollo de la revolución en América Latina. Ya que los camaradas mismos del PRT nos han hechos preguntas a este respecto, precisemos pues nuestra opinión sobre la política actual de los dirigentes cubanos.

La Cuarta Internacional es la organización comunista que ha defendido con mayor energía y entusiasmo a los revolucionarios cubanos que los partidarios tanto de Moscú como de Pekín han caracterizado frecuentemente como ultraizquierdistas o aventureros pequeñoburgueses. Hemos afirmado que una diferencia cualitativa existe

entre Cuba y los otros Estados obreros por el hecho de que Cuba no había conocido una degeneración burocrática. No nos hemos dejado llevar por críticas fáciles y denuncias de "traición", como lo han hecho sin embargo "amigos" de Cuba e incluso organizaciones de lucha armada de origen castrista.

Esto no nos impide constatar que se han desarrollado tendencias burocráticas y que, en la medida en que Cuba siga hallándose aislada y fuertemente condicionada por la ayuda de la burocracia soviética, se acentuarán inevitablemente. La democracia proletaria basada en organismos de tipo soviético, elegidos por los obreros y campesinos, y cuyos miembros son revocables en todo momento, y estructurados de tal manera que representen la verdadera espina dorsal del Estado obrero, no existe tampoco en Cuba y esta carencia fundamental no puede ser compensada por la existencia de otros organismos que solo juegan un papel parcial ni por el prestigio de Fidel y los lazos directos que él y otros dirigentes se esfuerzan por mantener con las masas. No se puede pretender tampoco que el partido se base en la práctica en el centralismo democrático tal como Lenin lo concebía: basta recordar aquí que ningún congreso ha sido realizado hasta ahora —trece años después de la caída de Batista y más de diez años después de la proclamación oficial del nuevo partido comunista— y que las diferencias que se manifiestan en los organismos de dirección no son llevadas al conocimiento de las masas.

Pero son determinadas actitudes de los dirigentes cubanos en el plano internacional las que nos parecen más alarmantes. No minimizamos en absoluto las dificultades muy graves que Cuba debe superar. Comprendemos toda la significación de lo que Fidel ha dicho el 26 de julio último: "Nosotros tenemos que integrarnos con los trabajadores, con los obreros y campesinos, con los revolucionarios, cuando la hora de la Revolución llegue a América Latina. Pero eso tarda. No podemos hacer planes con vistas a una integración que puede tardar, diez, quince, veinte, veinticinco años —eso para los más pesimistas—. Mientras tanto, ¿qué hacemos? País pequeño, rodeado de capitalistas, bloqueados por los imperialistas yanquis. ¡Nos integramos económicamente en el campo socialista!".

No ponemos en cuestión, de ningún modo, el derecho —y el deber— de los dirigentes cubanos de establecer acuerdos económicos y militares con

la Unión Soviética. Pero el problema consiste en si esto implica o no una subordinación a las concepciones de la burocracia, si los intereses de la lucha revolucionaria son sacrificados o no a los intereses de una política internacional determinada.

Cuando Fidel, a su vuelta de Moscú, hace los elogios incondicionales de la URSS como de un país donde reina el marxismo leninismo dentro del espíritu de la revolución de octubre, cuando hace el elogio sin ninguna reserva de burócratas como Brejnev y compañía, sacrifica a las necesidades diplomáticas las necesidades de la lucha fundamental de las masas obreras y campesinas contra esa burocracia que él mismo había criticado en el pasado. Asimismo, no facilita ciertamente la lucha de los revolucionarios cuando va aún más lejos que los dirigentes de numerosos partidos comunistas exaltando el régimen superburocrático de Husak, que organiza procesos dentro de la más pura tradición estalinista contra revolucionarios, miembros del partido comunista y de los sindicatos, cuyo crimen es oponerse a un régimen burocratizado que no es más que una caricatura sangrienta del socialismo.

Pero esto tiene consecuencias mucho más directas. Los dirigentes cubanos han puesto la sordina completamente a las críticas –justas e indispensables– que habían manifestado en el pasado a los PC de América Latina, renunciando así a impulsar la lucha contra las desviaciones oportunistas y centristas y contribuyendo, objetivamente, a mantener las ilusiones en esos partidos. Y, lo que es peor todavía, han adoptado posiciones abiertamente erróneas ante determinados regímenes burgueses de América Latina. Repetimos una vez más que no se trata de poner en cuestión el derecho de un Estado obrero de explotar los márgenes de maniobra que ofrecen las luchas interburguesas. Pero cuando los cubanos caracterizan como revolucionarios al ejército peruano y al régimen de Velasco Alvarado, cuando se callan ante la represión contra los trabajadores y los revolucionarios peruanos, adoptan una actitud oportunista que debemos criticar con mayor razón puesto que implica una confusión sobre el papel de capas burguesas en la revolución latinoamericana.

Antes del Plenario del CEI, seis miembros de la mayoría del S.U. dirigieron una carta a los compañeros del PRT donde expresaban sus apreciaciones sobre la situación de la Argentina y sobre la orientación del partido. El propósito era abrir un debate político necesario y urgente, y

dar un primer punto de referencia. Después de la difusión de los B.I. 33 y 34 que recuerdan las diferencias entre el PRT y la mayoría de la Internacional sobre cuestiones capitales, creemos de utilidad intervenir una segunda vez con la esperanza de estimular una confrontación política y teórica y evitar un diálogo de sordos que resulte esterilizante.

Lamentamos profundamente que los dirigentes del PRT hasta ahora no hayan hecho ninguna mención de nuestra carta, aunque el texto llegó a la Argentina (de hecho, hemos recibido una copia en castellano sin mencionar quién la editó). Por el contrario, han centrado su polémica en una supuesta actividad fraccionalista, incluso en un complot, de los que serían culpables miembros del PRT, del POC brasileño y de la Liga Comunista (entre los cuales, un miembro del SU). No es aquí donde daremos la respuesta pertinente que se impone que puede sintetizarse como sigue: ni el SU ni su mayoría han organizado ninguna actividad fraccional.

El problema esencial no es, en todo caso, provocar debates falsos sobre problemas falsos. Si se plantean problemas, si las relaciones se han deteriorado, la razón es fundamentalmente política y en *primer lugar* es necesario aclarar las cosas en ese terreno. Esto es tanto más verdadero cuando la Internacional se encuentra ya en el período de la preparación del X Congreso Mundial y en consecuencia, cada sección, cada tendencia y cada militante tiene el derecho de expresarse sobre los problemas que se plantean (aplicando siempre la línea fijada por el congreso precedente). Por nuestra parte, sin pretender agotar este tema, planteamos aquí una serie de cuestiones que es indispensable resolver.

¿MARXISTAS-LENINISTAS O TROTSKISTAS?

Al resumir las “diferencias ideológicas” entre el PRT y “los sectores europeos de la Internacional” (en realidad, no se trata de sectores europeos, sino de la casi totalidad de nuestro movimiento) el B.I. 34 dice: “nuestro partido se considera marxista-leninista mientras que los otros partidos de la Internacional se caracterizan como trotskistas”.

Desde el punto de vista formal, en primer lugar es necesario señalar que durante todo un período nuestras organizaciones se titularon, con mayor frecuencia, “bolchevique-leninistas”, que los textos del congreso de fundación (1938)

utilizan la palabra trotskistas entre comillas y que los Estatutos adoptados en el II Congreso Mundial (1948) sugerían para nuestras secciones el título de Partidos Comunistas Internacionalistas. Aún ahora con frecuencia utilizamos la caracterización de “marxistas revolucionarios” en lugar de “trotskistas”.

Agreguemos que marxista-leninista no es un título que aclare las cosas. Los PC prosoviéticos, aunque fraudulentamente, no dejan de llamarse marxistas-leninistas, y las organizaciones y las sectas maoístas hacen lo mismo con gran alboroto. Sería necesario entonces introducir una precisión adicional: ¿qué corriente representamos nosotros entre todas aquellas que se dicen marxistas-leninistas? No vemos ninguna objeción seria en aceptar la caracterización de trotskistas que desde el principio nos fue otorgada por nuestros adversarios.

Pero aquí surge la cuestión substancial, que en último análisis es la decisiva. Queda sobreentendido que somos marxistas-leninistas por el hecho de que la IV Internacional acepta las concepciones de conjunto y el método de Marx y de Lenin, y lucha constantemente contra todo lo que los consideran perimidos. Pero Trotsky dio su propia contribución al pensamiento revolucionario. A partir de la época de la primera revolución rusa formuló la teoría de la revolución permanente que Lenin aceptó en lo esencial en 1917. Y sobre todo, ha analizado el fenómeno de la degeneración de un estado obrero, introduciendo la categoría científica de la burocracia, sin la cual es imposible captar lo que pasó durante medio siglo tanto en la URSS como a escala mundial.

Es por eso que nos declaramos específicamente trotskistas, sin implicar con ello que tenemos alguna diferencia, por pequeña que sea, con los conocimientos teóricos del marxismo-leninismo. Rechazar esta caracterización sólo puede explicarse por una falta de claridad sobre el problema central de la lucha contra toda casta o tendencia burocrática o por una adaptación oportunista.

¿CUAL INTERNACIONAL REVOLUCIONARIA?

Al abordar las “diferencias políticas” el B.I. citado señala: “Nuestro partido subordina la reconstrucción de la Internacional marxista-leninista como Internacional revolucionaria de masas a la participación a dicho proceso de los partidos revolucionarios en el poder, como el partido cubano, vietnamita, etc. En nuestro con-

greso también hablamos del partido chino, pero actualmente hay elementos que debemos estudiar y que probablemente indiquen que los camaradas que caracterizan al partido chino como un partido burocratizado tienen razón. El resto de la Internacional desarrolla una estrategia de construcción de sus propias fuerzas, independientemente de partidos como el cubano y el vietnamita”.

Efectivamente, se trata de una cuestión capital que exige una respuesta muy clara. Para empezar, hay que recordar las siguientes ideas esenciales: 1) Sin una Internacional revolucionaria con una base de masas, es decir sin un partido leninista organizado como partido mundial, el proletariado no podrá llevar a buen término su tarea histórica de derribar al capitalismo a escala mundial y de reconstrucción de la sociedad sobre bases efectivamente socialistas. Esa fue la idea que empujó a Marx y a Engels a fundar la I Internacional y a dedicarse durante años a su actividad práctica y que llevó a Lenin a lanzar la Internacional Comunista al amparo de condiciones propicias creadas por la victoria de la revolución de octubre, y que inspiró la decisión de Trotsky de proclamar en 1938 la IV Internacional, a pesar de los obstáculos inmensos de los cuales él era consciente. 2) La Internacional revolucionaria de masas estará basada no sólo sobre las experiencias del marxismo y del leninismo, sino también sobre los del trotskismo (es decir, la teoría de la revolución permanente y de la concepción de la necesidad histórica de la lucha revolucionaria para derribar al poder burocrático). En consecuencia no podrán participar allí más que las organizaciones o las corrientes que hayan roto en forma irreversible con la burocracia, tanto dentro de cada país como a escala internacional.

Al dejar esto bien sentado, queda claro que la Internacional revolucionaria será construida con fuerzas incomparablemente más grandes que las que componen actualmente la IV Internacional. Con esta perspectiva no se puede descartar a priori que confluyan sobre la base de experiencias originales y de una reflexión crítica profunda, las corrientes que durante ciertos períodos de su historia hayan sufrido la influencia del stalinismo o del burocratismo en general o que hayan oscilado entre stalinismo, centrismo y marxismo revolucionario. He ahí, a grandes rasgos, nuestra concepción que, en principios rechaza cualquier actitud sectaria, cualquier fetichismo de las formas organizativas actuales.

Los compañeros del PRT expresan, por el contrario, una concepción ecléctica que se funda, en último análisis, en un análisis demasiado sumario y parcial –por lo tanto, falso– de la realidad de ciertos partidos comunistas. En lo que se refiere al partido comunista chino (no es un pequeño detalle) el hecho de que los autores del B.I. 34 deben admitir que “probablemente” se habrían equivocado, debería servirles para ampliar su reflexión autocrítica y prestar una atención mayor a los análisis de la Internacional, que son el resultado de una elaboración colectiva desarrollada y verificada en la práctica a escala mundial. Deberían plantearse también si una vanguardia revolucionaria puede estar capacitada para los análisis y las posiciones fundamentales antes que los otros, yendo, si es necesario, contra la corriente, o reconocer una realidad a posteriori, cuando ella se manifiesta hasta a los ciegos?

Los términos del problema están, por otra parte, mal planteados por los textos del PRT. No es sola la IV Internacional que considera imposible una empresa común de construcción de la Internacional revolucionaria con los partidos comunistas mencionados por los camaradas argentinos: son esos propios partidos que no desean dar ningún paso en esa dirección y que consideran fantástico, cuando no provocador, toda eventual iniciativa por nuestra parte.

¿Es posible ignorar además que entre los partidos indicados en el texto del V Congreso del PRT existen desde hace años diferencias muy graves, que algunos de ellos están orientados hacia agrupaciones internacionales que se oponen en una lucha encarnizada? Es posible objetar que todos esos partidos comprendidos el cubano y el vietnamita –a los cuales volveremos a referirnos– no han roto con los centros internacionales de la burocracia, lo que no carece de implicaciones negativas muy concretas?

Finalmente, todos rechazan la idea de una Internacional revolucionaria como partido mundial, tal como fuera concebida por Marx, Lenin y Trotsky y, en la medida en que se expresan claramente sobre esta materia, quedan anclados a las concepciones formuladas por Stalin en la época de la disolución de la Internacional comunista y retomadas por sus sucesores. Es verdad que los dirigentes cubanos se han diferenciado positivamente en este terreno, también con la tentativa de construcción de ese movimiento internacional que fue la OLAS. Pero justamente porque esta tentativa no tenía una base teórica y

política sólida, porque ella fue concebida en una óptica únicamente latinoamericana y por lo tanto de fondo sectorial, porque ella no implicaba una definición inequívoca con relación a la burocracia soviética y china, fracasó rápida y lamentablemente, no estando a la medida –es necesario agregar– de expresar una estrategia adecuada tampoco para América Latina. El precio de este fracaso lo pagaron muy duramente todos los revolucionarios del continente.

A PROPOSITO DE LA PROLETARIZACION

Al definir lo que llama diferencias “metodológicas”, el B.I. del PRT dice “Nuestro partido considera que la Internacional y sus secciones tienen esencialmente una composición pequeño-burguesa y estima que la proletarización es uno de los elementos fundamentales para la construcción de la Internacional. El resto de la Internacional o por lo menos el SU y la dirección de las secciones europeas no se plantean este problema, sino que tienden a combatirlo como “obrerismo” y “moralismo”, etcétera.

Es un hecho que la composición de la IV Internacional (incluido el PRT) no tienen todavía predominio proletario y que el crecimiento de nuestras secciones se produjo más bien en las capas estudiantiles o de la pequeña burguesía radicalizada que en la clase obrera.

Es absolutamente falso que la dirección de la Internacional y las secciones europeas ignoran el problema. La historia del movimiento revolucionario nos enseña que en ciertas etapas de su lucha las vanguardias encuentran un eco más profundo entre las capas pequeño-burguesas, en los sectores intelectuales y estudiantiles que en la clase obrera. Esto se produjo con frecuencia en el pasado y eso se produce hoy, no sólo en el caso de la IV Internacional, sino también en el caso de otras corrientes de la izquierda revolucionaria (incluido, para limitarnos a América Latina, los Tupamaros y el MIR chileno). Eso produce problemas serios, de los que somos perfectamente conscientes.

En efecto, nuestra orientación basada sobre el centralismo de la intervención y de la inserción en la clase obrera, que es la orientación adoptada por nuestras secciones europeas y que se refleja en el texto sobre Europa para el próximo Congreso Mundial, está determinado tanto por las conclusiones políticas sacadas del análisis sobre la situación de la Europa capitalista, como

por la necesidad de estimular un cambio en la composición social de nuestras organizaciones. Los resultados obtenidos hasta ahora son indudablemente modestos. De todas maneras, nuestras secciones en Europa cuentan actualmente con un número de militantes obreros mucho más importante que en el pasado, y gracias a esos militantes, a los simpatizantes y a otros contactos, están en condiciones de ejercer una real influencia en las capas de las nuevas generaciones a partir de 1968. Estos son elementos de apreciación concretos que no deberían ser cuestionados por consideraciones "sociológicas" de inspiración populista sobre la forma de vivir de los compañeros europeos o sobre los barrios donde se han instalado (1).

Pero hay una consideración adicional. La composición social proletaria y los lazos con las masas no dan como tales, ninguna garantía. Hubo y hay organizaciones reformistas que disponen de una composición social obrera, tienen lazos sólidos con las masas y son dirigidos por militantes salidos del proletariado. Ello no impide que sean justamente reformistas, por lo tanto integradas en el sistema capitalista y dominadas por una ideología proveniente de las clases enemigas. La garantía decisiva no puede ser más que política: todo depende de la orientación que adoptarán las organizaciones, de la maduración global de sus cuadros y de sus militantes. Todo incluso su crecimiento en la clase obrera.

UNA CARICATURA DEL METODO MARXISTA

Ya hemos hablado de la cuestión de la proletarización. Podríamos agregar aquí que los militantes de un partido revolucionario que cuente con lazos muy sólidos con las masas y que sea capaz de intervenir efectivamente en todos los niveles de la lucha de clases estaría indudablemente en condiciones de comprender mucho mejor la realidad en todos sus aspectos. Ahora bien, tal partido no existe, en la etapa actual, ni en Francia ni en Argentina. No tenemos pues, otra alternativa que basarnos, por un lado en los análisis generales desarrollados mediante la aplicación rigurosa del método marxista, y por el otro lado, en las indicaciones empíricas que obtenemos de la práctica todavía limitada de nuestras organizaciones. La cuestión que efectivamente se plantea es, en primer lugar, saber si obramos en el sentido de superar nuestros límites actuales, ante todo desde el punto de vista de nuestra composición social. Pero esa discusión para ser de utilidad debe ser concreta. En caso contrario, o se

repite generalidades huecas, o se oscila entre un populismo moralizador o insinuaciones grasuritas que desconocen la situación real.

No objetamos que apreciaciones impresionistas –cuyo origen con la mayor frecuencia debe ser buscado mucho más en la carencia de información y de estudio que en las inclinaciones intelectuales o en el origen pequeño-burgués de sus autores– aparezcan algunas veces en los órganos de nuestro movimiento. Pero hay un punto esencial que parece escapar completamente a los autores del B.I. A fin de cuentas, el nuevo impulso de nuestras secciones europeas ha sido poderosamente estimulado al comienzo por las movilizaciones anti-imperialistas (América Latina, Vietnam) de la década del 60. En función de estas movilizaciones nuestros militantes han sentido la necesidad de informarse sobre los acontecimientos de otros continentes, de conocer su historia, de analizar la dinámica de sus revoluciones.

Los imperativos de nuestra lucha por la hegemonía dentro de las nuevas vanguardias y en las capas obreras más politizadas habían tomado el mismo rumbo. Había que definirse –y todavía es necesario– en cada etapa, no solamente en relación con los acontecimientos particulares de la lucha de clase en la que estamos directamente comprometidos, sino también en relación con la realidad mundial, con las fuerzas decisivas que operan en el plano internacional. Esto implica, entre otras cosas, un análisis de las orientaciones y de la práctica de todas corrientes del movimiento obrero y del movimiento revolucionario. Esto implica un conocimiento exacto y una crítica constante de la línea de las burocracias socialdemócrata o stalinista, y de los Estados obreros degenerados, de la URSS y de China en primer lugar. En el fondo, es imposible ganar cuadros, formarlos, impulsar la construcción de los partidos revolucionarios sin diseñar en cada etapa una perspectiva mundial, sin comprender o indicar cada día en que forma está ligada indisolublemente a la totalidad del proceso mundial la lucha que se desarrolla en cada país o en cada sector.

Los autores del B.I. intenta, al pasar, una autocrítica a propósito de la caracterización que ellos hicieron del PC chino. Pero deberían sacar una lección de todo este asunto. En el folleto "El Único Camino" –que, en este terreno, se emparenta con la tradición del morenismo– los compañeros del PRT ponían al trotskismo, al maoísmo y al castrismo casi dentro de la misma bolsa. El sentido de su posición era considerar trotskismo

y maoísmo como complementarios; el V Congreso confirmó dos años después la misma orientación. Ahora bien, ese error fue cometido por falta de un análisis serio, por una adaptación al clima "maoizante" de la época, por pragmatismo. Si toda la Internacional hubiera adoptado la misma concepción, ello nos hubiera literalmente desarraigado justo en momentos en que era imperioso desmistificar la supuesta revolución cultural, demostrar que Mao de ninguna manera llevaba una lucha para quebrar a la burocracia, sino que el mismo representaba una corriente burocrática que, con diferencias en relación a Moscú, subordinaba las exigencias de las masas movilizadas a las exigencias de la supervivencia del poder burocrático y las necesidades de la lucha revolucionaria mundial a las necesidades diplomáticas de su Estado burocratizado.

Los compañeros del PRT nos recuerdan la primera verdad que el marxista no se limita a interpretar la realidad, sino que debe transformarla, y que la verificación por la práctica es, en último análisis, el criterio decisivo. Desgraciadamente, sus formulaciones —principalmente la afirmación de que "no tiene sentido analizar una realidad social en la que no se interviene" rozan la caricatura de la concepción materialista marxista.

Lo que ignoran es la autonomía —relativa por cierto— del conocimiento, y por lo tanto del análisis. Lo que ellos olvidan es que el "camino dialéctico del conocimiento de lo verdadero, del conocimiento de la realidad "pasa" de la intuición viviente al pensamiento abstracto y de ella a la práctica" Lenin). Lo que ellos confunden es la necesidad de la verificación práctica como criterio decisivo en último análisis y una pretendida necesidad de un contacto material empírico con la realidad como condición sine qua non de todo análisis valedero.

Las obras de Marx y de Lenin son generalizaciones del nivel más elevado, precedidas por la elaboración de una masa gigantesca de datos empíricos y desarrollados por un método científico. Pero sería ridículo pretender que Marx pudo escribir "El Capital" o Lenin "Desarrollo del capitalismo en Rusia", gracias a una intervención directa en la realidad social. Por otra parte, Lenin ha explicado bien que el marxismo era el desenlace de la filosofía clásica alemana, de la economía política inglesa y del socialismo francés, es decir, de generalizaciones elaboradas con toda evidencia fuera de toda práctica de la clase obre-

ra. Por cierto, Marx y Lenin no han podido formular sus teorías sino en la medida en que se colocaron en el punto de vista del interés histórico del proletariado y la validez de estas teorías fue verificada a la luz de la realidad de la lucha de clases. Pero esto no tiene nada que ver con la idea que sólo se puede hacer un análisis en la medida en que se intervenga directamente en una realidad social. Paralelamente, una cosa es el sentido de responsabilidad que debe inspirar a un revolucionario en sus juicios y en su crítica a las organizaciones y los dirigentes que han contribuido efectivamente a la lucha histórica por el derrocamiento del capitalismo. Otra cosa es prender, como lo hacen a veces los compañeros del PRT en sus discusiones, que sólo aquellos que han participado en un proceso revolucionario o están enrolados en la lucha armada, tienen la autoridad necesaria para expresarse.

Por otra parte, reflexionemos un instante sobre la fórmula utilizada en el B.I.: "no tiene sentido analizar una realidad social donde no se puede intervenir". ¿Qué significa eso concretamente? En última instancia, un obrero, aún un obrero revolucionario, no debería analizar más que la realidad de su fábrica o cuanto más de su ciudad y de su región. Nadie debería emprender el menor análisis sobre otros países, sobre otros sectores del mundo. En la práctica, los que escriben esas líneas, violan su propia norma en la medida en que bajo el impulso de necesidades políticas impostergables indican análisis y juicios sobre cosas que escapan a su actividad práctica, a su experiencia directa. El problema es por lo tanto, si los análisis que *todos* están obligados a hacer, más o menos sistemáticamente, más allá de su práctica, se basan o no sobre datos reales, sobre informaciones suficientes, sobre métodos rigurosos. El problema es sí de los análisis extraemos o no conclusiones prácticas adecuadas. He ahí el fondo del problema que no se puede esca-motear con generalidades huecas sobre la relación entre conocimiento y actividad práctica, o por fórmulas simplistas que no tienen ninguna relación con una concepción materialista. Una vez más: compañeros, concreten sus críticas y sus apreciaciones, entren en el nudo del asunto.

En cuanto a nosotros, estamos absolutamente convencidos de que la IV Internacional —aún tal como está ahora— es capaz de desarrollar análisis y generalizaciones de lo más valiosas en la medida que, por un a parte ella se nutre de las tradiciones vivas del movimiento revolucionario mundial, y por la otra, representa un centro de elaboración colectiva donde convergen las expe-

riencias más diversas y los conocimientos empíricos más ricos. Repitémoslo: la Internacional es fundamentalmente el instrumento irremplazable de este conocimiento global indispensable para llevar a buen término esta lucha. Negar o minimizar el rol de la Internacional, atrincherarse tras concepciones en principio o de hecho federalistas, significa condenarse al empirismo, exponerse al riesgo de sucumbir a poderosas presiones sectoriales que puedan obstaculizar una comprensión real de lo *general* (y, por lo tanto, también de lo *particular*, que no puede ser comprendido en toda su significación sin colocarlo en el marco de un análisis global). Eso puede significar, en la práctica, renunciar a una elaboración revolucionaria autónoma y contentarse con las miguitas que caen del banquete de los otros, en otros términos sufrir la influencia, incluso la hegemonía ideológica de las burocracias poderosas, dotadas de una concepción de conjunto, que determina en función de sus propios intereses conservadores y no de los intereses revolucionarios del proletariado.

Estas carencias metodológicas substanciales están en la raíz, desde un punto de vista teórico, de la posición ecléctica de los dirigentes del PRT y de su rechazo a librar la consiguiente batalla que se impone contra las direcciones burocráticas de los Estados obreros. Su actitud defectuosa ante la burocracia china y su apoyo a la burocracia soviética en ocasión de la invasión a Checoslovaquia —reflejo de la influencia que reciben de los dirigentes cubanos— ha sido hasta ahora la manifestación más evidente de dicha actitud. De hecho hay una combinación de indigencia analítica, eclecticismo en los principios y oportunismo práctico. De allí las fallas en la concepción internacionalista: las necesidades de la lucha de las masas de un sector de la revolución mundial se subordinan o se sacrifican a imperativos tácticos particulares.

¿LUCHA DE CLASES EN EL PARTIDO?

Hay otra diferencia que es necesario señalar. Se refiere al método por el cual los dirigentes del PRT caracterizan las posiciones equivocadas o críticas que surgen en el partido como producto de la presión de las clases hostiles. Llegan a utilizar la noción de lucha de clases en el partido. No dudamos en principio que hasta los militantes revolucionarios pueden sufrir la influencia de un medio social pequeño-burgués y que esto, en un contexto dado, pueda llevarlos a convertirse en vehículos de conceptos o actitudes nefastas para

la organización. Pero la conciencia de dicho peligro no tiene nada que ver con la práctica de poner automáticamente en la picota a todo militante que critica la línea del partido o que cometa efectivamente errores, como agente “objetivo” de la pequeña burguesía y aún de la burguesía.

Este método fue introducido por el stalinismo en el movimiento obrero: se denunció sistemáticamente a todos los opositores reales o potenciales de Stalin como agentes del imperialismo, como partidarios de la restauración del capitalismo en la URSS. El maoísmo siguió este ejemplo hasta nuestros días: los conflictos dentro del partido y de su dirección durante la “revolución cultural” fueron explicados como expresión de una lucha de clase entre los defensores del socialismo y los partidarios del capitalismo (es verdad que un poco más tarde el defensor del socialismo N. 2, el bien amado compañero Lin Piao, súbitamente cambió de naturaleza, pasando de la primera a la segunda categoría...).

La caracterización sociológica, lejos de ser la conclusión de un análisis objetivo —obtenida después de una confrontación exhaustiva y de una verificación práctica— no era más que un instrumento de intimidación ideológica, un medio de ahogar el debate, una tentativa de justificar las medidas burocráticas y administrativas incluso la eliminación física.

Desde el punto de vista teórico, el método utilizado por los dirigentes del PRT, en la mejor de las hipótesis, peca de un mecanismo estrecho (en la medida en que se quiere ver automáticamente, sin ninguna mediación, una presión de clases detrás de toda posición errónea o considerada así por la dirección). Pero sobre todo este método ignora que las diferencias y las divergencias en un partido revolucionario tienen su base objetiva en las diferencias que existen en la clase obrera misma. La clase obrera de ninguna manera es un todo homogéneo, se compone de capas múltiples que se diferencian por su situación objetiva en el tejido socio-económico y por su experiencia de lucha. Luego surgen diferencias de la dificultad real de desarrollar en cada etapa un análisis de conjunto correcto y de sacar todas las conclusiones tácticas y estratégicas que se imponen. Es absolutamente inevitable que —sobre todo en situaciones muy dinámicas donde datos y problemas planeados y la necesidad de la acción puedan cambiar con una rapidez extrema— se enfrenten posiciones diferentes dentro del propio partido sobre la caracterización de una

determinada etapa, sobre las elecciones prioritarias, sobre los métodos a adoptar, etc. El único modo de explotar positivamente la dialéctica interna que surge, de evitar el fraccionamiento de la organización, de reducir los falsos gastos de asegurar lo que en último análisis es lo esencial, la intervención más eficaz en la práctica, es la confrontación más democrática, sin limitación del derecho de crítica, del derecho de organizar tendencias, sin que la dirección goce de una condición privilegiada para imponer sus propios puntos de vista. La práctica de lanzar constantemente caracterizaciones sociológicas negativas contra todos aquellos que critican la línea mayoritaria no puede más que impedir dicha confrontación y por lo tanto ello daña el desarrollo y la maduración del partido.

EL PARTIDO COMUNISTA VIETNAMITA

- La apreciación de la naturaleza del partido comunista vietnamita es objeto de discusión en la Internacional y tendremos ocasión de volver sobre esto durante el debate que preparará el Congreso Mundial. Pero desde ya destacamos que no aceptamos la posición de los compañeros del PRT que ponen al partido vietnamita al mismo nivel del partido bolchevique en la época de Lenin.

- Va de por sí que los marxistas revolucionarios no pueden ignorar o minimizar, por poco que sea, el aporte histórico que los comunistas vietnamitas han dado a la lucha contra el capitalismo mundial en la construcción de un Estado obrero en la mitad de su país, y al infligir una dura derrota al imperialismo norteamericano en la guerra que libró durante largos años para aplastar la revolución indochina. Nosotros tampoco minimizamos –por otra parte, ya lo hemos señalado al hablar del crecimiento de nuestras secciones en Europa– la importancia decisiva que tuvo la lucha heroica de los vietnamitas al originar nuevas vanguardias en el mundo entero. Por todas estas razones no compartimos la posición de los que caracterizan el partido vietnamita como stalinista. Se trata, cuanto más, de una caracterización muy parcial que no considera más que un aspecto de una realidad compleja. Nosotros sabemos que el rechazo de esta caracterización puede plantear problemas de análisis histórico y de síntesis teórica que merecen ser discutidos ampliamente. Pero si aceptamos incluir en la categoría de stalinista a un partido que destruyó al capitalismo en su país y que durante mucho tiempo se mantuvo a la vanguar-

dia de la lucha contra el imperialismo en escala mundial se plantean problemas mucho más graves. El compañero Rouse, en su reciente ensayo, justamente escribió: “El POV pertenece a esa generación de partidos comunistas que, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, han roto en la práctica con la política internacional de la burocracia soviética. De todos estos partidos el PCV es el que ha ido más lejos en el redescubrimiento de los principios del marxismo”.

Concretamente, el PCV en relación a Moscú y a Pekín ha demostrado muchas veces su independencia sobre cuestiones importantes, lo que lo ha llevado, entre otras cosas, a buscar alianzas y colaboración con sectores del movimiento obrero revolucionario ferozmente combatidos por la burocracia soviética y china. De hecho rechazó la concepción krutcheviana y maoísta de la coexistencia y, ante los acontecimientos que ocurrieron en el Sur durante los años posteriores al acuerdo de Ginebra, aunque con algunas vacilaciones iniciales, y una cierta demora, eligió integrarse en la lucha revolucionaria contra el régimen neocolonialista y tomar su dirección, siendo consciente de que ello lo llevaría inevitablemente a una confrontación mayor con el imperialismo norteamericano. Comprendió la dinámica de la revolución indochina y actuó en forma sistemática para arrancar las raíces del capitalismo también en las zonas liberadas del Sur.

En otras palabras, el PCV no practicó una política de subordinación a la burguesía llamada nacional, como lo hicieron los PC italiano y francés en 1944-47, el PC chino en 1925-27 y el PC indonesio durante la década del 60, y los frentes que propició se formaron con comités efectivamente unidos a las masas, donde las clases dominantes no tenían ningún medio de hacer prevalecer sus intereses ni de ejercer una influencia importante. Por otra parte, la concepción de la guerra campesina jamás tuvo como consecuencia una negación de la hegemonía del proletariado ejercida por el partido.

Dicho esto, no debemos olvidar que las generalizaciones teóricas de los comunistas vietnamitas jamás estuvieron exentas de ambigüedad y que implicaron e implican concesiones a ideas de frentes populares de origen stalinista. Eso tuvo, sobre todo en ciertas etapas, consecuencias muy negativas en la práctica del partido (no sólo en los años 30, sino también, como el propio Giap lo señaló, hasta comienzos de la década del 60, por ejemplo en la relación a la

política agraria). Pero lo que es aún más importante, con eso también se corrió el riesgo de obstaculizar el esclarecimiento teórico y político necesario para el renacimiento del movimiento comunista mundial en la medida en que gracias al prestigio ganado en su lucha, todas las concepciones de los comunistas vietnamitas representan un punto de referencia extremadamente importante para los militantes comunistas y revolucionarios del mundo entero. De la ambigüedad de ciertas formulaciones –relativas principalmente a las relaciones con la burguesía nacional– se puede escapar como pudieron hacerlo los vietnamitas en los últimos 20 años, es decir con una lucha que rompió toda limitación teórica. Pero otros intentaron salir, como los comunistas indonesios, que practicaron la alianza con la burguesía nacional, antiimperialista, etc. Y encontraron una derrota trágica.

El problema de nuestra actitud frente al PCV implica una cuestión capital; ¿cómo se debe caracterizar a la República Democrática del Vietnam? Nosotros lo hemos dicho y lo repetimos: en Vietnam del Norte el capitalismo ha sido derrocado y se ha instaurado un Estado obrero. Es un logro histórico. Pero el estado obrero norvietnamita no está basado en verdaderos organismos de democracia real. Por cierto, el partido y el aparato político en general tienen lazos con las masas, y gracias al rol jugado durante los últimos 25 años, gozan en gran medida de su confianza, lo que les ha permitido por otra parte el esfuerzo de movilización necesario para librar la guerra contra el imperialismo y el régimen fantoche saigones. Pero no existen, organizaciones como las de la Rusia revolucionaria, es decir instrumentos para que las masas ejerzan efectivamente el poder y decidan sobre *todos los problemas políticos*. Esto es un elemento esencial.

Agreguemos que en Vietnam tampoco hay separación entre el Estado y el partido y la experiencia de medio siglo en las sociedades de transición demuestra que esa identificación es al mismo tiempo, una manifestación y una causa suplementaria de burocratización. Esto tanto más cuando el partido no funciona según los criterios leninistas de centralismo democrático, sino que se inspira siempre en métodos introducidos por Stalin en los movimientos comunistas, que excluyen una libre confrontación de posiciones diferentes u opuestas, y niegan todo derecho a organizar tendencias.

La conclusión que obtenemos es que tam-

bién el Estado obrero vietnamita está caracterizado por una deformación burocrática, aunque no existe una casta burocrática centralizada y que goce de privilegios comparables a los que la casta que reina en la Unión Soviética, en Europa oriental y en China.

PELIGROS PARA LA REVOLUCION CUBANA

El informe contenido en el B.I. 33 indica en forma muy clara que los dirigentes del PRT adoptan ante Cuba una actitud puramente propagandística y apologética. Ya hemos tocado este tema en nuestra carta. Volveremos ahora rápidamente a tres puntos esenciales:

Los organismos de democracia proletaria verdaderos, que aseguren a las masas el ejercicio efectivo del poder, su participación directa en las decisiones sobre todos los problemas políticos, tampoco existen en Cuba. Los CDR tienen funciones importantes y pueden, en ciertas circunstancias, ser instrumentos de organización y de movilización de las masas, pero estas funciones están limitadas. Los mismos cubanos describen así su tarea: "Primero la vigilancia como prioridad número uno. En segundo lugar la información. En tercer lugar orientación a la población. En cuarto lugar auxiliar al Partido y a los organismos del Estado en la realización de estas tareas: Educación, Salud Pública, Poder legal, Ahorro, Agricultura, Defensa Civil, Organización, entrega de carne, Solidaridad, Deporte, Cultura..." (texto de la Dirección Nacional de los CDR).

Esta claro, entonces, que no se trata de organismos eminentemente políticos, comparables a los soviets de la revolución rusa. Necesitaremos recordar una vez más –como lo hemos hecho muchas veces en polémicas con burócratas y centristas de toda clase– que esos organismos estaban considerados por Lenin y la III Internacional no sólo como específicamente nacionales, como elemento accesorio, sino como elementos característicos, indispensables para la victoria de toda revolución y para el impulso de toda construcción del socialismo.

El partido cubano no está organizado sobre la base del centralismo democrático. Una vez más, no se trata de negar sus lazos con las masas ni de discutir el valor de las formas originales de reclutamiento. Pero es un hecho que no hay una elaboración democrática real de las decisiones, no hay una confrontación abierta de los puntos

de vista y de orientaciones diferentes y sin embargo inevitables ¿Acaso los compañeros del PRT olvidan el "detalle" que 14 años después del triunfo de la revolución el partido todavía no ha realizado su primer congreso? Ellos mismos, al explicar su concepción de centralismo democrático, escriben "el centralismo democrático se basa sobre el principio de la elaboración de la línea estratégica y práctica general, para determinadas etapas, hecha por todos los militantes en un congreso, y sobre el derecho de organizar tendencias" (2). Es exactamente eso lo que no sucede en el partido comunista cubano.

La afirmación del informe del B.I. 33, según la cual "el arribismo y el burocratismo han sido prácticamente desterrados" no corresponde desgraciadamente a la verdad. Hay tendencias burocráticas también en Cuba y hay capas, principalmente en los cuadros medios, que construyen un criadero de burocratismo, un peligro grave para el futuro del Estado obrero. Los métodos de dirección y de gestión del poder no son de naturaleza tal que puedan extirpar esas tendencias, las que por otra parte son favorecidas por las condiciones de aislamiento prolongado de Cuba en un continente americano que sigue siendo capitalista y, por lo tanto, tiene un desarrollo económico atormentado y contradictorio.

Hoy en día el peligro es tanto más grande cuando la dirección cubana ha establecido relaciones estrechas con la burocracia soviética y, lo que es peor, ha adoptado a este respecto una actitud de apoyo incondicional. Cuando se examinan las perspectivas del Estado obrero cubano no podemos olvidar que entre los factores que entran en juego, está justamente la creciente influencia de la poderosa burocracia de Moscú, que con toda evidencia está interesada en apoyar a las capas más conservadoras, en favorecer un proceso de burocratización.

Por eso es muy grave que los dirigentes cubanos borren cada vez más la distinción necesaria entre los legítimos acuerdos con la Unión Soviética en función antiimperialista y con el fin de supervisar las dificultades económicas, y con una actitud desprovista de crítica hacia la casta burocrática en el poder, su orientación internacional y su ideología. Un corolario de esta actitud es que renuncian a toda diferenciación substancial también en relación con los partidos comunistas latinoamericanos que sin embargo, habían sido criticados muy duramente por Fidel y el Che en el pasado, contribuyendo con eso a la madu-

ración política de amplias vanguardias en el continente. Si es verdad, como cree la IV Internacional, que la lucha contra las concepciones oportunistas neo-mencheviques de los partidos comunistas es una necesidad inevitable de la batalla para la construcción de los partidos revolucionarios también en América Latina, la orientación actual de los comunistas cubanos en la materia está cargada de consecuencias nefastas y debe ser legítimamente criticada.

Lo que es más grave aún: los dirigentes cubanos tienen una tendencia a subordinar las necesidades del movimiento revolucionario de otros países a las necesidades políticas de Cuba. Llegan a distorsiones analíticas flagrantes. El ejemplo del Perú, hasta ahora es el más significativo: se ensalza a este régimen como revolucionario y se presenta a su ejército —el mismo que aplastó a la guerrilla— como revolucionario. No es el único y probablemente la lista está por alargarse peligrosamente. Con respecto a Chile, el aval dado, a pesar de las amonestaciones indirectas, al gobierno de Allende y a su política, ciertamente no ha facilitado la tarea de la izquierda revolucionaria, principalmente del MIR que sin embargo estuvo siempre cerca de la revolución cubana y de las concepciones de sus dirigentes.

Esa actitud coexiste con un apoyo a los movimientos revolucionarios de ciertos países que sufren dictaduras reaccionarias. Por esta razón —sobre la base además del análisis de la situación interna— nuestra posición de hacer una distinción cualitativa entre Cuba y los otros Estados obreros — en el sentido de que todavía no hay una casta burocrática cristalizada— permanece válido. Pero, repetimos, las tendencias oportunistas —desde el punto de vista político— actúan y ejercen una influencia cada vez más negativa. Los revolucionarios latinoamericanos deben ser conscientes de esta realidad, deben comprender que una actitud puramente propagandística ante la dirección cubana constituye un error muy serio que a la larga implicaría graves consecuencias prácticas. Todos sabemos —para nosotros es una verdad primordial— que la ayuda decisiva que se puede dar al Estado Obrero cubano, es desarrollar la lucha revolucionaria y derrocar al poder capitalista en otros países latinoamericanos. Ahora bien, en ciertos países por lo menos, esta lucha no puede ser librada eficazmente sin rechazar los análisis de los dirigentes cubanos, sin rechazar sus orientaciones. En último análisis, por lo tanto, toda actitud incondicional sería

dañina para los intereses fundamentales de defensa de la revolución.

UNA VEZ MAS SOBRE LOS PROBLEMAS QUE SE PLANTEAN AL PRT

En nuestra carta al partido hemos planteado ciertos problemas que surgen. Tendremos ocasión de volver sobre ellos. Aquí, nos limitamos a subrayar lo que sigue:

El déficit fundamental para el PRT —principalmente determinado por la línea seguida después de las acciones positivas realizadas afines de 70/primeros meses del 71— reside en que no ha logrado establecer la relación necesaria entre lucha armada y dinámica del movimiento de las masas. Más concretamente, no ha realizado una unión estable y consecuente entre la intervención de los destacamentos armados y las luchas de la clase obrera muy movilizadas a escala nacional. Esto tuvo como consecuencia que las acciones armadas hayan estado fundamentalmente inspiradas por necesidades logísticas o por necesidades de protección o de liberación de los militantes presos por el enemigo; no ha habido un trabajo sindical sistemático; la campaña por los Comités de Base —en principio correcta— no ha dado ningún resultado importante. En conclusión, el PRT no ha sido capaz de capitalizar políticamente y organizativamente el prestigio ganado en largas capas gracias a sus valientes acciones armadas.

Como ya lo hemos subrayado en nuestra carta, no se han aclarado en el partido temas vitales de una estrategia revolucionaria. Al mismo tiempo, un análisis sumario ignoró la diferencia entre tendencia a la guerra civil y primera etapa de enfrentamiento armado por una parte y por otra, la guerra revolucionaria propiamente dicha. La consecuencia fue que, en la práctica, el desarrollo del ERP se persiguió como un fin en sí mismo, como producto esencial de las iniciativas que él mismo tomaba por la acción de sus combatientes. Esta práctica no podía escapar al peligro de concebir la estrategia militar sin una relación ajustada a la evolución política. Ahora bien, partiendo de un análisis de la situación, principalmente del ascenso de las masas, la orientación hubiera debido basarse no sólo en la necesidad de una guerrilla urbana en general, sino más precisamente en la necesidad de formas de lucha armada cada vez más ligadas con el movimiento de las masas (en otras palabras, hubiera sido necesario, desarrollar los elementos potenciales de ciertas acciones emprendidas

durante el Viborazo). Por esta vía hubiera sido posible estimular la formación de equipos de autodefensa, embriones de milicias obreras.

Estas carencias impidieron al PRT jugar un rol primordial en la etapa actual de la lucha de clases que le han debilitado considerablemente del punto de vista político— frente a las maniobras tácticas de la dictadura. Su incapacidad de definir con precisión y a tiempo su actitud hacia las elecciones es muy ilustrativa en la materia (3). Ahora bien, si las elecciones efectivamente tienen lugar, si la situación desemboca en un compromiso entre el peronismo y los militares y se produce entonces un interludio “democrático” —aunque más no fuera muy limitado— el PRT se encontrará enfrentando dificultades todavía más graves que las que tiene hoy. Si hay un giro con la anulación de las elecciones —antes e inmediatamente después del 11 de marzo— si se vuelve a una situación en que el enfrentamiento armado nuevamente será prioritario, el PRT pagará con creces el precio de su incapacidad de explotar la etapa actual para ganar cuadros obreros o ligados al movimiento obrero, ampliar su base, ligarse más profundamente al movimiento de masas.

Todos los problemas que hemos planteado y a los que nadie puede restar importancia, deben estar en el centro del debate en el PRT y entre el PRT y la Internacional. Este debate es una necesidad vital para el partido y podrá ser decisivo para la evolución de sus relaciones con el resto del movimiento trotskista mundial. Es necesario que se desarrolle sin obstáculos, en la mayor claridad, dando prioridad absoluta al fondo político sobre toda otra cuestión organizativa, por legítima que pueda parecer.

10 de febrero de 1973.

Alain Krivine, Ernest Mandel, Livio Maitán, Pierre Frank, Tariqu Alí, Sandor.

Notas:

Esos “análisis” rozan inevitablemente el chisme irresponsable y la murmuración y dan como resultado—deliberado o no— oscurecer el debate político. Para información de los compañeros que lo ignoran, señalamos que, en todo caso, tanto los rentados de la Internacional como los de las secciones europeas tienen salarios muy por debajo del salario promedio obrero.

Precisamos que según la concepción leninista el derecho de tendencia no se limita al período de preparación del congreso, si bien sobre

todo en ese período se produce la confrontación de los diferentes puntos de vista.

Hasta el B.I. 36, fechado 24-1, la dirección del PRT no había expresado su posición y se limitaba a esbozar dos alternativas: abstenerse o votar en blanco. Resulta curioso que al mencionar los dos partidos “de izquierda” que presentan candidatos —el FIP de Ramos y el PST de Coral— el B.I. 35 dice: “Su política sectaria no ha permitido una expresión genuinamente representativa”. Nosotros ignoramos si hubo manifestaciones de sectarismo en la campaña de Ramos y de Coral. Pero es notable que el B.I. olvida que lo que se les debe reprochar es fundamentalmente su oportunismo: ellos han subordinado todo a la participación en las elecciones y no han librado una batalla de denuncias del carácter de las elecciones organizadas por la dictadura, asegurando con ello una cobertura de “izquierda” (hacemos aquí abstracción deshecho que en todo caso Ramos y Coral no pueden ser metidos en la misma bolsa).

FRACCIÓN ROJA: SOBRE LA CONCEPCIÓN DE PARTIDO

Ya escribimos en otra parte de este documento que la minuta publicada en el BN N. 33 es muy sintética. Trazábamos allí algunos ejes de temas cuya discusión nos parecía importante. Era normal que algunas cuestiones no estuvieran suficientemente profundizadas todavía. Era el caso del PC Vietnamita. Pero nos comprometemos desde ahora, delante del conjunto de la militancia partidaria a profundizar en un documento ulterior al estudio de la trayectoria y de la realidad actual del Partido Vietnamita y volcar nuevos elementos a la discusión. Nos parece de suma importancia intentar precisar una caracterización de la dirección revolucionaria vietnamita, por la importancia capital que esta dirección tendrá inevitablemente en el surgimiento de nuevas organizaciones de vanguardia a nivel internacional, como consecuencia del papel central de la revolución vietnamita en la actual relación de fuerzas mundial.

Sin embargo, esto no justifica el carácter demagógico y superficial de la réplica de la dirección del PRT a nuestra minuta. Con su demagogia y su superficialidad la dirección del PRT logró eludir justamente la discusión que habíamos planteado sobre el modelo de partido. Es pura demagogia escandalizarse porque

hemos hablado del PC Chino y Vietnamita y de la Socialdemocracia alemana. No estamos haciendo comparaciones de la moral de combate de sus miembros, estamos discutiendo sus concepciones de partido. Eso es perfectamente legítimo y no tiene nada de insultante. Además estábamos evidentemente hablando de la Socialdemocracia de la II Internacional antes de su traición abierta por ocasión de la guerra de 1914. Lo que si es absurdo es comparar ésta con el PS. Argentino. La distancia que hay entre una y otra es la misma que hay entre Engels, Bebel, Rosa Luxemburgo, Kart Liebknecht, Kautsky y esos lamentables sub-productos nacionales de la II Internacional ya degenerada que son Palacios, Repetto, Justo, etc.

Su superficialidad también es particularmente clara en sus muy simplificadores referencias al Partido Bolchevique, a los partidos Chino, Vietnamita y Cubano. A pesar de nuestra insuficiente profundización, apuntada más arriba, no nos hemos caracterizado nosotros por “eludir un análisis concreto de su trayectoria, experiencia y métodos de construcción” (BI 34) sino justamente la dirección. Veremos que superficial es poner en la misma bolsa de “los mismos principios marxistas-leninistas” a todos esos partidos que “se parecen como una gota de agua a otra”. (BI 34).

Reivindicamos completamente el ejemplo del Partido Bolchevique de Lenin. No solamente porque se trata de un partido que dirigió la primer revolución proletaria victoriosa. Sino también, porque se trata de la dirección revolucionaria que hasta hoy día ha sido un ejemplo único de lucidez y conciencia sobre su propio papel en la historia. Los textos de Lenin sobre el Partido, los escritos de Trotsky sobre la Revolución Rusa son una caracterización científica de todo el proceso revolucionario por ellos protagonizado, no un producto ideologizado de ese proceso.

No podemos decir lo mismo del PC Chino. Si estudiáramos la revolución China solamente a través de aquello que sobre ella escribieron los Chinos, como nos propone la dirección del PRT, tendríamos una visión no sólo insuficiente, sino incluso falsa de esa revolución. Eso porque no es posible hablar de la construcción del PC Chino sin ubicarlo en el marco del stalinismo. El stalinismo es justamente una referencia histórica completamente ausente de los planteos de la dirección del PRT. Más adelante analizaremos el porque de ellos y cuales son sus implicaciones.

El PC Chino tiene toda su trayectoria profundamente marcada por la revolución China derrotada de 1925-1927. Este partido surge a partir de un número reducido de intelectuales que ganan rápida influencia en la clase obrera

China, (1921: 57 miembros en el I. Congreso; hasta 1925 algunos cientos; en 1925, 10.000 miembros; en 1926, 30.000; en principios de 1927, 60.000). El PC se desarrolla casi paralelamente al mismo movimiento obrero organizado en sindicatos, (más de un millón de obreros sindicalizados en 1926, 800.000 campesinos organizados en la misma época). La política de Stalin de colaboración de clases con la burguesía china se traduce en el ingreso del PC en el Kuomintang y en el desarme de las milicias obreras, todo en función de la concepción de revolución por etapas practicada por la Internacional comunista burocratizada. Esto llevara al PC y al movimiento obrero chino a la masacre: los sindicatos son completamente destruidos, el PC es obligado a refugiarse en zonas rurales, muy debilitado. Un cambio de política muy típica de las oscilaciones de la burocracia stalinista que se traduce en un breve período ultra-izquierda, deja al PC chino reducido a cero en las ciudades. (En 1926, los obreros constituían el 66% del PC Chino, en 1929 ya no representaban más que el 3%, lo que da una idea de la efectividad de la masacre).

El período de la larga marcha es una prolongada lucha para evitar sucesivas campañas de cerco de las fuerzas burguesas. El Ejército Rojo ve sus fuerzas numéricamente muy disminuidas, pero el PC logra consolidar sus cuadros y los combatientes rojos se granjean a escala nacional un considerable prestigio como defensores de los intereses de los campesinos y de los oprimidos. Recién durante la ocupación japonesa el Ejército Rojo crece vertiginosamente, (en 1936, el PC tenía algunas decenas de miles de miembros; en 1945 tiene un millón doscientos mil) luchando en frente único con el Kuomintang burgués. La marca de la política Stalinista en el PC chino es evidente en el período de pos-guerra en que la dirección busca sin éxito un acuerdo con la burguesía para formar un régimen "democrático", según la concepción de la revolución por etapas. Sin embargo, la experiencia trágica de 1925-1927 hace que en los hechos el PC no desarme su ejército y sus milicias como lo hacían en la misma época otros Partidos Comunistas siguiendo la política stalinista de coexistencia pacífica, y la guerra civil va a seguir hasta la toma del poder en 1949. Aunque en los hechos el PC emprende la construcción del socialismo en China, según la dinámica de la revolución permanente, las formulaciones programáticas y teóricas siguen siendo las heredadas del stalinismo. Por eso la sola lectura de Mao hace imposible comprender lo que sucedió en China.

El PC chino es el mejor ejemplo de la concepción de partido "de nuevo tipo obrero y campesino" que el stalinismo impulsó a partir del VI Congreso de la Internacional Comunista. Ese partido amplio de masas es el que reúne más claramente las características que planteábamos en la minuta del Boletín N.33. Rescatemos pues la valiosa experiencia de construcción del Ejército Rojo chino, en el primer proceso de guerra revolucionaria prolongada que conoció la historia de la revolución mundial. Pero no nos engañemos sobre el PC chino al punto de hacer nuestras todas sus concepciones organizativas o políticas, muchas de ellas muy discutibles. O acaso vamos a repetir como loros todas las tonterías sobre la revolución por etapas, sobre la "nueva democracia", sobre el bloque de las cuatro clases (incluyendo a la burguesía "nacional"), etc.? El PC chino tenía ya en esa época profundas deformaciones burocráticas que se cristalizarán después de la toma del poder. Un "análisis concreto de su trayectoria, experiencia y métodos de construcción" (BI 34) nos permite verificarlo. Pero la dirección del PRT jamás quiso hacerse "juez" de los chinos. Porque por lo visto de China sólo pueden hablar los que "conocen", esto es, los mismos chinos. Con ese método empírico, que niega todo análisis científico, a la dirección del PRT le ha hecho falta "ver" el apoyo de la dirección maoísta a la represión de las luchas sociales en Bengala y Ceilán para empezar a darse cuenta que "posiblemente" tengan "razón los compañeros que caracterizan al PC Chino como burocratizado" Compañeros, que débil dirección partidaria reivindicándose internacionalista es esta, que necesita la evidencia de pueblos masacrados para darse cuenta de la burocracia que hay en China, de su política de coexistencia pacífica, de su traición abierta a la lucha del proletariado internacional. Y cómo se puede permitir una dirección partidaria empezar una rectificación de tal importancia sin hacerse una profunda auto-crítica, escribiendo sencillamente un par de líneas en una minuta. Durante años, la dirección ha proclamado abiertamente que no podía haber una Internacional revolucionaria de masas sin ese PC chino. Resulta que ahora, la fuerza más importante de esa Internacional que la dirección se propone ayudar a construir "posiblemente" sea burocratizada. Lo más lamentable es todavía el empirismo total por el que la dirección llega a esta nueva conclusión. Durante años se ignoró o se ridiculizó todos los análisis y caracterizaciones que hacía la IV Internacional sobre el PC Chino ¿Cuáles fueron los "nuevos elementos" que produjeron el cambio? Fue un estudio serio o fue la

lectura diaria de "La Opinión" o lo que les contaron los compañeros cubanos en su último viaje (hace años que cuentan lo mismo, esto no es ninguna novedad) Compañeros preferimos cientos de veces pecar por exceso de rigor al intentar un juicio y un análisis serios, que oscilar empíricamente según sopla el viento. Es deber de todo militante internacionalista intentar hacerse un juicio sobre los demás procesos revolucionarios y no quedarse en la mera repetición de la versión ideologizada de esos procesos, producida por algunos de sus protagonistas.

Haremos en el futuro como nos comprometemos un análisis más profundizado del PC Vietnamita, pero esbozaremos aquí a grandes rasgos algunas de sus características, pues nos parece de lo más superficial decir sencillamente que "se parece como una gota de agua a otra" al Partido Bolchevique. Eso es justamente "eludir un análisis concreto de su trayectoria, experiencia y métodos de construcción" (BI34) que es lo que la dirección del PRT nos critica a nosotros.

El PC Indochino surge en 1939, durante el período ultra-izquierdista de la I Internacional Comunista stalinizada y tiene una trayectoria muy particular. Ya en sus comienzos dirige revueltas campesinas en Vietnam. El PC Indochino en su primer programa ya caracteriza a la burguesía nacional como incapaz de llevar adelante la lucha, aún por las tareas democráticas y antiimperialistas, por su misma debilidad en los países de la península. Contrariamente al PC Chino, por ejemplo, que luchó durante años contra un partido nacionalista burgués (el Kuomintang), el PC Vietnamita no tuvo prácticamente adversarios aún en el solo terreno del nacionalismo, de la lucha anti-imperialista. Cuando surge el PC, ya no existe en Vietnam ningún movimiento nacionalista burgués con posibilidades serias de enfrentarse aunque sea parcialmente al imperialismo. Al PC le toca por lo tanto el casi monopolio de la lucha anti-imperialista en Vietnam, polarizando así rápidamente las fuerzas populares, obreras y campesinas del país. De esa época data la influencia de masas del partido, que no pierde sin embargo su carácter de vanguardia organizada, delimitada de los sectores que dirige. El PC llega al poder por la insurrección de agosto de 1945 en un momento en que hay en Vietnam un vacío de poder: los japoneses ya se retiraron, los franceses no llegaron aún a tener capacidad de oponerse al PC. La lucha armada decisiva contra los franceses empieza por lo tanto después de la toma del

poder, a partir sobre todo de las bases del Norte consolidadas.

Reconocer el valor la rica experiencia de lucha del PC Vietnamita no significa tampoco cerrar los ojos hacia errores y desviaciones que son el producto de su formación original stalinista. Así cuando en Francia llegó al gobierno en 1936 el Frente Popular (coalición de burgueses y reformistas compuesta del Partido Radical y del Partido Socialista, con apoyo exterior del PC francés), el PC Vietnamita dejó de luchar por la independencia y planteó solamente la "autonomía" en el marco de la "Unión Francesa". En esa ocasión rompió con los trotskystas vietnamitas que siguieron con su orientación clasista y anti-imperialista, algunos sectores del PC llegaron a fusilar a los militantes trotskystas (que Ho-Chi Minh reconocería en la pos-guerra habían sido "patriotas" consecuentes). Cuando se forma el Vietminh (Frente Nacional de liberación, organización de masas luchando contra el imperialismo francés) el PC se disolvió públicamente, considerando que no hacía falta un partido obrero de vanguardia independiente en el frente nacional. Eso era un período en que la política stalinista de alianza con las potencias imperialistas "democráticas" se hacía abiertamente liquidadora, preparando la política de coexistencia pacífica: Stalin disolvía la Internacional Comunista en 1943 (ya había "cumplido su objetivo") el PC norteamericano se disolvía (pues ahora los EEUU eran aliados de la URSS), en Cuba el PC se transformaba en Partido Socialista Popular y se volvía abiertamente pro-yanky, en Guatemala el PC se volvía Partido Guatemalteco del Trabajo, en la Argentina el PC entraba en la Unión Democrática, etc. El PC Vietnamita jamás se autocriticó de esa disolución en el Vietminh, aún cuando se volvió a formar públicamente años después. En 1956, bajo la presión de la URSS y de China el PC Vietnamita aceptó firmar los Acuerdos de Ginebra, que dividían al país en dos, a pesar de la relación de fuerzas favorable que existía después de la victoria en la batalla de Dien-Bien-Fu. Eso permitiría la consolidación del régimen títere en el Sur, la progresiva penetración yanqui y la represión anticomunista de la dictadura de Diem. La historia del PC Vietnamita no es por lo tanto tan lineal como la dirección del PRT quisiera que fuera en su mitología particular. La historia verdadera, y no como desearíamos que hubiera sido, es aquella más rica de lecciones para los revolucionarios.

Sin embargo, en nuestra opinión, lo decisivo para una caracterización de la dirección

revolucionaria vietnamita es su práctica de los últimos quince años. Justamente eso marca su distancia y su diferencia de naturaleza con la dirección maoísta. Mientras ésta en los últimos años ha cristalizado su carácter burocrático y ha tenido un papel criminal a nivel internacional en varios casos de importancia capital (Indonesia, Bengala, Ceylán, Sudán, Irán, etc.), la dirección vietnamita ha dirigido ejemplarmente una heroica guerra revolucionaria contra el imperialismo más poderoso de la historia del capitalismo. En el actual marco de la crisis del Stalinismo, la dirección vietnamita ha logrado mantenerse independiente de la burocracia soviética y de la burocracia maoísta, aprovechando sus contradicciones a pesar de las grandes dificultades de su situación frente a la agresión yanqui. Sacando las lecciones del período posterior a los Acuerdos de Ginebra, no confía en las negociaciones sino en la lucha: después del reciente cese del fuego, continua su política revolucionaria a través de las luchas de masas sin desarmar o retirar sus fuerzas armadas en el Sur, como lo hiciera en 1956. Esa evolución de los últimos años, en el marco decisivo de la expansión de la revolución a toda la península indochina en una dinámica de revolución permanente, es la que nos parece decisiva para caracterizar al PC Vietnamita como una dirección revolucionaria cualitativamente distinta de la burocracia maoísta. El PC Vietnamita rompe así progresivamente con sus orígenes stalinistas en la práctica, si bien no ha abandonado todavía todas sus formulaciones tipo revolución por etapas más que en parte (en dirigentes como Le Duan más que en otros como Truong Chinh, justamente más marcado por los chinos). Además, el contexto internacional actual es radicalmente distinto al de los años 50, en que se cristalizó la burocracia maoísta. La crisis profundizada del stalinismo, con la ruptura definitiva de su monolitismo y un ascenso de las luchas obreras antiburocráticas en Europa Oriental, se acompaña de un ascenso revolucionario simultáneo en los países capitalistas desarrollados y en los demás países dominados por el imperialismo. En definitiva la evolución de la dirección revolucionaria vietnamita dependerá justamente de la evolución de la relación de fuerzas en Indochina y a nivel Internacional. Por esa razón tiene particular importancia la tarea de defender a la revolución vietnamita. De manera general, manteniendo con ella nuestra solidaridad permanente, hasta la victoria final. Y en nuestro caso, siguiendo la consigna de Che: crear 2,3, muchos Vietnam.

Nos parece que tenemos mucho que aprender con los compañeros cubanos. Pero tenemos que tener también claro que uno de sus déficits mayores es justamente la cuestión del partido. La toma del poder se hizo en Cuba, excepcionalmente, sin un partido de tipo leninista, aunque fuera deformado, pero con una organización revolucionaria que fue capaz de dirigir la lucha contra la dictadura en el campo y en las ciudades. Catorce años después de la toma del poder, el Partido jamás ha realizado un congreso. Si estamos discutiendo el problema del modelo de Partido y de la estrategia de construcción del Partido, nos parece que más lecciones podemos sacar de otros ejemplos, sin desmerecer por ello el mérito de los compañeros cubanos en haber llevado a cabo exitosamente la toma del poder y formado así el primer Estado Obrero de nuestro continente ni la contribución que han dado a la revolución latinoamericana.

Pero si queremos discutir de verdad la cuestión del Partido y de su construcción tenemos que intentar hacer un estudio serio de las experiencias pasadas y no contentarnos de generalidades sobre las "gotas de agua" construidas en base a los mismos principios "marxistas leninistas".

Aún este rápido repaso de los principales ejemplos nos muestran desde el vamos que ninguno de ellos nos da una solución acabada sobre la *estrategia de construcción del Partido* en la Argentina. En Rusia, en China, en Vietnam, el partido empezó la lucha armada decisiva a partir de un Partido ya consolidado o por lo menos con una implantación fuerte en sectores de masas, cuando no después de la toma del poder. En la Argentina, se trata para nosotros de llevar adelante simultáneamente la lucha armada, la construcción del Partido y su implantación en la clase obrera. No nos basta una estrategia de poder a través de una guerra revolucionaria prolongada. Nos hace falta también una *estrategia y una táctica de construcción del Partido*. Eso es lo que empezamos a discutir en la minuta publicada en el BI 33, planteando la cuestión del modelo de Partido que debemos construir. Esa es justamente la discusión que la dirección del PRT, demostrando una vez más su estrechez política, ha eludido con sus habituales artificios demagógicos.

La dirección del PRT ha preferido también tergiversar nuestros planteos sobre los criterios leninistas de militancia y de incorporación al Partido. Mientras nosotros hemos hablado del

nivel político que deben tener los compañeros que se integran, ella deforma nuestra posición como si hubiéramos hablado del *nivel teórico* de los aspirantes, lo que no es en absoluto la misma cosa. Cuando hablamos de nivel político nos referimos a la capacidad de un compañero para asimilar e impulsar la línea del Partido. Eso es lo que debemos exigir fundamentalmente de un aspirante. El nivel teórico supone *además de eso* una asimilación del marxismo que los militantes deben realizar progresivamente en el Partido, pero que no puede ser una condición necesaria para la integración de un compañero. Por eso no son novedad para nosotros una serie de criterios planteados por la dirección en su minuta, criterios con los cuales podemos estar de acuerdo. Pero lo que negamos terminantemente es que estos criterios fueran aplicados por la dirección regional o por el Partido de manera general. De ahí resulta la actualidad de todo aquello que escribimos en la minuta, que muestra la coherencia que hay entre ciertos criterios y cierta metodología un una determinada concepción de Partido, que es la practicada por la dirección del PRT en los hechos.

Lo mismo ocurre con nuestra afirmación de que había que dirigir *prioritariamente* la intervención en el movimiento obrero hacia la vanguardia d la clase. De la misma manera que en todo el país el accionar del Partido y del ERP estuvo dirigido hacia villas y sectores parecidos, en la Regional la intervención obrera estaba dispersada en una serie de gremios que están lejos de ser los más avanzados de la clase. No sólo no se respetó esa prioridad de la intervención en la vanguardia, sino que en los hechos se la diluyó en una serie de sectores retrasados *exclusivamente*. Eso es lo que justificaba nuestros planteos.

Pero la cita de Lenin que saca a relucir la dirección del PRT para contestarnos sobre este tema curiosamente aclara más bien lo erróneo de sui orientación y no de nuestros planteos. Porque en primer lugar, dar *prioridad* a ka vanguardia obrera no significa forzosamente dar a esa intervención un carácter *exclusivo*. Pero además porque la cita de Lenin de que hablamos justamente cuestiona la visión unilateral que ha tenido el PRT de la proletarización. La proletarización ha tenido en el Partido un carácter de sustituto a una verdadera táctica de implantación en la clase. Además, con la proletarización se ha justificado el vaciamiento permanente del frente estudiantil, relegado a un papel tan secundario que de hecho se hizo nulo. La concepción simplificada de la proletarización reemplaza así a los

ojos de la dirección del PRT una estrategia y una táctica de construcción del Partido.

Y hay que tener total falta de espíritu auto-crítico, compañeros, para decir que desde el V Congreso en el Partido todo se ha hecho según un plan centralizado. Eso cuando todos conocemos el empirismo que ha reinado y la ausencia de una verdadera dirección, que pensara e impulsara la construcción del Partido a nivel nacional. Durante mucho tiempo esa dirección no ha existido ni siquiera del punto de vista organizativo, para después cuando se forma finalmente una dirección centralizada, mostrar su incapacidad política y sus errores de métodos y de concepción.

No, compañeros, nosotros no luchamos contra la centralización del Partido. Reivindicamos el carácter de nuestra lucha como teniendo por objetivo una mayor centralización y unidad del Partido. Pero esa centralización tiene que ser *política* y no meramente formal o administrativa. Por eso ella pasa en la actualidad por la aclaración completa de los métodos y concepciones de construcción del Partido, y por lo tanto por la discusión del tipo de Partido que queremos construir. Nosotros ya hemos definido nuestra concepción: un Partido leninista de combate que pueda convertirse en vanguardia de nuestra clase obrera. Es la dirección del PRT quien sigue en el anonimato político.

Son sólo los métodos burocráticos de la dirección del PRT los que llevan al fraccionamiento del Partido y a su incapacidad de controlar las fuerzas centrífugas que surgen en su seno. Son ellos mismos los que no construyen, sino destruyen al Partido.

Enero de 1973.

COMBATE N. 1 15/08/73

EDITORIAL

Poco más de dos meses del peronismo en el gobierno han sido suficientes para que se viera en la práctica cual será el rumbo de la política de "Reconstrucción nacional". La expectativa existente en un primer momento cede paso a la confusión cuando no a la desconfianza.

Es imperioso que todos hablemos claro. Lo que se está jugando no permite a nadie medias palabras, ni mucho menos hacerse el sordo, ciego o mudo.

El autogolpe derechista que reemplazó a Cámpora por Lastiri no ha sido sino la culminación de una serie de movimientos que han ido aclarando las relaciones de fuerza en el seno del peronismo. La cuestión no es tanto saber que capacidad de movilización tiene este o aquel sector, sino ver cual es la política predominante y en última instancia quien sale favorecido con el ejercicio del gobierno.

Más allá del análisis que reduce toda la política a intrigas de palacio y a interpretaciones psicológicas, hay que ver que significa el proyecto de "reconstrucción nacional". Muchos elementos de análisis y de comprobación nos han sido ya brindados en estos dos meses. Y de lo que se trata es de reconstruir el capitalismo nacional negociando una nueva relación de dependencia con el imperialismo yanqui y europeo pero no de liberación.

Lo que estamos viendo ante nuestros ojos es la instrumentación del Gran Acuerdo Nacional (GAN).

Frente al fracaso de la Dictadura el Partido Militar, defensor de los intereses de la burguesía argentina y del imperialismo, puso en marcha el GAN. El GAN representa la salida burguesa a la crisis económica y al caos político en que se encuentra el país después de siete años de Dictadura Militar. Se vuelve a apelar a los mecanismos de la democracia parlamentaria burguesa para intentar contener el alza de las masas y de la guerrilla. La gravedad de la situación impone dejar en un segundo plano las diferencias sectoriales y realizar una gran unidad de clase: así es como se ha ido formando la unidad de la burguesía, que se reagrupa para enfrentar a su enemigo de clase el pueblo trabajador.

Aparentes enemigos de ayer se abrazan, y acuerdan en la necesidad de salvar el sistema capitalista de explotación, amenazado por la clase obrera.

Ya van veinte años que los sacrificados son los trabajadores y los que se llenan los bolsillos son la patronal nacional e imperialista. La crisis económica que conoce el país se trata de superarla una vez más a costa del sacrificio de la clase obrera.

Buena prueba de ello lo constituye el acuerdo de CGE-CGT que es la base del programa económico del peronismo burgués y burocrático. Limosnas para el pueblo y todas las medidas necesarias para favorecer a la burguesía, socia menor del imperialismo yanqui o europeo. Pero nada que pueda cuestionar a fondo el poder económico, político y militar de la burguesía y del imperialismo.

El pequeño margen de manobra de la burguesía es el que la ha obligado rápidamente a cortar por la raíz toda vacilación y toda tendencia a querer efectivizar en los hechos las expectativas del período pre-electoral. Así es como ha surgido muy rápidamente su faz represora. Esta es la continuidad natural de lo que en un primer momento se materializó como campaña macartista y como desmovilización permanente (del trabajo a la casa y de casas al trabajo).

Organizar la desconfianza en relación al peronismo burgués y burocrático en la clase obrera y el pueblo, pasa a ser la tarea del momento para los sectores más concientes y avanzados. Organizar la confianza en nuestras propias fuerzas, la conciencia de que sólo la movilización por las bases y la lucha permitirán seguir avanzando hacia nuevas victorias hacia el poder obrero y el socialismo.

Pero eso supone abandonar la política del avestruz. Aquellos que no quieren ver la realidad de frente corren el peligro de quedar al margen. Y sólo una caracterización de las fuerzas políticas en términos de clase permitirá tomar iniciativas que permitan seguir avanzando a la clase obrera y al pueblo.

La unidad en la acción de todos los sectores obreros y populares es una necesidad urgente e impostergable. Ninguna clase de sectarismo y de razones tácticas justifica la división del frente de la clase obrera y del pueblo. Esa unidad debe darse en base a consignas y propuestas concretas que permitan ir verificando en la práctica la validez de los planteos de cada uno. Una práctica de unidad en la acción que se acompañe de la clarificación política necesaria a través de la polémica franca y fraternal, debe ser recuperada hoy por los sectores obreros y populares más avanzados y activos

EL socialismo por el que luchamos nosotros

La Patria Socialista es hoy día la consigna que unifica a diversos sectores radicalizados.

Pero de socialismo hoy día hablan todos. Desde el socialismo nacional del peronismo burgués y burocrático hasta la vía nacional al socialismo del Partido Comunista, pasando por el socialismo democrático de Américo Ghioldi. Parece que se concretara aquel proverbio que dice: cuando no puede derrotar a sus enemigos júntese con ellos.

No es suficiente polemizar con el socialismo nacional tal como lo explica López Rega, porque es fácil demostrar la demagogia reaccionaria que hay detrás.

Hay que llevar la discusión clarificadora directamente hasta el fondo del problema. Hay que admitir que tal discusión con los sectores radicalizados y combativos es legítima. Eso porque el socialismo no se plantea hoy meramente como una cuestión teórica. Ya van cincuenta años de experiencias de socialismo en varias partes del mundo que no es posible ignorar.

Nuestra primer delimitación, sin embargo debemos hacerla en relación a los intentos burgueses de sembrar la confusión y recuperar los sentimientos anti-capitalistas existentes en amplios sectores de masas. *El socialismo es el poder obrero*, el socialismo es la expropiación de la burguesía y la destrucción de su poder económico, político y militar en la actual sociedad o sea el fin de la propiedad privada de los medios de producción.

El socialismo es por lo tanto el fin de la anarquía capitalista, de esta sociedad de explotación y de dependencia donde el móvil de la economía es el interés y la ganancia. *El socialismo supone la planificación centralizada de la economía*, que permitirá dirigir la capacidad productiva existente y el desarrollo en función de los intereses de los trabajadores.

Pero si el peronismo burgués y burocrático puede permitirse hablar demagógicamente de "socialismo nacional" es debido a su aprovechamiento de la repulsa provocada por la imagen burocrática caricaturesca del socialismo de la Unión Soviética a los trabajadores del mundo entero. No es suficiente denunciar la falsa simetría de los ataques al imperialismo yanqui y al "imperialismo ruso". Ningún revolucionario puede hoy día plantear a las masas el socialismo sin al mismo tiempo tomar posición frente al problema de la burocracia en los Estados Obreros.

Frente a los modelos burocráticos de socialismo es importante insistir en que forma

debe concretarse el Poder Obrero. Este debe ser el producto de la movilización y lucha de la clase obrera y expresión de su real organización por las bases. Sólo sobre la base de una extensa red de Comités o *Consejos Obreros* de fábrica, barriales, etc., los obreros podrán ejercer su poder político.

Esos organismos deberán funcionar según las reglas de la democracia obrera, permitiendo la libre confrontación de propuestas surgidas de los distintos sectores obreros y populares.

En la Argentina, la rica experiencia de lucha de la clase obrera es un punto de partida firme para que los trabajadores marchen hacia su organización democrática, que impida la usurpación del poder por cualquier capa o sector. Esa combatividad tiene que concretarse en organización y en constante movilización y vigilancia por la defensa de sus intereses de clase. La misma diversidad ideológica de la clase obrera, producto de su heterogeneidad en muchos aspectos, puede ser un factor positivo de permanente confrontación política, intercambio de experiencias, etc., si existen los organismos donde pueden expresarse cabalmente los trabajadores: los consejos obreros.

El socialismo es un proceso de transformación revolucionaria conciente que necesita de la participación activa de las masas obreras. Toda pretensión o ilusión que resulte de una autosuficiencia de la vanguardia es un mal camino para consolidar un efectivo poder obrero y alcanzar el socialismo.

Eso es una cuestión que ya hoy se puede medir, a partir del grado de comprensión que existe sobre la necesaria auto-organización de la clase obrera, en todos los momentos de su lucha.

La burguesía y el imperialismo, sus fuerzas armadas jamás se conformarán con perder sus privilegios. Por eso el poder obrero y el socialismo implica el armamento del pueblo: el socialismo es también el pueblo en armas, con sus organismos de autodefensa, sus milicias y su propio ejército revolucionario del pueblo como garantía del poder obrero.

Una postura y una práctica internacionalista

Los recientes sucesos en Chile y Uruguay volvieron a recordar la dimensión internacional del enfrentamiento entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos,

El socialismo y el poder obrero son por definición internacionalistas. Eso por comprender que nuestra lucha contra la explotación es una lucha contra el sistema capitalista internacional. Eso es más válido todavía en el caso de nuestro país, que es parte de América Latina, ese gran continente dividido por el imperialismo.

La lucha por la patria grande latinoamericana es parte de nuestra lucha por el socialismo. América Latina será socialista o dominada.

FRACCIÓN ROJA

Nuestra ruptura con la dirección del PRT y nuestras diferencias iniciales

La FRACCIÓN ROJA surgió en el marco de una crisis en el seno del Partido Revolucionario de los Trabajadores en el mismo momento en que se va a producir la escisión, que, sobre bases políticas distintas pasará a actuar como ERP – 22 de agosto.

Esa crisis reflejaba una serie de contradicciones del PRT, que se agudizan en la coyuntura política pre-electoral.

Los compañeros que hoy día integran la FRACCIÓN ROJA empezaron a expresar sus posiciones en el seno del PRT, con la intención constructiva de aportar a la superación de desviaciones, errores y contradicciones que perjudicaban al partido, intentaron plantear sus posiciones, dentro de la tradición leninista del partido, en el marco de la discusión interna, respetando la unidad y disciplina en la acción. Propusieron, según los estatutos, que se abriera el período de discusiones pre-congreso. Todo esto fue frustrado por la actitud burocrática de la dirección nacional, que pisoteó en los hechos los estatutos del partido y los principios del centralismo democrático. La dirección adoptó una postura intransigente frente a los planteos que cuestionaban su metodología y algunos aspectos de su orientación, desconociendo posiciones que eran levantadas por sectores importantes, tanto de las bases como de direcciones intermedias, tanto del frente militar como del frente de masas. Así es como se llegó a una ruptura forzada, cuya responsabilidad cabe enteramente a la dirección nacional, ruptura que mostró en la práctica como la futura FRACCIÓN ROJA contaba con el respaldo del 80% de los militantes y combatientes más

importantes del PRT.

Las diferencias iniciales de la FRACCIÓN ROJA con la actual dirección del PRT pueden resumirse en los siguientes puntos, que estuvieron en mayor o menor medida, en el centro de la confrontación que se dio:

a) Sobre la construcción del partido revolucionario

Los compañeros de la FRACCIÓN ROJA empezaron por cuestionar una serie de aspectos de la metodología de la dirección tales como el empirismo, el liberalismo, etc. Y mostraron la coherencia que había entre esos aspectos metodológicos y una determinada concepción del partido. Contra la concepción centrista de un partido amplio, de masas, rescataron la concepción leninista de un partido de cuadros revolucionarios, que pueda convertirse en vanguardia de nuestra clase obrera. Propugnaron la discusión de una estrategia y una táctica de construcción del partido en las condiciones de la Argentina, que permitiera superar el empirismo hasta entonces reinante. Defendieron el centralismo democrático como método de construcción del partido, de elevación y desarrollo del nivel político de los militantes, y como única garantía de la unidad del partido.

b) Sobre la intervención en la clase obrera

Los compañeros de la FRACCIÓN ROJA defendieron una intervención centralizada y jerarquizada en la clase obrera, y más particularmente en sus sectores de vanguardia. Mostraron con balances concretos la falta de reales criterios de trabajo, que llevaban a una agitación dispersa en sectores que no eran los fundamentales en el movimiento obrero. Criticaron igualmente la falta de una táctica para esa intervención y la separación que hacía la dirección, entre los planteos generales sobre la "guerra y el socialismo" y una política seguidista que se quedaba al nivel de las reivindicaciones inmediatas. Propugnaron la adopción de un programa de transición, según la tradición leninista que Trotsky resumiera en el "Programa de Transición".

c) Sobre la caracterización de la etapa y la construcción del Ejército Revolucionario del Pueblo

Se empezó a cuestionar la caracterización de que la Argentina se encontraba en plena guerra civil revolucionaria, mostrando la diferencia entre la situación pre-revolucionaria que es de

un enfrentamiento más general latente y una guerra popular ya comenzada. En estas condiciones, era falso considerar al ERP ya como una organización de masas, como quería la dirección. Esto era el punto de partida de numerosas ilusiones, desviaciones y errores en la construcción del ERP. Así es como el programa adoptado por el V Congreso del PRT para el ERP, fue superado por la práctica, no quedándose en la lucha "contra la dictadura y el imperialismo" sino planteando directamente el socialismo. La FRACCION ROJA mantiene la concepción de construir desde ahora el Partido y el Ejército Revolucionario, como instrumentos estratégicos para la toma del poder por la clase obrera en las condiciones de América Latina, pero con criterios bastante distintos a los de la dirección actual del PRT.

d) Sobre la táctica frente al GAN en el período pre-electoral

Otro de los puntos polémicos fue la táctica del PRT en el período pre-electoral. Los errores cometidos impidieron un real aprovechamiento de la coyuntura. Se manifestaron por parte de la dirección peligrosas tendencias hacia el oportunismo, caracterizando al Partido Comunista y a "sectores progresistas" de los partidos burgueses como "Aliados estratégicos", rompiendo así con la concepción de la revolución permanente que era uno de los fundamentos de la orientación del PRT. Los compañeros de la FRACCION ROJA, como otros compañeros del partido, se opusieron a cualquier tipo de alianza con sectores de la burguesía, propugnando la unidad de los sectores obreros y populares.

e) Defensa del internacionalismo

Las medidas burocráticas de la dirección del PRT contra los compañeros que formaron la FRACCION ROJA se dieron en medio de una verdadera campaña antitrotskyista que iba hacia la ruptura con la IV Internacional, de la que el PRT era hasta entonces la sección argentina. Frente a esa campaña se defendió la necesidad de una consecuente posición internacionalista, que se reflejará en una actividad concreta en el sentido de construir la internacional.

Al ser forzados a romper, por no poder seguir defendiendo nuestros planteos dentro del PRT, se formó la FRACCION ROJA.

Nuestro nombre lejos de ser una usurpación, es una muestra de que seguimos reivindi-

cando el derecho a participar, con los demás miembros del PRT en el 6. Congreso del partido. Proponemos una preparación democrática y leninista del Congreso que permita la participación de las distintas fracciones.

Tenemos toda la seguridad de que quien pisoteó los estatutos del partido no fuimos nosotros, sino la dirección del PRT. Prueba de ello es el amplio respaldo mayoritario (80 por ciento) en la regional donde pudimos expresar nuestros puntos de vista.

Además, nos reivindicamos FRACCION ROJA del PRT y del ERP, pues reconocemos el papel fundamental que ocupa nuestro partido en la izquierda revolucionaria argentina y reivindicamos en nuestras posiciones y en la práctica su trayectoria combatiente de lucha revolucionaria contra la dictadura.

Por esa razón, ahora desde las columnas de este periódico, seguiremos dando la discusión política con los demás compañeros del PRT, discusión que empezamos en su seno. Eso permitirá a toda la vanguardia conocer mejor nuestras posiciones, que aquí sólo resumimos en sus puntos iniciales, como información sobre el trasfondo político de nuestra ruptura con la actual dirección centrista del PRT.

INCIDENTES LAMENTABLES

Durante nuestra lucha interna en el seno del PRT, la dirección se destacó por su falta completa de respeto al centralismo democrático, lo que terminó por provocar el fraccionamiento del partido y nuestra constitución en FRACCION ROJA del PRT.

Después de la ruptura, provocada por el miedo de la dirección en enfrentar políticamente una discusión que la cuestionaba, se podía esperar que esa dirección dejara de moverse al mero nivel de chicanas e injurias. El número importante de compañeros que rompieron con ella podía haberle hecho reflexionar. Y después de todo, la dirección del PRT seguía manteniendo como uno de sus objetivos centrales la "unidad de las organizaciones armadas".

Pero no fue así. A la falta de respeto por la democracia interna partidaria, se sumó la absoluta falta de consideración por reglas elementales de la democracia obrera.

Uno de los primeros incidentes, y también uno de los más lamentables, ocurrió en la cárcel de Villa Devoto el 25 de mayo de 1973. Como ya es sabido, el penal fue copado en esa ocasión por los presos políticos que aguardaban manifestaciones a favor de su liberación. Los compañeros de la FRACCION ROJA que se encontraban presos manifestaron su intención de poner una bandera nuestra junto a los demás estandartes y banderas de las organizaciones que tenían combatientes encarcelados en Villa Devoto. La dirección del PRT en el penal (compuesta por compañeros sancionados por su conducta frente al enemigo, sea dicho de paso) amenazó físicamente a nuestros compañeros prohibiéndoles tal cosa. Ante el planteo de los compañeros de la FRACCION ROJA de llevar la discusión junto a las demás organizaciones, la dirección del PRT advirtió que no le importaba la opinión de las demás organizaciones y que igual seguiría en su actitud. Esta posición prepotente, incluso ignorando la opinión de las demás organizaciones, era algo que ya se había manifestado anteriormente, cuando hubo movimientos de protesta entre los presos, en que la dirección del PRT asumió decisiones unilateralmente. Hay que agregar que sólo entre stalinistas se ha visto eso de llegar al punto de pisotear la democracia entre militantes que se encuentran presos en la misma cárcel.

Otro de los incidentes ocurrió en Córdoba. Este llega a ser mezquino y ridículo. Cuando la ciudad apareció cubierta con los afiches de la FRACCION ROJA sobre el pacto social y sobre Trelew, la dirección del PRT dio instrucciones a los militantes de que fueran por las calles rompiendo los carteles (en la parte que decía FRACCION ROJA! ¿Cuándo van a organizar comandos para arrancar las solicitadas de toda una edición de Clarín o Crónica? Lo más vergonzoso es que mientras la dirección del PRT impulsaba estos actos en Córdoba, en Buenos Aires era la JSP la que se dedicaba a romper nuestros carteles, cuyas consignas eran demasiado certeras como para no hacer blanco.

Mezquino también es haber reivindicado en "Estrella Roja" (órgano del ERP) el copamiento del puesto de vigilancia en Petroquímica Sudamericana, ubicada en Olmos (provincia de Buenos Aires), como si hubiera sido hecho por un comando del ERP. La misma prensa burguesa publicó fotos que atestiguan que esa acción fue realizada por la FRACCION ROJA del ERP.

Pero lo más lamentable ha sido la actitud de aprendices de matones que han asumido ciertos dirigentes del PRT en Córdoba, el pasado 8 de julio, en ocasión del Plenario Nacional por la Recuperación Nacional. Con un total desprecio de la democracia obrera, se impidió el ingreso de varios compañeros pertenecientes a una agrupación clasista, por ser miembros de la FRACCION ROJA. Se llegó al colmo de ver a "dirigentes" que se quedaron solos en su regional, repudiados por el 80 % de las bases, aprovechar la circunstancial superioridad numérica para envalentonarse. Adentro del mismo plenario, el matonaje llegó a golpes y trompadas y al apriete armado de compañeros nuestros o, sencillamente, cercanos a nosotros.

La injuria, las amenazas y el matonaje, compañeros, son lo propio de la JSP y no de militantes revolucionarios. Nada se arregla y nada se clarifica con esos métodos, sino por medio de la discusión y la polémica franca, en el respeto mutuo de la democracia obrera.

Lo único que la dirección del PRT conseguirá así es coleccionar críticas y desaprobaciones. Porque, aunque este mal, todavía se puede intentar ser verticalista dentro de su propia casa, a pesar de los riesgos de romper el partido. Pero el verticalismo en el movimiento obrero y en el movimiento de masas en general, produce un repudio cada vez más amplio. Eso es lo que la dirección del PRT obtuvo ya con su actitud en el plenario de Córdoba.

Lo mismo vale en relación a actitudes tomada hacia compañeros del ERP-22 de Agosto. En la Facultad de Arquitectura de Buenos Aires, en el velatorio del compañero José Luis Castrogiovanni, se destruyó la corona de flores enviada por el ERP-22 de Agosto. Pero más grave fue el comportamiento hacia el compañero Víctor Fernández Palmeiro. Después de la ruptura del ERP-22 de Agosto con la actual dirección del PRT, ésta empezó a hacer correr el rumor de que podría tratarse de un agente enemigo infiltrado, pues resultaba muy rara su fuga del penal de Villa Devoto (como es ampliamente conocido el compañero Fernández Palmeiro se fugó cambiándose de ropa y confundiéndose con su hermano, que lo fuera a visitar). ¡Que infamia, en el mismo momento que ese compañero preparaba el ajusticiamiento del almirante Quijada, asesino de Trelew! ¡El sectarismo de la dirección del PRT llegó al punto de que después del ajusticiamiento de Quijada y de la muerte

del compañero, rompió un acto de homenaje al compañero caído, realizado entre los presos del penal de Villa Devoto!

Porque seguiremos combatiendo

La Fracción Roja seguirá combatiendo porque lucha por el Poder Obrero y el Socialismo y entiende que el gobierno surgido de las elecciones del 11/3, si bien representa la voluntad popular, no representa los verdaderos intereses de la clase obrera y el pueblo.

Un gobierno que libera a los asesinos de Silvia Filler, que allana y detiene por causas políticas, que reprime la tenencia de armas y las ocupaciones populares de fábricas y lugares de trabajo, que deja actuar libremente a las bandas fascistas, que declara zonas de emergencia a Buenos Aires y a Córdoba, para poner directamente en manos del ejército la represión de cualquier intento de enfrentar el golpe de estado, no es un gobierno de los obreros y el pueblo.

¿Es que el gobierno cree que los bandos en pugna –la clase obrera y el pueblo por un lado y la patronal con la Dictadura por el otro– tienen los dos un poco de razón y es necesario, por tanto, olvidar agravios de los dos? ¿Será que considera que la muerte de Valenzuela en Rawson cuando se resistió a la fuga de decenas de compañeros encarcelados, vejados y torturados tiene el mismo valor y sentido que la muerte de nuestros 16 compañeros fusilados por la Dictadura en Trelew? ¿O quiere pero no puede investigar esos crímenes?

Si, en el mejor de los casos, quiere pero no puede, ¿por qué no denunció, al menos, las presiones que sufrió? ¿Por qué el 13/7 renunció, negando que su decisión fuera motivada por las presiones que sufrió, en vez de denunciar el golpe?

Todas estas preguntas sin respuesta se resumen en una sola explicación: el GAN, el acuerdo del conjunto de la Burguesía para seguir explotando y reprimiendo a los trabajadores bajo una forma de gobierno distinta a la de la Dictadura Militar. Por eso la Gran Burguesía y el Imperialismo permitieron hasta cierto punto la existencia de un gobierno burgués reformista. Un gobierno que sin alterar los fundamentos mismos del sistema capitalista –la propiedad privada de los medios de producción– realizara reformas que engañaran a las masas y las desviarán de sus ver-

daderos objetivos revolucionarios. Pero es evidente que siempre mantuvieron firmemente el control sobre los resortes claves del poder –fuerzas armadas, economía, etc.– y lo tendrán hasta que los explotados se lo arrebaten por la fuerza. No lo dejarán por una elección ni por el temor que le puedan inspirar las luchas populares y tratarán por todos los medios posibles –engaño o represión– detener el avance revolucionario.

Por eso es que la Fracción Roja ha asumida la lucha guerrillera como una estrategia como una estrategia de poder. Su objetivo estratégico es el Poder Obrero y el Socialismo, es decir, la destrucción de la burguesía y sus fuerzas represivas, la toma del poder por la clase obrera y la instauración de la Dictadura del Proletariado, de la democracia de los consejos obreros.

Su objetivo, entonces, no se limita a luchar contra la Dictadura militar. Tampoco a servir de elemento de presión para que gobiernos reformistas se radicalicen.

No fue la existencia de la Dictadura Militar lo que hizo tomar las armas a sectores importantes de la vanguardia. Esta sólo agudizó las contradicciones ya existentes en la Argentina. La dinámica explosiva de la lucha de clases producto de la crisis profunda en que está sumido el capitalismo argentino hace de la lucha armada una necesidad actual irrenunciable. De aquí la importancia de asumir una estrategia de poder de guerra revolucionaria prolongada y de proponer y poner en práctica junto a la clase obrera desde ahora los elementos políticos y organizativos de esa estrategia. La Fracción roja del ERP que seguirá combatiendo para dejar bien claro que la Revolución Socialista y el Poder Obrero sólo se conseguirán luchando contra el sistema, cualesquiera sean las formas que este adopte y destruyendo las fuerzas represivas que lo sostienen esparte de esta propuesta.

Por todas estas razones es una verdadera traición a la clase obrera cualquier planteo e iniciativa en el sentido de desarmar a los militantes y organizaciones de vanguardia o de realizar una tregua táctica. Nuestro combate seguirá cada vez más firme junto a los trabajadores.

¡NO HAY TREGUA EN LA LUCHA ENTRE EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS!

**¡NO DEBE ARRIARSE JAMAS LA BANDE-
RA DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA!**

Combate n. 2 3/09/73

EDITORIAL

Las Grandes Maniobras de la Burguesía

El Lastirismo es el ensayo general que la burguesía pseudos-nacional (CGE) pretende desarrollar en el país en los próximos años.

El plan de Reconstrucción Nacional no significa nada más que realizar una política económica que permita a todos los capitalistas marchar juntos superando viejas disputas.

Para que esto ocurra el esfuerzo de la reconstrucción nacional debe caer sobre las espaldas de la clase obrera, debe basarse en el "pacto social" que someta a los trabajadores a los intereses de la patronal y la burocracia.

Para poder llevar adelante su plan de reconstrucción nacional, Perón precisa de un Gobierno Fuerte, de una forma de gobierno burgués que ya no necesita del parlamento burgués sino que requiere un comando central, el Consejo de Estado, organismo político que nuclea a los representantes de las distintas fracciones burguesas, la burocracia y las fuerzas armadas.

Por ese medio pretende organizar la alianza de los distintos sectores sociales dominantes, en el seno mismo de la administración del próximo gobierno bajo la máscara de la segunda etapa del FREJULI.

Perón sabía que este objetivo no podía ser logrado tan fácilmente a través de un pacto electoral, por eso suprimió su primera idea de formar un gabinete de coalición comprometiendo su candidatura junto a Balbín.

El pacto electoral se complicaba por diversas razones: 1) La situación interna del radicalismo, en donde el ala alfonsinista presionada por la Juventud Radical, amenazada con la ruptura si se comprometía la independencia orgánica de su partido; 2) La situación interna del peronismo en la que la burocracia, aumentada su fuerza por la caída de Cámpora y el desplazamiento de los sectores pseudos-democráticos, intentaba capitalizar la vicepresidencia para una figura que los representara y era celosa de compartir el poder con otra fuerza burguesa. La JP, a su vez, no podía levantar frente a las masas la figura de Perón asociado a uno de los políticos más reaccionarios, lanzando por ello una campaña contra

la candidatura de Balbín y contra la derecha peronista que amenazaba ser un nuevo elemento de agudización de la lucha interna.

Por último, el pacto electoral comprometería la capacidad de maniobra de Perón en el futuro gobierno y su instrumento del actual proceso preelectoral.

Se impone el verticalismo y se hace la purga de los sectores radicalizados

Para poder desarrollar este proceso, Perón no podía seguir manteniendo su pretendida neutralidad, sino que tuvo que tomar posición frente a la explosiva situación interna, como única forma de coherentizar su proyecto de poder y de dar una seguridad al resto de los sectores de la burguesía a la que intenta polarizar.

Con esto inicia un proceso de depuración de los sectores más radicalizados del movimiento justicialista para transformarlo en un verdadero partido burgués, en una estructura organizativa verticalizada, que le permita el cumplimiento de su proyecto de gobierno aunque el desaparezca físicamente.

El lastirismo más que un proyecto consciente de Perón, está demostrado ser en la práctica un momento donde los distintos sectores burgueses pulsan las fuerzas de sus futuros aliados en un ensayo general para el próximo período.

La recomposición de esta alianza interburguesa se da en el marco de una profunda descomposición de las instituciones burguesas y de los partidos tradicionales.

Ahora bien, el proyecto de Perón de recomposición del frente burgués a través de la formación en su futuro gobierno de un gabinete de coalición choca con la desintegración creciente de los partidos políticos tradicionales con un cúmulo de contradicciones internas que dan al procesamiento de esta alianza grandes dificultades de resolución en el marco de la aguda situación de la lucha de clases.

Crisis de representatividad de la burguesía

La burguesía monopolista (UIA, ACIEL), sufre una crisis de representatividad luego del repliegue de la dictadura militar, no pudiendo ya expresarse a través de la cúpula militar a la que había proyectado a la escena política delegando

en ella la representación de sus intereses, durante el período del gobierno militar.

La retirada de la burguesía monopolista de la escena política, hace que esta exprese sus intereses inmediatos a través de formas indirectas. Por una parte a través de las fuerzas armadas como factor de presión. Por otra parte a través mismo de sectores que se encontraban más próximos de un acuerdo con el peronismo. El caso del balbinismo es un ejemplo de cómo este sector del radicalismo, lejos de representar simplemente a una base pequeño burguesa, expresa presiones de los sectores monopólicos que están en diferencia con medidas inmediatas del gobierno. El caso de la oposición a la creación de la Corporación de Empresas Estatales es un claro ejemplo de una medida profundamente lesiva para la burguesía monopolista que el radicalismo salió a defender con uñas y dientes. Medidas como la interpelación al Ministro de Economía, José Gelbard, marchan en el mismo sentido, cuestionar una serie de medidas económicas que afectan a sectores de la burguesía de la cual el balbinismo se hace vocero.

Por otra parte el estrecho margen político que impidió a Perón concretar un pacto electoral con el radicalismo, refuerza también la autonomía de este último.

En el marco de esta campaña electoral el balbinismo instrumentará esta autonomía para expresar sus críticas al gobierno y capitalizar a sectores burgueses de oposición faltos de representatividad.

La reciente acusación realizada por el balbinismo, sobre la falta de "prescindencia" del gobierno frente al proceso eleccionario, unida a denuncias sobre la utilización de fondos estatales para la campaña electoral, no deben ser interpretadas como meras disputas electoralistas, sino como un índice de la dificultad de la burguesía para consolidar su frente interno.

Por su parte el partido justicialista arrastra problemas internos que le impiden transformarse rápidamente en un centro político capaz de compatibilizar las contradicciones del proceso y ubicarse como canal de expresión de ambos sectores de la burguesía.

Esta crisis de representatividad de la burguesía es la que desde nuestro punto de vista impide la consolidación de su frente interno,

cuando toda la situación objetiva así lo exige. La falta de un partido burgués hegemónico impide polarizar a la burguesía en torno a él. Construir esta alternativa es la tarea más importante de la burguesía. Perón lo ha comprendido claramente y volcado gran parte de su fuerza para la institucionalización de su partido. Esta crisis de representatividad se da en el marco de una crisis global de las instituciones burguesas y una agudización y profundización de la lucha de clases. Desde el cordobazo se abre en nuestro país un período de crisis del sistema capitalista que no pudo ser resuelto con la toma del poder por la clase obrera o con el aplastamiento de las organizaciones de esta por parte de la burguesía. Se trata de **una crisis de carácter prolongado**, donde el sistema capitalista se mantiene al borde del abismo por un largo período **y no cae porque no existen las fuerzas revolucionarias que lo hagan caer, es decir, que esta crisis de carácter prolongado no podrá ser resuelta sin un Partido Marxista Revolucionario que de unidad y organización política a la lucha de la clase obrera** y que puede además polarizar al conjunto de los sectores revolucionarios en la lucha por objetivos comunes.

La burguesía forzada a dar elecciones

En el marco de esta crisis la burguesía se ve obligada a llamar elecciones por segunda vez en el lapso de seis meses. Con ella necesita legitimar el proceso de viraje realizado por Perón.

A pesar de lo contradictorio de su representatividad, el desgaste sufrido por Perón ante las bases obreras y del peronismo radicalizado, este desgaste aún no ha sido tal como para que estas elecciones no siguieran concitando todavía la expectativa en Perón como única salida.

En esto influye decisivamente el hecho que parte de las bases obreras y revolucionarias no ha crecido ninguna alternativa a esta trampa electoral.

La lucha de clases se agudiza, se perfilan en distintos lados luchadores obreros reconocidos, se prestigian agrupaciones, organizaciones, pero de cualquier manera el proyecto de la burguesía tiene un grado de enraizamiento y planificación, que aún con su carácter contradictorio le permite seguir siendo el único polo con cierta coherencia y capacidad de generar expectativa en las masas, aún usando la vieja trampa de la burguesía, las elecciones.

Autodefensa obrera (Combate n. 2, página 15)

Cientos de asambleas, movilizaciones, ocupación de sindicatos, han demostrado que la burocracia cada vez se resiste más a abandonar sus privilegios por simple derrota política. Es constante su política entreguista, su venta de conflictos, su papel de delatora de los activistas combativos, su convivencia con la guardia interna de fábrica y con la misma policía cuando se da alguna exteriorización de protesta masiva por parte de obreros en lucha por sus legítimas reivindicaciones.

La toma violenta de sindicatos, como el de ceramistas, es algo ya repetido en el país. Los guardaespaldas armados y la custodia permanente a los burócratas sindicales muestran la inseguridad de su "representatividad".

La burocracia de la UOM y de la carne han sido tal vez de las más reconocidas como reflejo de su necesidad de crear formas paramilitares en contra de la base convulsionada. La instrumentación de la JSP es, en el último período, la mayor cristalización de esta necesidad militar de la burocracia, el agrupamiento de los sectores más reaccionarios del movimiento obrero, las bandas fascistas reavivadas por el peronismo burocrático para estructurar rápidamente una valla al avance obrero y revolucionario.

En el último período los cientos de enfrentamientos cada vez más violentos con la burocracia, tomas de fábricas y ocupaciones de fuentes de trabajo ininterrumpidas endurecieron los métodos de la burocracia, que produjo el hecho más directo y masivo de ataque a grupos obreros de base y fuerzas revolucionarias, la masacre de Ezeiza. La estructuración de la JSP, el Comando de Organización, las brigadas barriales, verdaderas bandas de choque, tuvieron allí su máximo bautismo, su primera prueba de organización y decisión para enfrentar abiertamente a su enemigo.

Los intereses económicos y de todo tipo de privilegio de los burócratas como Rucci, Calace, Miguel, la complicidad de Norma Kennedy, Brito Lima, Ciro Ahumada, busca como perros fieles a un sinnúmero de elementos marginales pagados y fanatizados que se sienten así partícipes de un poder que no comparten y cuya planificación general desconocen.

Ante esta vertiginosa instauración de formas paramilitares de la burocracia, ante el ase-

sinato del militante peronista Spanh en San Nicolás, ante el ataque a los locales de Luz y Fuerza, SMATA y la CGT de Córdoba, los constantes atentados a dirigentes obreros, abogados laborales y de presos políticos, la libre circulación de elementos armados de la burocracia dentro de muchas fábricas e incluso en lugares neurálgicos de la ciudad donde tienden emboscadas a los pegadores de afiches de organizaciones obreras y revolucionarias, enfrentan a tiros en puerta de fábrica a activistas clasistas que piquetean sus materiales, y la nueva agresión de ceramistas, la clase obrera empieza a formar grupos de autodefensa.

Ya se han generalizado las guardias en los sindicatos en manos de sectores combativos y clasistas; en todo momento existe la posibilidad de un copamiento de los locales; en todo momento existe la posibilidad del atentado a un dirigente, a una reunión, a una asamblea, el rompimiento de una huelga.

¿QUIEN IMPUSO LA VIOLENCIA?

La violencia aplicada en toda lucha sindical ha sido impuesta por la patronal y la burocracia. No han sido los "infiltrados rojos" ni los "intrusos foráneos". Ante esta imposición cabe a los obreros optar por dos caminos: claudicar ante esa fuerza, dejando pisotear sus derechos y olvidando decenas de años de lucha de la clase obrera internacional que permitieron avanzar en las conquistas sociales y en la organización y conciencia del movimiento obrero, olvidar la sangre derramada por miles de combatientes revolucionarios, obreros y hombres del pueblo, o asumirse como un explotado que está convencido de sus derechos y que está dispuesto a dar continuidad a toda esa lucha, hermanarse con sus compañeros combativos de trabajo, unirse con sus organizaciones democráticamente elegidas y los partidos obreros y revolucionarios.

En este período las tareas de autodefensa son el reflejo de los mayores niveles de conciencia adoptados por sectores obreros. Las primeras experiencias semiespontáneas de la clase obrera deben pasar a asumirse cada vez más conscientemente y generalizarse en todos los ámbitos de la lucha sindical.

COMO APLICAR LA AUTODEFENSA OBRERA

En toda fábrica, en toda agrupación sindical democrática debe lograrse organizar con los compañeros más sólidos en sus ideas, más segu-

ros de profundizar su compromiso de clase, grupos o Comités de autodefensa.

Dichos comités de autodefensa deben integrar todas las formas naturales de defensa de base, utilización de elementos caseros de armamento, discusión y organización constante de la forma de utilizar los criterios de autodefensa para todas las actividades de la lucha contra la patronal y la burocracia.

Para cada reunión o asamblea establecer los criterios de ubicación de compañeros que puedan defender puertas, lugares de retirada, impedimento de que producirse un ataque éste alcance al grueso de los asistentes.

Ante posibles ocupaciones de fábrica es necesario coordinar con compañeros del exterior el apoyo con alimentos, formas de comunicación, aprovisionamiento de todo tipo de elementos para permitir que un número mayor de compañeros pueda participar rotativamente en la defensa de la ocupación, poder lograr rehenes entre ejecutivos y con los mismos burócratas.

En movilizaciones callejeras, manifestaciones, establecer un grupo coordinador de los distintos responsables de cada grupo de diez o el número que se establezca, a fin de acostumbrarse a funcionar dentro de una movilización con disciplina, rapidez para ejecutar cualquier tipo de decisión, ofensiva o repliegue ante las resoluciones de la coordinadora.

En muchas fábricas, especialmente las metalúrgicas, es posible preparar clandestinamente materiales de defensa: manoplas, barretas, hondas, miguelitos, etcétera. Toda agrupación combativa y clasista que entiende la necesidad de prever ese tipo de enfrentamiento puede darse ésa como una de sus tareas para no tener que innovar cuando la situación requiere una rápida respuesta defensiva.

La discusión y preparación periódica sobre tareas de autodefensa, el intercambio de experiencias de compañeros que han tenido ya algún tipo de práctica anterior hará integrar estos nuevos elementos para palucha como algo totalmente natural que no exija un esfuerzo y desconcierto cuando se producen momentos de fricción graves con la patronal o la burocracia.

La autodefensa está también muy ligada a la relación con otras fábricas de la zona, sean o

no del gremio, la relación con compañeros de los barrios obreros que, por lo general, circundan las fábricas.

Pudiendo establecer algún tipo de coordinación conjunta, con representantes de los distintos sectores se puede dar cuenta de situaciones de represión más grandes al punto de permitir una solidaridad inmediata ante cualquier caso de violencia que lo exija.

El ejemplo de lo que significó el apoyo de los obreros de Lozadur para los compañeros sitiados y copados en el sindicato de ceramistas es un ejemplo bastante claro de lo que estamos diciendo.

IMPORTANCIA DE LA AUTODEFENSA

Si tenemos claro que las luchas obreras se seguirán reproduciendo vertiginosamente, debemos ser conscientes que la patronal y la burocracia en combinación con las fuerzas represivas y las bandas parapoliciales y fascistas atacarán con más fuerza, redoblando la violencia utilizada hasta ahora.

Ya de por si una actitud defensiva tiene la desventaja de la sorpresa en los métodos que utiliza el agresor. Pero no agreguemos a esta desventaja la falta de previsión y planificación mínima para estar alertas ante esos momentos y poder reaccionar inmediatamente incorporando los métodos de lucha necesarios para cada momento.

Sólo así podrá ir creciendo la movilización, organización y lucha de la clase obrera, y sus victorias tendrán posibilidades de ser sustentadas y profundizadas.

Combate n. 3 18/09/73

EDITORIAL

Porqué votamos en blanco

Pocas veces se habrán visto elecciones que aparezcan tan claramente como una farsa.

La farsa electoral

Desde luego que toda elección organizada por la burguesía es, en mayor o menor grado, una farsa, un engaño. Organizando comicios la

burguesía intenta legitimar su dominación política sobre los trabajadores, que no es más que la continuación natural y necesaria de su dominación económica, ideológica, militar, etc.

Pero las elecciones previstas para el próximo 23 de setiembre aparecen como una farsa aún mayor que la de costumbre. De eso se dan cuenta muchos trabajadores y hombres del pueblo.

Cierta expectativa que existió en los meses anteriores ha dejado el paso a la confusión, a la decepción, y, en muchos casos, a la desconfianza.

Es natural que después de 7 años de Dictadura, después de 18 años de proscripción, de superexplotación y de represión, aún bajo regímenes pseudo-democráticos, hayan habido expectativas en el proceso electoral de marzo-abril. Faltaba una alternativa revolucionaria que fuera vista como una perspectiva concreta de lucha por los trabajadores. A ese nivel tenemos una responsabilidad toda la izquierda revolucionaria, que es necesario asumir autocráticamente. En esas circunstancias, el pueblo creía realmente en la posibilidad de un cambio a través de su voto el 11 de marzo. Y es cierto que algunos cambios parciales pudieron obtenerse, por más frágiles que debamos considerarlos.

La situación es muy distinta con las anunciadas elecciones de setiembre. Estas elecciones surgen de un autogolpe derechista ocurrido en la cúpula peronista. Este proceso se gestó enteramente al margen de las masas obreras. La preparación de las elecciones siguió marginando toda participación popular, en una sucesión de trezas y maniobras de los políticos burgueses. Es más: sectores representativos del mismo peronismo fueron totalmente marginados, como es el caso de los compañeros de la Juventud Peronista, invitados de piedra en el Congreso del Partido Justicialista cocinado por la conducción burguesa y burocrática del movimiento.

Estas elecciones se hacen supuestamente para permitir que el pueblo elija libremente sus gobernantes máximos. Sin embargo, todo el arsenal legal creado por Lanusse y Mor Roig para condicionar el proceso electoral sigue vigente, salvo la cláusula proscripta contra Perón. Así ocurre con el Estatuto de los Partidos Políticos, que niega la legalidad a la casi totalidad de los partidos obreros y populares o que mantienen esa amenaza sobre aquellos que entraron en el

juego de la Dictadura para poder participar en los comicios del 11 de marzo.

SE VIENE LA MANO DURA

Además, después de los llamados a la desmovilización hechos por Cámpora, Perón, Abal Medina, etc., se vino la mano dura, abierta o embozada, contra el movimiento obrero.

Así hemos visto la represión policial en San Francisco, en Córdoba, en Salta, en Plaza Congreso, etc. Ya resurgen las torturas, los asesinatos alevosos (Molina, Giménez), los encarcelamientos ilegales. Lastiri se ocupa de completar la legislación represiva dejada por Lanusse.

Pero la característica fundamental de la represión en el actual período es de presentarse embozadamente. La escalada represiva ha visto actuar libremente a los comandos parapoliciales o a las bandas fascistas de la burocracia sindical en José León Suárez, en Ezeiza, en Córdoba, en Mendoza, en San Nicolás, etc. El reciente atentado contra el diario Clarín dejó en claro la vinculación directa existente entre los matones sindicales, la policía y las Fuerzas Armadas. El mismo Perón dio una cínica justificación de lo ocurrido, presentándolo como una sucesión de "malos procedimientos" que se enfrentan entre sí....

De la misma manera que los fusilamientos de Trelew fueron el sello de una determinada etapa del Gran Acuerdo Nacional de la burguesía, la masacre de Ezeiza es la marca distintiva de la actual etapa de concreción del GAN.

Todo indica que se prepara una ofensiva represiva en regla contra las fuerzas revolucionarias y clasistas, que le evite a Perón tener que ensuciarse las manos directamente. De ahí la proliferación de bandas fascistas o parapoliciales que asumen la tarea de "limpiar" el terreno.

Es que la doble faz del engaño y de la represión se muestra indispensable para imponer al movimiento obrero argentino los planes de reconstrucción del capitalismo nacional, en grave crisis después de dos años de dictadura y de entrega de la economía del país.

Los planes de la burguesía

Los planes de la burguesía, Perón los explica muy claramente. Se trata de dejar de lado las diferencias entre sectores burgueses y,

por encima de rencillas menores buenas para animar un poco los períodos pre-electorales, realizar la unidad de la burguesía en torno a un proyecto de salvación del país de la crisis económica y del caos político. Lo que se propone es hacerle jugar al Estado un papel activo en la economía, orientando los capitales extranjeros. Para ello, el Pacto CGE-CGT debería asegurar la Paz Social que vuelva a dar confianza a los inversores nacionales y extranjeros asustados por los Cordobazas y por la guerrilla.

Una vez más, como en los últimos 20 años, la gran sacrificada es la clase obrera. La política de apretarse el cinturón había empezado ya en el anterior gobierno de Perón, cuando el patrón Gelbard había iniciado su cantilena en el Congreso de la Productividad. Desde entonces, una característica esencial se mantuvo en la Argentina, más allá de las fluctuaciones de la conducción económica de turno, demostrando una constancia a toda prueba entre las distintas escuelas burguesas: que la plata salga de un trabajo más intenso de la clase obrera y no de quienes la tienen. Los dueños del país, de las fábricas, empresas, bancos, tierras, etc., se llenaban los bolsillos, el imperialismo saqueaba a su gusto, mientras el hambre crecía en el pueblo.

El Pacto CGE-CGT es un buen adelanto de la política de "reconstrucción nacional". Para la patronal y el imperialismo yanqui o europeo, todas las garantías necesarias. Para el pueblo, limosnas. Que Bienestar Social y la Fundación Eva Perón apaciguen un poco los ánimos de la gente.

Contra todo eso hemos luchado y seguiremos luchando. Ese no es el camino de la liberación, sino el camino de la explotación y la dependencia.

La experiencia misma, estamos seguros, irá demostrando a los trabajadores más conscientes de los intereses de los explotados que no se puede confiar en la burguesía o aliarse con ella. En el curso de esa experiencia, en sus luchas, estaremos junto a la clase obrera y el pueblo para hacer todo lo que podamos para favorecer esa toma de conciencia.

Mientras tanto, no tenemos duda en plantear a todos los trabajadores y hombres del pueblo el significado de nuestra consigna de voto en blanco.

¡No puede haber acuerdo entre explotadores y explotados!!

¡Ninguna tregua al imperialismo!!

¡Las victorias se obtienen por la movilización, la organización y la lucha!!

¡Luchar por la liberación, es luchar por el poder obrero y el socialismo!!

13 de Setiembre de 1973.

JP, FAR y Montoneros Siguen Conciliando

Así lo demuestra su conducta ante el paro y movilización del 31 de agosto llamado por la burocracia sindical y su posición ante la reunión de ejércitos en Caracas.

La movilización del 31

Que realmente fue formidable la presencia de JP durante el desfile frente a la CGT. Demostró su gran capacidad de movilización y organización lo que en pocos días le sirvió para igualar las fuerzas que "movilizó" la burocracia —que lo venía preparando desde hace rato.

Esta claro que la burocracia sindical sólo puede movilizar siempre que cuente con un sinnúmero de condiciones: la presencia de Perón, el feriado a partir de las primeras horas de un día laborable, colectivos en puerta de fábrica, publicidad multimillonaria, mientras la JP tiene un poder autónomo de movilización no mucho menor al que logra con la presencia de Perón.

El 31 realizó una imponente demostración de fuerza. Veamos su objetivo. Es evidente que éste no es garantizar la independencia política de la clase obrera. Si fuera ese el caso, no hubiera respondido a una movilización llamada por la burocracia asesina, no hubiera llevado sus columnas a marchar entremezcladas con la Juventud Sindical, no hubiera desfilado ante el balcón donde estaban López Rega, Miguel, Otero, Yessi que la misma JP acusa de asesinos, traidores y enemigos de los trabajadores.

JP quiere ganar posiciones en el seno del movimiento. Y tras ese objetivo vacila continuamente ante todas las trampas y presiones a que la somete la derecha peronista. En definitiva transa y concilia. ¿Y que logra? Confundir a los obreros.

¡Que clara quedaría para el conjunto de la clase obrera la orfandad de la burocracia, si JP hubiera tenido una actitud firme de no concurrir a un acto organizado por ésta! Razones

muy explícitas y evidentes no faltan después de lo de Ezeiza.

Pero a JP le interesa, más que cualquier otra cosa luchar por el movimiento, sin analizar si esa lucha supone renunciar a defender los intereses de la clase obrera. Los compañeros dirán que luchar por el movimiento peronista y por su conductor es luchar por la clase obrera. Unas palabras de Perón en la entrevista con la juventud son esclarecedoras: "Yo he visto, por ejemplo -dice Perón- que atacan a la organización sindical; eso es injusto. La organización sindical no ha actuado porque yo le he dicho que no actúe. Ellos han cumplido perfectamente la orden que yo les he dado. ¿Por qué iban a actuar, para destruirse, ocupar fábricas y poner las organizaciones para que los intervinieran la Dictadura Militar?"

¿Desde cuando llevar las masas a la lucha por sus reivindicaciones es contraproducente? Lo importante no es la conservación de una estructura organizativa en sí, sino el desarrollo, que en la lucha, va tomando la conciencia de los compañeros trabajadores. Si la represión barre con las organizaciones legales por el nivel de las luchas, eso significará pasar a otras formas superiores de lucha, crecerá la conciencia política de la clase, se incorporarán métodos clandestinos, etc. Y todo esto significará un avance. Las bases aprenden en la acción no en la conservación de estructuras organizativas. ¡Y esto lo argumentó Perón como explicación de años y años de traición de la burocracia sindical a las luchas obreras! ¡Que subestimación debe tener de sus interlocutores! Lo único que falta es que trate de explicar por qué Rucci tiene una casa de dos pisos, un Torino y muchos millones. Creemos que los compañeros de JP no se tragan estas píldoras. Que tienen puesta la mira y esto en sí no es criticable, en la herencia del movimiento y asumen las propuestas generales de Perón haciendo mil piruetas lingüísticas para resaltar todo lo que pudieran tener de progresistas. Por eso aceptan muchas cosas, hacen buena letra y esconden la cabeza en más de una oportunidad.

Ya analizamos en el número anterior de nuestro periódico las propuestas generales de Perón, cuando nos referimos al discurso del compañero Firmenich en Atlanta. Allí cuestionábamos el "Frente Antiimperialista", la "Alianza de clases", el "Pacto Social", la "Reconstrucción Nacional". Entre otras cosas mencionábamos que pretender reconstruir la economía sin destruir a

la burguesía, era reconstruirles las fábricas a los patrones para que sigan explotando obreros y llenándose los bolsillos. Pero nos interesa puntualizar aquí el significado, las implicancias de ciertas facetas de la conducta política concreta de JP, FAR y Montoneros.

Tanto llega la JP y demás organizaciones a disociar la lucha por el Movimiento con la lucha revolucionaria (que para nosotros, al ser incompatibles, no hay más remedio que disociarla e ir tomando partido cada vez más, por una de las dos) que desfilan durante dos horas y media al casi único grito de "¡MONTONEROS!" y en su práctica diaria lo soslayan. Renuncian a llevar adelante la aplicación de la justicia revolucionaria sobre los asesinos y torturadores del pueblo como hicieron los Montoneros en la persona del fusilador Aramburu. Renuncian a construir el Ejército Popular, como antes proclamaban, definiendo como contrarrevolucionaria la acción de recuperación de armas del ERP y reivindicando a Carcagno, asesino del Cordobazo, como general progresista y antiimperialista.

El grito MONTONEROS! desprovisto de su correlato en la práctica diaria pasa a ser objetivamente, un elemento de presión contra la burguesía y la burocracia del movimiento por mayor participación. Esto lleva, fatalmente visto el carácter policlasista del Movimiento hegemonizado por la burguesía por el camino de la traición a la lucha revolucionaria.

LA REUNION DE EJÉRCITOS EN CARACAS

Diputados de la JP manifestaron su "solidaridad con la posición fijada por nuestro Ejército en la reunión de Caracas". "Pensamos, además, que esa posición, que en última instancia traduce la del FREJULI y del gobierno constituido...debe servir como elemento unificador del Ejército Argentino" ... "Si en el futuro esa actitud cambiara, la volveremos a condenar y a combatir" Esto decía Roberto Vidaña, Diputado Nacional por la JP Córdoba. Croatto (JP Bs. As.) agregaba: "...la posición del Ejército Argentino en Caracas, consistente en considerar como una de las razones de ser de la institución la de colaborar con o los gobiernos populares en su lucha contra la dominación extranjera, cualquiera fuera su signo, es opuesta a la que se expresa en el comportamiento de las FFAA de Chile"... "los sucesos de Chile no hacen sino resaltar la importancia de la correcta posición asumida por el Ejército Argentino...".

Esta posición de la JP es coherente con su concepción de Frente Antiimperialista... dirigido por la burguesía (Perón, Gelbard y Compañía).

El antiimperialismo de Carcagno es el ingrediente de política internacional correspondiente con la táctica de la presión y regateo de la burguesía postergada, con el imperialismo. En todo caso, una alternativa posible, sería la lucidez de la burguesía que intenta vehiculizar el desarrollo, con aflojamientos de tensión antes que con represión. Pero no nos vamos a extender en esto. Queremos remarcar los tremendos errores políticos que se desprenden de las propias palabras de los diputados JP. Hablan de "Apoyar mientras no cambie". "Si modifica el Ejército su actitud, será combatido". Pero, compañeros en política se trata de prever, de analizar tendencias, de caracterizar lo más correctamente posible las instituciones sociales, su carácter de clase, etc. Las FFAA son el instrumento principal de soporte del sistema. ¿Cómo pueden Uds. Ignorarlo? Pero si teóricamente no lo comprenden, precisamente la experiencia chilena es el mejor ejemplo. Las FFAA chilenas eran consideradas "las más profesionalistas y constitucionalistas" de América Latina. Fíjense a lo que llegaron cuando el avance obrero y popular se hacía incontenible.

Y eso de que la posición del ejército argentino es diferente de la que se expresa en el comportamiento de las FFAA chilenas, ¡precisamente! La *posición* es diferente al *comportamiento*, las *palabras* son diferentes a los *hechos*. Esperen a que la clase obrera y el pueblo argentinos se organicen y armen por el poder obrero y el socialismo y verán donde va a parar el antiimperialismo de Carcagno.

¡Uds. están desarmando desde el vamos a la clase obrera como el reformismo la desarmó en Chile, pregonando confianza en sus FFAA! ¡Eso es una responsabilidad gravísima que ustedes asumen.

Sería interesante que leyeran el editorial de "MILITANCIA" N.14. A pesar de las diferencias que nos separan de dicha publicación, creemos que arroja elementos positivos para comprender las posibilidades "antiimperialistas" de las FFAA al analizar el proceso chileno. Sería útil que comprendieran su última frase: "El pueblo siempre está dispuesto a avanzar hacia su propio destino. No esperamos para su orga-

nización y convocatoria, que el ahogo y la contrarrevolución conviertan el proceso en una enseñanza fallida para experiencia de otras naciones".

La dirección de la revista interpretó correctamente que el reformismo de la Unidad Popular llevó al desastre. Sobran elementos para pensar que en Argentina será aún peor a pesar de las palabras de Carcagno, dicho sea de paso, jefe de la represión del cordobazo.

Pero en definitiva, lo que aclara todas estas posiciones es el carácter que los compañeros de JP, FAR y Montoneros dan a la lucha armada. Para los compañeros la lucha armada no está enmarcada por una estrategia de poder. Es decir, para los compañeros la lucha armada no es el camino inevitable para la toma del poder que supone el proceso de construcción del Ejército Popular y el desarrollo de la guerra revolucionaria. La lucha armada, a pesar de todo lo que puedan decir en contrario, fue para ellos un elemento de presión sobre la burguesía. ¿Suponen que el gran capital y el imperialismo se asustaron de los embriones del ejército constituido por las organizaciones armadas y de las luchas de masas y entregaron el poder? Suponen acaso que la visión de las luchas obreras del cordobazo impactaron a Carcagno y los transformaron en un general "popular"? ¿Suponen, acaso, que se puede unificar al ejército argentino y hacerlo procesar hacia posiciones "populares"?

Claro, es evidente que suponen esto y utilizaron la lucha armada como elemento de presión.

Pero no, compañeros, ese no es el camino.

El camino es el de la guerra revolucionaria por el poder obrero y el socialismo y la táctica siempre debe estar sujeta a estos postulados estratégicos. ¡Ninguna razón táctica puede sugerir el desarme de los revolucionarios!

¡No hay tregua entre explotadores y explotados!

No hay tregua para las fuerzas represoras!

¡Fuera Yanquis de Chile y Argentina,

Fuera yanquis de América Latina!

**LUCHA ARMADA
EN LA ARGENTINA**